



La

INCÓGNITA NEWTON

Catherine Shaw



Lectulandia

Cambridge, 1888. La institutriz Vanessa Duncan tiene el privilegio de compartir charlas intelectuales con los matemáticos más prestigiosos de la ciudad, que en las últimas semanas se hallan enfrascados en la resolución de «el problema de los tres cuerpos»; una incógnita que planteó Isaac Newton y por la que el rey Óscar II de Suecia está dispuesto a pagar una importante suma a quien la resuelva.

Pero lo que en un principio parecía una simple cuestión de números, se convierte en una sucesión de crímenes de académicos, que obligarán a Vanessa a recorrer toda Europa en busca del asesino para salvar a su prometido, otro matemático, de la horca.

Lectulandia

Catherine Shaw

La incógnita Newton

ePUB v1.0

MadMath 03.08.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Three-Body Problem. A Cambridge Mystery*

Catherine Shaw es el pseudónimo de una matemática y académica, que, por el momento, quiere permanecer en el anonimato.

La incógnita Newton es su primera novela, pero ya está trabajando en el próximo misterio que desvelará la institutriz Vanessa Duncan.

1

Cambridge, miércoles, 8 de febrero de 1888

Mi queridísima hermana:

Esta mañana, por primera vez, he notado en el aire el aliento de la primavera. He abierto la ventana y la suave brisa movía las cortinas y me rozaba las mejillas, trayendo consigo y con su frescor una insinuación, una sugerencia de calidez, en vez del aguijonazo helado al que me he acostumbrado durante estas semanas invernales. Me gustan, desde luego, los atardeceres tempranos, la luz vacilante de las llamas de la chimenea, el té y los bollos y los libros, pero también detesto las frías y tristes mañanas y no poder salir a pasear sin parecer un expedicionario al Polo e, incluso así, tener que caminar con los huesos encogidos por el frío. Si la brisa cálida te ha llegado antes que a mí, como es probable que haya ocurrido, tal vez hayas visto ya los primeros azafranes y los narcisos trompones asomando sus verdes tallos y sumándose a la alfombra de campanillas de nieve y a la escila azul bajo el gran castaño. Si cierro los ojos, querida Dora, es como si todavía compartiéramos nuestro pequeño dormitorio y nos asomásemos temprano, las mañanas invernales, a los cristales de las ventanas en forma de rombo, esperando que hubiese nevado. Sé que me escribirás cuando tengas fuerzas; entretanto, los innumerables recuerdos me hablan con tu voz.

Unos recuerdos hermosos, Dora querida... Incluso a mí, a veces, me parece extraño que, rodeada de tanta felicidad y bienestar, anhelara tantísimo marcharme. Me sentía como los polluelos de petirrojo en el nido (¿han regresado los petirrojos este año a las hayas?); se los veía tan a gusto y eran tan encantadores... Y, sin embargo, inevitablemente llegaba el día en que una fuerza invisible los impulsaba a desplegar las alas y a emprender el vuelo. Yo sentí muy pronto esa llamada inefable y soñé en silencio y confusa hasta el día en que la señora Squires pareció comprender de repente y me ofreció trabajar como ayudante en su pequeña escuela, aquí en Cambridge. Ese día, y nunca antes, entendí el origen de mi insatisfacción. Ahora sé que por fin me comprendes y entiendes por qué necesito alejarme de casa, aunque te quiera tantísimo.

Las pequeñas llegarán dentro de una hora; pronto tendré que dejar esta carta a fin de prepararles un poco de trabajo. ¡He progresado tanto en un año y medio! Todavía me acuerdo de cuando no me sentía capacitada para otra cosa que no fuera enseñar a leer a las más pequeñas y, aun así, tenía que hacer grandes esfuerzos para que no se me agotara la paciencia. La señora Squires me hizo leer decenas de libros, me ins-

truyó incansablemente en latín y en aritmética y me examinó y me riñó durante meses antes de permitirme enseñar nada. ¡Qué asustada habría estado si hubiera sabido que, al cabo de un año solámente, la señora Squires tendría la suerte de heredar una fortuna inesperada y dejaría la escuela en mis manos! Sin embargo, todo ha ido de maravilla. Desde septiembre, ninguna familia ha retirado de la escuela a sus hijas y se han matriculado dos muchachitas nuevas. Ahora que ya son doce, empieza a faltarnos espacio; tal vez debería sugerir a las familias que, a partir de los trece años, las llevaran a otra escuela para acceder a un nivel de instrucción superior. Sin embargo, pobrecillas, no existe ninguna de tales instituciones y pocas son las familias que contratan institutrices o tutoras para sus hijas. Y disfrutan tanto aquí, y se llevan tan bien... En realidad, las mayores son mis preferidas y me descorazonaría en grado sumo tener que decirles adiós, aunque yo deba estudiar aún más para encontrar cosas que enseñarles y mantener su interés. Tengo que encontrar otra solución. A veces, imagino que podrías estar aquí conmigo, querida, y ocuparte de las más pequeñas pero, aunque fuera ello posible, no creo que te gustase, ¿verdad? Cambridge no es una gran ciudad —puedes ir caminando fácilmente de una punta a otra, dejar atrás la población y adentrarte en la campiña—, pero no resulta holgada y, además, vivir en habitaciones no es lo mismo que hacerlo en una casa, aunque estoy de lo más orgullosa de mis aposentos: una alcoba, un pequeño estudio con salita y la escuela, ¡todo mío! Bueno, en realidad no es mío, ya que el mobiliario es de la casera y fue la señora Squires quien arregló las estancias, pero son encantadoras y contienen mis escasas pertenencias, el retrato que te hice... Y, sobretodo, en ellas gozo de toda la libertad para hacer lo que quiera. No me aburro ni un solo momento, entre estudiar y preparar las lecciones para las chicas y escribir cartas, cuando estoy en casa, y salir a caminar e ir de compras y explorar, saludando amablemente a los miembros de las distintas familias que viven en la vecindad. Me alegro mucho de no haber podido aceptar la oferta de la señora Fitzwilliam de prepararme la comida y limpiar las habitaciones, como hace con los huéspedes que residen en los pisos de arriba, pues la pequeña remuneración que recibo de las alumnas no habría bastado para pagarle y, ahora, me descubro alegre y atareada haciendo mis modestas compras, preparando el té en el infiernillo, incluso quitando el polvo y zurciendo, algo que tan bien aprendí a hacer en casa y que tan poco me gustaba... Creo que cuando la señora Squires se marchó y yo decidí quedarme, sola e independiente, la gente me miraba con desconfianza, pero las miradas de recelo han desaparecido hace tiempo y han sido sustituidas por sonrisas cordiales.

Bien, tengo que concluir la carta. Para esta tarde, he preparado una hermosa lección sobre los imanes. He obtenido un imán bastante potente y lo haremos correr por una mesa en la que habremos echado raspaduras metálicas, que formarán un dibujo como de plumas. Y luego haremos lo de la aguja... ¡Es tan extraordinario! Si

tienes cerca un imán, querida, prueba esta experiencia mágica: toma una aguja enhebrada y déjala colgar, sujetando el hilo firmemente entre los dedos. Acerca entonces el imán a la aguja de forma que la atraiga, y luego llévalo despacio, muy despacio, hacia arriba. La aguja se alzarán con el imán hasta que el hilo se tense y continuará ascendiendo hasta quedar erguida, tocando sólo el imán con la mismísima punta. Entonces —éste es el milagro—, si mueves el imán, separándolo muy despacio y muy suavemente una distancia mínima de la aguja, ésta no se caerá, sino que se quedará enhiesta y temblorosa en el aire, apuntando hacia arriba como sí estuviese imbuida de deseo humano. Deja que el imán se separe de la aguja un poco más y la aguja y el hilo se desplomarán, desesperados.

Con toda la ternura, hasta mi próxima carta

Vanesa

2

Cambridge, martes, 14 de febrero de 1888

Mi queridísima hermana gemela:

Aquí estoy, sentada ante mi pequeño escritorio, frente a la ventana que da a la calle, observando una escena de lo más interesante. Varios caballeros están reunidos en un grupo muy cerrado y uno de ellos se ha acercado corriendo hasta esta misma casa, según parece, a llamar a alguien. Está claro que se trata de caballeros de la universidad, ataviados con sus togas negras; es muy poco habitual verlos así reunidos en la calle. Uno de ellos ha llamado a la puerta de la casera, que está al otro lado del vestíbulo, sí, y ella lo ha mandado al piso de arriba. ¡Oh, querida! No puedo resistirme a abrir un poco más la ventana. El caballero ha bajado de nuevo acompañado de otro caballero que vive en el piso de arriba. Sí, ciertamente, es el hombre al que he tenido ocasión de observar muy brevemente las dos o tres veces que nos hemos cruzado en el vestíbulo. Yo ignoraba que también perteneciera a la universidad, ¿y cómo iba a saberlo? En realidad, sé muy poco de las personas que ocupan las habitaciones de arriba; la señora Fitzwilliam controla las entradas y salidas, por lo que es inconcebible mantener una conversación, por mínima que sea, en el vestíbulo. Lo único que sé es que, a veces, el residente de arriba deambula de un lado a otro de la habitación que tengo encima. Una vez se lo comenté, entre risas, a la señora Fitzwilliam, pero le pedí que no se lo mencionara al inquilino, ya que al final descubrí que, por extraño que parezca, me había acostumbrado al sonido regular de sus pasos y a los crujidos que los acompañaban. También oía ruidos metálicos y golpes ocasionales, pero jamás hasta ahora había escuchado una voz humana. Sí, creo que nuestro visitante no ha subido más arriba del primer piso, pues ha tardado muy poco en bajar. Tal vez el vecino que deambula por la noche es ese mismo caballero que acaba de salir. ¡Oh, cielos! Le están dando la noticia, cualquiera que ésta sea, ¡y qué nerviosos y abatidos parecen! «¡Imposible!» y «¡Espantoso!», exclaman. Y ahora se marchan, todos a una, con las togas arremolinadas, como un grupo de cuervos.

Bien, es probable que nunca me entere de qué significa toda esta conmoción, del mismo modo que jamás accederé al otro lado de las misteriosas paredes entre las que esos eruditos pasan una parte tan grande de su tiempo. ¿Qué puede haber oculto, ahí dentro? Sólo sé que se trata de estancias con jardines por fuera; algunos de esos jardines se divisan desde la calle o desde el otro lado de los arcos de piedra de las entradas a los *colleges*. Y, sin embargo, en mi imaginación, están colmadas de magia

y misterio. Qué extraña debe de ser la vida en una universidad, en la que una no sólo estudia, sino que también reside de forma permanente y completa en un mundo de pensamiento y contemplación constantes. Allí, las actividades habituales de caminar, comer y reír deben de estar imbuidas de ideas filosóficas y científicas, y las palabras de las lenguas antiguas deben de mezclarse diariamente con las modernas. ¡Ojalá tuviéramos un hermano que compartiese con nosotras esos secretos! A veces ardo en deseos de poder estudiar mejor, de una manera diferente; de tener por guía, además de los libros, a un profesor y poder compartir las dificultades con los otros alumnos que las sufren, como hacen las chiquillas de mi clase, juntando sobre la mesa sus cabezas peinadas con tirabuzones y compartiendo el mismo libro. Bien, no sé por qué me entretengo siquiera en unos pensamientos tan vanos.

Las chicas ya se han ido por hoy; voy a preparar un té y a dejar para mi próxima carta las anécdotas y contratiempos de estos últimos días.

Con toda mi ternura, hasta la próxima,

Vanesa

3

Cambridge, lunes, 20 de febrero de 1888

Mi queridísima Dora:

Muchas gracias, querida, por las palabras que has añadido a la carta de mamá. Me ha entristecido mucho saber lo cansada que has estado... Mamá dice que no es ninguna enfermedad, sólo fatiga. Espero de veras que la primavera te traiga salud y felicidad. Si estáis teniendo unas jornadas de buen tiempo, como aquí, deberías sentarte en el jardín, al menos un ratito, todos los días. Estoy impaciente por volver a casa a visitaros, pero no me será posible hacerlo hasta las vacaciones de Pascua. Espero de todo corazón que te encuentres recuperada por completo, para entonces. Mientras tanto, hasta que te sientas suficientemente bien para escribirme de tu mano toda una extensa carta, supongo que no sabré ni una sola palabra acerca del interesante señor Edwards, ya que mamá no mencionaría su existencia por nada en el mundo. Querida Dora, si últimamente has llegado a verlo, aunque sea de lejos, pon, por favor, un signo de admiración la próxima vez que me escribas y yo lo entenderé. Y si más adelante lees en voz alta fragmentos de esta carta, ¡omite, por favor, esta última frase!

Tras unos instantes de duda, he decidido adjuntarte este recorte del *Cambridge Evening News*, un periódico de aquí que se publica desde hace muy poco. Es del día 15 y, aunque no parece demasiado apropiado para una persona en tu estado de debilidad, sé que desearás enterarte de lo que ocurrió tanto como yo deseo contártelo a ti. ¡Nunca imaginarías de qué se trata! Creo que he desentrañado de veras el misterio que rodeaba a mi vecino de arriba, cuyo nombre ahora sé que es el de señor Weatherburn. Al día siguiente de haberte escrito, vi este alarmante titular en la portada del vespertino, anunciando el horrible descubrimiento que tú misma puedes leer.

MISTERIOSO ASESINATO DE UN MATEMÁTICO

El doctor Geoffrey Akers, profesor de Matemática Pura del Saint John's College, de treinta y siete años de edad, fue hallado muerto anoche en sus aposentos. Había recibido un violento golpe en la cabeza con un atizador tomado de su propia chimenea. Todavía vestido con el abrigo y la bufanda y con su sombrero colgado de un clavo cerca de la puerta, es de suponer que acababa de regresar a casa cuando recibió el golpe fatídico. Su cuerpo fue descubierto esta tarde por un estudiante, el señor Rayburn, el cual, después de esperar en vano que su tutor se presentase a una cita que tenía con él, se dirigió a sus habitaciones en el college para ver si se le había pasado por alto el encuentro. «A veces olvidaba que había quedado con alguien o perdía la noción del tiempo», ha declarado el señor Rayburn. El desafortunado joven, después de haber llegado a su destino y de haber llamado en vano, tanteó el picaporte de la puerta antes de marcharse y descubrió que estaba abierta.

Entonces vio el cuerpo de su profesor inmóvil en el suelo y, tras detenerse sólo unos segundos a evaluar la situación, corrió de inmediato a llamar a un médico y a la policía.

El médico, que fue el primero en presentarse en la escena, examinó el cuerpo y enseguida pudo absolver al estudiante de toda culpa, ya que el becario superior llevaba entre doce y dieciséis horas muerto, lo cual significa que el golpe fatal se produjo entre las nueve de anoche y la una de la madrugada de hoy. Después de alertar a la policía, el señor Rayburn corrió a comunicar a sus colegas el horrible acontecimiento y pronto se supo que la infortunada víctima había cenado anoche con otro matemático, el señor Weatherburn, becario superior del Trinity College, que debió de ser la última persona que lo vio con vida.

La cuestión de si el señor Akers tenía algún enemigo en particular que quisiera perjudicarlo ha suscitado una peculiar reacción entre el reducido y muy unido círculo de sus colegas. Después de un incómodo silencio, se ha alzado una voz: «Bien pensado, pocos hay a los que Akers no haya ofendido o con quienes no estuviera peleado». «Sí, desde luego; uno de los pocos que todavía le hablaba es Weatherburn», añadió otro. «Si alguien quiere descubrir quién lo ha hecho», intervino una tercera voz, calmada y discreta, «no creo que le sirva de mucho buscar a quien tuviera motivos para ello».

La señora Wiggins, la criada que se ocupaba de las habitaciones del difunto, no ha podido estar más de acuerdo: «Era un caballero muy desagradable, vaya si lo era», nos ha dicho, después de las debidas negociaciones. «No lo echaré de menos. Y sus habitaciones. ..., a veces las encontraba sucias, llenas de polvo y desordenadas. Y él siempre se quejaba cuando le movía algo de sitio. Con un hombre así, una no puede hacer bien su trabajo.» Por fortuna, nuestro cuerpo de policía ha demostrado tener inteligencia y experiencia y estamos seguros de que este misterio pronto quedará resuelto por completo.

Dora querida, el periódico no lo dice, pero ¿no es espantoso pensar que alguien ha matado a ese pobre hombre, por horrible que fuese, y que ese alguien está ocultando el hecho en este mismo instante, y sonrío y habla y probablemente incluso dice a la gente que él nunca había detestado al pobre señor Akers, aunque todo el mundo lo hiciera? Tal vez deberían buscar a la única persona que no lo odiaba. ¡Oh, no...! Eso, entonces, los llevaría a mi pobre vecino, el señor Weatherburn, ¿no crees? La noche del artículo, cuando volvió a su habitación, estaba tan alterado... La policía lo trajo de regreso a casa. Yo no lo vi porque estaba haciéndome una tostada (debería comer más variado; me alimento casi exclusivamente de tostadas), pero oí la voz de la señora Fitzwilliam en el vestíbulo, que hablaba mucho más de lo que en ella es habitual, muy disgustada, y pronunció varias veces las palabras «policía» y «mi casa». Creí que estaba regañando al señor Weatherburn por algo que no era culpa suya y —aunque se pasee por la noche encima de mi cabeza, pobre hombre— quise acudir en su ayuda, pero no se me ocurrió ningún motivo para ello, por lo que abrí la puerta y dije: «Señora Fitzwilliam, lamento mucho molestarla pero... pero...». Comenzaba a sentirme una estúpida, allí plantada, cuando el tenedor de la tostada, que había equilibrado en la trébede con mucho cuidado, volcó y cayó dentro del fuego, esparciendo una lluvia de chispas y un espantoso olor a tostada quemada. La señora Fitzwilliam exclamó: «¡La alfombra!», y entró corriendo en la habitación. El señor Weatherburn me miró, dio media vuelta sin decir palabra y se encaminó hacia las escaleras. La señora Fitzwilliam barrió las cenizas, algo enfadada, pero dijo: «¡Qué cosas de ocurrir!», y vi que, más que enojarse conmigo, lo que quería era hablar de lo sucedido. Sin embargo, y como nunca se dedica a cotillear —en realidad casi no habla—, lo único que alcanzó a articular fue aquel «¡qué cosas de ocurrir!» y un

«¡una casa respetable!». Yo me adherí a sus quejas con unas cuantas exclamaciones porque la mujer se siente inmensamente orgullosa de su majestuosa casa en Chesterton Road, aunque se vea obligada a alquilarla casi toda. Le dije que su casa no quedaría relacionada con un hecho tan horroroso y entonces me preguntó qué quería de ella. Cuando le dije que se me había olvidado, preguntó cómo iban las niñas y respondí que de maravilla. Noté que titubeaba, pues cree de veras que la respetabilidad tiene mucho que ver con la discreción, y algo de razón quizá no le falte, pero en aquel momento era presa de la indignación, del desánimo y del nerviosismo, incluso. Al final, sin embargo, se limitó a desearme buenas noches, lo cual fue un gran triunfo de la reserva sobre la curiosidad. Hum..., si tengo otra oportunidad de hacerlo, la invitaré a tomar una taza de té e intentaré romper el hielo. Creo de veras que todo esto es, cuando menos, muy interesante... Bueno, tal vez no lo sea para el pobre señor Akers, pero ha irrumpido en esta tranquila residencia un poco de la brutalidad de la vida real y me pregunto qué se derivará de todo ello.

Tu queridísima hermana,

Vanesa

4

Cambridge, martes, 28 de febrero de 1888

Queridísima Dora:

Oh, cariño. Sin signos de admiración. El cansancio y la tristeza no son sentimientos tan diferentes como pensamos, ¿sabes? Es tan fácil confundir un estado con el otro... Y es extraño lo poco que conocemos los propios sentimientos. ¿Sabes que anteayer me sentí totalmente nueva? Aquí me hallaba, después del atardecer, sola como es habitual, preparándome una..., no, no, por una vez no era una tostada, sino una sopa, en el infiernillo de alcohol y, de repente, experimenté un extraño sentimiento en mi interior.

Al principio pensé que era hambre, pero entonces tuve una idea tan incoherente... Se me ocurrió cruzar el vestíbulo para hacerle una visita a la señora Fitzwilliam y comprendí que lo que me sucedía era que me sentía sola. Acababa de inspeccionar los libros y no me apetecía leer ninguno. Sería agradable tener compañía, me dije; alguien con quien compartir las habitaciones como había hecho con la señora Squires. Nos enfrascábamos en unas conversaciones tan agradables, a menudo... Pero, por otro lado, me encanta vivir sola y ni una pizca de melancolía se ha colado nunca en mi vida, hasta hoy.

A veces es hermoso cruzar una mirada con alguien y notar en ella comprensión, aunque sólo sea durante un breve instante, pero esto también puede alterar hábitos muy estimados. Al menos, sé que tú y yo nos comprendemos y que siempre nos comprenderemos, con o sin palabras, como sólo pueden hacerlo las hermanas gemelas, en esta cuestión y en todas las demás.

Entonces, ayer por la mañana descubrí que el mejor antídoto para esos sentimientos de lasitud tan insólitos en mí es la actividad, ya que no tuve un instante para demorarme en ellos desde que me desperté, y terminé por olvidarlos casi del todo.

En realidad, había prometido una sorpresa al grupo de las mayores en la clase de aritmética de hoy pues, ayer, no sólo se quejaron con mucha amargura del aburrimiento que les producían las sumas que les había puesto, sino que además las resolvieron correctamente de cabo a rabo, por lo que quedó claro que ya no tenían nada más que aprender en ese ámbito concreto, y que la repetición absurda sólo conseguiría que lo detestasen, me parece.

Me estrujé los sesos y revisé mis libros en vano. Al final, decidí que la mejor

solución sería tratar de encontrar un libro mejor, por lo que me abrigué y me lancé al frío de la calle camino de una librería a la que acudo a menudo, a fin de pedirle consejo al perspicaz librero. «Pero ¿no lee usted *The Monthly Packet*, señorita?», me preguntó, asombrado, después de que le expusiera mis dificultades. «El señor Lewis Carroll, matemático, publicaba allí problemas para jóvenes. No hay mejor manera de enseñar a razonar y, a la vez, disfrutar haciéndolo.» Me tendió una gran pila de ejemplares viejos y polvorientos y yo me los llevé a casa sin más tardanza y los hojeé hasta encontrar los rompecabezas de los que me había hablado.

No había leído nunca *The Monthly Packet*, querida, y es tan edificante... A veces se pasa un poco de edificante, de modo que entre sus páginas se ocultan muchas moralejas, destinadas esencialmente a las jóvenes. Pero los problemas, cuando los encontré, resultaron ser una delicia; hay toda una historia en capítulos llamada *Un cuento enmarañado*, y cada capítulo contiene un problema. Algunos parecen tan difíciles que ni siquiera me he planteado ponerme a resolverlos. Después de haberlos leído con detenimiento, decidí empezar por el principio y copié el primer «nudo» de la «maraña» del número de abril de 1880. Cuando llegaron las chicas, envié a mi estimada clase avanzada —formada por Emily, de trece años, y Rose, de once— a mi salita, con el papel y con instrucciones de no salir hasta que lo hubieran resuelto. Desaparecieron en un revuelo de batas y lazos, puse unas sumas a las medianas y empecé a contar guisantes secos con las más pequeñas, que todavía están aprendiendo que si Violet tiene cuatro guisantes y Mary le quita tres, entonces cuando Violet abre la boca en forma de «O» para protestar y lamentarse de que eso no es justo porque sólo le queda un guisante, ese gesto significa que ha resuelto correctamente la resta y se ha ganado un beso, para su sorpresa.

El primer nudo es tan entretenido que te lo mando entero; como dice el autor, si tienes jaqueca, te distraerá de ella, y si no la tienes, te la producirá.

Un cuento enmarañado, del señor Lewis Carroll

Primer nudo: Excelsior

Duende, llévalos arriba y abajo

El resplandor rojizo del atardecer empezaba a diluirse en las oscuras sombras de la noche cuando se pudo observar a dos viajeros que descendían a buen paso —seis millas por hora— la abrupta ladera de una montaña; el más joven saltaba de risco en risco con la agilidad de un corzo mientras su compañero, cuyas extremidades envejecidas se movían incómodas en la pesada cota de malla que acostumbraban a llevar los aventureros en esa comarca, avanzaba con dificultad a su lado.

Como siempre es el caso en tales circunstancias, el caballero más joven fue

el primero que rompió el silencio.

—¡Llevamos un buen paso, colijo! —exclamó—. ¡De subida no hemos ido tan deprisa!

—¡Buen paso; sí, señor! —asintió el otro con un gruñido—. ¡Al subir, hemos caminado tres millas en una hora!

—Y en terreno llano, ¿nuestro paso es de...?—preguntó el joven, que no era muy bueno en estadística y dejaba todos esos detalles a su anciano compañero.

—Cuatro millas por hora —respondió el otro, en tono cansino—. Ni una onza más —añadió, con ese amor por las metáforas tan común en la gente mayor—, ni un cuarto de penique

—Cuando salimos de la posada, pasaban tres horas del mediodía —dijo el joven, pensativo—. No creo que estemos de vuelta a la hora de cenar. ¡Y quizás el posadero nos niegue el yantar!

—Nos regañará por haber regresado tarde —fue la grave réplica del anciano— y tal reproche nos habremos de tragar.

—¡Valiente cena! —gritó el otro con una alegre carcajada—. ¡Pues si le pedimos que nos sirva otro plato, espero que no nos dé tortas!

—No llegaremos ni a los postres —suspiró el anciano caballero, que nunca en su vida había entendido una broma y se sentía un tanto molesto con la inoportuna falta de seriedad de su compañero—. Cuando alcancemos la posada, serán las nueve —añadió entre dientes—. ¡Muchas millas hemos recorrido hoy!

—¿Cuántas? ¿Cuántas?— preguntó el joven con impaciencia, siempre sediento de conocimientos.

El viejo guardó silencio.

—Decidme vos —respondió, después de pensar unos momentos— qué hora era cuando pasamos por aquel pico de allí. No es preciso que me lo digáis al minuto —se apresuró a añadir, captando una protesta en la expresión de su compañero—. ¡Sólo espero que vuestro cálculo no se desvíe de la respuesta más allá de media hora, esto es todo lo que pido del hijo de vuestra madre! Entonces os diré, exactamente hasta la última pulgada, cuánto hemos caminado entre las tres y las nueve del reloj.

La réplica del joven fue un gruñido. Mientras buscaba la respuesta, su rostro contraído y las profundas arrugas que se perseguían unas a otras en su frente masculina revelaban el abismo de agonía aritmética en el que había caído por culpa de una pregunta ociosa.

En cierto modo, cuando lees por primera vez la historia, no queda claro dónde está el problema. Me pregunté qué pensarían de él las muchachas y dejé abierta la puerta de la salita para poder oír sus discusiones. Al principio reinó el silencio, mientras cada una pensaba en el problema por separado.

—No entiendo nada —oí que se quejaba Rose, con su voz adorable.

Aunque sólo se llevan un par de años, Rose parece mucho más joven que Emily; todavía es una niña con hoyuelos en las mejillas y una larga cabellera de color miel sujeta con una ancha cinta rosa para que no le caiga en la cara.

—¿Y qué significa esto? —prosiguió, un tanto enojada—. ¿Qué significa yantar? ¿Qué quiere decir colijo?

—Yantar significa comida, tonta —dijo la siempre razonable Emily—. Y colijo significa... Bueno, en realidad no importa. No te fijes en eso.

—Pero es que no comprendo qué debemos hacer —prosiguió Rose.

—¿De veras? Los dos hombres caminan desde las tres hasta las nueve, y queremos saber qué distancia han recorrido y cuándo han pasado por la cima de la montaña —dijo su amiga.

—Pero ¿qué hacen, una vez llegan a la cima de la montaña? —la voz de Rose sonaba cada vez más quejosa.

—Pues bajan y regresan otra vez.

—¿Qué estupidez! ¿Y para qué lo hacen ?

—¡Por Dios, Rose, para dar un paseo! Ahora, hemos de averiguar cuánto han caminado, teniendo en cuenta que lo hicieron a tres millas por hora mientras subían, a cuatro millas por hora en el terreno llano y a seis millas por hora cuesta abajo.

Se produjo un momento de silencio.

—¡Oh, bueno! —dijo Rose—. Si caminaron durante una hora antes de comenzar el ascenso, caminaron dos horas hasta la cima y una hora cuesta abajo, entonces... No, no tiene sentido.

—Sí tiene sentido —la ayudó Emily—. Si caminaron por terreno llano durante una hora y lo hicieron de vuelta durante otra hora, entonces... Fíjate, tuvieron cuatro horas para subir y bajar y les llevó el doble de tiempo la subida que la bajada. Eso significa que tuvieron que emplear dos terceras partes del tiempo subiendo y una tercera parte bajando. Dos tercios de cuatro horas son... son dos tercios de doscientos cuarenta minutos. ¡Oh, qué lata! Detesto hacer esto; un tercio son ochenta, es decir, una hora y veinte minutos. ¡Oh, ayúdame, Rose, por favor! Dos tercios son ciento sesenta, que equivale a dos horas y cuarenta minutos. Así, tardaron dos horas y cuarenta minutos para subir, y una hora y veinte minutos para bajar. Eso significa que llegaron a la cima a las seis cuarenta.

—Muy bien —dijo Rose, complacida—. Entonces, ya hemos terminado. Pero es un problema muy estúpido. ¿Por qué dice «con un margen de media hora»?

—¡Oh, eres boba! ¿No recuerdas que hemos comenzado suponiendo que habían caminado una hora por terreno llano? Pero no sabemos si..., no sabemos cuánto... ¡Oh! ¡Ya veo! No creo que eso importe mucho. La respuesta debe de ser ésta. Supongamos que la subida empieza justo a la puerta de la posada. Vamos, dime cuánto

tiempo emplearon para subir y cuánto para bajar.

—Esto es fácil: subieron durante cuatro horas y caminaron cuesta abajo otras dos —dijo Rose—. Por lo tanto, llegaron a la cima a las siete.

—¿Y si hicieron lo contrario? —Emily estudió de nuevo el problema—. ¿Y si caminaron todo el tiempo por terreno llano?

—¿Y qué hay de la montaña?

—Tal vez fuese una montaña muy pequeña. Tanto, que llegaron a la cumbre en un segundo.

—Eso es una tontería —dijo Rose—. De ser así, no hablarían entre jadeos.

—Quizás eran de los que se cansan enseguida —replicó Emily—. Bien, en ese caso llegarían a la cima a las seis, naturalmente; por lo tanto, en cualquier caso, tuvieron que llegar a lo más alto entre las seis y las siete. ¡La respuesta es, pues, las seis y media!

—Creo que no lo he comprendido —empezó a decir Rose, en tono dubitativo, pisándose el gran delantal que siempre lleva, mientras Emily la agarraba por el brazo y tiraba de ella hasta el aula con aire triunfal. Una vez allí, se detuvo delante de mí con su rostro de cuadro prerrafaelista enmarcado en la envoltura de cabellos castaños que se desparrama sobre sus hombros, ajena a su belleza y muy seria, y me contó con orgullo la solución al problema.

Este triunfo de la enseñanza ha tenido una sorprendente consecuencia. Hoy, a las cinco de la tarde, mientras las muchachas se ponían el abrigo y miraban por la ventana para ver quién acudía a buscarlas, he visto, para mi asombro, que la madre de Emily acompañaba a la gobernanta. Sólo la había visto una vez, en septiembre, cuando la señora Squires se marchó y la madre de Emily, la señora Burge-Jones, vino a decirme que a su hija le agradaba mucho la escuela diurna y que quería continuar conmigo. Me trató con mucha amabilidad. Y hoy me ha dicho, risueña, que Emily había dejado pasmado a su tío, el señor Morrison, hermano de la señora Burge-Jones, en la mesa, mientras cenaban, planteándole el problema y dándole luego la solución. Y resulta que el hermano de la señora Burge-Jones es un matemático que conoce personalmente al señor Lewis Carroll, autor de los rompecabezas (el cual, como profesor de Oxford que es, al parecer, utiliza otro nombre en la vida real). Y —para consternación de la señora Burge-Jones, diría yo por su tono de voz—, le ha expuesto a su hermana que Emily ha heredado su afición por las matemáticas y que tendría que considerar, si dicha afición se mantiene, la conveniencia de continuar sus estudios todo el tiempo que le apetezca, incluso en la universidad. Sí; la señora Burge-Jones me ha informado de que hay un *college* para damas precisamente aquí, en la Universidad de Cambridge. ¡Dos, en realidad! No se permite que las mujeres se gradúen, es cierto, pero pueden estudiar y tener tutores y asistir a las clases e incluso presentarse a los exámenes. ¡Cielo santo! Emily se ha puesto a dar saltos de alegría

ante tal perspectiva, mientras su madre, con aire dubitativo, decía:

—Por fortuna, sólo tiene trece años. Hay tiempo de sobras para pensar en ello.

En cualquier caso, y esto es lo más emocionante de todo, la señora Burge-Jones me ha invitado el próximo sábado a una cena en su casa, a la que asistirán diez invitados. Es la primera vez que recibo una invitación de este tipo desde mi llegada a Cambridge, aunque sí he tomado el té en ocasiones con las gobernantas de algunas de las chicas. El famoso hermano estará presente, ya que ha expresado el deseo de conocer a la profesora que da unas lecciones tan hermosas a su sobrina, así como otros amigos y colegas de la familia. Todavía no sé nada acerca del señor Burge-Jones pero el sábado, seguramente, averiguaré más cosas. Lo que sí he sabido es que Emily tiene un hermano de once años, y que los dos niños cenarán en sus aposentos aunque se les permitirá entrar en el comedor y saludar a los invitados. A continuación, te escribiré contándote todos los detalles.

Buenas noches, mi queridísima gemela,

Vanesa

5

Cambridge, domingo, 4 de marzo de 1888

Queridísima Dora:

¡Anoche tuvo lugar el gran acontecimiento! Nunca había imaginado que me encontraría en medio de un grupo tan animado... ¡Y casi todos eran matemáticos! En total, había seis de estos eruditos, cuatro caballeros solteros y dos casados con sus esposas. Y lo más sorprendente de todo fue que uno de ellos no era otro que mi vecino de arriba, el señor Weatherburn. Debo decir que él también se asombró mucho al encontrarme allí.

Pero permíteme que te lo cuente todo por orden.

Llegué puntual a la puerta de la hermosa casa de la señora Burge-lones. Las ventanas estaban todas iluminadas y la mansión se veía muy atractiva; la luz se derramaba hasta el paseo y el aire era tan fresco y estaba tan limpio que podías ver tu aliento formando volutas en él. Algunas personas ya habían llegado. Me detuve ante la verja, presa de tal timidez que no me atreví a llamar, y entonces llegó un carruaje del que se apeó una pareja entrada en años. El chófer bajó a abrirles la portezuela y los guió por el paseo hasta donde la simpática doncella de la señora Burge-Jones esperaba con la puerta abierta. Yo me limité a seguirlos humildemente, toda nerviosa, pero la mujer me saludó con la misma cordialidad que a la pareja y nos llevó al salón donde anunció: «El profesor Cayley y su esposa y la señorita Duncan».

Ahora sé que el caballero es el profesor Arthur Cayley, un veterano y muy respetado profesor de la universidad, titular de una cátedra cuyo nombre ahora se me escapa. Los demás lo trataron casi como si fuera un rey. Ya dentro del salón, sabía que iba a sentirme un tanto paralizada porque no conocía a nadie, pero la señora Burge-Jones se hizo cargo de mí enseguida y me presentó a una muchacha, de mi edad o algo más joven pero que estaba mucho más tranquila que yo, llamada señorita Chisholm, y a otros dos caballeros, el señor Wentworth y el señor Morrison.

Después de mi llegada, apareció otro soltero, el señor Young, y luego un matrimonio, el señor y la señora Beddoes, y el último en llegar fue el señor Weatherburn. Saludó cordialmente a los presentes, por lo que vi que los conocía bien a todos, y luego la anfitriona lo trajo hacia mí y me lo presentó. Noté que, cuando lo acosa la timidez, tartamudea un poco.

—¡Válgame Dios! ¡Pe... pero si ya nos co... conocemos! —exclamó, atónito, mirándome con la misma intensidad en sus ojos castaños que ya había visto en ellos

el otro día, en el vestíbulo.

—¿En serio? —dijo la señora Burge-Jones, asombrada.

—Pues sí, me alojo en la misma casa que la señorita Duncan —explicó y añadió que sabía que yo daba clases allí por las tardes, pero que no tenía ni idea de que «la sobrina de Morrison» fuese una de las afortunadas alumnas.

La señora Burge-Jones estuvo amabilísima.

—La señorita Duncan hace maravillas —dijo, efusiva—. A Emily le encantan sus clases, sobre todo las de matemáticas.

Y ello dio lugar a una conversación con el señor Weatherburn acerca de mis métodos e intereses, durante la cual demostré, ay de mí, que soy una completa ignorante y agradecí haber oído hablar del señor Lewis Carroll, porque fue la única cosa que el señor Weatherburn mencionó con la que yo estaba algo familiarizada.

Seguí hablando con torpeza, querida Dora, ruborizándome en grado sumo, y me sentí de lo más aliviada cuando el señor Weatherburn dejó de lado las matemáticas y pasó a otras cuestiones. Pronto, los invitados se reunieron en un par de grupos más grandes y la conversación, de una manera que me pareció absolutamente natural, giró en torno a la muerte de su pobre colega, el señor Akers. Como insinuaba el recorte de periódico que te envié, el difunto no caía bien a nadie. Intentaron hablar de él con el respeto que más o menos merecen los muertos pero, aun así, noté cierta dosis de sarcasmo tras algunos de los comentarios. El señor Beddoes, en particular, cuando habló de la obra de su colega, lo hizo con aparente admiración, aunque parecía insinuarse cierto tono despectivo detrás de ésta. Sus comentarios, sin embargo, sólo provocaron sonrisas de complicidad en sus colegas, quienes conversaron con toda libertad del carácter del pobre caballero fallecido. Según la opinión general, «era bastante insufrible» y la señorita Chisholm llegó a decir que «uno de sus avíos permanentes era su sarcástica sonrisa». Mientras los demás intercambiaban comentarios y observaciones, el señor Weatherburn no dijo nada en absoluto y, durante un rato, se evitó con toda cortesía la naturaleza de la muerte del matemático; sin embargo, de repente, alguien no pudo resistir más y formuló la pregunta que estaba corroyendo a todos desde el principio, si he de juzgar por cómo yo me sentía.

—Bien, Weatherburn, usted cenó con él la noche fatal. ¿De qué hablaron?

—Sí, hum... Sí, cené con él —dijo el señor Weatherburn, cuya manera de hablar es pausada y cauta, debido tal vez a la tartamudez—. Me pareció que quería contarme una idea extraordinaria que se le había ocurrido en los últimos tiempos. Estaba de lo más nervioso.

—¿Una idea extraordinaria? ¿Qué clase de idea? —preguntaron a coro las voces excitadas de todos los matemáticos presentes.

—Al parecer, había trabajado en el problema de los n cuerpos, pero no quiso entrar en detalles. Lo máximo que conseguí fue que sacara un papel del bolsillo del

chaleco y garabatease en él unas fórmulas y me lo enseñara, diciendo que aportaba una solución completa e increíblemente original a las ecuaciones diferenciales del problema de los n cuerpos. Sin embargo, volvió a guardarse el papel antes de que yo pudiera examinarlo de cerca. Me dijo que había ya escrito un esbozo de su demostración de la convergencia de las series. De hecho, yo creo que me pidió que cenáramos juntos por la necesidad que tenía de desfogar sus incontenibles sentimientos de triunfo. Parecía un tanto preocupado por la posible reacción del profesor Cra... Crawford.

—¡Oh, sí, no me sorprende! Creo que Crawford lleva trabajando en secreto en el problema de los n cuerpos desde hace unos cuantos meses, desde que fue declarado problema principal del Concurso del Aniversario que organiza el rey Óscar de Suecia, aunque no quiere admitirlo —comentó el señor Wentworth.

—¡Salvo cuando alude a ello elípticamente después de haber bebido unas cuantas copas! —añadió el señor Morrison.

—Bien, la verdad es que Crawford últimamente ha trabajado mucho —intervino el señor Young—. Hace una semana que casi no se le ve el pelo, encerrado en sus habitaciones de la mañana a la noche. Y no se perdería una velada en casa de la señora Burge-Jones por nada del mundo.

—¿Crawford ha dicho que está trabajando en el problema de los n cuerpos? ¿De veras? —preguntó el señor Beddoes, atónito—. ¡Pero eso es imposible! ¡Del todo imposible! ¡Ja! —Hubo un momento de pausa y entonces añadió en un tono más agresivo—: Es un problema demasiado difícil para un matemático como Crawford. ¡Ese hombre tiene ideas, pero carece de rigor! ¿Cómo puede pretender compararse con un genio como el joven francés Poincaré?

—¿Y alguien sabe qué ha sido del papel que el señor Akers llevaba en el bolsillo del chaleco, el que enseñó al señor Weatherburn mientras cenaban? —preguntó de repente la señorita Chisholm.

Ésa era precisamente la pregunta que yo había deseado hacer, pero no quería intervenir en una conversación sobre la que lo ignoraba absolutamente todo. Debo decir que su franqueza me inspiró simpatía.

Yo ya había notado que, cada vez que hablaba, el señor Wentworth, el señor Morrison y el señor Young acogían sus palabras favorablemente.

Tras el comentario de la señorita Chisholm, se produjo un intercambio general de miradas y reinó el silencio. Nadie parecía tener la respuesta a aquella pregunta tan interesante.

—Sí, estaría bien averiguar qué ha ocurrido con eso, ¿verdad? —dijo el señor Weatherburn despacio.

Anunciaron la cena y todos entramos al comedor emparejados y tomados del brazo; el señor Cayley acompañó a la señora Beddoes y el señor Beddoes hizo lo

propio con la señora Cayley. El señor Morrison tomó del brazo a su hermana y el señor Wentworth se emparejó con la señorita Forsyth, que es la gobernanta de Emily y a quien la señora Burge-Jones había pedido que se incorporase a la cena para que fuésemos pares. La señorita Forsyth enseña a Emily todas las cosas de las que yo, ay de mí, no sé nada: música, bordado, francés y alemán. El señor Young se hizo cargo de la señorita Chisholm y ya ves quién me tocó a mí...

La cena fue deliciosa, en una estancia encantadora, no muy grande pero espaciosa y atractiva. La casa de la señora Burge-Jones debe de ser casi tan grande como la de la señora Fitzwilliam, y es toda para ella, la familia y el servicio. Después supe que su hermano, el señor Morrison, también vive allí. Durante la cena hablamos de infinidad de asuntos; es decir, los otros hablaron y yo escuché casi todo el tiempo, y sólo intercambié unas pocas palabras con mi vecino de la izquierda pero no fui capaz de hacer mucho más que sonrojarme, incómoda. Las cosas fueron bastante más fáciles con mi vecino de la derecha, el señor Beddoes, que iba poniéndose cada vez más amable conforme se iban sucediendo los platos y me dedicó comentarios agradables y me preguntó qué enseñaba y dónde había nacido antes de volver a abstraerse en la comida y en la bebida. Los otros hablaron de temas generales, política, la India, la reina Victoria y diversas cuestiones más, y yo escuché con avidez, sintiéndome triste e ignorante debido a la vida tan reclusa que siempre he llevado. ¡Oh, querida! Pensar que me atrevo a enseñar cualquier cosa cuando sé tan poco... Entre los tartamudeos de timidez de mi izquierda, los comentarios agudos de mí derecha y mi propia ignorancia, estuve todo el tiempo muy nerviosa y no pude apreciar los detalles de la comida, aunque me pareció muy distinta de las tostadas o de la sopa.

Después de la cena, las seis damas nos retiramos al salón; bueno, en realidad sólo lo hicimos cinco, puesto que la señorita Forsyth volvió al piso de arriba con los niños. La conversación fue de lo más interesante. La señora Burge-Jones se quedó viuda hace un tiempo y, aunque no lo dijo así, pareció entristecerse unos instantes cuando comentó que, seis años atrás, le había pedido a su hermano que ocupara las habitaciones del piso de arriba ya que no se sentía a gusto sola con los niños y el servicio en una casa tan grande. El hermano, por supuesto, estuvo encantado con el ofrecimiento porque sabía que allí lo cuidarían bien y lo mimarían. (Lo dijo tal cual, sin el menor asomo del respeto que merece un joven y prometedor becario investigador de la universidad.) Creo que él es el hermano menor. También me contó que Emily tiene un hermano más pequeño, Edmund, que es para Emily lo que el señor Morrison para ella. Edmund estudia en un internado muy bueno, lo cual pone en apuros económicos a la familia, me pareció, aunque la señora Burge-Jones se limitó a suspirar y a decir que la vida no siempre es fácil. Añadió que Edmund es un muchacho muy frágil y que cree que le conviene pasar algunos fines de semana en la casa, aunque el director de la escuela no lo aprueba.

Más tarde, el chico hizo breve acto de presencia con su hermana y fue como ver una rosa blanca y débil al lado de otra roja y lozana. La señora Cayley le preguntó si le gustaba la escuela y si le apetecía volver allí al día siguiente. Opino que fue un error. Pálido de natural, todavía se descoloró más y miró alrededor, hasta que Emily intervino y resolvió la situación afirmando de manera categórica: «Naturalmente, le gusta más estar en casa».

Sin embargo, durante esta conversación después de la cena, me enteré de que la señorita Chisholm es estudiante universitaria y esto fue lo que me asombró más de todo. Estudia matemáticas en el Girton College, uno de esos dos *colleges* donde, según me había dicho la señora Burge-Jones, pueden matricularse señoritas.

Allí, su tutor es el señor Young. La señorita Chisholm dice que, en Inglaterra, las mujeres sólo pueden optar a un título llamado Tripos, pero que no suelen escribir la tesis doctoral.

Sin embargo, es posible, aunque raro para una dama, hacerlo en Alemania, y eso es lo que hará, ya que le gustaría ir a ese país después de haber superado aquí los exámenes. Cuando habla de ello, me recuerda cómo me sentía yo cuando empecé a pensar en venir aquí: con muchas ganas pero casi aterrorizada. Espero de veras tener la oportunidad de coincidir con ella de nuevo.

Esta tarde, he digerido todos estos hechos y he permitido a mi mente soñar y vagar mientras callejeaba sin rumbo fijo, aprovechando que hacía tan buen tiempo precisamente hoy que no estoy obligada a pasar la tarde bajo techo.

Aunque mis pasos me llevan casi siempre hacia las afueras de la ciudad y a los campos, o tomo la dirección de Grantchester, hoy mis piernas se han encaminado hacia la universidad: he seguido Chesterton Road hasta el final de Jesús Green, luego he doblado a la izquierda, por Magdelene Street para tomar por fin Saint John's Street. ¡Es casi tan estupendo como leer la Biblia!

No he podido resistirme a la tentación de echar un buen vistazo al Saint John's, de donde era becario el pobre señor Akers. Me he quedado allí unos momentos, contemplando la imponente fachada roja, encima de cuya entrada principal, flanqueada por torres octogonales decoradas con ladrillos blancos intercalados en el rojo, se abre una hilera de antiguas ventanas en arco coronadas por unas almenas medievales en las cuales una casi espera ver la punta de una flecha, lista para ser disparada.

Al cruzar la entrada, menos imponente pero de estilo similar, que lleva al Trinity Collage, he recordado que allí dentro no sólo vivió Isaac Newton sino que, además, entre sus paredes está el lugar de trabajo diario de mi vecino, el señor Weatherburn. Después, he tomado Trinity Lane y, como en un sueño, he pasado ante sus *colleges* más modestos. Por último, he regresado paseando a orillas del Cam entre los campos verdes tachonados de azafranes y de narcisos trompones a los que dan las estancias

traseras del Trinity y del Saint John's, con sus misteriosos puentes y sus enigmáticas murallas de nostálgicos nombres. Cambridge es un hermoso lugar, Dora, entre otras cosas porque sus campos y edificios están todos impregnados de una sabiduría del pasado que refulge en ellos. Decididamente, no; no lamento en absoluto haber venido aquí.

Con todo mi amor y mis mejores deseos, hasta la próxima

Vanessa

6

Cambridge, lunes, 12 de marzo de 1888

Queridísima hermana:

Desde la cena a la que asistí en su casa, me he hecho muy amiga de Emily. Le agradecería encontrar un nudo nuevo por resolver cada día, pero le limito los problemas a uno por semana, ya que cada vez son más complicados y requieren una mayor reflexión. Me ha prometido por su honor que no pedirá ayuda a su tío. Dice que, a partir de ahora, quiere que vaya a tomar el té a su casa una vez a la semana. Debo confesar que estas salidas me resultan de lo más placentero, un buen cambio con respecto a mis habitaciones, y Emily es una muchacha deliciosa, en absoluto infantil y dotada de una mente indagadora y perspicaz.

Hoy ha sido nuestro primer té juntas. Lo hemos tomado en la salita de los niños, con la señorita Forsyth, cuyo nombre de pila es Annabel, aunque yo no debo usarlo para que Emily no se acostumbre a hacerlo. Nos hemos turnado para contarle a la niña nuestras respectivas infancias y luego le hemos formulado muchas preguntas sobre la suya, puesto que la señorita Forsyth sólo lleva seis años en la casa. Antes de ésta, Emily tuvo una institutriz francesa que se ocupaba de ella y de su hermano, y nos contó lo feliz que era la familia, extendiéndose mucho acerca de su padre. Hablaba de él de una manera dulce y extraña, como si no supiera, o no creyera, que está muerto, sino que más bien lo imaginara en un lugar lejano, desde el cual piensa en la muchacha y se ocupa de ella, esperando verla de nuevo algún día.

Le preguntamos qué había ocurrido para que se marchara la institutriz y nos respondió de una manera muy peculiar, diciendo que no sabía qué había sido de ella con un curioso e indefinible tono de voz. Me pareció que nos ocultaba un secreto o que tal vez había oído decir cosas que no había entendido y las guardaba en su corazoncito esperando que el futuro hiciera luz sobre ellas. Nos dijo que en aquella época se tomó la decisión de buscar un internado para su hermano y que el chico lloró desconsoladamente y suplicó que no lo enviaran lejos de casa. Aunque a la sazón la pobre Emily sólo tenía siete años, comprendió que después de los cambios que se habían producido de manera tan inesperada en el seno de la familia, el pequeño Edmund no soportaría un cambio todavía mayor, aunque la madre opinaba que un hogar sin padre le resultaría intolerable. Los niños tuvieron que obedecer, pero la carita rebelde de Emily indicaba que aún creía que la razón estaba de su parte. Después de lo que pareció un gran esfuerzo por mantener la discreción y los modales

propios de una dama, bajo la suave presión de mis preguntas, de súbito estalló y contó apasionadamente que su hermano detestaba la escuela, que los otros muchachos lo vejaban y lo torturaban y que todos ellos eran maltratados por los maestros.

—Oh, Edmund dice que le pegan terriblemente —explicó entre desconsolados sollozos—, dice que tienen que ir a la oficina del jefe de estudios, todos pálidos y temblorosos, y los que aguardan fuera oyen los gritos más horripilantes. Edmund dice que es casi peor cuando se trata de otro que cuando es uno mismo el que recibe los castigos. ¡Me alegro tanto de no tener que ir a un internado! ¡ Ojalá él pudiera vivir en casa con nosotros y asistir a su escuela, señorita Duncan!

¿Pueden ser ciertos unos hechos tan horrendos, querida Dora? Yo siempre he envidiado la suerte de los muchachos. Tienen libertad para viajar, marcharse de casa, estudiar y más tarde, explorar el mundo. Tal vez, sin embargo, al no haber tenido hermanos, no he comprendido nada de la realidad masculina y me he hecho una imagen ideal de ella. ¡Pobre Edmund! Me encantaría incluir a ese muchachito de piel pálida en mi grupo de niñas lozanas, si eso estuviera permitido, pero algo así resulta impensable. Intenté animar a Emily de todas las maneras posibles y la distraje tanto con historias ridículas que, al cabo de unos momentos, reía a carcajadas en vez de estar al borde de las lágrimas.

¡Y quién fue a presentarse en el cuarto de los niños, en el preciso momento en que terminábamos el té? Pues ni más ni menos que el señor Morrison, que se sentó en un taburete bajo, estiró las piernas y comentó que le parecía que nos lo estábamos pasando mejor que los adultos que tomaban el té con toda solemnidad en la planta baja y que sería tonto si no prefiriera tomarlo con nosotras. Emily hizo payasadas y lo provocó con todo tipo de comentarios, diciendo que no le creía hasta que él la instó a que se apostase algo con él. El señor Morrison no sólo corroboró que acudiría la próxima vez que Emily diera un té, sino que añadió que traería a sus colegas. ¡Válgame el cielo! Espero que lo haya dicho en broma.

—Si pudiera contarme algo más —intervine— sobre el Concurso del Aniversario del que se habló la otra noche en la cena, le estaría muy agradecida. Es la celebración del cumpleaños de un rey, verdad? ¿Qué rey decide celebrar su aniversario con un concurso matemático?

—Por supuesto que se lo voy a contar —replicó con vehemencia—. Nuestro benefactor es el rey Óscar II de Suecia, de la familia Bernadotte. Estudió matemáticas en profundidad mientras cursaba estudios en la Universidad de Upsala, y le interesa mucho esta disciplina. Es, además, amigo íntimo del principal matemático sueco, Gosta Mittag-Leffler. El Concurso del Aniversario fue idea suya y creo que, más que utilizar las matemáticas para celebrar su cumpleaños, alberga la esperanza de que esa fecha ilustre, que a buen seguro irá acompañada de fastos y festividades de todo tipo,

pueda conferir cierta gloria al menos a uno de entre la horda de desconocidos y entregados investigadores esparcidos por toda Europa y dar prestigio a la única revista de matemáticas que se publica en Suecia. Además, como el tema del concurso es un problema concreto, espera motivar bastante a los matemáticos para que den con la solución.

—¿Y podría decirme cuál es el tema del concurso?

—Desde luego. Tengo un par de volúmenes de las *Acta Mathematica* abajo, en mi habitación, y ahora mismo iré a buscarlos —dijo—. La convocatoria del concurso apareció en ellos hace un par o tres de años. Creo que todavía la conservo. —Se puso en pie y, haciendo caso omiso de mis protestas y de mis aseveraciones de que no quería importunarlo, salió a buscarlo y enseguida regresó con un volumen en la mano para mostrarme una página tan ininteligible que no merecía la pena que se hubiese tomado tantas molestias. Para empezar, no sólo la convocatoria del concurso sino todo el libro estaba escrito en francés y en alemán, sin una sola palabra de inglés en sus páginas. El volumen comienza con la convocatoria, escrita en columnas, la de la izquierda en alemán y la de la derecha en francés, y parece como si el francés fuera una lengua más breve que el alemán, pues entre los párrafos franceses hay más espacio en blanco para hacer que comiencen al mismo nivel que sus correspondientes en alemán. No entendí casi nada, aunque algunas palabras francesas como *anniversaire* y *mathématiques* ciertamente suenan familiares. El señor Morrison se sentó ante la mesa de estudio de Emily y, cogiendo la pluma y un trozo de papel, empezó a traducírmelo. Su mirada iba de la página del libro a su escrito y de allí a mi rostro, al tiempo que salpicaba la traducción con toda suerte de indicaciones y comentarios interesantes, por lo que no me aburrí ni un segundo aunque el texto no sólo es largo, sino también imposible de comprender sin la ayuda de unas amables explicaciones.

SU MAJESTAD Óscar II, deseoso de dar una nueva prueba del gran interés que ELLA... no, quiero decir ÉL, pero en francés es siempre «ella», ya que «majestad» en francés es femenino, y en francés el posesivo establece concordancia con el objeto y no con el sujeto, me explica el señor Morrison, (¡oh, querida!), siente en el progreso de las ciencias matemáticas, un interés que ELLA... quiero decir ÉL (estas letras mayúsculas le dan un aire bíblico, pero aparecen así en el original) ya ha expresado en otras ocasiones promoviendo la publicación de las Acta Mathematica, que se realiza bajo SU augusta protección, ha decidido conceder, el 21 de enero de 1889, sexagésimo aniversario de SU nacimiento, un premio para un importante descubrimiento en el ámbito de la matemática analítica superior. El premio consistirá en una Medalla de Oro con la imagen de SU MAJESTAD, de un valor de mil francos, así como la suma de dos mil quinientas coronas de oro (una corona = un

franco y cuarenta céntimos).

—Entonces, ¿todos los matemáticos han de estar familiarizados con el francés y el alemán? —pregunté. Emily se había acercado y escuchaba con interés lo que su tío traducía.

—¡Oh! —exclamó él con un leve sonrojo—. Sí y no. Sólo necesitamos saber leer esas lenguas y, aun así, entender sólo las matemáticas que hay en ellas. Es mucho más fácil que intentar leer una novela. En el peor de los casos, lo único que hay que hacer es ir hasta la siguiente fórmula, que está escrita en una especie de lengua universal que todo el mundo entiende.

Y me mostró una fórmula escrita en la primera página del artículo, después de la convocatoria del concurso, que decía algo sobre el efecto que $xdx + ydy = 0$ tiene sobre la solución general $y = \sqrt{c^2 - x^2}$. ¡Válgame el cielo!

SU MAJESTAD ha encargado la organización del concurso a una comisión formada por tres miembros. El señor KARL WEIERSTRASS, de Berlín, el señor CHARLES HERMITE, de París, y el editor en jefe de su periódico, el señor GUSTA MITTAG-LEFFLER, de Estocolmo.

—Weierstrass es el matemático alemán más venerado y famoso de nuestros días —nos contó el señor Morrison—, el padre de todos, por así decirlo, como el profesor Cayley aquí, en Cambridge, quien habría estado en la comisión, dicen, si en ella hubiesen incluido a un inglés. ¿Sabe usted, señorita Duncan, que el señor Weierstrass es muy famoso por haber tenido no sólo «hijos» matemáticos sino también una «hija»? Sí, la famosa Sofía Kovalievskaia fue alumna suya y hace dos años ganó el Premio Bordín de la Academia de Ciencias Francesa con un artículo tan interesante que doblaron la dotación económica del premio para recompensarlo como se merecía. Ahora ocupa una cátedra extraordinaria en Estocolmo, trabaja en la redacción de este periódico que tengo en las manos y asesora a Mittag-Leffler, creo, en la organización del Concurso del Aniversario.

Yo me había quedado atónita. Alemania y Suecia son países con maravillosas ideas sobre las mujeres que quieren estudiar. Inglaterra parece haberse quedado muy atrás (a juzgar, sobre todo, por las ideas expresadas en *The Monthly Packet*, que hace hincapié en los valores de la obediencia y de la docilidad). Me preguntó si alguna vez tendré la fortuna de visitar dichos países.

El trabajo de los miembros de la comisión fue objeto de un informe estudiado por SU MAJESTAD, y aquí están las conclusiones que ELLA, quiero decir ÉL, ha aprobado:

Tomando en consideración las cuestiones que, por diferentes razones, ocupan a los analistas y cuyas soluciones serían también de un gran interés para el progreso de la ciencia, la comisión respetuosamente propone a SU MAJESTAD que conceda el premio al mejor trabajo sobre uno de los temas siguientes.

1. Dado un sistema con un número arbitrario de puntos materiales que se atraen mutuamente según las leyes de NEWTON, nos proponemos, bajo la hipótesis de que dos puntos nunca chocan, representar las coordenadas de cada punto como series en una variable, expresada mediante funciones de tiempo conocidas, y que convergen uniformemente para cada valor real de la variable.

—¿Qué demonios significa todo eso? —preguntó Emily con curiosidad.

—Permíteme que lo explique —dijo su tío, animado ante la tarea que tenía por delante. Miró alrededor y, acercándose al anaquel de los juguetes, cogió una pelota y una caja de canicas y se sentó con ellas en el suelo.

—Bien —le dijo—, sabes lo que es la gravedad, ¿verdad? Sabes que los objetos caen al suelo porque son atraídos por la fuerza de la gravedad de la Tierra, que es muy grande si se la compara con dichos objetos...

—Bueno —replicó la muchacha con cautela—, sé que a Newton le cayó una manzana en la cabeza.

—¡Ciertamente! ¡Nadie puede criarse en Cambridge sin saberlo! —exclamó el señor Morrison entre carcajadas—. Y hay cierta verdad en ello, y en la idea de que aquel acontecimiento desencadenó toda la teoría de la gravedad en su brillante mente. Oh, él fue nuestro gran genio y nadie ha conseguido superarlo en los últimos ciento cincuenta años. Newton comprendió que si tienes un cuerpo gigantesco, como el Sol, por ejemplo —puso la pelota en el suelo— y un cuerpo más pequeño que se mueve cerca de él —tradujo las palabras en actos con una canica—, éste entrará en la esfera de la gravedad del Sol y empezará a orbitar a su alrededor una y otra vez, sin poder escapar del poder del astro.

—¿Y por qué no se cae en el Sol, como una canica cae en la Tierra? —preguntó Emily, sorprendida—. Una canica no órbita, qué extraño sería verla volar en redondo sin parar...

—Gracias a Newton y a su ley, tenemos la respuesta a esa pregunta; se debe a que la fuerza de la gravedad es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre los cuerpos, pero no te devanes los sesos con eso. Baste decir que gracias a ello,

nosotros, aquí en la Tierra, no nos caemos encima del Sol ni la Luna se nos cae encima. En cualquier caso, antes que Newton, Kepler determinó la forma de la órbita y descubrió que es una elipse y no un círculo perfecto y que seguirá siendo así siempre. Éste es el problema de los dos cuerpos, uno grande y uno pequeño. Ahora, supón que tienes el Sol y dos planetas. Es el problema de los tres cuerpos, el caso más bien especial que se da en nuestro sistema solar, donde uno es extremadamente grande y los otros dos, relativamente pequeños. ¿Qué crees que ocurriría?

—¿No seguirían los dos planetas orbitando en elipse alrededor del Sol, como hacen en nuestro sistema solar? —dijo Emily.

—¡Tu respuesta es casi correcta! —exclamó su tío—. Porque imaginas que cada uno de tus dos pequeños planetas tiene una relación de gravedad sólo con el Sol y actúa exactamente como si estuviera solo con el Sol, pero olvidas la diminuta influencia de cada uno de esos planetas sobre el otro. Por pequeños que sean, se atraen entre sí y causan distorsiones diminutas en la forma de las elipses, y resulta casi imposible descubrir cuál será la naturaleza exacta de los caminos que trazarán en el transcurso del tiempo. Mira, tomemos este pequeño planeta que se desplaza alrededor de esta estrella. Si el otro planeta pequeño no estuviera ahí, se movería de este modo, girando y girando para siempre en una elipse estable. Pero ahora añade el otro planeta. Lo que ocurre es que cuando el primer planeta órbita una vez alrededor de la estrella, su elipse se queda ligeramente deformada por la influencia de la gravedad del otro planeta, por lo que nunca vuelve al mismo punto desde el que comenzó. La diferencia es minúscula... Si hablásemos de la influencia en la tierra de los otros planetas del sistema solar, diríamos que describimos una elipse alrededor del sol en un año exactamente y la deformación sería cuestión de unos pocos centímetros, probablemente. Ahora, el planeta orbitará de nuevo alrededor de la estrella, en una elipse muy similar a la anterior pero no del todo idéntica. Y de nuevo no regresará exactamente al mismo punto inicial. Esto ocurrirá y seguirá ocurriendo, de modo que, en vez de obtener una elipse nítidamente trazada cada vez, obtienes una espiral de elipses, cada una un poco diferente de la anterior.

La canica que el señor Morrison tenía en la mano empezó a moverse alrededor de la pelota en una espiral que progresivamente se volvió más distorsionada y errática.

—Y la pregunta es —prosiguió con vehemencia—, ¿qué ocurre si debido a las diminutas deformaciones de las elipses por el paso del tiempo, al final terminan por escapar, enloquecidos, venciendo la fuerza de la atracción y lanzándose sin control al espacio? Al final, eso será lo que ocurrirá, incluso en nuestro sistema solar. ¡No, no te molestes en preocuparte! Los cálculos demuestran que eso no sucederá en muchísimos años, así que tienes tiempo suficiente para estudiar matemáticas e indagar en el problema de los n cuerpos.

—Así que ésta es la influencia que ejercen los planetas entre sí —comenté,

pensativa—. Es como si describiese el modo en que las relaciones entre los seres humanos distorsionan las relaciones directas y puras entre cada individuo y la Divinidad.

—¡Exacto! —exclamó—. Muy bien dicho. Y ahora que lo menciona, conozco a muchas personas que se hallan en el proceso de alejarse de sus investigaciones —que supongo que podrían considerarse la relación del matemático con la Divinidad— por motivos de celos, resentimiento, etcétera. A veces, los matemáticos pierden un poco la chaveta. Tal vez sea debido a tanta concentración...

Volvió a fijar la vista en el periódico y siguió con la traducción donde la había dejado.

Este problema, cuya solución expandiría considerablemente nuestro conocimiento del sistema del mundo —ésta es la extraña expresión que utilizan los franceses para referirse al sistema solar, con el sol y los planetas—, podría resolverse utilizando los métodos analíticos que ya tenemos a nuestra disposición; al menos, podemos suponerlo, ya que, poco antes de su muerte, LEJEUNE-DIRICHLET confió a un geómetra amigo suyo que había descubierto un método para integrar las ecuaciones diferenciales de la mecánica y que, aplicando este método, había conseguido encontrar una prueba absolutamente rigurosa de la estabilidad de nuestro sistema planetario. Por desgracia, no tenemos ningún conocimiento de este método, salvo que la teoría de las oscilaciones infinitamente pequeñas parece haber sido el punto de partida del descubrimiento. Podemos, sin embargo, suponer con una certeza casi absoluta que este método no está basado en cálculos complicados sino en el desarrollo de una sola idea fundamental, y podemos razonablemente esperar que pueda ser redescubierta a base de profundizar y perseverar en el trabajo. Sin embargo, en caso de que el problema propuesto no pueda ser resuelto antes de la fecha del concurso, el premio podrá ser entregado como recompensa por el trabajo en que se haya tratado de la manera indicada y se haya resuelto por completo algún otro problema de la mecánica.

—Oh, aquí hay algo interesante —nos dijo el señor Morrison—. Dirichlet le contó a un misterioso amigo que había resuelto un problema fundamental y después murió enseguida, hace unos treinta años, sin dejar ninguna pista acerca de cuál podía ser su método. Qué desconsiderado, por su parte.

—¿Y no podríamos identificar al amigo? —pregunté, esperanzada.

—Ya ha sido identificado; en realidad, él mismo se ha dado a conocer, y de una manera un tanto arrogante, dicho sea de paso. Es el matemático alemán Kronecker, directo rival de Weierstrass. Afirma que en este párrafo se ha interpretado mal lo que

Dirichlet le contó pero, por lo que dice, no tiene ni idea ni un recuerdo claro de cuál podía ser el método de marras. Es más probable que su réplica tenga que ver con lo enojado que está por no haber sido incluido en la comisión. Y a continuación, vienen los tres otros problemas planteados para el concurso, pero son mucho menos interesantes.

2. El señor FUCHS demostró en varios de sus artículos que existen funciones uniformes de dos variables, que están relacionadas, por la forma en que son generadas, con las funciones hiperelípticas, pero son más generales que éstas y probablemente podrían adquirir una mayor importancia en el análisis si su teoría se desarrollase más.

Proponemos obtener, de forma explícita, las funciones cuya existencia fue demostrada por el señor FUCHS, en un caso suficientemente general, de modo que se puedan estudiar y reconocer sus propiedades más esenciales.

3. El estudio de las funciones definidas por una ecuación diferencial de primer orden, suficientemente general, cuyo primer término es un polinomio con respecto a la variable, la función y su primera derivada, y con coeficientes racionales.

Los señores Briot y Bouquet abrieron el camino hacia dicho estudio en su artículo sobre este tema (Journal de l'Ecole Polytechnique, cahier 36, pp. 133-198). Los geómetras familiarizados con los resultados descubiertos por estos autores también saben que su trabajo dista mucho de haber agotado la dificultad y la importante materia que ellos fueron los primeros en investigar. Parece probable que un nuevo estudio que se encaminara en la misma dirección condujera a proposiciones de gran interés para el análisis.

4. Sabemos la luz que se ha arrojado sobre la teoría general de las ecuaciones algebraicas mediante el estudio de las ecuaciones especiales que se derivan de la división del círculo en partes iguales y de la división por un número entero del argumento de las funciones elípticas. El importante número trascendente obtenido mediante la expresión del módulo de la teoría de las funciones elípticas por el cociente de los periodos también lleva a las ecuaciones modulares, que han dado origen a conceptos absolutamente nuevos y a resultados muy destacados, como la solución de la ecuación de quinto grado. Pero este número trascendente sólo es el primer término, el caso especial más simple, de una serie infinita de nuevas funciones que H. POINCARÉ ha introducido en la ciencia con el nombre de funciones fuchsianas, y que ha aplicado con éxito a la integración de las ecuaciones

diferenciales lineales de orden arbitrario. Estas funciones, que desempeñan un papel de manifiesta importancia en el análisis, todavía no han sido consideradas desde el punto de vista del álgebra, como ocurre en el caso del trascendente asociado a la teoría de las funciones elípticas, cuya generalización constituyen. Proponemos llenar esta laguna y obtener nuevas ecuaciones análogas a las ecuaciones modulares, mediante el estudio, incluso en un caso especial, de la forma y de las propiedades de las relaciones algebraicas relativas a dos funciones fuchsianas cuando éstas tienen un grupo común.

—Según dicen los que están bien informados —comentó el señor Morrison—, este Henri Poincaré es uno de los favoritos para ganar este concurso. Se trata de una especie de genio, y todo su trabajo se basa exactamente en los problemas propuestos más arriba, en cualquiera de los cuatro. Puede dedicarse al que más le apetezca. En Suecia es muy admirado; mirad, ha publicado dos artículos en este volumen. Fue alumno de Hermite, el miembro francés de la comisión. —Pasó unas cuantas páginas y me mostró el primer artículo matemático del libro, escrito en francés por este tal Poincaré y cuyo título exacto es «Sobre un teorema del señor Fuchs», antes de concluir la traducción de la convocatoria.

En caso de que ninguno de los trabajos presentados a concurso en uno de los tres temas propuestos fuese considerado merecedor del premio, éste podría concederse a un artículo presentado a concurso que contenga una solución completa de un aspecto importante de la teoría de las funciones que no sea ninguno de los que ha propuesto esta comisión.

Las memorias presentadas a concurso deben ir acompañadas de un epígrafe y con el nombre y la dirección del autor en un sobre lacrado dirigido al editor en jefe de las Acta Mathematica antes del 1 de junio de 1888.

La memoria a la que SU MAJESTAD conceda el premio, así como aquel o aquellos otros artículos que la comisión considere merecedores de mención honorífica, serán publicados en Acta Mathematica, y ninguno de ellos podrá ser publicado previamente.

Las memorias pueden estar redactadas en la lengua que desee el autor, pero como los miembros de la comisión pertenecen a tres países distintos, el autor habrá de facilitar una traducción al francés junto con el manuscrito original si la memoria no está escrita en francés. Si no se adjunta dicha traducción, el autor deberá aceptar que la comisión encargue una para su propio uso.

El editor en jefe

—¡Vaya, el 1 de junio! Pero si sólo quedan dos meses —comentó Emily—. ¿Vas a presentar una memoria a este concurso, tío Charles?

—¿Yo? No, en absoluto —respondió él—. Prácticamente no sé nada de los temas que se proponen. No hay muchas personas ahora mismo en Inglaterra que sean capaces de resolverlos. Aunque, si hubiese alguna, estaría aquí, en Cambridge.

—¿De veras? ¿Y tú las conoces? —preguntó.

—En realidad, nadie ha dicho en público que vaya a presentarse al concurso —dijo en tono meditabundo—, pero eso no demuestra mucho, ¿sabes? Al fin y al cabo, no cuesta imaginar que uno prefiera mantener en secreto todo el asunto, para evitar la vergüenza en caso de fracaso, pero envíe su manuscrito, de todos modos.

—Y si alguien lo estuviera haciendo en secreto, ¿quién sería?

—No me extrañaría en absoluto que fuera eso lo que Akers se llevaba entre manos —respondió de repente—. ¿No fue mi amigo Weatherburn quien nos dijo que, la noche antes de morir, Akers le había contado que había dado con una solución? Pobre tipo, qué suerte tan negra la suya. Quizá se encontraba por fin a un paso de la fama y el reconocimiento con los que siempre había soñado.

—¿De veras que soñaba con eso? ¿Y por qué no lo había obtenido?

—Oh, Akers era un buen matemático, con un cerebro rápido y perspicaz, pero carecía de algo que lo habría convertido en un genio. No poseía el don de la visión de conjunto de las cosas. Era, Emily, como si lo pusieras ante un rompecabezas, y él cogiese dos piezas y tratase de unir las, y si no encajaban, probaría con otra y luego otra, muy deprisa y con una vista muy aguda, de modo que al final juntasen unas cuantas y, sin embargo, no tuviese ni idea de la imagen que el rompecabezas le estaba mostrando. Es difícil de explicar.

—Pero, de todos modos, ¿crees que habría encontrado una solución al primer problema?

—¿Y por qué no? Tal vez la solución estaba ahí para quien quisiera verla, y lo único que necesitaba era una repentina y cegadora visión que diera con ella. Tal vez la encontró a base de «profundizar y perseverar en el trabajo», o incluso haciendo ese tipo de «cálculos largos y complicados» que, al parecer, no necesitaba. A menos que haya escrito algo, nunca lo sabremos. Es tan terrible como lo que le ocurrió a Dirichlet.

—Pero Akers escribió algo —apunté—. Tenía un papel con una fórmula en el bolsillo del chaleco y hasta le dijo al señor Weatherburn que había escrito un borrador del manuscrito.

—¡Oh! —exclamó Emily—. ¿Y alguien ha revisado los papeles que dejó en sus habitaciones? —Emily se puso a dar saltitos de impaciencia.

—Por supuesto. Sus papeles y notas han sido minuciosamente leídos, revisados y clasificados por la policía y también por los matemáticos, me figuro. Nadie ha

encontrado manuscrito alguno que contenga la solución completa al problema de los n cuerpos. De haber sido así, a estas alturas ya lo sabríamos.

—¿Y si ya lo había enviado al concurso?

—Si la noche antes de morir le dijo a Weatherburn que se trataba sólo de un borrador, es poco probable que lo hiciera. Hasta el 1 de junio tenía tiempo de sobras para mejorarlo.

—Ojalá tuviéramos el papel que llevaba en el bolsillo y que le enseñó al señor Weatherburn —suspiré—. Seguro que ayudaría.

—Ciertamente, tiene usted razón, señorita Duncan —dijo, pensativo—. Imagínese... Lo que está diciendo puede llegar a ser muy importante. Es probable que los efectos personales que llevaba consigo cuando murió aún estén en la comisaría de policía, ya que su muerte todavía está siendo investigada. Me pregunto si habrán encontrado el papel; me pregunto si alguien ha ido a preguntar por ese detalle. Mañana iré a la comisaría y haré averiguaciones.

—¡Oh, qué emocionante! —gritó Emily—. Imagina que lo encuentras... Entonces, podrías resolver el problema, ganar el premio y darle la medalla a la señorita Duncan como regalo.

—¡Emily! —El señor Morrison estaba atónito—. No hay que robar las ideas de otros.

—¿En serio? ¿Las ideas pueden robarse? —preguntó la muchacha, sorprendida.

—Pues claro. Para un matemático, las ideas son más valiosas que las propiedades. Un matemático preferiría perder su dinero o sus pertenencias antes que perder las ideas.

—Sí, pero en este caso se trataría de las ideas de alguien que está muerto.

—Es posible robarle la memoria a un hombre, Emily —replicó él. Su expresión era muy seria e intensa y me impresionó en grado sumo. Tardaré en olvidar la manera en que habló.

Para los hombres como él, las ideas son más grandes, más reales, más apetecibles y están más llenas de significado que todos los tesoros que han hecho soñar a los hombres desde el principio de los tiempos. Es algo que conmueve de veras.

Os envió muchos y grandes besos a todos.

Vuestra que os ama,

Vanesa

Cambridge, lunes, 12 de marzo de 1888

Queridísima hermana:

Desde la cena a la que asistí en su casa, me he hecho muy amiga de Emily. Le agradecería encontrar un nudo nuevo por resolver cada día, pero le limito los problemas a uno por semana, ya que cada vez son más complicados y requieren una mayor reflexión. Me ha prometido por su honor que no pedirá ayuda a su tío. Dice que, a partir de ahora, quiere que vaya a tomar el té a su casa una vez a la semana. Debo confesar que estas salidas me resultan de lo más placentero, un buen cambio con respecto a mis habitaciones, y Emily es una muchacha deliciosa, en absoluto infantil y dotada de una mente indagadora y perspicaz.

Hoy ha sido nuestro primer té juntas. Lo hemos tomado en la salita de los niños, con la señorita Forsyth, cuyo nombre de pila es Annabel, aunque yo no debo usarlo para que Emily no se acostumbre a hacerlo. Nos hemos turnado para contarle a la niña nuestras respectivas infancias y luego le hemos formulado muchas preguntas sobre la suya, puesto que la señorita Forsyth sólo lleva seis años en la casa. Antes de ésta, Emily tuvo una institutriz francesa que se ocupaba de ella y de su hermano, y nos contó lo feliz que era la familia, extendiéndose mucho acerca de su padre. Hablaba de él de una manera dulce y extraña, como si no supiera, o no creyera, que está muerto, sino que más bien lo imaginara en un lugar lejano, desde el cual piensa en la muchacha y se ocupa de ella, esperando verla de nuevo algún día.

Le preguntamos qué había ocurrido para que se marchara la institutriz y nos respondió de una manera muy peculiar, diciendo que no sabía qué había sido de ella con un curioso e indefinible tono de voz. Me pareció que nos ocultaba un secreto o que tal vez había oído decir cosas que no había entendido y las guardaba en su corazoncito esperando que el futuro hiciera luz sobre ellas. Nos dijo que en aquella época se tomó la decisión de buscar un internado para su hermano y que el chico lloró desconsoladamente y suplicó que no lo enviaran lejos de casa. Aunque a la sazón la pobre Emily sólo tenía siete años, comprendió que después de los cambios que se habían producido de manera tan inesperada en el seno de la familia, el pequeño Edmund no soportaría un cambio todavía mayor, aunque la madre opinaba que un hogar sin padre le resultaría intolerable. Los niños tuvieron que obedecer, pero la carita rebelde de Emily indicaba que aún creía que la razón estaba de su parte. Después de lo que pareció un gran esfuerzo por mantener la discreción y los modales

propios de una dama, bajo la suave presión de mis preguntas, de súbito estalló y contó apasionadamente que su hermano detestaba la escuela, que los otros muchachos lo vejaban y lo torturaban y que todos ellos eran maltratados por los maestros.

—Oh, Edmund dice que le pegan terriblemente —explicó entre desconsolados sollozos—, dice que tienen que ir a la oficina del jefe de estudios, todos pálidos y temblorosos, y los que aguardan fuera oyen los gritos más horripilantes. Edmund dice que es casi peor cuando se trata de otro que cuando es uno mismo el que recibe los castigos. ¡Me alegro tanto de no tener que ir a un internado! ¡ Ojalá él pudiera vivir en casa con nosotros y asistir a su escuela, señorita Duncan!

¿Pueden ser ciertos unos hechos tan horrendos, querida Dora? Yo siempre he envidiado la suerte de los muchachos. Tienen libertad para viajar, marcharse de casa, estudiar y más tarde, explorar el mundo. Tal vez, sin embargo, al no haber tenido hermanos, no he comprendido nada de la realidad masculina y me he hecho una imagen ideal de ella. ¡Pobre Edmund! Me encantaría incluir a ese muchachito de piel pálida en mi grupo de niñas lozanas, si eso estuviera permitido, pero algo así resulta impensable. Intenté animar a Emily de todas las maneras posibles y la distraje tanto con historias ridículas que, al cabo de unos momentos, reía a carcajadas en vez de estar al borde de las lágrimas.

¡Y quién fue a presentarse en el cuarto de los niños, en el preciso momento en que terminábamos el té? Pues ni más ni menos que el señor Morrison, que se sentó en un taburete bajo, estiró las piernas y comentó que le parecía que nos lo estábamos pasando mejor que los adultos que tomaban el té con toda solemnidad en la planta baja y que sería tonto si no prefiriera tomarlo con nosotras. Emily hizo payasadas y lo provocó con todo tipo de comentarios, diciendo que no le creía hasta que él la instó a que se apostase algo con él. El señor Morrison no sólo corroboró que acudiría la próxima vez que Emily diera un té, sino que añadió que traería a sus colegas. ¡Válgame el cielo! Espero que lo haya dicho en broma.

—Si pudiera contarme algo más —intervine— sobre el Concurso del Aniversario del que se habló la otra noche en la cena, le estaría muy agradecida. Es la celebración del cumpleaños de un rey, verdad? ¿Qué rey decide celebrar su aniversario con un concurso matemático?

—Por supuesto que se lo voy a contar —replicó con vehemencia—. Nuestro benefactor es el rey Óscar II de Suecia, de la familia Bernadotte. Estudió matemáticas en profundidad mientras cursaba estudios en la Universidad de Upsala, y le interesa mucho esta disciplina. Es, además, amigo íntimo del principal matemático sueco, Gosta Mittag-Leffler. El Concurso del Aniversario fue idea suya y creo que, más que utilizar las matemáticas para celebrar su cumpleaños, alberga la esperanza de que esa fecha ilustre, que a buen seguro irá acompañada de fastos y festividades de todo tipo,

pueda conferir cierta gloria al menos a uno de entre la horda de desconocidos y entregados investigadores esparcidos por toda Europa y dar prestigio a la única revista de matemáticas que se publica en Suecia. Además, como el tema del concurso es un problema concreto, espera motivar bastante a los matemáticos para que den con la solución.

—¿Y podría decirme cuál es el tema del concurso?

—Desde luego. Tengo un par de volúmenes de las *Acta Mathematica* abajo, en mi habitación, y ahora mismo iré a buscarlos —dijo—. La convocatoria del concurso apareció en ellos hace un par o tres de años. Creo que todavía la conservo. —Se puso en pie y, haciendo caso omiso de mis protestas y de mis aseveraciones de que no quería importunarlo, salió a buscarlo y enseguida regresó con un volumen en la mano para mostrarme una página tan ininteligible que no merecía la pena que se hubiese tomado tantas molestias. Para empezar, no sólo la convocatoria del concurso sino todo el libro estaba escrito en francés y en alemán, sin una sola palabra de inglés en sus páginas. El volumen comienza con la convocatoria, escrita en columnas, la de la izquierda en alemán y la de la derecha en francés, y parece como si el francés fuera una lengua más breve que el alemán, pues entre los párrafos franceses hay más espacio en blanco para hacer que comiencen al mismo nivel que sus correspondientes en alemán. No entendí casi nada, aunque algunas palabras francesas como *anniversaire* y *mathématiques* ciertamente suenan familiares. El señor Morrison se sentó ante la mesa de estudio de Emily y, cogiendo la pluma y un trozo de papel, empezó a traducírmelo. Su mirada iba de la página del libro a su escrito y de allí a mi rostro, al tiempo que salpicaba la traducción con toda suerte de indicaciones y comentarios interesantes, por lo que no me aburrí ni un segundo aunque el texto no sólo es largo, sino también imposible de comprender sin la ayuda de unas amables explicaciones.

SU MAJESTAD Óscar II, deseoso de dar una nueva prueba del gran interés que ELLA... no, quiero decir ÉL, pero en francés es siempre «ella», ya que «majestad» en francés es femenino, y en francés el posesivo establece concordancia con el objeto y no con el sujeto, me explica el señor Morrison, (¡oh, querida!), siente en el progreso de las ciencias matemáticas, un interés que ELLA... quiero decir ÉL (estas letras mayúsculas le dan un aire bíblico, pero aparecen así en el original) ya ha expresado en otras ocasiones promoviendo la publicación de las Acta Mathematica, que se realiza bajo SU augusta protección, ha decidido conceder, el 21 de enero de 1889, sexagésimo aniversario de SU nacimiento, un premio para un importante descubrimiento en el ámbito de la matemática analítica superior. El premio consistirá en una Medalla de Oro con la imagen de SU MAJESTAD, de un valor de mil francos, así como la suma de dos mil quinientas coronas de oro (una corona = un

franco y cuarenta céntimos).

—Entonces, ¿todos los matemáticos han de estar familiarizados con el francés y el alemán? —pregunté. Emily se había acercado y escuchaba con interés lo que su tío traducía.

—¡Oh! —exclamó él con un leve sonrojo—. Sí y no. Sólo necesitamos saber leer esas lenguas y, aun así, entender sólo las matemáticas que hay en ellas. Es mucho más fácil que intentar leer una novela. En el peor de los casos, lo único que hay que hacer es ir hasta la siguiente fórmula, que está escrita en una especie de lengua universal que todo el mundo entiende.

Y me mostró una fórmula escrita en la primera página del artículo, después de la convocatoria del concurso, que decía algo sobre el efecto que $xdx + ydy = 0$ tiene sobre la solución general $y = \sqrt{c^2 - x^2}$. ¡Válgame el cielo!

SU MAJESTAD ha encargado la organización del concurso a una comisión formada por tres miembros. El señor KARL WEIERSTRASS, de Berlín, el señor CHARLES HERMITE, de París, y el editor en jefe de su periódico, el señor GUSTA MITTAG-LEFFLER, de Estocolmo.

—Weierstrass es el matemático alemán más venerado y famoso de nuestros días —nos contó el señor Morrison—, el padre de todos, por así decirlo, como el profesor Cayley aquí, en Cambridge, quien habría estado en la comisión, dicen, si en ella hubiesen incluido a un inglés. ¿Sabe usted, señorita Duncan, que el señor Weierstrass es muy famoso por haber tenido no sólo «hijos» matemáticos sino también una «hija»? Sí, la famosa Sofía Kovalievskaia fue alumna suya y hace dos años ganó el Premio Bordín de la Academia de Ciencias Francesa con un artículo tan interesante que doblaron la dotación económica del premio para recompensarlo como se merecía. Ahora ocupa una cátedra extraordinaria en Estocolmo, trabaja en la redacción de este periódico que tengo en las manos y asesora a Mittag-Leffler, creo, en la organización del Concurso del Aniversario.

Yo me había quedado atónita. Alemania y Suecia son países con maravillosas ideas sobre las mujeres que quieren estudiar. Inglaterra parece haberse quedado muy atrás (a juzgar, sobre todo, por las ideas expresadas en *The Monthly Packet*, que hace hincapié en los valores de la obediencia y de la docilidad). Me preguntó si alguna vez tendré la fortuna de visitar dichos países.

El trabajo de los miembros de la comisión fue objeto de un informe estudiado por SU MAJESTAD, y aquí están las conclusiones que ELLA, quiero decir ÉL, ha

aprobado:

Tomando en consideración las cuestiones que, por diferentes razones, ocupan a los analistas y cuyas soluciones serían también de un gran interés para el progreso de la ciencia, la comisión respetuosamente propone a SU MAJESTAD que conceda el premio al mejor trabajo sobre uno de los temas siguientes.

1. Dado un sistema con un número arbitrario de puntos materiales que se atraen mutuamente según las leyes de NEWTON, nos proponemos, bajo la hipótesis de que dos puntos nunca chocan, representar las coordenadas de cada punto como series en una variable, expresada mediante funciones de tiempo conocidas, y que convergen uniformemente para cada valor real de la variable.

—¿Qué demonios significa todo eso? —preguntó Emily con curiosidad.

—Permíteme que lo explique —dijo su tío, animado ante la tarea que tenía por delante. Miró alrededor y, acercándose al anaquel de los juguetes, cogió una pelota y una caja de canicas y se sentó con ellas en el suelo.

—Bien —le dijo—, sabes lo que es la gravedad, ¿verdad? Sabes que los objetos caen al suelo porque son atraídos por la fuerza de la gravedad de la Tierra, que es muy grande si se la compara con dichos objetos...

—Bueno —replicó la muchacha con cautela—, sé que a Newton le cayó una manzana en la cabeza.

—¡Ciertamente! ¡Nadie puede criarse en Cambridge sin saberlo! —exclamó el señor Morrison entre carcajadas—. Y hay cierta verdad en ello, y en la idea de que aquel acontecimiento desencadenó toda la teoría de la gravedad en su brillante mente. Oh, él fue nuestro gran genio y nadie ha conseguido superarlo en los últimos ciento cincuenta años. Newton comprendió que si tienes un cuerpo gigantesco, como el Sol, por ejemplo —puso la pelota en el suelo— y un cuerpo más pequeño que se mueve cerca de él —tradujo las palabras en actos con una canica—, éste entrará en la esfera de la gravedad del Sol y empezará a orbitar a su alrededor una y otra vez, sin poder escapar del poder del astro.

—¿Y por qué no se cae en el Sol, como una canica cae en la Tierra? —preguntó Emily, sorprendida—. Una canica no órbita, qué extraño sería verla volar en redondo sin parar...

—Gracias a Newton y a su ley, tenemos la respuesta a esa pregunta; se debe a que la fuerza de la gravedad es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre los cuerpos, pero no te devanes los sesos con eso. Baste decir que gracias a ello, nosotros, aquí en la Tierra, no nos caemos encima del Sol ni la Luna se nos cae encima. En cualquier caso, antes que Newton, Kepler determinó la forma de la órbita

y descubrió que es una elipse y no un círculo perfecto y que seguirá siendo así siempre. Éste es el problema de los dos cuerpos, uno grande y uno pequeño. Ahora, supón que tienes el Sol y dos planetas. Es el problema de los tres cuerpos, el caso más bien especial que se da en nuestro sistema solar, donde uno es extremadamente grande y los otros dos, relativamente pequeños. ¿Qué crees que ocurriría?

—¿No seguirían los dos planetas orbitando en elipse alrededor del Sol, como hacen en nuestro sistema solar? —dijo Emily.

—¡Tu respuesta es casi correcta! —exclamó su tío—. Porque imaginas que cada uno de tus dos pequeños planetas tiene una relación de gravedad sólo con el Sol y actúa exactamente como si estuviera solo con el Sol, pero olvidas la diminuta influencia de cada uno de esos planetas sobre el otro. Por pequeños que sean, se atraen entre sí y causan distorsiones diminutas en la forma de las elipses, y resulta casi imposible descubrir cuál será la naturaleza exacta de los caminos que trazarán en el transcurso del tiempo. Mira, tomemos este pequeño planeta que se desplaza alrededor de esta estrella. Si el otro planeta pequeño no estuviera ahí, se movería de este modo, girando y girando para siempre en una elipse estable. Pero ahora añade el otro planeta. Lo que ocurre es que cuando el primer planeta órbita una vez alrededor de la estrella, su elipse se queda ligeramente deformada por la influencia de la gravedad del otro planeta, por lo que nunca vuelve al mismo punto desde el que comenzó. La diferencia es minúscula... Si hablásemos de la influencia en la tierra de los otros planetas del sistema solar, diríamos que describimos una elipse alrededor del sol en un año exactamente y la deformación sería cuestión de unos pocos centímetros, probablemente. Ahora, el planeta orbitará de nuevo alrededor de la estrella, en una elipse muy similar a la anterior pero no del todo idéntica. Y de nuevo no regresará exactamente al mismo punto inicial. Esto ocurrirá y seguirá ocurriendo, de modo que, en vez de obtener una elipse nítidamente trazada cada vez, obtienes una espiral de elipses, cada una un poco diferente de la anterior.

La canica que el señor Morrison tenía en la mano empezó a moverse alrededor de la pelota en una espiral que progresivamente se volvió más distorsionada y errática.

—Y la pregunta es —prosiguió con vehemencia—, ¿qué ocurre si debido a las diminutas deformaciones de las elipses por el paso del tiempo, al final terminan por escapar, enloquecidos, venciendo la fuerza de la atracción y lanzándose sin control al espacio? Al final, eso será lo que ocurrirá, incluso en nuestro sistema solar. ¡No, no te molestes en preocuparte! Los cálculos demuestran que eso no sucederá en muchísimos años, así que tienes tiempo suficiente para estudiar matemáticas e indagar en el problema de los n cuerpos.

—Así que ésta es la influencia que ejercen los planetas entre sí —comenté, pensativa—. Es como si describiese el modo en que las relaciones entre los seres humanos distorsionan las relaciones directas y puras entre cada individuo y la Divi-

nidad.

—¡Exacto! —exclamó—. Muy bien dicho. Y ahora que lo menciona, conozco a muchas personas que se hallan en el proceso de alejarse de sus investigaciones —que supongo que podrían considerarse la relación del matemático con la Divinidad— por motivos de celos, resentimiento, etcétera. A veces, los matemáticos pierden un poco la chaveta. Tal vez sea debido a tanta concentración...

Volvió a fijar la vista en el periódico y siguió con la traducción donde la había dejado.

Este problema, cuya solución expandiría considerablemente nuestro conocimiento del sistema del mundo —ésta es la extraña expresión que utilizan los franceses para referirse al sistema solar, con el sol y los planetas—, podría resolverse utilizando los métodos analíticos que ya tenemos a nuestra disposición; al menos, podemos suponerlo, ya que, poco antes de su muerte, LEJEUNE-DIRICHLET confió a un geómetra amigo suyo que había descubierto un método para integrar las ecuaciones diferenciales de la mecánica y que, aplicando este método, había conseguido encontrar una prueba absolutamente rigurosa de la estabilidad de nuestro sistema planetario. Por desgracia, no tenemos ningún conocimiento de este método, salvo que la teoría de las oscilaciones infinitamente pequeñas parece haber sido el punto de partida del descubrimiento. Podemos, sin embargo, suponer con una certeza casi absoluta que este método no está basado en cálculos complicados sino en el desarrollo de una sola idea fundamental, y podemos razonablemente esperar que pueda ser redescubierta a base de profundizar y perseverar en el trabajo. Sin embargo, en caso de que el problema propuesto no pueda ser resuelto antes de la fecha del concurso, el premio podrá ser entregado como recompensa por el trabajo en que se haya tratado de la manera indicada y se haya resuelto por completo algún otro problema de la mecánica.

—Oh, aquí hay algo interesante —nos dijo el señor Morrison—. Dirichlet le contó a un misterioso amigo que había resuelto un problema fundamental y después murió enseguida, hace unos treinta años, sin dejar ninguna pista acerca de cuál podía ser su método. Qué desconsiderado, por su parte.

—¿Y no podríamos identificar al amigo? —pregunté, esperanzada.

—Ya ha sido identificado; en realidad, él mismo se ha dado a conocer, y de una manera un tanto arrogante, dicho sea de paso. Es el matemático alemán Kronecker, directo rival de Weierstrass. Afirma que en este párrafo se ha interpretado mal lo que Dirichlet le contó pero, por lo que dice, no tiene ni idea ni un recuerdo claro de cuál podía ser el método de marras. Es más probable que su réplica tenga que ver con lo

enojado que está por no haber sido incluido en la comisión. Y a continuación, vienen los tres otros problemas planteados para el concurso, pero son mucho menos interesantes.

2. *El señor FUCHS demostró en varios de sus artículos que existen funciones uniformes de dos variables, que están relacionadas, por la forma en que son generadas, con las funciones hiperelípticas, pero son más generales que éstas y probablemente podrían adquirir una mayor importancia en el análisis si su teoría se desarrollase más.*

Proponemos obtener, de forma explícita, las funciones cuya existencia fue demostrada por el señor FUCHS, en un caso suficientemente general, de modo que se puedan estudiar y reconocer sus propiedades más esenciales.

3. *El estudio de las funciones definidas por una ecuación diferencial de primer orden, suficientemente general, cuyo primer término es un polinomio con respecto a la variable, la función y su primera derivada, y con coeficientes racionales.*

Los señores Briot y Bouquet abrieron el camino hacia dicho estudio en su artículo sobre este tema (Journal de l'Ecole Polytechnique, cahier 36, pp. 133-198). Los geómetras familiarizados con los resultados descubiertos por estos autores también saben que su trabajo dista mucho de haber agotado la dificultad y la importante materia que ellos fueron los primeros en investigar. Parece probable que un nuevo estudio que se encaminara en la misma dirección condujera a proposiciones de gran interés para el análisis.

4. *Sabemos la luz que se ha arrojado sobre la teoría general de las ecuaciones algebraicas mediante el estudio de las ecuaciones especiales que se derivan de la división del círculo en partes iguales y de la división por un número entero del argumento de las funciones elípticas. El importante número trascendente obtenido mediante la expresión del módulo de la teoría de las funciones elípticas por el cociente de los periodos también lleva a las ecuaciones modulares, que han dado origen a conceptos absolutamente nuevos y a resultados muy destacados, como la solución de la ecuación de quinto grado. Pero este número trascendente sólo es el primer término, el caso especial más simple, de una serie infinita de nuevas funciones que H. POINCARÉ ha introducido en la ciencia con el nombre de funciones fuchsianas, y que ha aplicado con éxito a la integración de las ecuaciones diferenciales lineales de orden arbitrario. Estas funciones, que desempeñan un papel de manifiesta importancia en el análisis, todavía no han sido consideradas desde el*

punto de vista del álgebra, como ocurre en el caso del trascendente asociado a la teoría de las funciones elípticas, cuya generalización constituyen. Proponemos llenar esta laguna y obtener nuevas ecuaciones análogas a las ecuaciones modulares, mediante el estudio, incluso en un caso especial, de la forma y de las propiedades de las relaciones algebraicas relativas a dos funciones fuchsianas cuando éstas tienen un grupo común.

—Según dicen los que están bien informados —comentó el señor Morrison—, este Henri Poincaré es uno de los favoritos para ganar este concurso. Se trata de una especie de genio, y todo su trabajo se basa exactamente en los problemas propuestos más arriba, en cualquiera de los cuatro. Puede dedicarse al que más le apetezca. En Suecia es muy admirado; mirad, ha publicado dos artículos en este volumen. Fue alumno de Hermite, el miembro francés de la comisión. —Pasó unas cuantas páginas y me mostró el primer artículo matemático del libro, escrito en francés por este tal Poincaré y cuyo título exacto es «Sobre un teorema del señor Fuchs», antes de concluir la traducción de la convocatoria.

En caso de que ninguno de los trabajos presentados a concurso en uno de los tres temas propuestos fuese considerado merecedor del premio, éste podría concederse a un artículo presentado a concurso que contenga una solución completa de un aspecto importante de la teoría de las funciones que no sea ninguno de los que ha propuesto esta comisión.

Las memorias presentadas a concurso deben ir acompañadas de un epígrafe y con el nombre y la dirección del autor en un sobre lacrado dirigido al editor en jefe de las Acta Mathematica antes del 1 de junio de 1888.

La memoria a la que SU MAJESTAD conceda el premio, así como aquel o aquellos otros artículos que la comisión considere merecedores de mención honorífica, serán publicados en Acta Mathematica, y ninguno de ellos podrá ser publicado previamente.

Las memorias pueden estar redactadas en la lengua que desee el autor, pero como los miembros de la comisión pertenecen a tres países distintos, el autor habrá de facilitar una traducción al francés junto con el manuscrito original si la memoria no está escrita en francés. Si no se adjunta dicha traducción, el autor deberá aceptar que la comisión encargue una para su propio uso.

El editor en jefe

—¡Vaya, el 1 de junio! Pero si sólo quedan dos meses —comentó Emily—. ¿Vas a presentar una memoria a este concurso, tío Charles?

—¿Yo? No, en absoluto —respondió él—. Prácticamente no sé nada de los temas que se proponen. No hay muchas personas ahora mismo en Inglaterra que sean capaces de resolverlos. Aunque, si hubiese alguna, estaría aquí, en Cambridge.

—¿De veras? ¿Y tú las conoces? —preguntó.

—En realidad, nadie ha dicho en público que vaya a presentarse al concurso —dijo en tono meditabundo—, pero eso no demuestra mucho, ¿sabes? Al fin y al cabo, no cuesta imaginar que uno prefiera mantener en secreto todo el asunto, para evitar la vergüenza en caso de fracaso, pero envíe su manuscrito, de todos modos.

—Y si alguien lo estuviera haciendo en secreto, ¿quién sería?

—No me extrañaría en absoluto que fuera eso lo que Akers se llevaba entre manos —respondió de repente—. ¿No fue mi amigo Weatherburn quien nos dijo que, la noche antes de morir, Akers le había contado que había dado con una solución? Pobre tipo, qué suerte tan negra la suya. Quizá se encontraba por fin a un paso de la fama y el reconocimiento con los que siempre había soñado.

—¿De veras que soñaba con eso? ¿Y por qué no lo había obtenido?

—Oh, Akers era un buen matemático, con un cerebro rápido y perspicaz, pero carecía de algo que lo habría convertido en un genio. No poseía el don de la visión de conjunto de las cosas. Era, Emily, como si lo pusieras ante un rompecabezas, y él cogiese dos piezas y tratase de unir las, y si no encajaban, probaría con otra y luego otra, muy deprisa y con una vista muy aguda, de modo que al final juntasen unas cuantas y, sin embargo, no tuviese ni idea de la imagen que el rompecabezas le estaba mostrando. Es difícil de explicar.

—Pero, de todos modos, ¿crees que habría encontrado una solución al primer problema?

—¿Y por qué no? Tal vez la solución estaba ahí para quien quisiera verla, y lo único que necesitaba era una repentina y cegadora visión que diera con ella. Tal vez la encontró a base de «profundizar y perseverar en el trabajo», o incluso haciendo ese tipo de «cálculos largos y complicados» que, al parecer, no necesitaba. A menos que haya escrito algo, nunca lo sabremos. Es tan terrible como lo que le ocurrió a Dirichlet.

—Pero Akers escribió algo —apunté—. Tenía un papel con una fórmula en el bolsillo del chaleco y hasta le dijo al señor Weatherburn que había escrito un borrador del manuscrito.

—¡Oh! —exclamó Emily—. ¿Y alguien ha revisado los papeles que dejó en sus habitaciones? —Emily se puso a dar saltitos de impaciencia.

—Por supuesto. Sus papeles y notas han sido minuciosamente leídos, revisados y clasificados por la policía y también por los matemáticos, me figuro. Nadie ha

encontrado manuscrito alguno que contenga la solución completa al problema de los n cuerpos. De haber sido así, a estas alturas ya lo sabríamos.

—¿Y si ya lo había enviado al concurso?

—Si la noche antes de morir le dijo a Weatherburn que se trataba sólo de un borrador, es poco probable que lo hiciera. Hasta el 1 de junio tenía tiempo de sobras para mejorarlo.

—Ojalá tuviéramos el papel que llevaba en el bolsillo y que le enseñó al señor Weatherburn —suspiré—. Seguro que ayudaría.

—Ciertamente, tiene usted razón, señorita Duncan —dijo, pensativo—. Imagínese... Lo que está diciendo puede llegar a ser muy importante. Es probable que los efectos personales que llevaba consigo cuando murió aún estén en la comisaría de policía, ya que su muerte todavía está siendo investigada. Me pregunto si habrán encontrado el papel; me pregunto si alguien ha ido a preguntar por ese detalle. Mañana iré a la comisaría y haré averiguaciones.

—¡Oh, qué emocionante! —gritó Emily—. Imagina que lo encuentras... Entonces, podrías resolver el problema, ganar el premio y darle la medalla a la señorita Duncan como regalo.

—¡Emily! —El señor Morrison estaba atónito—. No hay que robar las ideas de otros.

—¿En serio? ¿Las ideas pueden robarse? —preguntó la muchacha, sorprendida.

—Pues claro. Para un matemático, las ideas son más valiosas que las propiedades. Un matemático preferiría perder su dinero o sus pertenencias antes que perder las ideas.

—Sí, pero en este caso se trataría de las ideas de alguien que está muerto.

—Es posible robarle la memoria a un hombre, Emily —replicó él. Su expresión era muy seria e intensa y me impresionó en grado sumo. Tardaré en olvidar la manera en que habló.

Para los hombres como él, las ideas son más grandes, más reales, más apetecibles y están más llenas de significado que todos los tesoros que han hecho soñar a los hombres desde el principio de los tiempos. Es algo que conmueve de veras.

Os envió muchos y grandes besos a todos.

Vuestra que os ama,

Vanesa

Cambridge, martes, 20 de marzo de 1888

Querida Dora:

El placer de recibir, por fin, una larga carta tuya, compensó mis sentimientos ante las tristes noticias que me das. ¡Conque el señor Edwards se marcha a la India...! No es de extrañar que cuando se enteró, dudara y tardase tanto en ir a verte. Le habrá resultado muy difícil afrontar la necesidad de darte unas noticias que sabía que te dolerían. Y así, él se marcha a desgana y está decepcionado por no haber tenido un éxito más brillante en sus estudios y porque marcharse es la única opción que le queda... Oh, Dora, muchas damas se casan con funcionarios destinados a la India y se van a vivir con ellos. Es de lo más frecuente, por lo que no debes pensar que todo ha terminado. Comprendo, sin embargo, que ahora ni siquiera puedas considerar la cuestión, pues todavía lo conoces muy poco. Necesitarías un noviazgo largo, como todo el mundo, y ahora, en cambio, sólo recibirás cartas. Pronto serás la persona del país que más cartas recibe. Y esperarás que regrese de permiso. Deseo de veras que descubras que saber lo que ocurre, por triste que sea, es mejor que no saberlo y que la primavera te haga recuperar el gusto por la vida.

Debo confesar que yo esperaba tener noticias emocionantes que darte para continuar mi relato matemático y aguardé con impaciencia los resultados de la visita del señor Morrison a la policía. Sin embargo, Emily me ha dicho que ha vuelto con las manos vacías, qué lástima. Según parece, todos los efectos personales del señor Akers han sido enviados a su allegado más próximo, que es una mujer que vive desde hace tiempo en el continente. La policía le mostró una lista al señor Morrison y, al parecer, no sólo había un papel en sus bolsillos sino también muchos otros fragmentos de papeles, todos llenos de fórmulas matemáticas, además del surtido habitual de monedas, llaves, una agenda, etcétera. En cualquier caso, todo eso ya no está aquí.

Emily también me ha mostrado un recorte de periódico de hace unos días que le ha dado su tío. Yo no lo había visto.

LA MUERTE DEL MATEMÁTICO SIGUE SIENDO UN MISTERIO

El asesinato del doctor Geoffrey Akers, becario superior de Matemática Pura del Saint John's Collage, todavía no se ha resuelto. La policía sólo tiene una pista y ésta es, al parecer, inexplicable. Al preguntarse los

inspectores si el asesino podía ser un ladrón, revisaron sus habitaciones para ver si se habían llevado algo. La investigación no ha resultado concluyente. Las habitaciones presentaban signos de haber sido revueltas; todo estaba muy desordenado y había cajones abiertos, pero no ha desaparecido nada de valor. «Probablemente, todo ese desorden es cosa del señor Akers», dijo la señora Wiggins, que limpiaba las estancias. «No he visto una habitación más desaseada que la suya. No había más que papeles sucios y colillas de cigarro. En cualquier caso, el señor Akers no guardaba nada de valor en sus habitaciones, como no quisieran robarle la ropa vieja...» Podría ser que el asesinato lo hubiese cometido un ladrón decepcionado que esperase encontrar algo mejor.

¡Esto tal vez explique la ausencia de un manuscrito con la solución al problema de los n cuerpos! Por lo que se refiere al famoso trozo de papel, o se lo han enviado a sus allegados, o alguien lo ha tirado a la basura o... Hay un pensamiento horripilante que no puedo evitar: tal vez la misma persona que le asestó el terrible golpe mortal metió después la mano en el bolsillo del muerto y...

¡Oh, Dora! ¿Qué estoy diciendo? ¿Que en vez de tratarse de un mero caco, el asesino podría ser un matemático que mata para robar una idea? ¿Esa misma idea de la que el señor Morrison dijo que era más valiosa que el dinero o las pertenencias?

¡Qué pensamiento tan terrible! Y, sin embargo, cuanto más reflexiono en ello, más creo que debió de ser así. Lo mataron en sus habitaciones de la universidad. ¿Por qué iba a entrar ahí un extraño? Oh, querida. Ojalá pudiera hablar de esto con alguien. El jueves próximo iré a tomar el té con Emily. Acaso el señor Morrison suba al cuarto de los niños. ¿Me atreveré a preguntarle lo que piensa del asunto? ¿Y si ha sido él? No, esto es ridículo. ¡Debo parar!

Nerviosa, te dejo por hoy,

Vanessa

Queridísima Dora:

En mi mente sigue reinando la confusión con respecto a los matemáticos y a los asesinos. Durante varios días había conseguido contener esos pensamientos, concentrándome en el trabajo y distrayéndome con unos largos paseos después de las lecciones, ahora que el sol se pone más tarde. Me resulta muy difícil describir lo hermosa que se ve la ciudad cuando la noche empieza a caer sobre ella. Sin borrar ninguna de las bellezas de los *colleges* medievales, la oscuridad difumina esas pequeñas cosas que realzan los detalles de la vida moderna; los letreros de las tiendas se vuelven ilegibles en el crepúsculo y las distintas modas se ven todas iguales. Del conjunto de *colleges* majestuosos, el que al atardecer me parece más sublime es el King's. Los edificios centrales quedan ocultos detrás de un muro de tracería, cuyo borde superior de color negro se recorta ante un cielo cada vez más oscuro. A través de los arcos decorados de las puertas puede verse el jardín; el muro es, en realidad, innecesario, una delicada extravagancia. El lunes, al terminar las clases de la tarde, volví a casa de la señora Burge-Jones con Emily y la señorita Forsyth. Nos internamos en el recinto y yo casi imaginé que albergaba princesas y caballeros de brillante armadura, en lugar de las hordas de estudiantes de togas negras ocupados en ecuaciones y fechas...

Por fin, llegamos a la casa y, no bien nos hubimos acomodado ante una estupenda taza de té, ¿quién dirías que apareció? Pues ni más ni menos que el señor Morrison. Y no se presentó solo, sino que lo hizo acompañado del señor Weatherburn. Los latidos del corazón me retumbaron en los oídos y la sangre afluyó a mi rostro ya que había advertido, con inconfundible claridad, que el terrible pensamiento que tanto me había esforzado en contener era precisamente éste: que él era el asesino. Oh, Dora, el papel, la fórmula matemática,.. ¡No lo sabía nadie salvo el señor Weatherburn!

Y en el preciso instante en que esos pensamientos se agolparon en mi mente, me tranquilicé por completo. Del mismo modo que te ocurrió a ti con el señor Edwards, pensar resultó ser más saludable que rehuir aquellas ideas. Recordé que había sido el propio señor Weatherburn el que, delante de todo un grupo de invitados, había hablado del papel y del descubrimiento del señor Akers. ¿Por qué habría hecho una cosa así, en caso de ser él quien lo hubiese robado? Al contrario, habría callado ese detalle para siempre. Me sentí mejor y fui capaz de mirarlo a los ojos con franqueza.

Su expresión amable y serena me alivió en grado sumo y mi confusión momentánea, que debió de ser visible a todo el mundo y que podía atribuirse fácilmente a toda suerte de motivos ridículos, me pareció una estupidez.

—Tu madre está tomando el té con unas damas, querida —le dijo el señor Morrison a su sobrina—, y estoy seguro de que sólo las molestaríamos, por lo que, si no te importa, el señor Weatherburn y yo estaríamos encantados de poder tomar el té aquí contigo.

—¡Oh, sí, sí, por favor, tío Charles! —gritó Emily, dando saltos encantada, al tiempo que añadía más tazas y platos a la mesa.

Nunca había disfrutado tanto de una reunión para tomar el té como ayer. Los caballeros fueron tan amables, Emily estuvo tan contenta y Annabel me trató con tanta cordialidad que olvidé que era una invitada y me sentí de la familia. Tanto fue así que me atreví a hacer un aparte con el señor Morrison, mientras los demás se entretenían con un juego absurdo, para preguntarle si se había producido algún avance en la investigación del caso. Tal vez fue un error.

—¡Cielo santo! —exclamó, atónito—. ¿Todavía piensa en esa triste historia, señorita Duncan?

—Oh, lo siento mucho, de veras —susurré, consternada—. Era sólo porque... Oh, no sé cómo decirlo... He pensado que... ¡Oh, Dios mío!

—¡Adelante, dígalo!

—Se trata de ese papel, señor Morrison, el papel en el que escribió el señor Akers y que luego guardó en el bolsillo. Me parece que es importante saber si se ha recuperado o no.

—Bueno —dijo con un tono de incertidumbre—, ahora apenas podemos averiguar nada al respecto. Todas sus pertenencias personales han sido enviadas a la única familiar que le ha sobrevivido, su hermana, que se trasladó a Bélgica hace diez años. ¿De veras cree que ese papel podía contener un descubrimiento importante, señorita Duncan? Al fin y al cabo, había dicho que estaba redactando un manuscrito y en sus habitaciones no se ha encontrado nada parecido.

Noté que el señor Morrison todavía consideraba que la importancia del papel residía en su contenido mientras que yo lo que deseaba saber era si el asesino se lo había llevado o no, ya que eso revelaría si el autor del hecho era o no un matemático. Al ver que no me había captado, se lo sugerí con delicadeza.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Por todos los cielos! ¡No me diga que piensa que alguien golpeó al pobre Akers en la cabeza sólo para robarle ese trozo de papel! ¿De veras cree que pudo haberlo matado alguno de sus colegas, para robarle su idea? Pero ¿cómo se le ha ocurrido? A este paso, dentro de nada empezará a sospechar de mí.

—Oh, no, de usted no. Ni del señor Weatherburn, tampoco —me apresuré a replicar, y aunque estas últimas palabras eran del todo ciertas, unos minutos antes no

lo habían sido y sentí que un intenso rubor coloreaba todas las partes visibles de mi cuerpo.

—Bueno, bueno —dijo enseguida—, no se preocupe. La policía resolverá el misterio. Sus investigadores son muy competentes, ¿sabe?

—¿Usted cree? —repliqué, asombrada—. Pero si ni siquiera han considerado importante ese papel que el fallecido llevaba en el bolsillo, puesto que lo han enviado a la hermana... Eso, suponiendo que realmente lo hayan encontrado. Y además, no tienen ninguna otra pista, ¿verdad?

—La policía me mostró una lista de lo que el hombre llevaba encima al morir; parecían un tanto molestos por tener que volver a hacerlo y me dijeron que un «aficionado» había pasado por allí pidiendo que se la enseñaran. En la lista ponía que le encontraron monedas, llaves, su diario de bolsillo y pedazos de papel de todo tipo —explicó, encogiéndose de hombros al tiempo que se pasaba las manos por sus propios bolsillos—. Exactamente lo mismo que llevo yo. Bueno, casi —añadió, sacando dos canicas, un reclamo para pájaros y un pedazo de cuarzo rosa.

—¡Hay que encontrar al asesino, señor Morrison! —dije con vehemencia—. Imagine... En este mismo momento, el hombre que mató al pobre señor Akers camina por las calles con una sonrisa en los labios.

La fuerza de mis palabras me sorprendió mientras las decía. De repente, comprendí que era cierto, que era verdad. Ya lo sabía, desde luego, pero noté que una parte de mí cerebro se había negado a reconocerlo: había intuido que había alguien, pero lo concebía sólo como una sombra sin identificar e irreconocible, no como una persona auténtica. Es un estado que tranquiliza de una extraña manera, aunque sea al estilo de los avestruces, y era claramente el del señor Morrison.

—¿Con una sonrisa en los labios? —preguntó medio en broma—. Yo diría que andará más bien con el ceño fruncido, si de veras se ha hecho con ese papel e intenta descifrar los garabatos del señor Akers. En realidad, si usted estuviera en lo cierto, lo único que deberíamos hacer es esperar a ver quién envía una memoria al Concurso del Aniversario, ¿no es así, señorita Duncan? Oh, lo siento, no debería bromear con esto. Perdóneme, por favor. Sí, comprendo que esté tan preocupada, tiene toda la razón, y yo soy un estúpido. Será mejor que no me haga caso. Venga, déjeme que le sirva una taza de té.

Sus palabras sonaron amables y confortantes y me dejé distraer pues, por más que cavile y me obsesione con este asesinato, no arreglaré nada. No quiero aficionarme a las cosas morbosas. Intenté apartar el asunto de mi mente y el resto del té transcurrió con alegría. Nos entretuvimos con unos cuantos juegos de salón, sobre todo acertijos. Primero, el señor Morrison nos deleitó con una hermosa charada del señor Lewis Carroll, a quien conoce personalmente, como ya te dije.

No la adivinamos enseguida, como es natural, pero con las indicaciones y

sugerencias del señor Morrison terminamos por entender las pistas ocultas en los versos. Esto nos inspiró a componer otras charadas de nuestra propia creación. Para simplificar, decidimos utilizar sólo los nombres de las personas presentes. Escribimos nuestros cinco nombres en trozos de papel, los metimos en un sombrero, los mezclamos y cada cual sacó uno. Después intentamos componer charadas con el nombre que habíamos elegido. Resultó terriblemente difícil y los resultados no fueron tan espléndidos como los del señor Carroll pero, pese a todo, los leímos y no siempre fue fácil dar con la respuesta. Aquí te los envío. A ver si encuentras la solución.

Ésta es la charada del señor Morrison:

*La primera son pájaros en tejados que no levantan el vuelo
para que sepamos de donde viene el viento.*

*La siguiente describe la varonil majestad de un rey
que contradice su peculiar feminidad.*

*La tercera es un color hermoso, suave y bruno,
ideal para prendas de piel y abrigo,
el tono más bonito para cuello, estola y manguitos.
Mi cuarta es otra palabra para indicar capacidad.*

*Juntas, la tengo sentada ante mí, ocupada en escribir.
¿Qué poema teje alrededor de un nombre?
Tal vez sea el mío propio el que está citando.
Su verso liviano será, sin duda, mucho mejor que el mío.*

Dios mío, estoy segura de que yo era la única persona que sabía a qué se refería con la «majestad de un rey». Y he aquí la charada de Emily:

*Mi primera es imprevisible y obstinada
por su culpa nos ponemos abrigos y sombrero.
La segunda puede ser terriblemente dolorosa
es lo que Ulises hizo con sus naves.*

*La suma es alguien de esta habitación
Seguro que adivinaréis fácilmente a quién.*

—Quién, querida, no a quién —murmuró la señorita Forsyth.

Y aquí te envío mi humilde esfuerzo. Según la opinión general, es una charada

muy poco precisa pero fui incapaz de hacer algo mejor.

*Mi primera es un tratamiento de respeto,
el cual, dicen, vale más que un imperio.
La segunda, con «ti», forma una frase de gran alegría
para el niño que recibe un juguete bellamente envuelto.
Mi tercera es un apero que se usa para cortar el heno,
y la suma es una persona dulce, juvenil y alegre.*

La señorita Forsyth aseguró que no podía de ninguna forma dividir el nombre que le había correspondido en sílabas que significaran algo en inglés, por lo que había recurrido al francés, lo cual nos llenó a todos de consternación, incluso a los dos caballeros, y mira que son cultos...

He aquí la charada de la señorita Forsyth, que copié de su papel.

*Id présent s'avance un gentilhomme
Tiré par sa passion des lointains altiers,
Tel Phoebus, juché sur mon premier,
Il trébuche sur la comique grammaire,
Qui lui conté aussitôt avec son charme austère,
Que mon innocent second bel et bien s'appelle
Dans son bizarre jargon : article définie pluriel!*

*Ses coursiers trop fougueux jetes dans la carrière
De mon troisième avalent la dernière lettre.
Aurait-ils donc lienni, ou bien serait-ce leur maître
Oublieux de ses profondes reveries
Qui de mon quatrième goûte la douce folie?*

*La journée terminée, le cavalier descend
Et s'attable devant un copieux diner.
Ses chevaux se mettent à table également,
Des sacs de mon cinquième à leurs museaux accrochés.*

¡Qué lástima! Con un poesía tan hermosa y un acento tan encantador, y ninguno de nosotros fue capaz de comprenderla y, en vez de tratar de adivinarla, le rogamos que nos la tradujera.

—Habla y escribe un francés muy bonito —le dijo el señor Morrison—. Es usted muy afortunada.

—De joven, pasé seis años en Francia. En un convento —explicó, ruborizándose un ápice.

»Siento mucho que la charada sea tan difícil. Haré cuanto pueda para explicarla. Hay un caballero al que le atraen las cimas distantes, es un matemático. Como Febo, monta encima de mi primera sílaba. Es un carro romano, *char*.

—Es Charles Morrison —gritó todo el mundo.

—Pues claro —replicó Annabel, risueña—. Se tropieza con la gramática cómica, que inmediatamente le dice, con su encanto austero, que a mi segunda sílaba se la conoce, en su peculiar jerga, como al artículo determinado plural, *les*.

«Sus caballos tan anhelantes galopan que se tragan la última letra de mi tercera; es *mors*, la embocadura, menos la ese final. Decimos que los caballos que galopan muy deprisa "se tragan la embocadura".

»"¿Relinchan, o es su amo quien, olvidando sus profundas ensoñaciones, saborea la dulce locura de mi cuarta?" La solución es "rió", *ri*. Al final del día, el jinete desciende y se sienta ante una copiosa cena. Sus caballos también comen, cada uno con una bolsa de mi quinta sílaba ante el hocico. Es salvado, *son*.

Todos advertimos que nuestros esfuerzos palidecían en comparación con la dificultad del suyo.

El señor Weatherburn fue el último. Dijo que le resultaba muy complicado escribir una charada y a cambio nos ofreció el siguiente doble acrónimo, en el que no sólo ha de poder leerse en vertical la primera letra de cada línea sino también la primera letra de la última palabra de la línea.

ODA A UN MOMENTO PERFECTO

*Este precioso momento de seriedad o Juego
Mezcla las centelleantes luces con Opalescente
Intensidad en sus ojos oscuros; muy pronto, este encantador Nido
Lánguidamente se diluirá como todo lo demás, Evanescente,
Ya que los momentos preciosos poco Subsisten.*

*Breve es el instante y pronto, con mesurado Afán,
Un futuro desconocido se adueñará de esta Hora.
Real se hará entonces la esperanza o el Olvido.
Grande es el dolor del soñador que debe despertar, Resuelto,
Esta vez, cada vez, hoy es Ayer.*

La escribió para Emily y, sin embargo, mientras le leía, me miró mucho a mí.

Después de una tarde tan llena de acontecimientos y de una carta tan larga, me siento mucho más cansada de lo habitual, por lo que apagaré las velas y me retiraré a la cama.

Buenas noches, mi queridísima gemela. Con cariño,

Vanesa

Cambridge, miércoles, 4 de abril de 1888

Mi queridísima hermana:

¡Cómo me habría gustado pasar el domingo de Pascua contigo, en casa! El lunes y el martes no impartí clases y he dedicado estas breves vacaciones a vagar sin rumbo fijo entre los campos, siguiendo los cauces de los ríos. Los narcisos trompones de las riberas han florecido hace ya tiempo, y ahora despuntan las primulas y toda suerte de flores silvestres. Los campos son de color esmeralda y los parterres están cubiertos de una fina pelusa que pronto será una masa de pequeños capullos. El tiempo es frío y húmedo y, sin embargo, el aire contiene una lozanía que hace que una no pueda resistirse a la llamada de la primavera.

Ayer, mientras recorría el largo camino de la campiña que lleva al pueblo de Grantchester, adonde me dirigía para tomar el té al aire libre, me encontré con el señor Weatherburn, que iba a hacer la misma diligencia, si es que así puede llamársele. Con sus casitas de techumbre de bálago, Grantchester es tan hermoso y exquisito que una se siente lejos de cualquier ciudad y casi imagino que pronto me encontraré delante de nuestro querido hogar. Caminamos juntos y hablamos sin parar de libros, de obras de teatro y de poesía, sobre todo. El señor Weatherburn conoce a fondo la poesía y hablamos de Shakespeare, de Keats y de Tennyson. No bien hubimos llegado a Grantchester, nos sentamos en una mesita en el jardín del salón de té y pedimos una tetera y unos bollos. Nos los trajeron deliciosamente acompañados de nata y mermelada y, aparte de la amable dama que nos los sirvió, no vimos a nadie más; estuvimos todo el rato solos ya que el tiempo es aún demasiado frío y la gente prefiere tomar el té en el interior. El resto de la tarde pasó en una bruma de placer y espero de veras que no haya nada de impropio en ello. Si lo hubiese, la señora Fitzwilliam enseguida lo sabría y me regañaría. He descubierto que el nombre de pila del señor Weatherburn es Arthur. Me invitó a que lo llamara así y a que prescindiera de las formalidades, pero yo me sentí muy tímida y no lo hice aunque, cuando pienso en él, lo hago de ese modo.

Conversamos durante mucho rato acerca de toda suerte de cosas. Me hizo abundantes preguntas acerca de mi infancia y me temo que le he contado todo sobre nuestra familia, y los campos y las flores, y sobre cómo montábamos los ponies mientras pacían y cabalgábamos juntas en ellos, gritando, y sobre nuestra casa y el castaño y sobre cómo aprendíamos a leer en una cartilla en vez de hacerlo mediante

lecciones. Él se mostró muy interesado en cada uno de los detalles, por lo que terminé contándole muchas cosas que nunca hasta ahora había mencionado a un desconocido.

Luego quise saber dónde se crío él, cómo y de qué manera se desarrolló su infancia, y me dijo que se había quedado huérfano a la edad de nueve años, tras lo cual fue enviado a una escuela con una beca. No tiene familia pero ha recibido un subsidio hasta que cumplió veintiún años.

Y, de inmediato, pensé en el pobre Edmund, que se había quedado huérfano de padre.

—¿Sufrió mucho en la escuela? —le pregunté.

La cuestión pareció sorprenderlo un tanto, como si nunca se hubiera preguntado si había sufrido o no.

—No lo sé —respondió despacio—. No lo re... recuerdo bien. Creo que he excluido de mi vida esas memorias y las evocaciones de las tragedias griegas o la Revolución Francesa según Carlyle tienen en mi mente mucha más entidad que los recuerdos de mi vida de estudiante. Me parece que sólo he retenido una especie de conciencia general de los juegos en el barro, el alboroto, la comida preparada en grandes cantidades con que me llenaban el plato y una sensación de griterío constante del que escapaba siempre que podía, refugiándome en el silencio de los libros.

—En su escuela, ¿los maestros pegaban a los niños? —quise saber—. La pequeña Emily, la sobrina de Charles Morrison, me dice que su hermano se queja amargamente del tratamiento que reciben sus compañeros y también él. Casi no puede soportarlo.

—Bueno, a mí no me pegaron —respondió con expresión pensativa—. Tal vez se debió a que era huérfano o a que nunca me porté mal. Probablemente sea por esta última razón; no fui un niño imaginativo o travieso. A otros sí que los pegaban, pero debo reconocer que la realidad de esos hechos nunca llegó a penetrar en mi mente consciente. Todo el tiempo que pasé en la escuela, hasta llegar a la universidad, viví en una especie de universo paralelo.

—¿Cuándo ingresó en la universidad? —inquirí con interés, preguntándome en secreto cuántos años tendría.

—Eso fue hace seis años. Después de graduarme, obtuve esta beca. Como ve, no me he movido mucho más que usted en esta vida.

—Bueno, tal vez no —convine—, pero piense en lo afortunado que es por haber recibido tal educación. Yo la echo muchísimo de menos.

—Creo que posee usted un tesoro mucho más valioso que cualquier educación —replicó, observándome muy serio antes de apartar de repente la mirada.

—¡Tonterías! ¿A qué se refiere?

—Al don de la vida —dijo al tiempo que se ruborizaba—. Es usted como el agua de un manantial. Ningún tipo de educación puede enseñar tal secreto, más bien al

contrario. Si acaso, es probable que la educación deslustre ese don. Es mucho más natural que lo aporte una formación que consista básicamente en correr por el bosque de Arden, cogiendo flores y montando en ponies que pacen, se lo aseguro.

*Así, nuestra vida, aislada del trato social,
encuentra lenguas en los árboles, libros en los arroyos,
sermones en las piedras y el bien en todas las cosas.
No la cambiaría.*

Hum. Se me antoja que el señor Weatherburn tiene bien aprendido a Shakespeare.

Estos últimos cuatro días, estas cortas vacaciones, he decidido dedicarlos en serio a la lectura. Debo mejorar la mente y estudiar de veras para mantener siempre vivas mis enseñanzas, sobre todo con las alumnas mayores, que no cesan de avanzar muy deprisa en sus estudios. Los intereses de Emily, en concreto, maduran con cada día que pasa, y necesita leer obras merecedoras de dichos intereses. He releído casi toda la obra de Shakespeare y, hace poco, me he agenciado una novela de un escritor muy moderno, muy criticado y algo escandaloso, en realidad, un tal señor Thomas Hardy. Se llama *El alcalde de Casterbridge*, y en las primeras diez páginas, un desagradable caballero subasta a su mujer en una reunión pública y encuentra a alguien dispuesto a pagar cinco guineas por ella. La pobrecita esposa tiene muchas ganas de ser vendida pues no puede imaginar que exista alguien más detestable que su marido. Y sin embargo, resulta de lo más chocante. En el momento en que se cierra el trato, tira el anillo de boda a la cara del marido y se marcha para siempre con el caballero que la acaba de comprar, llevándose a su bebé en los brazos. Esta insólita subasta tiene lugar en una carpa de feria a la que la gente acude a comer frangollo, un tazón de cereales descascarillados hervidos en leche, azúcar y especias. Ha de estar delicioso. En el caso del horrible caballero, se lo aderezan con un generoso chorro de ron pero yo, si alguna vez me lo preparo en casa, no añadiré dicho ingrediente.

Tu feliz hermana,

Vanesa

Cambridge, miércoles, 11 de abril de 1888

Mi queridísima Dora:

Hace varios días que no te escribo porque me he visto implicada, si bien de manera secundaria, en unos hechos que han sacudido a la familia de Emily hasta la médula. El destino ha asestado un terrible golpe a la pobre señora Burge-Jones.

Todo comenzó el viernes, después de mí té con el señor Weatherburn. A última hora de la mañana, mientras me hallaba sentada ante mi escritorio preparando las lecciones de la tarde, alguien llamó suavemente a mi puerta. Que ocurra tal cosa es bastante insólito, ya que la única que lo hace, muy de vez en vez, es la señora Fitzwilliam cuando quiere quejarse de algo. Imagina, pues, mi sorpresa al abrir la puerta y encontrarme con el señor Weatherburn al otro lado del umbral.

Sin atreverse a entrar, me miró tímidamente y, tartamudeando como es habitual en él, me tendió una revista.

—Me... me pregunto si conoce esta nueva revista literaria que acaba de aparecer hace poco. Yo la des... descubrí en un viaje a Londres y la compré para traérsela, pensando que podía interesarle.

La tomé, miré la portada y hojeé las páginas. Se llama *Mundo de mujeres* y la dirige un tal señor Oscar Wilde.

—Hace poco que se ha hecho cargo de la dirección de la revista —me explicó el señor Weatherburn—. Le ha dado un aire más literario ya que, previamente, sólo contenía artículos sobre moda. La relación de Oscar Wilde con el bello sexo parece ser de franca amistad y simpatía, como sólo puede desarrollarla un hombre muy especial. Las colaboradoras son exclusivamente femeninas. He disfrutado mucho leyéndola en el tren y le recomiendo, sobre todo, el relato firmado por Amy Levy.

Su amabilidad y su consideración me conmovieron e intenté, sin conseguirlo, expresar con palabras mi gratitud, mientras continuaba hojeando el ejemplar y él seguía hablando.

—He pen... pensado que tal vez podríamos organizar un viaje en grupo a Londres para ir al teatro, a ver una obra de Shakespeare, con Morrison y su hermana, y Emily, y usted, si le apetece acompañarnos.

¡Londres! ¡A ver una obra de Shakespeare!

—¡Oh, me encantaría! —exclamé—. ¡Nunca he estado en Londres!

—¿De veras? Entonces tiene que resarcirse del tiempo perdido, no debemos

esperar más —replicó, y una cálida y jovial sonrisa iluminó repentinamente su rostro—. ¿Por qué no vamos mañana, que es sábado? Creo que están representando *El mercader de Venecia*. Tendré que ver si los otros están de acuerdo y, de ser así, encargará un palco. Será maravilloso.

Mi querida Dora, de la emoción no pude pegar ojo en toda la noche. Se me antojaba un cuento de hadas. Londres, el teatro..., cosas sobre las que una sólo ha leído...

Y al día siguiente, el cuento de hadas comenzó a hacerse realidad. Sí, y aunque amaneció gris y lluvioso y el ómnibus se quedó atascado en el barro y llegó con mucho retraso y se nos mojaron los bajos de los vestidos camino del teatro, con los zapatos absolutamente empapados, yo me sentía embargada por una oleada de regocijo que no sólo se debía a la impaciencia por ver la obra, sino también a la calidad de los momentos que estaba viviendo. Pese a lo desapacible del tiempo, no paramos de reírnos. Emily saltaba de charco en charco, negándose a refugiarse debajo del paraguas, al tiempo que afirmaba que el aguacero nos lo enviaban expresamente para que aprendiéramos a valorar «la apacible lluvia celestial».

Llegar al teatro sí que fue algo celestial. Los lujosos palcos, los elegantes asientos, el dorado de la decoración, el terciopelo de los cortinajes y del telón... Era una visión fascinante. Y la obra resultó mágica, gracias al gran esfuerzo realizado para recrear Venecia, una ciudad llena de ensoñación y que cobra vida en el escenario. Me incliné hacia delante para que no se me escapara ni una palabra y esperé, anhelante, los fragmentos más conocidos, intentando adivinar cómo los declamarían. Todo el mundo estaba de un humor excelente y la representación transcurrió perfectamente hasta el descanso.

Lo que sucedió a continuación, de tan inesperado, se me antojó increíble. Acabábamos de ponernos en pie y alisábamos nuestros vestidos como prolegómeno a una corta visita guiada del teatro cuando alguien llamó a la puerta del palco, la abrió y en el umbral apareció un caballero de mirada grave y expresión abatida

—Perdonen la molestia, damas y caballeros —dijo—. Busco a la señora Burge-Jones para darle un mensaje muy urgente.

—Yo soy la señora Burge-Jones —dijo ésta, acercándose al hombre al tiempo que su tez palidecía—. ¿Qué ocurre? ¿Se trata de mi hijo Edmund?

—No, señora, no se trata de su hijo —respondió—. Venga por aquí, he de hablar con usted a solas.

Se marcharon y nuestro grupo, consternado, esperó sumido en el silencio. Al cabo de unos minutos, el señor Morrison salió del palco diciendo:

—Voy a ver si hay algún problema.

No transcurrieron ni cinco minutos antes de que volviera. Abrió la puerta y en su rostro capté una extraña expresión de dureza. Se volvió hacia Emily y le dio la

noticia.

—Me temo que se trata de tu padre, Emily —dijo casi con severidad—. Ha muerto. Murió ayer, tuvo un accidente en una barca, junto con... con *mademoiselle* Martin.

—¡Muerto! ¡Papá ha muerto! ¡Oh, no he vuelto a verlo y he esperado tanto tiempo! —gimió, desconsolada. Entonces, miró a su alrededor con expresión de pánico y gritó de repente—: ¡Tengo que ver a madre! —Y salió corriendo del palco, seguida de su tío, que la tomó con firmeza del brazo para acompañarla.

Yo me quedé sola con el señor Weatherburn.

—¡Qué terrible! —dije—. Yo creía que el padre llevaba tiempo muerto.

—No —replicó en voz baja—. Se marchó hace unos años... Creo que... Bueno, sé que se marchó con la joven francesa que era a la sazón la institutriz de Emily. Poco tiempo después, tuvieron una criatura y se fueron a vivir a Francia, ya que les resultaba casi imposible permanecer juntos en Inglaterra.

—Empiezo a comprender —asentí, recordando cosas que se habían dicho o a las que se había aludido en casa de Emily y a las que yo entonces no había prestado atención—. Qué difícil debe de haber sido para la señora Burge-Jones.

—Imagino que fue difícil y desesperante —dijo—, aunque yo en aquella época todavía no conocía a la familia. Sé que la señora Burge-Jones le pidió a Morrison que dejara las habitaciones de la universidad y se fuera a vivir a su casa y, en resumidas cuentas, creo que a él le complació el arreglo. Es un hombre de familia y le encantan los niños.

Las luces se oscurecieron pues la obra estaba a punto de reanudarse. El señor Weatherburn se puso en pie y me ofreció su brazo.

—No creo que debamos quedarnos a la segunda parte, después de lo que ha ocurrido —dijo—. Es una situación incómoda. No quiero que la familia considere que me inmiscuyo, pero tampoco soy capaz de abandonarla en este trance.

El público ya había ocupado de nuevo su asiento y el vestíbulo se había quedado prácticamente vacío, por lo que enseguida localizamos al pequeño grupo formado por el señor Morrison, su hermana y su sobrina, acompañados del portador de la mala noticia. Parecían conversar con cierto apremio. Nos acercamos un poco y me sentí muy incómoda con aquella intromisión, aunque la calmada presencia del señor Weatherburn y el hecho de que él se hallase en la misma situación que yo me tranquilizaron un tanto. Sin embargo, cuando la señora Burge-Jones reparó en nosotros, nos llamó con una seña.

—Debemos regresar a Cambridge ahora mismo —dijo, pálida como la cera y con cierta dureza en la expresión, igual que su hermano—. Ustedes tal vez prefieran quedarse y volver por su cuenta.

Eso era algo impensable, desde luego. Intenté imaginar la cara de la señora

Fitzwilliam si me veía regresar de Londres sola con el señor Weatherburn a altas horas de la noche. Además, creo que, después de lo ocurrido, ninguno de los dos estaba de humor para la obra.

Regresamos a Cambridge en la oscuridad y sumidos en un silencio casi completo. Al llegar, diluviaba, por lo que tomamos un cabriolé que se dirigió primero a casa de la señora Fitzwilliam. El señor Weatherburn se despidió de la señora Burge-Jones con dulces palabras, bajó del coche y esperó a que me apeara con la intención de ayudarme pero, antes de que pudiera hacerlo, la señora Burge-Jones tomó mi mano entre las suyas.

—Mañana viajaré a Francia —dijo—. Mi hermano me acompañará y Emily también insiste en venir, aunque no estoy segura de que sea lo más conveniente. Excúsela, por favor, si el lunes y el martes no asiste a clase. Volveremos tan pronto hayamos resuelto este asunto y...

Hablaba con dignidad, pero Emily la interrumpió de manera incontrolable.

—¡Oh, madre! ¿Cómo puedes llamarlo «este asunto»? Señorita Duncan, mi padre deja un niño, en Francia. ¡Un niño que se ha quedado huérfano y no tiene adonde ir!

—¡Emily! —la reconvino su madre, quizá con más severidad de la que era su intención—. Ahora tenemos que volver a casa y hacer los preparativos del viaje. Buenas noches, señorita Duncan. Por favor, acepte mis disculpas por el triste final de nuestra velada juntos.

—Ni se lo ocurra pensar en eso, por favor —imploré—. Y si puedo ayudarla en algo, no dude en pedírmelo. Para mí será un gran honor.

—Gracias —dijo un poco más calmada. Me apeé y el cabriolé se alejó. En aquellos momentos, llovía a cántaros y el señor Weatherburn seguía esperándome pacientemente, ajeno al diluvio que lo empapaba y que le goteaba en la cara desde el ala del sombrero.

Entramos en el vestíbulo y yo abrí mi puerta y me volví para despedirme de él. Y en vez de hacerlo, me descubrí diciéndole:

—¡Va tan mojado y su aspecto es tan lamentable! Tal vez debería invitarlo a una taza de té.

—¡Oh! Aceptaría encantado —replicó en un tono de tímida audacia que coincidía por completo con mis sentimientos. Como sospechamos que la señora Fitzwilliam lo desaprobaba enérgicamente, nos colamos en silencio, nos quitamos la ropa mojada y yo encendí un fuego, puse agua a calentar y prendí las velas. El té estuvo listo enseguida y nos sentamos, uno a cada lado del hogar, evitando de mutuo acuerdo hablar sobre los perturbadores acontecimientos de los que habíamos sido testigos. Extrañamente iluminada por la luz inestable de las llamas, mi acogedora salita parecía envuelta en un halo de magia secreta.

Bebimos té unos instantes, con la vista clavada en el fuego, y yo intenté encontrar

palabras para expresarle mi agradecimiento por aquella velada y decirle lo hermoso que me había parecido todo, pese a lo que había ocurrido.

—Para mí, ha sido maravilloso haber podido asistir a la mitad de la obra —dije por fin—. Era la primera vez que iba al teatro.

—Pues me encantará llevarla a ver la otra mitad —dijo en un tono algo melancólico—. En la escena de después del intermedio, Basanio elige el cofre adecuado para ganarse a su amada, ¿Recuerda ? —Posó en mí su intensa mirada y, con voz dulce y ardiente, recitó:

*Aquí me veis, noble Basanio, como soy.
Y, no siendo más ambiciosa en el deseo
de ser más de lo que soy, por vos quisiera ser
tres veces veinte lo que soy, mil veces
más bella, diez mil veces más rica;
y ojalá, por crecer en vuestra estima,
pudiera rebasar estimaciones
de virtud y belleza, de bienes y amigos.*

Me sentí terriblemente confundida y me levanté a toda prisa para coger mi libro de obras de Shakespeare y buscar la escena del cofre. Al cabo de un instante, había encontrado el fragmento que él estaba citando. Se trataba de Porcia, dirigiéndose a Basanio. Mis ojos siguieron los versos y, cuando él hizo una pausa, continué yo, aunque me costó un extraño esfuerzo.

*Más la suma total de mi persona
asciende a algo, que viene a ser
una joven sin escuela, experiencia o instrucción;
dichosa por no ser muy mayor
para aprender; más dichosa por no ser
tan torpe que no pueda aprender.*

Las palabras eran infinitamente más poderosas que cualquiera de las que nosotros pudiéramos pronunciar. Parecía imposible añadir algo más y permanecimos en silencio, con los ojos clavados en el fuego, un largo rato que, sin embargo, se me hizo demasiado corto. De repente, sin previo aviso, se puso en pie de un salto.

—¡Por supuesto! —dijo—. ¡Ya lo tengo! ¿Cómo no lo habré visto antes?

—¿El qué? ¿De qué habla? —pregunté, ansiosa.

—¡La prueba! ¡Sí! ¡Todo funciona!— De pronto, se dirigió a toda prisa hacia la puerta.

—Espere —me apresuré a decir—. Su abrigo, su sombrero.

—¡Oh, lo siento! Qué desconsideración por mi parte ser tan despistado. Había olvidado por completo dónde estaba. Me... me he perdido en ideas matemáticas. Es extraño. De repente, he dado con una solución que llevaba semanas escapándoseme. —Se volvió hacia mí, me estrechó la mano, y me agradeció cariñosamente la taza de té.

—Me alegro de que haya tenido un momento para secarse antes de volver a sus matemáticas y a sus paseos nocturnos por la habitación —le dije con una sonrisa.

—¿Paseos? ¿Me oye? ¡Cuánto lo siento! Nunca había pensado en ello. Pero no se preocupe, esta noche no pasearé. Sólo lo hago cuando mis reflexiones son estériles. Esta noche no lo han sido, gracias a usted y gracias a Shakespeare.

Y se marchó, con una cabeza en la que, supongo, se arremolinaban teoremas y proposiciones, premisas y resultados.

Al día siguiente, la señora Burge-Jones salió hacia Francia, acompañada del señor Morrison y de Emily, y no volverán hasta hoy. Durante estos tres últimos días he pensado mucho en ellos. Te escribiré de nuevo tan pronto suceda algo interesante.

Siempre tuya,

Vanesa

Cambridge, lunes, 16 de abril de 1888

Mi querida hermanita:

Acabo de llegar a casa después de tomar el té con Emily; pese a codo lo que ocurrió la semana pasada, la señora Burge-Jones le ha permitido que continúe con la nueva costumbre de ofrecer un té los lunes, puesto que le apetecía muchísimo. La muchacha se consumía en la necesidad de dar rienda suelta a sus infortunios; no creo que nadie quiera escucharlos en su casa y durante las clases no puede hablarme en privado.

—Señorita Duncan, señorita Duncan, ¿qué le parece? No puede ni imaginar lo que ha sucedido —comenzó a explicar cuando nos hubimos acomodado ante la tetera—. La escuela de Edmund lo ha enviado a casa. Llegó ayer y me parece que está muy enfermo... Pero creo que no se trata sólo de una enfermedad, pues la carta decía que han considerado que la escuela no es apropiada para él y que no vuelva. Madre está furiosa pero, en realidad, no sabe con quién o con qué ponerse furiosa, ya que nadie nos ha dicho por qué lo han expulsado. La carta no lo aclara y Edmund tampoco quiere contar nada, por más que madre lo presione. ¡Oh, señorita Duncan! No puedo dejar de alegrarme de que Edmund esté en casa de nuevo. Espero que se quede para siempre. Creo que tarde o temprano, me explicará lo que ha ocurrido.

—Tienes que tratarlo con mucho cariño —le dije, pensando en el niño débil y rubito en el que había posado los ojos brevemente durante la cena que dio la señora Burge-Jones—. Cuando se haya recuperado, para ti será una gran alegría tenerlo cerca.

—Pero es que lo más terrible ocurrió en Francia —prosiguió, incapaz de contener sus emociones—. Vimos al niño, señorita Duncan, al hijo de mi padre, el que vivía en Francia con él. Se parece mucho a Edmund cuando era más pequeño. Los dos me recuerdan a mi padre, que también era flaco y rubio. Yo, en cambio, no me parezco en nada a él, he salido a mi madre. El niño todavía no ha cumplido seis años. Se llama Robert y habla un inglés encantador, porque papá siempre le hablaba en inglés. Y yo, pese a que nunca lo había visto y a que, en realidad, apenas sabía de su existencia, enseguida sentí que era mi hermano, igual que Edmund, y eso que ni siquiera sabía su nombre. ¡Me gustaría tanto tener otro hermano pequeño! Yo estaba emocionadísima porque pensaba que lo traeríamos a casa. Madre pasó horas y horas reunida con los abogados y otras personas. *Mademoiselle* Martin fue mi institutriz

hasta los siete años, ¿sabe? No tenía familia, se había criado en un orfanato y educado en un convento y luego vino sola a Inglaterra en busca de trabajo y siempre decía que éramos la única familia que tenía. Y se enamoró de papá, ¿sabe? Los mayores creen que yo no lo sé, pero lo sé y me parece muy mal, pero tal vez no fue culpa suya. ¡Yo misma habría podido enamorarme de papá! Sin embargo, no sé por qué tuvo que marcharse con ella y estar lejos de nosotros todos estos años. Nunca me escribió durante su ausencia, aunque madre dice que ha dejado una carta que se me permitirá leer cuando cumpla los dieciocho años. Pero aún falta mucho para eso y me gustaría tanto saber qué dice... También ha dejado una carta para madre. Y esto es todo lo que ha dejado porque *mademoiselle* Martin y él apenas tenían con qué vivir. Nuestra casa pertenece a madre, ya sabe. Papá no ha dejado testamento legando sus posesiones, como hace la gente, porque no tenía nada, pero dejó estas cartas por si alguna vez le sucedía algo. Madre me ha contado que en la que le escribió a ella expresa lo mucho que lamentaba haberla hecho tan desgraciada con su marcha y lo mucho que todavía nos quería a Edmund y a mí.

Yo empecé a sentir cierta incomodidad debido al carácter íntimo de aquellas confidencias, pero Emily necesitaba desesperadamente hablar y la avalancha de información prosiguió sin interrupciones.

—Pero lo más importante es que escribió que no había nadie que pudiera cuidar del pequeño y le pedía a madre que se asegurase de que no le ocurría nada malo, pues ella era la única persona que conocía a la que podía confiarle el niño. ¡Oh, señorita Duncan! ¡Pensé que adoptaríamos de inmediato al pequeño Robert, pero madre no quiso! Fuimos a verlo, y vive en unas habitaciones horribles, todas sucias y que apestan a cebolla, en una calleja hedionda del centro de Calais, con la colada colgada por todas partes y las paredes con la pintura descascarillada, y una mujer espantosa dijo que ella sólo cuidaba al niño para ganar algo de dinero, pero que estaría encantada de poder librarse de él. Nunca había visto a un niño de aspecto tan lamentable. ¡Y sólo hacía dos días que se había quedado huérfano! Intenté jugar con él pero quiso saber dónde estaban su papá y su mamá y se me abrazó llorando. Yo supliqué a madre una y otra vez que nos lo lleváramos. Incluso traté de ordenárselo; a veces me hace caso y dice que soy una muchacha prudente. Sin embargo, no me escuchó y me dijo que no soportaba ver a aquel niño, y que debía volver a casa y pensar con calma qué hacer con él. Dio dinero a la mujer, le dijo que pasaría alguien a recoger al pequeño y que, hasta entonces, seguiría enviando fondos. Fue como venderlo... ¡Oh, no puedo pensar en eso! He querido hablar con ella del asunto, pero me ha prohibido que lo mencione. Oh, señorita Duncan, ¿qué puedo hacer? ¿Qué voy a hacer?

Un impulso me llevó a decirle la verdad. Lo que podía hacer al respecto era muy poco y, si insistía demasiado en la cuestión, tal vez perjudicaría sus intereses. Le

aconsejé que dejase tranquila a su madre por un tiempo y que sacara a colación el asunto más adelante, de una manera dulce y desapasionada, y que escuchase con mucha atención los puntos de vista de su madre. No pude decirle mucho más.

—Y concéntrate en las clases, querida, y en cuidar de tu her..., de Edmund —añadí—. Hoy te daré otro de los nudos del señor Lewis Carroll para que lo resuelvas, para que cultives el razonamiento lógico.

Vi que mis palabras no la habían ayudado tanto como ella esperaba que lo hicieran.

—Señorita Duncan, por favor, prométame que me ayudará, si de veras lo necesito —susurró—. Yo haré lo mismo por usted. Que sea un pacto entre las dos.

Me agarró la mano como un caballero, la sacudió con fuerza y yo la besé en la mejilla. Siempre la ayudaré todo lo que mi capacidad me permita, por supuesto, pero ésta es muy limitada. No imagino qué otra cosa puede esperar, pero su determinación y su sentido innato de la justicia me han conmovido profundamente.

Ahora te dejo para prepararme mi modesta colación nocturna,

Vanesa

Cambridge, lunes, 23 de abril de 1888

Mi queridísima hermana:

Hoy ha sido un día encantador, soleado y alegre. La legendaria primavera inglesa ha hecho por fin aparición con toda su fuerza. Los jardines son una eclosión de flores y los viejos muros están cubiertos de glicinias. Hoy he vivido una experiencia nueva. He asistido por primera vez a una conferencia pública.

Fue idea del señor Weatherburn. Me dijo que el destacado profesor de matemáticas Arthur Cayley —el mismo que conocí en la cena de la señora Burge-Jones a principios de marzo—, iba a dar una conferencia sobre la enseñanza de las matemáticas en un gran auditorio y que iba a asistir muchísima gente, todos los aficionados a las matemáticas o los que se dedican a enseñarlas. Añadió que, a continuación, habría un refrigerio y que, si el tiempo era bueno, se serviría en los jardines del Trinity College, de donde Cayley es profesor. Me sentí honrada en grado sumo; sería la primera vez que me hallaría entre aquellas paredes que siempre había considerado sagradas. Y el Trinity College, visto desde dentro, no resulta decepcionante. Master's Lodge, en el Great Court, es la mansión más noble en la que una pueda aspirar a residir, y por lo que se refiere a la famosa Capilla, un mero ser humano se siente casi indigno de tanto esplendor. Dicen que el edificio tintinea y reverbera con los cantos del coro. Murmuré, anhelante, que algún día me gustaría escucharlo y me sorprendió cuando me dijeron, en el más pragmático de los tonos, que estaba abierta al público los lunes por la tarde.

Asistir sola a la conferencia me producía cierta timidez, por lo que pedí a Emily y Rose, las mayores de mis alumnas, que me acompañaran y la señorita Forsyth tuvo la amabilidad de sustituirme por la tarde con las pequeñas. Emily y Rose estaban encantadas, no por la conferencia sobre matemáticas, precisamente, sino por el cambio que suponía en su rutina diaria y por tener la oportunidad de pasar la parte más deliciosa de la tarde tomando un refrigerio en unos espléndidos jardines, en lugar de haciendo sumas en la escuela. Entre el público había muchísimas damas elegantes; el auditorio parecía lleno de sombreros estivales, comparado con los cuales el mío se veía triste y humilde. Tal vez son profesoras o institutrices, o quizás están casadas con matemáticos y desean hacerse una idea de la misteriosa actividad en la que tan intensamente se ocupan sus esposos.

Durante la conferencia, mis dos alumnas se portaron muy bien. Se sentaron detrás

de mí y me obligué a no preguntarme si estaban prestando atención al ilustre profesor y a hacer caso omiso de las risitas ahogadas que me llegaban al oído de vez en cuando. Escuché con mucho interés lo que el profesor Cayley decía. Se hallaba sentado de cara al público, leyendo un texto del que rara vez levantaba la mirada; su voz sonaba monótona, su expresión era avinagrada y su discurso, rápido, por lo que habría resultado fácil perder el hilo de no ser por la enérgica manera en la que expresaba sus convicciones. Yo no sabía que la cuestión de Euclides pudiera suscitar tantas pasiones en los corazones de sus seguidores y de sus enemigos.

El profesor Cayley sostuvo que la única puerta para acceder a las matemáticas era Euclides, que el pensamiento matemático alcanzaba la máxima perfección posible en sus obras y que nunca era demasiado pronto para empezar a estudiarlas. Recomendó encarecidamente su enseñanza a los niños y dijo que no debía abandonarse nunca su estudio hasta alcanzar un dominio absoluto de los volúmenes existentes.

Nos dijo que acababa de fundarse una asociación anti-euclidiana, y mencionó las muchas objeciones que había presentado en contra del estudio de Euclides, refutando con rigor cada una de ellas. ¿Que los textos tenían una apariencia arcaica? Podían y debían ser revisados y publicados en una edición moderna. ¿Que los alumnos no podían dominar sus pesados conceptos si no era recitándolos de memoria como los loros? Estupendo. Mediante la memorización, los jóvenes adiestraban la mente a fin de familiarizarla con las estrategias de la demostración geométrica. ¿Que preparaban mal a los alumnos para el estudio de la geometría moderna? ¡Falso! A ningún estudiante que no dominase por completo los elementos euclidianos habría que permitirle nunca acceder al templo de la matemática moderna. Y así siguió disertando con todo lujo de detalles.

Después de la conferencia, salimos al exterior, donde se habían dispuesto unas largas mesas. Por las conversaciones que oí a mi alrededor, comprendí que el profesor Cayley estaba muy solo en sus opiniones. Por todas partes oí menosprecio hacia Euclides y alabanzas a los textos modernos. Terminé sintiendo compasión por el pobre Euclides y decidí comprar a toda costa uno de sus tomos para intentar estudiarlo.

Al principio no encontré caras conocidas en el jardín pero, al cabo de un tiempo, vi que alguien me llamaba con una seña y reconocí a la señora Beddoes, que también había asistido como invitada a la cena de la señora Burge-Jones. Me acerqué a ella y me llevó a un rincón umbrío bajo un árbol de ramas bajas y extensas, donde se había reunido su círculo de amistades, entre ellas los asistentes a la cena de la señora Burge-Jones y otros a los que yo no conocía. La señora Beddoes me presentó a algunas de esas amistades.

—Ya conoce al señor Young, al señor Wentworth, a la señorita Chisholm y a mi esposo, por supuesto —dijo—. Ahora, permítame que le presente al señor y a la

señora MacFarlane, al señor Withers y al profesor Crawford. Ésta es la señorita Duncan, la maestra de la sobrina del señor Morrison.

El señor MacFarlane y el señor Withers, este último de curiosa figura, pequeña pero agresiva, estaban inclinados sobre la mesa escribiendo algo y apenas me saludaron con la cabeza.

El señor Crawford era un caballero alto, robusto y grueso que tenía una voz fuerte y sonora.

—Así que se dedica a la enseñanza —me dijo—. ¿Y siente algún interés especial por la enseñanza de las matemáticas?

—Enseño matemáticas, o aritmética, al menos, a las niñas de mi clase —respondí—, pero he asistido a la conferencia del profesor Cayley para mi propio conocimiento e instrucción. No tengo la intención de enseñar Euclides a mis alumnas.

—¡Espero de veras que no lo haga! —exclamó—. Ni a sus alumnas ni a ningún estudiante. ¡Puaj! Las ideas de Cayley son ridículas y atrasadas. Tendría que dejar en manos de otros todo lo relacionado con la enseñanza.

—No le falta razón —intervino la señorita Chisholm—. El profesor Cayley tiene una forma de enseñar muy asfixiante... Se sienta como un buda en un pedestal y es como si a los alumnos les faltase el aire y estuviesen dispuestos a hacer lo que fuese por una bocanada fresca.

En aquel momento apareció el señor Beddoes, con un plato y una taza en la mano, y se unió al grupo.

—¡Oh, aquí está Beddoes! —gritó el señor Crawford con una voz tan estentórea que todas las cabezas se volvieron hacia él y se acercaron unas cuantas personas más—. ¡Caramba, Beddoes! ¿Cómo está? Hacía una semana que no lo veía.

—Bastante bien, bastante bien —respondió el señor Beddoes, que parecía sorprendido, casi desconcertado, de ser abordado con aquella cordialidad casi violenta.

—Pues aquí estamos debatiendo sobre Euclides. Y usted es un miembro de la vieja escuela, por supuesto —intervino el señor Withers con una cierta mordacidad.

—Bien, sí. Soy partidario de enseñar a Euclides —replicó el señor Beddoes.

—Mientras los responsables de los programas de estudio sean personas como éstas, veo imposible que se den avances en nuestras universidades —dijo el señor Withers, volviéndose hacia el señor Crawford—. Me gustaría saber más sobre esa asociación antieuclidiana que enfurece tanto a Cayley. ¡Me haría miembro de ella!

Aunque sus opiniones coincidían con las del señor Crawford, éste no recibió estos comentarios con especial satisfacción. Miró al señor Withers con cierto desdén y replicó:

—Antes de criticar los métodos pedagógicos de hombres más preparados que usted, mejor sería que dominara los conocimientos matemáticos que tratan de

comunicar.

El señor Withers respondió a aquel comentario provocador con una débil carcajada. Las palabras, sin embargo, atrajeron la atención del señor Wentworth, que había estado escuchando en silencio.

—¡Un momento! —gritó—. ¿Qué quiere decir?

—Lo único que quiero decir es esto: sería mejor que quienes tomaran decisiones y discutieran el valor de los distintos métodos de enseñanza de las matemáticas fuesen los que dominan la materia porque, de otro modo, toda la estructura universitaria podría derrumbarse —respondió el señor Crawford en tono beligerante.

—Y en su opinión, ¿cuántas personas podrían pertenecer a ese grupo selecto?

—¡Poquísimas y muy valiosas!

Aunque respondía al señor Wentworth, el señor Crawford continuaba dirigiéndose al señor Withers, que se puso algo amarillo por la incomodidad y se apresuró a marcharse en dirección a la mesa del refrigerio.

—Bien —intervino de inmediato el señor MacFarlane en tono conciliador—, tal vez sean muy pocas, pero supongo que al menos estará de acuerdo en que nuestros profesores más ilustres pertenecen a ese grupo, ¿no?

—¡El estancamiento, el estancamiento, ése es el problema...! —replicó el señor Crawford en tono resentido—. No voy a negar, por supuesto, el talento fantástico de un hombre como Cayley. ¡Pero eso no basta! Hay que tener la maestría y la originalidad, pero también algo más, algo que tal vez sea más importante que esas dos cualidades: hay que tener una mente abierta a las nuevas ideas y al progreso. Y en nuestra universidad carecemos de eso. Las mentes originales se ven coartadas, nadie las reconoce y los poderes establecidos las asfixian.

Estas palabras fueron recibidas con gritos de desacuerdo entre los que componían el grupo, lo cual derivó en un debate de amplio alcance y muy enérgico. Había tanto ruido que empecé a preguntarme dónde estaba exactamente la línea que separaba un debate de una pelea, y si frases como «sus preferencias propias de un imbécil» o «ese tipo de opinión incompetente» no podían constituir un serio motivo de ofensa.

La señora Beddoes notó mi sorpresa y me susurró:

—Siempre están igual, querida. Son así, no les preste atención. Los matemáticos se vuelcan a fondo en lo que hacen, sobre todo el señor Crawford, que ya ha sacado su tema favorito. Supongo que hay que ser una mujer y observarlos a todos desde fuera para darse cuenta de que el señor Crawford siempre habla, en términos velados, de sí mismo y de su resentimiento porque, entre esta comunidad, no se siente lo bastante adulado y admirado.

A continuación, la señora Beddoes se apartó un poco del grupo y se puso a hablar con Emily y Rose, haciéndoles preguntas, y pronto entablaron una conversación en la que las niñas le contaron todos los detalles de su vida.

—¡Qué muchachas tan encantadoras! —dijo con una pizca de tristeza mientras se volvía hacia mí—. De joven, siempre quise tener unas hijas como ellas, pero hace mucho que pasó el momento. ¿Creéis que vuestras madres os permitirían venir a tomar el té a mi casa, queridas? Para mí sería un placer y a vosotras también os gustaría, pequeñas, porque mi marido tiene tres gatas y una de ellas acaba de tener gatitos. A mí los gatos no me agradan demasiado y no puedo tenerlos en casa, ya que los ojos me lloran. Me cuesta acercarme a ellos, pero mi esposo los adora.

—¡Oh, sí, sí, por favor! —exclamaron a coro—. Se lo pediremos a nuestras madres y le prometemos que vendremos pronto.

—Ha llegado el momento de entrar en una nueva era —seguía gritando el señor Crawford mientras tanto—. No más geometría, no más álgebra. ¡La física matemática es la nueva fuerza de Cambridge! Hemos tenido a Maxwell, a Airy, a Stokes, ¿qué ocurre con el álgebra y la geometría? ¡Cuaterniones! ¡Números imaginarios! ¡Bah! ¡Denme verdad, denme realidad, denme el sistema solar!

—Tranquilo, tranquilo, Crawford —se apresuró a decir el señor Beddoes—. No hay ninguna necesidad de apelar al sistema solar. Estábamos hablando de Euclides.

—¡Ja! Sí, supongo que tiene razón. Bien, entonces, me marcharé —dijo el señor Crawford con un repentino cambio en el tono de voz. Empezó a alejarse como si de repente aquel asunto le pareciera una estupidez pero, de pronto, se volvió y añadió—: Necesito verlo, Beddoes. ¿Qué le parece si cenamos juntos un día de éstos? Ya me pondré en contacto con usted.

—Sí, por supuesto —respondió el señor Beddoes, algo sorprendido por aquella cordial invitación, expresada en un tono severo y casi a gritos.

El señor Crawford se marchó y yo aproveché para hacer lo propio. Tras despedirme del grupo, fui a buscar a mis dos pupilas, que hacían cabriolas en el césped, entre ocasionales incursiones a la mesa del refrigerio.

—Me parece que ha llegado la hora de que os lleve a casa —les dije. Las niñas escaparon por piernas y se negaron a obedecerme, ya que estaban disfrutando en grado sumo, pero cuando vieron que los asistentes empezaban a dispersarse y que los sirvientes ya recogían las mesas, se me acercaron todas sonrojadas y risueñas.

—Bien, pues volvamos a casa —dijo Emily—. ¿Podemos acompañar primero a Rose a la suya, señorita Duncan? Usted nunca ha visto su casa, es preciosa de veras. Rose tiene una habitación para ella sola y muchas cosas divertidas. Quizá podría interpretar algo para usted, ¿no, Rose? Por favor.

—¡Uf! —dijo Rose, alzando su diminuta nariz—. Hoy no me apetece. He comido demasiado. En otra ocasión, tal vez, tocaré algo de Bach, de Haydn o del señor Johannes Brahms. ¡Acabamos de recibir su nueva sonata! Do-faaa-la-soool-re-dooo-si-soool...

Y como un pequeño duende, insistió en que la dejáramos a la puerta de su casa.

—Rose toca el violonchelo, señorita Duncan —le contó Emily mientras seguíamos caminando hacia su casa—. ¿No le parece extraño? No conozco a ninguna muchacha que toque otro instrumento que no sea el piano. El violonchelo es un instrumento muy grande, por eso Rose siempre lleva esas faldas tan grandes y hermosas, para poder abarcarlo.

—Oh, eso explica su estilo —sonreí—. Recuerdo que mi hermana y yo siempre le pedíamos a nuestra madre que nos hiciera faldas de ese tipo, pero no por la música sino porque corríamos por el jardín y montábamos en los ponies de un salto y cabalgábamos por la campiña.

—¿Cabalgaban? ¿Pero no lo hacían en silla de amazona? —preguntó, asombrada, aquella niña de buena familia.

—No teníamos sillas de ninguna clase, querida —la desengañé, riendo—. He montado muchísimo, pero tengo muy poca experiencia con las sillas de amazona que mencionas. ¡Quizá me caería!

—¡Oh, señorita Duncan! Vayamos a montar algún día, cuando haga más calor —me invitó, anhelante, mientras yo la dejaba a la puerta de casa.

Es una idea tentadora. Me encantará cabalgar a medio galope entre los setos y arrancar flores de los árboles al pasar como hacíamos cuando éramos niñas; pero, oh, querida, espero no dar un espectáculo entre las otras damas, que, a diferencia de mí, seguramente son expertas en el arte de avanzar con la mitad inferior del cuerpo colgado de costado. Las personas civilizadas tienen unos hábitos un tanto extraños, ¿no crees?

Tu Vanesa

Cambridge, martes, 1 de mayo de 1888

Oh, Dora! Ha ocurrido la cosa más horrible del mundo. Apenas sé cómo contártelo. Y sin embargo, no puedo pensar en nada más y, aunque me resulte doloroso y repugnante escribir acerca de tales horrores, me sería aún más difícil divagar sobre los hechos de la vida cotidiana como si no hubiese sucedido nada.

En resumen: ha sido asesinado otro matemático. Sucedió ayer y la víctima ha sido el pobre señor Beddoes, de quien te he hablado varias veces en mis misivas. Lo mataron del mismo modo que al señor Akers, de un violento golpe en la cabeza, sólo que esta vez ocurrió en el jardín, justo delante de su casa. Lo descubrió su pobre esposa que, al ver que tardaba en regresar, abrió la puerta delantera, se asomó a la calle y encontró su cuerpo tendido en la oscuridad, junto a la verja del jardín.

Pero esto no es lo peor. Lo peor es tan terrible que tengo que obligarme a recordarlo y contenerme para no correr a la cama y esconder la cabeza debajo de la almohada con la esperanza de que todo sea una pesadilla.

Parece ser que, cuando el señor Beddoes fue golpeado, regresaba a casa después de haber cenado con, una vez más, mi pobre amigo, el señor Weatherburn.

¡Oh, Dora, no es posible! No puede ser que esté secretamente loco y que haya adquirido la costumbre de asesinar a sus compañeros de cena. No, eso suena divertido, y me siento cualquier cosa menos alegre. Pero ¿cómo puede haber tenido tan mala suerte? La señora Beddoes llamó a la policía, los agentes se presentaron en casa y, aunque era muy tarde y todo el mundo se había retirado ya a descansar, llamaron ruidosamente a la puerta y la señora Fitzwilliam se vio obligada a levantarse y abrir.

Yo también entreabrí mi puerta y vi que la señora Fitzwilliam estaba muy enojada, pero la policía hizo caso omiso de ella y le ordenó que subiera al primer piso a buscar al señor Weatherburn. Éste no se había acostado todavía y bajó de inmediato, tras lo cual le dijeron con toda firmeza: «Está usted detenido por el asesinato de Philip Beddoes, profesor de la Universidad de Cambridge».

Nunca había visto a un hombre tan asombrado. Debió de ser una gran sorpresa para él, si acababa de dejar al señor Beddoes vivo y probablemente animado y bien alimentado. El señor Weatherburn palideció y retrocedió, tartamudeando incoherencias.

—Pe... pe... pero eso es imposible. Pe... pe... pero si acabo de dejarlo y se encontraba perfectamente bien de salud.

—La salud no tiene nada que ver con esto, caballero —dijo el agente—. El señor

Beddoes ha sido asesinado. ¿Sería tan amable de acompañarnos, por favor?

Pese a que mi aspecto era un tanto indecente, pues llevaba la camisa de dormir y el cabello suelto cayéndome por la espalda, irrumpí en el vestíbulo.

La policía no me prestó atención y la señora Fitzwilliam me obligó a volver a mi cuarto a empellones. No obstante, mientras los agentes se lo llevaban con toda firmeza, Arthur se volvió a mirarme y nuestros ojos se encontraron durante un bendito instante. Arthur sabe que no creo una palabra de lo que ha dicho la policía.

Volví a la cama pero no pude dormir ni un instante. Sentí como si la felicidad y la tranquilidad me hubieran abandonado para siempre. Hoy, durante todo el día, me he torturado pensando en alguna posible acción que pueda emprender, algo que me impida hundirme en este estado de pasividad y desesperación.

Si pudiera hacer algo positivo... ¿Me atreveré a visitar a Arthur en la prisión? ¿En qué consiste el procedimiento de visitar a un prisionero? Mañana por la mañana, no perderé un segundo en averiguarlo. A Arthur tal vez no le guste, lo comprendo perfectamente, pero no puedo vivir en este doloroso estado de postración y ansiedad.

Tu amantísima pero desesperada hermana,

Vanesa

Cambridge, miércoles, 2 de mayo de 1888

Queridísima Dora:

Lo he hecho. Ha sido muy extraño... Nunca en mi vida me había encontrado en una posición tan difícil. Por primera vez he visitado a un detenido.

Sin embargo, no puedo creer todavía que Arthur sea en realidad un preso o que vaya a serlo de verdad. Él opina que se trata de un error estúpido que será subsanado dentro de un par o tres de días como mucho. No obstante, la experiencia de esta mañana es tan ajena a todo lo que he vivido hasta ahora que, sin lugar a dudas, quedará grabada en mi mente para el resto de mis días.

Permíteme que te lo cuente desde el principio. Me he levantado temprano, he preparado té, aunque no he sido capaz de probar bocado, me he puesto mi mejor sombrero y me he encaminado hacia Saint Andrew's Street; sabía, por haber comprado allí a menudo, que en el número 44 está situada una gran comisaría de policía. Antes de llegar, he pasado por delante de la tienda donde, en un momento más feliz, compré dicho sombrero. Me he detenido con frecuencia a contemplar los hermosos escaparates de la tienda de Robert Sayle y, en esta ocasión, tampoco he podido resistirme a echarles un vistazo. Sayle, famoso por sus viajes a Oriente, expone sedas chinas dignas del más romántico de los sueños. Durante unos instantes, he dejado que mi mente se impregnara de una visión de gran belleza, en la que se mezclaban atardeceres, jardines y seda en rama de incontables tonalidades distintas. Entonces, una horrible imagen de barrotes y cadenas se ha entrometido en mi cerebro. He seguido caminado deprisa y he entrado en la comisaría de policía, un enorme edificio cuadrangular e impresionante, pero de una concepción excesivamente opresiva. Me he sentido algo estúpida e insignificante en un sitio como aquél, pero me he dirigido al agente de guardia con firmeza, como si no me sucediera nada.

—Me gustaría preguntarle cómo puedo visitar a un prisionero que fue arrestado anoche —dije.

El hombre no parecía encontrar nada raro en mi petición y se ha limitado a preguntarme, impasible, el nombre de dicho prisionero, tras lo cual me ha informado de que había pasado la noche detenido en las celdas policiales de aquel mismo edificio y que todavía se hallaba allí, esperando el vehículo que lo transportaría a la cárcel de Castle Hill.

¿Qué pueden tener en contra de Arthur? Es inocente y cenar con las víctimas de

asesinato, aunque desafortunadamente haya ocurrido dos veces seguidas, no es una base real para acusarlo. Bueno, supongo que tienen que hacerlo y que a mí debería tranquilizarme pensar que la justicia británica llevará a cabo un proceso equilibrado y justo en el que se corrijan las prisas y los errores estúpidos.

El agente me acompañó a una habitación que se hallaba detrás del escritorio donde recibía al público y yo me senté y esperé. Al cabo de un rato, otro agente trajo a Arthur, el cual no pareció alegrarse mucho de verme.

—No... no tendría que haberse molestado, no tendría que haber venido —dijo—. Éste no es lugar para una...

Lo interrumpí al momento con firmeza. He de reconocer que esperaba esta suerte de comentarios y había ensayado de antemano mi réplica. Como consecuencia, ésta sonó un tanto envarada.

—Arthur —dije (era la primera vez, creo, que me dirigía a él por su nombre de pila)—, por favor, por favor... Tiene que comprender que ninguna molestia ocasionada por circunstancias externas, por terribles que sean, puede ni remotamente compararse con el sufrimiento de verse obligado a permanecer a la espera, pasivamente y en la ignorancia, mientras otra persona corre peligro. Si quiere protegerme de algo, que sea por lo menos de lo que me está causando un insoportable tormento, y no de las meras circunstancias externas que, a buen seguro, no pueden influirme.

Arthur entendió lo que quería decirle. Su actitud cambió, tomó una silla, se sentó y se inclinó hacia mí, mirándome a los ojos con la expresión muy seria y ajeno a la discreta pero opresiva presencia del agente, apostado cerca de la puerta.

—¡No se atormente! —dijo en voz baja—. Es... estoy seguro de que no hay ninguna necesidad de ello. Ha sido un gran error y pronto será enmendado. Ni siquiera puedo culpar a la policía de cometer un desliz; al fin y al cabo, he tenido la desgracia de encontrarme en el lugar inoportuno. Pero supongo que no me juzgarán por eso. El verdadero asesino no podrá esconderse mucho tiempo.

—¿Lo ha interrogado ya la policía? —quise saber.

—¡Oh, sí! Horas y horas.

—¿Y qué le han preguntado?

—Las mismas cosas cientos de veces: qué relación tenía con Akers y con Beddoes, por qué cené con ellos y así sin parar. Y si los había golpeado con instrumentos pesados. Me he hartado de res... responder, siempre de la misma manera, a las cincuenta versiones distintas de esas mismas preguntas, repetidas hasta la saciedad. Yo he respondido que cené con el señor Akers, que lo acompañé de regreso a sus habitaciones del Saint John's, que le di las buenas noches en la puerta, lo vi subir las escaleras y me marché. Cené con el señor Beddoes, lo acompañé de regreso a su casa, me despedí en la verja de su jardín y me marché. Comprendo que

ha de antojárseles extraño hasta el punto de parecer sospechoso, pero la verdad es que yo no oí nada en ninguna de las dos ocasiones.

—¿Y le han preguntado de qué habían hablado en las respectivas cenas?

—Me han presionado para que reconociera que nos habíamos peleado.

—¿Y se habían peleado?

—Por su... supuesto que no. Akers me comentó que había tenido una idea brillante para la solución del problema de los n cuerpos; apenas podía contener la felicidad por la elegancia y la belleza de esa idea. Pero casi no volvió a referirse a ella y, tras escribir una fórmula en un trozo de papel, se lo guardó en el bolsillo del chaleco y cambió de tema. Durante el resto de la velada, hablamos de otras cosas.

—Recuerdo que usted declaró que parecía preocupado por la reacción del señor Crawford —comenté.

—Oh, ahora que me lo re... recuerda... Sí, es cierto. Habló de Crawford y dijo que su nuevo descubrimiento lo dejaría atónito, pero también me pidió que no le mencionara nada de aquello. Creo que deseaba completar su trabajo antes de comunicárselo al otro único experto de Cambridge en ese campo.

—¿El señor Crawford es un experto en el mismo problema? ¿El de los n cuerpos?

—Supongo que sí, o al menos eso es lo que creen los profesores de esta universidad —respondió—. A diferencia de Francia y Alemania, aquí, en Inglaterra, no tenemos expertos en la materia. En cualquier caso, la policía ha expresado sus sospechas ante el hecho de que lo acompañara a casa, ya que no me venía de camino. He explicado que los colegios universitarios me parecen de una extraordinaria belleza, que era una clara noche de luna, que no quedaba tan lejos de mi casa y que, después de una cena tan copiosa, sentí la necesidad de caminar. Siempre lo hago.

—¿Y a qué se debió que cenaran juntos, Arthur? Todo el mundo parece considerarlo un individuo de lo más desagradable.

—Sí, Akers no era apreciado. Se preocupaba demasiado de sí mismo y de su reputación y tenía una lengua muy mordaz. A mí, sin embargo, nunca me enojó. A veces, incluso lo encontraba divertido. Conmigo no se llevaba mal y fue él quien me invitó a cenar, ese mismo día. Me lo encontré en la biblioteca de matemáticas y pareció alegrarse mucho de verme; hasta me abrazó y dijo algo así como: «Oh, Weatherburn, hace un día muy hermoso, ¿verdad?». Y yo le respondí: «Parece que está de muy buen humor», y dijo que sí, que tenía un buen motivo para ello y que cenáramos juntos aquella noche. «¿Quiere que nos encontremos a las ocho en la taberna irlandesa?» Y yo contesté: «¿Por qué no?», y eso fue todo. Es un lugar agradable, con reservados de asientos de cuero, donde se puede hablar de matemáticas e incluso sacar un papel y escribir algo sin que la gente de las mesas vecinas crea que te has vuelto loco. ¡La policía incluso quiso saber qué habíamos

comido! Tuve que decirles que tomamos whisky, de entrada, y que luego pedimos vino. Akers también pidió agua ya que tenía que tomar una medicina. Luego, nos sirvieron un estofado irlandés que estaba de lo más succulento. La verdad es que no entiendo por qué me preguntaron todo eso... ¿Tal vez querían demostrar que yo estaba borracho ?

—Cielo santo —susurré—. Todo suena tan agradable y normal que cuesta hacerse a la idea de que el pobre señor Akers murió justo después de esa cena.

—¡Ya lo sé! ¡Yo tam... tampoco me hago a la idea! ¿Y por qué he tenido que cenar con ellos antes de que los asesinaran? ¿Qué significa eso?

—Bueno, ¿y cómo fue que cenó con el señor Beddoes?—inquirí.

—Oh, la policía se entretuvo mucho en ese detalle, caramba. ¡Pero si ni siquiera fue Beddoes quien me dijo que fuéramos a cenar! Fue Crawford el que propuso que cenáramos los tres al día siguiente.

—¿De veras?—exclamé. Aquella información me dejó atónita—. Y, luego, ¿él no se presentó?

—No, a última hora de la tarde me dejó un mensaje diciendo que no se encontraba bien y que tal vez no vendría a la cena, pero que fuéramos nosotros dos y que disfrutásemos.

—Así que por eso fue a cenar con Beddoes y se encontró en una situación terriblemente comprometida... —dije. Los pensamientos se me agolpaban en la cabeza—. Ahora recuerdo que en el té en el jardín que siguió a la conferencia del profesor Cayley, el señor Crawford le dijo al señor Beddoes que quería cenar con él.

—Sí, a la policía le interesó mucho, no se por qué, que Crawford estuviera implicado. Me preguntaron una y otra vez dónde estábamos cuando Crawford habló y quién pudo haberlo oído. Quizá se trate de una indicación de mi inocencia aunque, en realidad, apenas puedo seguir ese razonamiento. Se me antoja todo tan absurdo... A fin de cuentas, supongo que yo podría haber decidido matar a mi compañero de cena, independientemente de quién hubiese propuesto que cenáramos juntos.

—¡No! —exclamé de repente—. Quizás eso signifique que no sospechan de usted, sino del señor Crawford. ¿Es ello posible? ¿Pudo el señor Crawford haberlo hecho a propósito?

—Po... pobre Crawford. Estaría bien que él pudiera sustituirme como sospechoso —sonrió—, pero me parece igual de ridículo.

—Bueno, puede que se lo parezca, pero eso debe de ser lo que piensa la policía. Espero que vayan a verlo y, si ellos no lo hacen, ¡lo haré yo misma! Me gustaría saber qué pretendía con eso de implicarlo a usted en una situación tan extrema. —Oh, vamos. Seguro que no lo hizo a propósito —dijo. —El tiempo de visita ha terminado —interrumpió de pronto el agente que estaba en el umbral—. Ha llegado el transporte. Vamos, caballero.

—No pueden retenerme más de dos días sin enviarme ante el juez —me explicó Arthur—. Eso ocurrirá pasado mañana y el fiscal deberá presentar entonces sus pruebas. No creo que pueda reunir muchas, por lo que no estoy excesivamente preocupado. A uno sólo pueden juzgarlo si existe presunción de culpabilidad.

—¡Vamos! —repitió el agente.

En su actitud había una dureza casi militar; supongo que debe de ser bastante incómodo tener que dar órdenes desagradables a detenidos que tal vez son por completo inocentes. Al fin y al cabo, nuestra ley se rige por la presunción de inocencia, una persona es inocente hasta que no se demuestra que es culpable (y esa palabra, «demuestra», es incluso dudosa; ¡ningún matemático se daría nunca por satisfecho con eso de «una prueba más allá de toda duda razonable»!).

Arthur se puso en pie y me dijo adiós con un leve brillo en sus ojos castaños.

—No puedo tomármelo en serio, de veras —dijo—. Una experiencia peculiar en la vida: noches en camastros carcelarios para mí, visitas a celdas de la prisión para usted... Esperemos que no se prolongue tanto que el encanto de la novedad se desvanezca.

—¡Oh, Arthur! —exclamé, sin saber qué decir. Sus palabras me habían provocado una repentina punzada de temor. Seguramente, todo terminaría pronto y, sin embargo, la propia palabra «seguramente» implicaba que cabía alguna duda. ¿Y si el magistrado lo enviaba a juicio? ¿Qué sucedería entonces?

¡No! ¡No puede ocurrir!

Y, sin embargo, creo que es mi obligación hablar con el señor Crawford y preguntarle qué pretendía; debería enterarse de todos los problemas que ha causado. Y, en cuanto a eso, bien podría ser el siguiente en padecerlos.

En fin, espero que en mi próxima carta pueda enviarte noticias mejores.

Hasta entonces, tu hermana que te quiere,

Vanesa

Cambridge, jueves, 3 de mayo de 1888

Mi querida Dora:

Esta mañana ha tenido lugar el funeral del pobre señor Beddoes; lo vi anunciado en el diario vespertino de ayer y decidí asistir. Llegué al cementerio con un modesto ramo de flores cuyos mismísimos colores, al estar dedicados a la ceremoniosa celebración de la muerte, se veían deplorables.

El señor Beddoes era, ciertamente, un hombre de muchos amigos, pues el gentío, que se arracimaba alrededor de la tumba recién cavada mientras introducían en ella el ataúd, era denso y compacto. Reconocí a casi todos los miembros de su círculo con los que me he familiarizado durante este último mes acompañando a la señora Beddoes, cuyo bonito rostro quedaba oculto bajo un velo negro.

La ceremonia terminó y la multitud empezó a dispersarse despacio y en silencio. Me acerqué a la señora Beddoes, que se volvía sin poder contener un sollozo.

—Mi querida señora Beddoes —dijo el hombre más cercano a ella, que era el mordaz señor Withers del té en el jardín—, la pérdida de su esposo significa un gran golpe para todos nosotros y tiene que ser mucho mayor para usted. Me gustaría encontrar palabras para consolarla.

Aunque su tono de voz era amable, había algo en su manera de hablar que no lo era: destilaba cierta hipocresía y parecía esforzarse por causar impresión. Acompañé a la señora Beddoes a su carruaje como si hubiera decidido demostrar que él, al menos, estaba lleno de sentimientos nobles. Es posible que la señora Beddoes notase algo de aquello porque, por toda respuesta, le dedicó un murmullo indistinguible. El señor Withers se volvió y se acercó al señor Wentworth, que se disponía a marcharse.

—¡Qué historia tan terrible! —dijo con el mismo énfasis peculiar con que se había dirigido a la viuda.

—Pues sí, efectivamente —replicó el señor Wentworth en un desagradable tono de voz. Pero el señor Withers no iba a callar tan fácilmente.

—Por suerte, enseguida han descubierto al asesino —prosiguió.

—Bien —murmuró el señor Wentworth—. No sé si...

—Me han dicho que han aparecido nuevas pruebas —continuó el señor Withers—. Me gustaría saber qué pruebas son esas. Bien..., todo saldrá a la luz en el juicio.

Caminé más deprisa para huir de aquella conversación horrible, en la que capté cierto placer perverso. Vi al señor Morrison y apresuré el paso para alcanzarlo. Me

saludó con afecto y me tomó del brazo, por lo que salimos juntos del cementerio en dirección a la ciudad.

—Así que usted también ha venido —comentó—. Para mí, Beddoes era un mentor, pero no sabía que usted se contase entre sus amigos, señorita Duncan.

—Lo vi dos veces —repliqué—. Me pareció un caballero muy amable y su esposa es una mujer muy cordial.

La pequeña multitud comenzaba a dispersarse por el camino; algunos andaban deprisa, otros más despacio y algunos regresaban en carruaje. Apresuré un poco el paso para poder hablar a solas con él.

—Señor Morrison —dije en voz baja y con apremio—. He oído que el señor Withers decía que han aparecido pruebas nuevas contra Arthur. ¿Es eso posible?

Me miró un tanto sorprendido y respondió con frialdad:

—La verdad es que no lo sé pero, en cualquier caso, espero que la policía conduzca el asunto de la manera adecuada.

Su respuesta fue un golpe tan inesperado que lo único que pude hacer fue mirarlo consternada. Mis mejillas se llenaron de rubor y él se avergonzó terriblemente. Luego se produjo un horrible e incómodo silencio y lo miré de hito en hito. Por unos instantes pareció que hacía un esfuerzo por expresarse.

—Comprendo lo que piensa, señorita Duncan —dijo al cabo— pero ¿cree que mi postura es sencilla? Heme aquí, repentinamente informado de que uno de mis amigos íntimos es un asesino. ¿Qué espera que haga? ¿Que lo perdone?

—No, pero Arthur no es... ¿De veras cree que es culpable, entonces? —farfullé, sintiendo que mi protesta inicial se me apagaba en los labios.

—Supongo que creo que la policía sabe lo que se hace —respondió con un suspiro—. ¿Usted no? ¿No estará dejándose cegar por los sentimientos?

Me quedé sin palabras, sin saber qué replicar. Murmuré un «no» y lo dejé, sin corresponder a sus palabras de despedida, encaminándome a casa con unos pies que me pesaban como si fueran de plomo. Me sentía sumamente cansada y la perspectiva de una tarde de clases me abrumaba. Me esforcé cuanto pude pero mi cabeza estaba distraída y a las alumnas debí parecerles un autómata. Apenas recuerdo lo que hice. La velada transcurrió entre angustiosas reflexiones y, no bien oscureció, me tumbé en la cama esperando que el descanso me aportara nuevas esperanzas. No recuerdo haberme dormido y, sin embargo, me encontré en medio de un curioso sueño. Caminaba por unos espléndidos jardines y a mi alrededor había personas a las que yo consideraba amigas. No las conocía pero las estimaba y mi corazón rebosaba afecto y confianza. Entonces, una a una, empezaban a posar los ojos en mí y a traspasarme con extrañas miradas, hasta que toda la multitud me contemplaba con hostilidad. Mi alegría se convirtió en un miedo paralizador y comencé a retroceder despacio, pero ellos siguieron avanzando hacia mí, paso a paso, hasta que me encontré de espaldas al

tronco de un árbol cuyas frondosas ramas se extendían sobre mí. Entonces, el que iba delante, sacó una cuerda con un lazo corredizo y la echó por encima de una rama. El lazo quedó colgando y se balanceó despacio hacia delante y hacia atrás. El hombre empezó a hablar y los demás se unieron a él, diciendo: «Colgadla por el cuello, colgadla por el cuello, colgadla por el cuello». El hombre se aproximó a mí, extendió la mano y me agarró por la garganta. Yo quise chillar pero no pude, pues me estaba estrangulando. Entonces desperté en tal estado de terror que los ojos se me salían de las órbitas. Me quedé temblando en la cama un buen rato, con la frente empapada en sudor. Oí un ruido en la habitación y me senté de repente. En aquel momento me asaltó, con más fuerza que nunca, la certidumbre de que en algún lugar se ocultaba un asesino que había asestado dos golpes mortales. Y creí que se encontraba allí, en mi habitación, dispuesto a terminar conmigo. Permanecí erguida unos instantes inmóvil y tensa, pero todo estaba en silencio. Tras unos minutos interminables, me atreví a mover la mano, palpé la mesilla de noche, agarré la caja de cerillas y encendí una. Aquella luz diminuta me dio coraje. Encendí otra y prendí las velas. Luego, con piernas temblorosas, me obligué a registrar las tres habitaciones. No había nadie. Cerré el pasador de la puerta y todas las ventanas, que estaban abiertas para que entrara el aire, y después me lavé la cara con agua fría. Demasiado asustada para volver a la cama, he encendido la lámpara y me he sentado ante el escritorio con pluma y papel para escribir esta carta. La luz del alba empieza a teñir el cielo y me siento mejor. Tal vez me he portado como una tonta. Volveré a la cama.

Te mando mis más tiernos besos. ¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí!

Tu Vanesa

Cambridge, viernes, 4 de mayo de 1888

Oh, queridísima hermana:

Ha sucedido algo verdaderamente terrible. He de contártelo todo o reventaré. De hecho, escribirte se está convirtiendo en tal ayuda para mí que no podría prescindir de ella. Aquí sentada, redactando esta carta, siento que mis pensamientos enmarañados se desenredan y las ideas cobran cuerpo, y se me antoja más fácil decidir si debo emprender alguna acción y cuál debería ser.

Anteayer, después de las clases, le di a Emily una breve nota para su tío, en la que le pedía, por favor, que me facilitara la dirección del señor Crawford porque tenía que hablar con él. Ayer, la muchacha trajo la respuesta, una nota seria (como si la escena del día anterior no hubiera sucedido en absoluto o tal vez en reacción a ella), que contenía la dirección de las habitaciones del señor Crawford en el Saint John's College: entrar por la puerta principal que da a Saint John's Street y cruzar el primer patio. El señor Crawford se aloja en la torre que se alza a la derecha. Esta mañana, lo primero que he hecho ha sido ponerme el sombrero, decidida a dirigirme hacia allí.

Mientras caminaba, los perfiles familiares de Chesterton Road pasaban ante mí en una visión borrosa e indistinta y el río me alcanzó al llegar a la ciudad, como si se burlara levemente de mí por avanzar tan decidida por un camino mientras él serpenteaba su curso por la campiña. Sé, por supuesto, que la ciudad fue construida alrededor del río, pero me gusta imaginar lo contrario. Muy a menudo me parece que el río atraviesa la ciudad por donde le apetece, sin respetar los muros de piedra y las puertas en arco, sean éstas de los *colleges* o de las prisiones.

Mientras avanzaba, pensé en las palabras que utilizaría y en cómo afrontar aquella inminente charla. He de reconocer, Dora querida, que, como forma de reacción, mi mente se había obsesionado con una sola idea dominante, una sola idea que se había formado en ella a raíz de la conversación mantenida con Arthur y había sucumbido a ella: que el señor Crawford había organizado la cena con el señor Weatherburn y el señor Beddoes a propósito, y que se había excusado en el último momento con el objetivo de que la culpa cayera sobre el señor Weatherburn o que, al menos, quedase en una situación tan comprometida que se requeriría cierto tiempo antes de que su inocencia quedase claramente demostrada. Y ¿qué podía significar todo ello, a menos que el señor Crawford tuviera una razón muy concreta para actuar así? Y yo apenas me atrevía a mirar de frente la naturaleza de aquella razón. ¿Qué había hecho el señor

Crawford?

Reduje el paso y fui presa de una fría oleada de pánico. Estaba a punto de hacer una visita a la mismísima persona que... Mi mente huyó asustada de ese pensamiento como un poni nervioso y empecé a sentirme culpable y estúpida. Aunque no hay razón para pensar que el entorno agradable del té que tomamos juntos en el jardín, cuando lo conocí, haya tenido alguna influencia en el carácter de aquel hombre (en realidad, me pareció un individuo más bien arrogante), el mismísimo hecho de haber estado con él durante aquel día soleado, y que sea amigo y colega de Arthur, pareció levantar una barrera casi insuperable entre yo y la peligrosa suposición que flotaba en la zona oscura de mi mente. Al cabo de un momento, no pude darle ningún crédito. Creí que si podía hablar con el señor Crawford y hacerle preguntas sobre la cena en unos términos sencillos y ordinarios, todo se arreglaría y seguí caminando a paso ligero hacia el *college*.

No estaba del todo segura de si una extraña como yo, mujer por más señas, tenía derecho a entrar en aquellos sagrados edificios. Doblé por Saint John's Street y me detuve un momento ante la antigua puerta principal del *college*, que se alzaba ante mí, elegante como un catedral, sólido como una fortaleza de ladrillo, misterioso como un castillo medieval. Alcé los ojos hasta las esculturas talladas en la piedra y san Juan me miró con benevolencia desde su hornacina, como dándome ánimos.

En el interior de la gran puerta estaba el alojamiento del portero, y me dirigí hacia él a fin de pedirle permiso para entrar. El portero, sin embargo, no se encontraba allí. Me quedé unos instantes dudando, al tiempo que examinaba el primer patio, y mis ojos hechizados se encontraron con un cuadrado perfecto de hierba verde. Me pareció que ocurría algo, e incluso vi personas pisando aquel sagrado césped para ser rápidamente abordadas por un solícito alguacil. Avancé con audacia, crucé la puerta que llevaba al patio y me volví hacia la derecha para localizar la torre del señor Crawford.

Allí, justo allí, al pie de su torre, vi algo que me causó una terrible conmoción. No sabes el salto que me dio el corazón antes de encogérseme en el pecho. Al pie de la torre se arremolinaban policías y curiosos, que susurraban como un enjambre de abejas. Se me hizo un nudo en el estómago y tuve una terrible corazonada. Me acerqué al grupo y, nerviosa, hice acopio de fuerzas para preguntar qué ocurría.

—Alguien ha muerto —me dijeron.

—¿Quién? —pregunté, con el corazón que me latía como si fuera a romper las costillas, los barrotes de su jaula natural.

—No lo sé, dicen que un matemático que vive aquí.

Una suerte de temblor recorrió la multitud que se dividió ante la puerta para dejar salir a unas personas. Eran policías, y entre ellos parecía haber oficiales de esos que no llevan uniforme. Cargaban con equipos de fotografía y de hacer mediciones. Intercambiaron unas palabras, se estrecharon la mano y se hicieron a un lado para

dejar que dos figuras vestidas de blanco cruzaran la puerta con una camilla. El cuerpo de la camilla estaba cubierto de pies a cabeza y los caballeros vestidos de blanco carecían por completo de expresión. Los acompañaba un último caballero, que tenía aire de médico.

Los miembros de este importante grupo empezaron a despedirse y se marcharon. Impulsada por un apremiante e incontrolable sentimiento, corrí hacia ellos y, pensando que sería mejor que les dijera lo que quería en vez de formularles preguntas que pudieran sonar ociosas o entrometidas, dije:

—Perdónenme pero he venido a ver al señor Crawford para un asunto urgente.

—Me temo, señorita, que el señor Crawford no podrá ver a nadie para ningún asunto urgente —me dijo el caballero que parecía médico.

—¡Oh, por favor! ¡No me diga que es esa persona a la que se han llevado en una camilla! —supliqué, consternada.

—Me temo que sí, señorita. Lo lamento muchísimo.

—Pero ¿está muerto? ¿Qué le ha ocurrido? —grité, mientras mi mente asimilaba aquel nuevo acontecimiento. ¿Habían matado al señor Crawford? Entonces, su asesino todavía andaba suelto y eso probaba la inocencia de Arthur. ¿Se habría suicidado? Entonces, las suposiciones que había contemplado mi mente eran ciertas y se abría la posibilidad de demostrarlas.

—Parece un paro cardíaco —dijo el médico—, pero no lo sabremos seguro hasta después de la autopsia.

—¿Un paro cardíaco?

—El corazón se detiene.

—¿Y por qué?

—Oh, las razones pueden ser varias, señorita. Quizás el hombre tenía el corazón débil o tal vez sufrió una gran conmoción o bebió en exceso... Lo que parece claro es que estaba bebiendo whisky cuando sucedió. Las circunstancias exactas quedarán claras con la autopsia. Lo abriré y le examinaré el estómago, la vejiga y esas cosas, ¿sabe?

—¡Oh, por favor! —dije, enmudeciendo unos instantes ante las gráficas imágenes que me describía—. Oh, sí, comprendo. Oh. Pero, por favor, ¿puedo preguntarle si ha sido una muerte natural?

—¿Una muerte natural? ¿Qué quiere decir?

—¿No lo han asesinado? —exclamé de repente, asombrada y un tanto avergonzada de mi descaro.

—¿Asesinado? ¿Cómo se puede asesinar con un paro cardíaco? ¿Dándole a alguien un susto de muerte? ¿Cree que lo han envenenado? Mi querida jovencita, usted ha leído demasiada literatura gótica. Le recomiendo encarecidamente que vaya a su casa y repose y que luego piense en cómo solucionar su asunto urgente sin

consultarle al señor Crawford.

Se volvió y se unió a sus compañeros que empezaban a marcharse. Los policías apostados a la puerta de la torre impedían entrar en el edificio y yo me encaminé despacio hacia la salida y me dirigí lentamente hacia el centro, andando como sin rumbo fijo, mientras las distintas posibilidades se arremolinaban en mi mente. ¿Podía ser que el señor Crawford se hubiera suicidado, agobiado por el peso de una doble culpabilidad? En ese caso, tal vez había dejado una nota exculpando a Arthur? Pero ¿y si lo habían envenenado? Y si no podía demostrarse que había sido envenenado, ¿qué sucedería?

Miré alrededor y al ver que pasaba un cabriolé, lo detuve de repente y dije al cochero que me llevara a la cárcel de Castle Hill. Al entrar en el recinto, solicité visitar al señor Weatherburn.

Me llevaron al cuarto de las visitas y me dijeron que esperase ante una rejilla metálica, mientras un carcelero se apostaba a mi lado. Arthur entró en el cuarto y me miró a través de la reja. Estaba pálido y ojeroso, pero vi que sus ojos seguían teniendo aquel peculiar brillo que los caracterizaba. Me embargó una oleada de afecto y el aquí y ahora quedaron momentáneamente olvidados.

—No le diré que no venga a verme —susurró con una sonrisa—. En realidad, estoy encantado de tenerla aquí. No quiero quejarme de la incomodidad de la celda, pero he de reconocer que el aburrimiento que sufro es un suplicio. Seguro que me está permitido tener algo que leer, o al menos lápiz y papel. ¿Cree que podría traerme algo?

—Por supuesto —lo tranquilicé—. Creo que pronto seré toda una experta en las regulaciones de la prisión. Averiguaré cuáles son los horarios de visita y qué puedo traerle. Lamentablemente, por las tardes no podré venir debido a las clases.

—Bien, pues estoy contentísimo de que haya venido esta mañana —dijo con cariño—. No creo que esta desagradable situación vaya a prolongarse indebidamente. Esta tarde compareceré ante el juez. No puedo imaginar qué pruebas van a presentar.

—¡Esta tarde! ¡Pruebas! ¡Oh, Arthur! Pero es que ha sucedido algo más. Al verlo a usted, lo he olvidado unos instantes. ¡El señor Crawford ha muerto!

Arthur dio un respingo y me miró atónito desde el otro lado de la rejilla. El carcelero nos observó con suspicacia.

—¡Crawford muerto! —exclamó Arthur—. ¡Santo Cielo! Entonces, es que un feroz asesino anda suelto. ¡Qué cosa tan horrible! Y sin embargo, en lo que a mí concierne, me pregunto por qué no me liberan de inmediato.

Vi que pensaba (como había hecho yo) que el señor Crawford había sido asesinado de la misma manera que los otros dos matemáticos y que, por ello, él quedaba exculpado. Me supo mal haberle dado la información de una manera tan confusa y, dolida, me apresuré a sacarlo del error.

—Lo han encontrado muerto esta mañana. Al parecer, ha tenido un paro cardíaco, aunque todavía no se sabe si falleció de muerte natural o ha sido asesinado —expliqué.

De repente, su actitud cambió. Languideció y pensó en aquellas noticias sumido en el silencio.

—Arthur —proseguí—, ¿cree que el asesino puede ser el mismo señor Crawford y que ha muerto de un ataque al corazón por la emoción que le ha causado todo? Tal vez se haya suicidado por remordimiento.

—No creo —respondió despacio—. Y, sin embargo, alguien tiene que ser el asesino. No sé qué pensar.

—Quizás haya alguna manera de descubrirlo, de demostrar que fue el señor Crawford —dije—. ¿Cree que podríamos averiguar de alguna manera lo que el señor Crawford estaba haciendo la noche en que mataron al señor Akers?

—Diez a uno a que estaba en sus habitaciones, sin ningún testigo —dijo tras un suspiro.

—O quizá fue la persona misteriosa que registró las habitaciones del señor Akers —añadí—. ¿Recuerda que el artículo del periódico decía que parecía que sus papeles habían sido revueltos? ¿Qué podría estar buscando?

—Bien, sé que puede parecerle una estupidez, pero supongo que podía andar tras algo relacionado con las matemáticas, algo sobre el problema de los n cuerpos en el que, según los rumores, los dos estaban trabajando —respondió—. Quiero decir que todo el mundo sabía que entre ambos existía una cierta rivalidad.

—¡Esto es muy importante! —exclamé.

En aquel momento, el carcelero se me acercó y dijo:

—Se ha terminado el tiempo, señorita.

—Oh, perdón. Lo siento... Quiero decir, gracias —balbucí, confundida, recogiendo mis cosas. Sin embargo, no podía marcharme. Arthur se había quedado inmóvil, como si lo hubiesen despojado de la energía necesaria para regresar a su vida de prisionero.

—Volveré mañana —le dije— y le traeré algo para leer y escribir.

—¡Señorita! —gritó el carcelero en tono perentorio.

—Sí, sí, lo siento. Adiós, Arthur, adiós.

Aquella estúpida palabra no expresaba ni una centésima parte de lo que me habría gustado decirle, pero no se me ocurrió otra mejor.

Ahora ya ha anochecido y he terminado mis clases; debido a la falta de ideas y a mi secreta obsesión con el proceso, he pasado buena parte de la tarde leyendo en voz alta *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde. Debo reconocer que pocas veces he leído algo menos «feliz» y que no ha contribuido en nada a mejorar mi estado de ánimo. Cada ruido que oigo me sobresalta, pensando que es Arthur que regresa a casa, ya libre por

decisión del magistrado. No puedo hacer nada al respecto. Tengo que ser paciente, por más difícil que me resulte, y dedicar el tiempo a escribirte, lo cual me tranquiliza en grado sumo y me aclara la cabeza.

¡Oh! Ojalá al señor Crawford lo hubiesen matado de un golpe en la cabeza... Ya sé que es terrible decir algo así, pero de todos modos está muerto y tal vez morir de un golpe en la cabeza sea más rápido y menos doloroso que hacerlo de un paro cardíaco. Bueno, si no soy capaz de desear que lo hubieran golpeado en la cabeza, al menos sí puedo desear que se haya suicidado por remordimiento y que haya dejado una nota explicándolo. Ojalá sea así.

Bien, voy a poner un trozo de pan en el plato. No tengo nada de apetito pero no cederé a la debilidad. Té y tostada para cenar y mañana, una audaz investigación. Debería imitar a ese famosísimo detective de Londres, el que vive en Baker Street, ¿cómo se llama?

Reza por mí, por favor, y escíbeme cuando puedas contándome tus novedades y diciéndome qué opinas de las mías.

Presa de la ansiedad, tu hermana,

Vanesa

Lunes, 7 de mayo de 1888

Querida Dora:

El sábado supe que el fiscal pidió al magistrado un aplazamiento de la comparecencia de Arthur prevista para el viernes por considerar que la muerte del señor Crawford era relevante para el caso. El magistrado concedió un aplazamiento mínimo, es decir, hasta hoy a primera hora de la mañana. No ha sido una comparecencia pública, por lo que no he podido asistir a ella y me he visto obligada a esperar a la puerta del Palacio de Justicia. Creía de veras que vería salir a Arthur, por fin libre, y sin embargo no fue así y ahora siento como si en las profundidades secretas de mi ser hubiera temido y esperado este resultado.

A las once de la mañana terminó el trámite. A Arthur no lo vi entrar ni salir y, en un estado febril de dudas y desánimo, terminé volviendo a Castle Hill a preguntar por su paradero y resultó que lo habían enviado de regreso a su celda de la cárcel. Presa del pánico, supliqué que me dejaran verlo y como respuesta recibí un amable, «¿Y por qué no?». Al cabo de unos momentos, nos encontramos frente a frente a través de la habitual puerta de rejilla. Mientras me contaba los acontecimientos de la mañana lo vi pálido y desanimado. Oh, Dora, después de comparecer ante el fiscal, se decidió que había pruebas suficientes contra él para juzgarlo. Cuando lo oí, me acometió toda la indignación que Arthur no parecía sentir.

—¿Y qué pruebas pueden tener? —exclamé.

—No estoy seguro —respondió en tono cansino—, pero debe de ser algo especial porque he sido acusado formalmente de los tres asesinatos, ante un gran jurado nada menos, dado el carácter nefando de los crímenes, según el fiscal. Lo que ha ocurrido hoy ha sido que el fiscal ha convencido al jurado de que hay pruebas suficientes para justificar una investigación profunda y completa de los hechos. Y como en este trámite sólo se trata de determinar la existencia de indicios, sólo habla el fiscal y presenta a sus testigos; no hay defensa porque se considera que no estoy siendo sometido a juicio, aunque le aseguro que yo me siento como si lo estuviera y es de lo más desagradable. El fiscal llamó al forense como testigo y le pidió que le contara al gran jurado cómo habían muerto Akers y Beddoes y todas esas tonterías sobre el restaurante. Pero entonces empezó a hablar de Crawford y contó que había muerto tras beber la media botella de whisky que tenía en su habitación, la cual contenía algún tipo de veneno. Y luego vino lo más extraño: afirmó que podía justificar que

era perfectamente posible que yo hubiese matado a Crawford ya que el veneno había sido introducido en la botella en cualquier momento de las semanas o meses previos. Dijo que presentaría pruebas sólidas que demostrarán que yo he podido hacerlo. ¡Para mí es un misterio! Y luego siguió diciendo que el móvil de los tres asesinatos fue matemático. Se extendió explicando que, aunque a un lego le resulte difícil de entender un asesinato por un móvil matemático, el jurado tenía que comprender que el deseo de fama reinaba en los corazones de los matemáticos con la misma fuerza que en los de las demás personas. Entonces el jurado declaró unánimemente que habían pruebas suficientes en mi contra para que me juzgaran por asesinato. La fecha fijada para que comience el juicio es el 16 de mayo, y hasta entonces estoy condenado a permanecer aquí sin fianza.

Pese a su forzada calma, vi que la confianza de Arthur había sufrido un duro golpe y que no estaba en absoluto tranquilo ante la inminencia del proceso. Y lo que es peor, no supe cómo ofrecerle consuelo porque yo también me sentía acongojada y temerosa ante aquel inesperado giro de los acontecimientos. Cuando el carcelero me ordenó que me marchara, comprendí lo mucho que me costaría hacerlo, aunque quedarme también me resultase insoportable, tanto como ocultar mis sentimientos de miedo y zozobra.

La única gota de consuelo en mi pesar llegó en forma de la visita del señor Morrison, que aquella tarde se presentó, en vez de la señorita Forsyth, a recoger a Emily a la salida de las clases. Se entretuvo conversando hasta que el grupo habitual de niñas, institutrices y madres se hubo marchado. Yo me movía por el aula en silencio, recogiendo libros y sin ganas de hablar con él, hasta que me abordó con paso firme.

—Me gustaría comentarle algo, señorita Duncan —dijo.

—Pues yo no estoy muy segura de quererlo oír —repliqué con frialdad.

—Oh, sí, seguro que sí —dijo sin amilanarse—. Lo que quiero es darle las gracias. El otro día me convenció de que usted tenía razón y yo decía estupideces, así que fui a visitar a Weatherburn.

—¿Ha estado en la prisión? —pregunté sorprendida, volviéndome hacia él.

—¿Y por qué no? Usted también ha ido, ¿verdad?

—Sí —respondí—, pero no creía que usted...

—En circunstancias normales no lo habría hecho —me interrumpió—. Es terriblemente embarazoso hacer una cosa así. Ustedes, las mujeres, no saben lo que esto significa para los hombres; ustedes tienen siempre conversaciones privadas de todo tipo, en casa, cuando toman el té con las amigas y en todas partes... Están acostumbradas a ello, pero nosotros no hacemos esas cosas y no tenemos práctica. Sí, a veces hablamos de los sentimientos, ¿sabe?, pero hay un lenguaje especial para ello... Todo es muy abstracto, o así me lo parece. Me estoy expresando terriblemente

mal, lo siento mucho.

—No, no es así. Lo comprendo —dije.

—Y ahí, tras los barrotes de la prisión, aún es peor. Uno se encuentra allí, separado por esa brutal rejilla, oyendo los gemidos y las quejas de la gente, el llanto de los niños... Es como haber caído en una versión del infierno digna de El Bosco. Y se supone que, en medio de todo ello, he de mirarle a los ojos y preguntarle si ha sido él quien ha matado a tres personas de sendos golpes en la cabeza.

—¿Y lo ha hecho?

—Pues sí, lo he hecho.

—Y él, ¿qué dijo?

—Le sorprendió terriblemente que se lo preguntara y le costó muchísimo afrontar la cuestión y decirme abiertamente que él no había hecho nada de eso. No se trataba en absoluto de si decía la verdad. Vi cómo se sentía, y yo me habría sentido exactamente igual. La idea resulta tan absurda que a uno ni siquiera le apetece negarla porque, al hacerlo, le concede demasiada importancia. Me sentí como un idiota, como si me hubiera hecho esa pregunta a mí mismo. Estaba equivocado, señorita Duncan, y usted tenía razón. ¡Todo es un inmenso error!

—Pero entonces, ¿ha comprendido que tenemos que hacer algo? —pregunté.

—Sí, lo he comprendido, y ojalá se me ocurriera qué —respondió, tocándose ansiosamente el pequeño bigote que adorna su labio superior—. Pero, aparte de darle nuestro apoyo, no sé qué más podemos hacer. Sólo quería pedirle que, si usted decide emprender alguna acción, haga el favor de comunicármelo y cuente conmigo. No se ponga a investigar usted sola, podría ser peligroso.

Fue muy amable por su parte, estoy segura de ello, pero si hubiera algo que investigar, seguro que me apresuraría a hacerlo sin dudar un segundo. Tiene que haber algo. ¿Cómo voy a esperar que llegue el juicio? Y aún peor, ¿cómo voy a asistir a él, día tras día, como mera espectadora?

Debo pensar. ¡Oh, Dora querida! ¡Ayúdame, por favor!

Tu preocupadísima hermana,

Vanesa

Miércoles, 9 de mayo de 1888

Queridísima Dora:

Todo Cambridge está profundamente conmocionado por el fallecimiento del señor Crawford, por cuanto es el último de lo que parece ser una serie de misteriosas muertes de matemáticos. Aunque no ha habido información oficial acerca de las causas de su muerte y nadie sabe todavía si el pobre hombre fue o no asesinado, la opinión popular es que sí, y que estos asesinatos en serie están estrechamente relacionados y fueron cometidos por la misma persona. En las conversaciones que he oído en las tiendas y en las calles abundan referencias a un matemático secretamente loco, con una mirada perturbada en sus ojos ocultos bajo pesados párpados y la típica actitud despistada de los profesores. Se discute abiertamente si el hombre arrestado puede ser considerado o no el asesino.

Yo no puedo pensar en otra cosa y esta mañana, después de torturarme un buen rato, he decidido que, cueste lo que cueste, tengo que emprender alguna acción antes que quedarme aquí sentada pasivamente, preocupada y angustiada. Pero, ¿qué acción? Mi primera decisión es que, de ahora en adelante, en mis cartas te contaré absolutamente todo lo que suceda. No omitiré ningún detalle y escribiré cada reflexión, cada pensamiento que cruce mi mente, cada palabra que oiga referida a la cuestión. A partir de ahora, estas misivas serán más que simples cartas; serán documentos para ser estudiados y tú deberás leerlas y releerlas, querida Dora, y decirme lo que piensas de ellas. En algún lugar de toda esta masa de información debe de ocultarse la verdad y tenemos que descubrirla.

Después de tomar esta decisión, me sentía demasiado impaciente para quedarme de brazos cruzados y, como no excluye emprender una acción, consideré la posibilidad de localizar al médico que atendió al señor Crawford en sus habitaciones de la universidad para preguntarle si su muerte ha sido un asesinato o si puede haber alguna otra explicación.

Me puse en marcha rápidamente y me presenté en la comisaría de Saint Andrew. Una vez allí, le pregunté al agente de la recepción el nombre del médico que había examinado el cadáver del señor Crawford. Al principio se mostró reacio a hablar de un asunto tan espantoso, pero recurrí a la persuasión y, finalmente, sacó un pesado fichero que contenía los partes del día anterior para darme el nombre de un tal doctor Jackson. Después, tuve que ir a la estafeta de correos a fin de averiguar su dirección.

Existen dos doctores Jackson, pero uno de ellos vive muy cerca del *college* donde falleció el desgraciado señor Crawford, por lo que me pareció natural que lo hubiesen llamado a él. Así pues, me encaminé hacia su consulta a toda prisa.

El doctor Jackson debe de ser muy popular porque su sala de espera estaba llena y pensé que dirigirme al doctor antes de que me tocara el turno posiblemente causaría malestar en las otras personas que aguardaban. Pese a ello, tan pronto como se abrió la puerta de su oficina para que saliera un paciente, me puse en pie y me lancé hacia ella.

El médico asomaba la cabeza justo en el momento en que yo iba a entrar y chocamos. Nos miramos un momento asombrados —yo más que él, pues vi que no era el caballero que esperaba encontrar, el que ayer había conversado brevemente conmigo en el patio del *college*. Sin embargo, aproveché la oportunidad y me apresuré a decir:

—Doctor, no estoy enferma pero me gustaría hablar con usted un instante. Es muy urgente.

El hombre dudó unos momentos, molesto tal vez de que interrumpiera su rutina o temeroso de que los pacientes que esperaban se molestasen, como de hecho ocurría, dados los murmullos y quejas en voz baja que oí a mi espalda.

—Bien, pues sea breve —dijo, sin embargo—. Como puede ver, estoy muy ocupado. —Me indicó con una seña que pasara a su despacho y cerró la puerta.

—Sí, desde luego —dijo—. Me he enterado por la policía de que usted fue el médico llamado a atender al matemático que murió ayer en el Saint John's College, el señor Crawford.

—Sí —asintió—. Cuando lo encontraron, llamaron inmediatamente a un médico. Es lo que se hace siempre, aunque sea obvio que un médico ya no puede solucionar nada.

—Yo conocía muy bien al señor Crawford —mentí— y me dirigía a sus habitaciones a hacerle una visita cuando me enteré de que había muerto. La policía todavía estaba presente. Lo único que quiero preguntarle es cómo murió y, sobre todo, si fue asesinado. ¡Es de una importancia vital!

—Pues no puedo responderle a esas preguntas —se limitó a decir.

—¿Y por qué no? —inquirí, dispuesta a suplicar, a persuadirlo y a camelarlo.

—Muy sencillo: porque no tengo ni idea. Murió de un fallo cardiaco, es todo lo que sé. Quizá se trató de un ataque al corazón provocado por un sobresalto... Tal vez tenía el corazón débil.

—¿Y no puede haber sido un asesinato? ¿O que el ataque lo hubiese provocado un envenenamiento? —insistí, deseando oír las posibilidades de sus propios labios en vez de contarle lo que yo sabía.

—Podría haberlo sido, sí, aunque no puedo afirmar nada al respecto.

—¿Y qué veneno habría causado un efecto así?

—Un derivado de la belladona, o un producto de la dedalera, como una conocida medicina para el corazón, la digitalina, ingeridos en dosis excesivas; esos dos extractos serían los candidatos más probables, en caso de que se hubiera empleado veneno.

—¡Ah! —exclamé—. Pero dígame una cosa, ¿un médico puede saber cuál de ellas, si se trata de alguna, es la causa de una muerte por fallo cardiaco?

—Si la medicina se toma pura, por ejemplo, a veces quedan rastros de olor en los labios del paciente, pero la habitación del señor Crawford olía a whisky de una forma abrumadora y había una botella abierta y por la mitad sobre la mesa.

—¿Y pudo el veneno haber estado en la botella?

—No es imposible.

—Pero ¿puede averiguarse tal cosa?

—Sí, desde luego, y sin lugar a dudas se determinará, si no se ha hecho ya, mediante el análisis químico de las gotas que queden en la botella y la autopsia del cadáver. Ahora mismo, yo ya no tengo nada que ver con el caso. En cuanto vi que la muerte no tenía una explicación obvia y natural, se lo dije a la policía y ellos enviaron a su propio médico, que será quien realice todos esos exámenes que he mencionado.

Entonces comprendí que el hombre con aspecto de médico que acompañaba a la policía debía de ser ese doctor. Esperanzada, le pregunté a mi interlocutor si lo conocía personalmente, pero me dijo que no. Yo ya me disponía a marcharme cuando, de repente, me volví hacia él.

—Doctor, si no olió ni detectó de ningún otro modo algún rastro de veneno, ¿qué le hizo pensar que la muerte del señor Crawford no se debía a una causa natural? —inquirí—. Al fin y al cabo, mucha gente muere de ataque cardiaco, ¿no?

—Una pregunta intrincada, la suya, mi querida señorita —respondió, y su seria y arrugada cara se frunció en una suerte de sonrisa avergonzada—. Tiene usted una mente muy inquisitiva. He de reconocer que, en circunstancias normales, es más que probable que me hubiera limitado a diagnosticar fallo cardiaco a ese pobre caballero y ahí se habría acabado la historia.

—Y en la muerte del señor Crawford, ¿cuáles han sido para usted las circunstancias anómalas? —insistí.

—Oh..., bien... —titubeó, sin encontrar palabras para expresarse—. Nada médico, por supuesto. En realidad, fue el hecho de que se tratara de la muerte de un matemático que se ha producido muy poco tiempo después de las otras dos. Últimamente, en Cambridge sólo parecen morir matemáticos.

—¡Oh! —exclamé—. Pero entonces, ¿por qué debería causarle incomodidad albergar esas sospechas? Su razonamiento me parece absolutamente válido.

—Oh, bien, es que eso lleva a uno, como miembro de la profesión, a preguntarse

cuántas muertes declaradas naturales no habrán sido un asesinato, aunque esa posibilidad nunca se nos haya pasado por la cabeza. Y ahora vayase, querida, vayase. Posee una habilidad alarmante para sonsacar cosas a la gente. ¡Tengo que volver a mis pacientes!

—Muchas gracias, doctor —le dije con afecto—. Me ha ayudado en gran manera. Que tenga un buen día. —Retrocedí hasta la puerta y al abrirla casi choqué con la matrona a quien yo le había quitado el turno de ver al doctor y que estaba a punto de abrirla para quejarse por aquel retraso injustificado.

—Oh, lo lamento muchísimo —dije.

—Espero que sea cierto que lo lamenta —replicó con auténtica inquina.

Me marché a toda prisa para evitar que me reconvinieran más y caminé hacia Saint Andrew's, en esta ocasión con la esperanza de averiguar la identidad del otro médico y de lo que hubiese podido descubrir en la autopsia. No eran todavía las diez de la mañana y pensé que al agente de la recepción de comisaría no le gustaría volver a verme por allí con más preguntas después de lo mucho que ya me había ayudado. Por ello, me obligué a frenar mis pasos y, doblando por Petty Cury, me dirigí a mi salón de té favorito de Peas Hill, donde me hallo ahora sentada, escribiéndote y esperando que si me retraso un rato, haya llegado otro agente a relevarlo. Tengo delante la taza de té, redonda, cálida y reconfortante, y la remuevo despacio mientras escucho, como quien no quiere la cosa, las conversaciones que se desarrollan a mi alrededor. ¡Oh, Dora querida! Dondequiera que vaya, en la calle, en una sala de espera, en un salón de té, oigo a la gente discutir acerca de los asesinatos y divulgar rumores en torno a ellos. Y la mitad de las veces, querida mía, dicen que por fortuna la policía ha obrado veloz como una centella y ha detenido al asesino, que ya se encuentra entre rejas. Ni una sola persona ha replicado que el mencionado detenido tal vez no sea más que la víctima de un error. Todavía me aferró a la esperanza de que la muerte del señor Crawford tenga otra explicación, una explicación más natural. Sí, claro, ya sé que la policía comprenderá esto... Y, sin embargo, estoy preocupada. Ojalá pudiera averiguar si mis sospechas son ciertas o no.

Más tarde

Acabo de salir de la comisaría de policía, donde me he ofuscado terriblemente. Afirman que no tengo derecho a saber nada de los resultados de la autopsia, que se comunican sólo a los abogados que se encargan de la acusación y de la defensa del detenido. No ha habido nada que hacer. El policía de recepción no era el mismo que esta mañana, sino que he topado con un hombre imperturbable como una pared y me ha quedado claro enseguida que no podría sonsacarle nada. Me he visto obligada a

marcharme, tristemente, y ahora es mediodía y he de enviarte esta carta y empezar el trabajo con el que me gano el pan diario. Empieza a hacérseme un poco irritante...

Querida, escíbeme pronto,

Vanesa

Cambridge, lunes, 14 de mayo de 1888

Mi queridísima Dora:

He vivido toda esta semana en un estado intolerable de nervios. No duermo, mis clases se resienten de ello y no consigo olvidarme del inminente juicio.

El tribunal ha nombrado al abogado que defenderá a Arthur. Es un caballero entrado en años, frío y seco, llamado señor Haversham. Ha interrogado extensamente a Arthur, por supuesto, y le ha dicho que debe basar su defensa en la falta de pruebas o en una teoría alternativa. Pedí entrevistarme con él y me hizo innumerables preguntas sobre Arthur y la cena en casa de la señora Burge-Jones y sobre el señor Crawford, en especial la conversación que éste mantuvo con el señor Beddoes el día del té en el jardín y cómo había expresado su intención de cenar pronto con él. Con cierta timidez, mencioné mi teoría de la culpa y posterior suicidio del señor Crawford y le pregunté si no creía que fuera posible plantearla. ¡No se trata de que quiera destruir la memoria de ese pobre hombre, Dios no lo permita! Pero ahora apenas puede ya hacerle daño, sea verdad o mentira, y podría servir como teoría alternativa. El señor Haversham dijo que esta hipótesis podía proporcionar una línea válida de defensa y que recurriría a ella. Sin embargo, me resultó extraño que no se parase a considerar, ni por un momento, la posibilidad de descubrir lo que ocurrió de veras. Me pareció que lo único que le importaba era la posibilidad de que las diversas teorías convencieran o no al jurado. Ésa es la naturaleza de los abogados, supongo. Acerca del señor Crawford, señaló que no había ninguna necesidad de demostrar nada, sino exponer que era una posibilidad tan válida como la que presentase el fiscal. Dice que los recuerdos de la conversación entre el señor Crawford y el señor Beddoes el día del té en el jardín han de servir, cuanto menos, como una débil corroboración de la afirmación de Arthur acerca de que su cena con el señor Beddoes la había planeado el señor Crawford; le gustaría llamarme como testigo pero cree que el señor Bexheath tal vez lo haga primero. El señor Haversham dice que el letrado de la acusación, el señor Bexheath, que representa a la Corona, es famoso por su cruel precisión y que no hay que presentarle nada vago o lo destrozará. El juez, dijo, es sir William Penrose, que es conocido si no por su condescendencia, sí por su imparcialidad, su disposición a escuchar y su falta de prejuicios.

El señor Haversham dice que la fiscalía presentará una teoría propia que él ignora, pero que la conocerá en la exposición inicial con la que empieza el juicio, y

que él presentará réplicas a los distintos puntos en los días sucesivos. Empezó a confeccionar una lista de testigos a los que llamará en nombre de la defensa. Lamentablemente, es más bien corta, ya que no hay línea de defensa real que no sea la falta de pruebas y las hipótesis no confirmadas de la culpabilidad del señor Crawford. Dice, sin embargo, que este procedimiento quedará mas claro después de la exposición inicial del fiscal. Parece un hombre digno de confianza aunque un tanto distante. Espero que lleve el caso lo mejor posible.

Sigo haciendo visitas regulares a Arthur en la cárcel; estoy autorizada a llevarle libros y papeles, los cuales son minuciosamente examinados antes de que los carceleros se los entreguen con gran parsimonia. Los prisioneros condenados no tienen derecho a recibir esas cosas; sólo se les permite enviar o recibir una carta o tener una visita cada tres meses. Algunos de los prisioneros están condenados a trabajos forzados y se pasan el día haciendo girar la noria; otros están confinados en su celda, solos, veintitrés de las veinticuatro horas del día, mientras que la restante la dedican a dar vueltas caminando al pequeño patio, en silencio, a lo cual se le llama «ejercicio». Entre los prisioneros hay muchachos muy jóvenes; me parece que algunos no son mayores que Emily, ¡imagina! A veces, mientras hablamos, los oigo llorar, pero el carcelero nunca me deja desviarme ni una pizca del camino claramente prescrito y que lleva al cuarto de las visitas, con su reja, y luego de vuelta hasta la salida. Con Arthur, ya no hablamos demasiado de la ordalía que se le avecina, sino de los libros que leemos y de las cosas que nos gustaría hacer cuando todo esto termine. Resulta extraño pero, aunque la rejilla nos separa, el carcelero oye cada palabra que decimos y el futuro se presenta incierto, nos hemos acercado en gran manera el uno al otro. Es como si esta separación temporal hubiese propiciado que nuestras almas se hayan unido mientras que, cuando no había obstáculos en el camino, se habían mostrado tímidas y vacilantes.

Siempre tuya,

Vanesa

Cambridge, jueves, 17 de mayo de 1888

Querida Dora:

Esta mañana ha comenzado el juicio de Arthur. Habrá sesiones todos los días laborables hasta que concluya el interrogatorio de los testigos. En realidad, el procedimiento empezó ayer, con una larga ceremonia en la que se seleccionó a los miembros del jurado y que duró todo el día, y la continuación, que es, de hecho, el inicio del proceso, se fijó para esta mañana.

Las sesiones son abiertas al público. ¡Oh, Dora, no puedes imaginar lo horrible que es todo esto! En el Palacio de Justicia hay unas gradas públicas en las que se sientan muchas personas ociosas que asisten al juicio por curiosidad morbosa. Arthur ocupa el banquillo del acusado y todo el mundo lo mira y hace comentarios perfectamente audibles. Al parecer, nadie cree que sea inocente y la opinión general es que habría que colgarlo. ¡Oh, cómo detesto a ese despreciable «público»! Allí sentados, susurran y murmuran, y a veces incluso comen cosas que se llevan de casa, para no tener que salir a almorzar durante el juicio. Yo intento colocarme lo más lejos que puedo de ellos.

El proceso ha comenzado con algo que no tiene nada que ver con Arthur; el juez, un hombre cortés y de aspecto casi humano pese a ir ataviado con la tradicional toga escarlata y la peluca blanca, se ha dirigido a los miembros del jurado durante un buen rato para informarles de sus derechos y deberes. Deben escuchar a los abogados de las dos partes pero tienen que aceptar que todo lo que dicen no es más que una cuestión de opinión, mientras que las declaraciones bajo juramento de los testigos deben considerarse hechos. También se entretuvo en la cuestión de «la certeza más allá de la duda razonable» y les recordó la presunción de inocencia del acusado hasta que su culpa quede convincentemente demostrada. Los miembros del jurado escucharon con atención y asintieron aunque sus rostros permanecieron inexpresivos. Ahí están; son doce; unos gordos y otros delgados, algunos con cara de idiota, y ninguno sonriente, y en sus manos está el poder de condenar a Arthur incluso a muerte. Sí, lo he escrito; pero, por supuesto, no creo que ocurra. No puede ocurrir. Y sin embargo, ahí está ese poder y no hay manera de eludirlo.

El juez explicó después al jurado que Arthur está acusado de tres cargos de homicidio deliberado y premeditado y que se ha declarado no culpable. Para terminar, anunció que el proceso empezará con la exposición inicial del fiscal, que correrá a

cargo del señor Bexheath, representante de la Corona. Como ya te he dicho, apuntaré cada palabra y cada detalle referidos a este espantoso misterio a fin de poderlos estudiar y analizar con tu ayuda. He decidido hacerlo mediante taquigrafía. ¡Me alegro mucho de haberme tomado la molestia de estudiarla, hace tanto tiempo, en nuestra habitación de casa! Y es que pienso que la verdad secreta se halla oculta detrás de las palabras que se pronunciarán aquí estos días.

CASO DE LA R. CONTRA WEATHERBURN

«Con la venia, señoría... Caballeros del jurado. Han escuchado los cargos contra el acusado, es decir, que asesinó deliberadamente a tres destacados matemáticos, los señores Akers, Beddoes y Crawford, de la Universidad de Cambridge todos ellos. Demostraremos, caballeros, que el prisionero ha tenido la oportunidad, la posibilidad y el móvil de estos tres nefandos asesinatos.

»Permitan que primero les exponga los pormenores del caso.

»El señor Akers, becario superior del Saint John's College, murió a última hora del 14 de febrero. Después de cenar con el prisionero en la taberna irlandesa, se encaminaron juntos de regreso a las habitaciones de Akers en la universidad, y allí fue encontrado al día siguiente su cadáver, tendido en el suelo de su vestíbulo y vestido aún con el abrigo y la bufanda, si bien ya había colgado el sombrero. Unos instantes después de llegar a casa, lo mataron de un fuerte golpe en la cabeza que le asestaron con el atizador de su propia chimenea, instrumento que se encontró en la escena del crimen.

»El señor Beddoes fue asesinado de una manera similar. La noche del 30 de abril cenó con el acusado, el cual lo acompañó a casa más tarde. Unas horas después y en vista de que se hacía tarde, su esposa, preocupada porque no regresaba, abrió la puerta principal y se asomó para ver si llegaba. En lugar de ello, divisó una masa oscura en el suelo; era el cuerpo de su marido, tendido en el camino del jardín, muy cerca de la verja. Lo habían golpeado con una piedra pesada que habían cogido del propio jardín; formaba parte del friso de piedras que bordeaba un parterre de flores y la habían quitado de donde estaba, al lado del camino que lleva a la casa. En esta ocasión, el arma homicida también se encontró en la escena del crimen.

»El tercer asesinato, el del señor Crawford, se produjo el 4 de mayo. Ya que el acusado fue arrestado el 30 de abril por la noche, después del asesinato del señor Beddoes, tal vez piensen que no se le puede considerar culpable de la muerte del señor Crawford. Pero, caballeros del jurado, éste fue un asesinato completamente distinto, puesto que el señor Crawford fue envenenado al beber media botella de su propio whisky en la que se había introducido una abundante dosis de digitalina, una

medicina para el corazón, cuya cantidad equivalía a la dosis normal de varios días. Esta digitalina pudo haber sido introducida en la botella en cualquier momento de las semanas o meses previos. Les demostraré que el acusado tuvo acceso tanto a la digitalina como a la botella de whisky del difunto en las semanas que precedieron al asesinato y que, por tanto, resulta perfectamente factible que lo haya cometido él.

»Acaso piensen, señores del jurado, que el acusado se ha comportado como un estúpido si ha creído que podría actuar dos veces de la misma manera, es decir, cenar con un hombre y después matarlo, sin ser descubierto. Pero ¿y por qué no? El primer asesinato salió a la perfección. El acusado no fue arrestado después del asesinato del señor Akers por la simple razón de que no se encontró ni la más mínima prueba en su contra. Así las cosas, debió de decidir que si un método había funcionado tan bien la primera vez, también lo haría una segunda. No obstante, las sospechas que despertó después de la muerte del señor Akers quedaron corroboradas tras la del señor Beddoes. No resulta fácil encontrar pruebas de los hechos, pero las iremos presentando poco a poco; en los zapatos del acusado se encontró tierra del jardín del señor Beddoes; se le vio entrar en las habitaciones del señor Crawford y hubo gente que oyó la conversación que mantuvo con el señor Beddoes durante la cena. Revelaremos los asuntos de sus discusiones secretas, tanto con el señor Akers como con el señor Beddoes, y explicaremos los detalles de las acciones del acusado.

»Es posible que ya hayan advertido que el acusado ha tenido la oportunidad de matar tanto al señor Akers como al señor Beddoes mientras volvían a casa, con la sencilla maniobra de llevarlos a una situación en la que se encontraran solos, sin que nadie los observase, en un lugar tranquilo y con un objeto contundente en la mano. Antes de proceder a discutir los móviles de estos espeluznantes crímenes, consideremos la oportunidad y los detalles del asesinato del señor Crawford.

«Para ello, tendremos que ahondar en la planificación de los detalles de la muerte, en las probabilidades de que el acusado haya introducido veneno en la botella de whisky del señor Crawford y en las posibilidades de que hubiera obtenido dicha medicina.

»El primer punto es crucial. Porque deben saber, caballeros del jurado, que los exámenes post mortem del señor Crawford demostraron que en su estómago había media botella de whisky en el momento de su muerte y que esa media botella de whisky contenía una dosis letal de digitalina. Pero ¿y si la víctima acostumbraba a tomar whisky en pequeñas cantidades, por ejemplo, una copita ocasional antes de la cena? La cantidad de digitalina en la media botella se habría repartido en todo el líquido y, si se consumía en pequeñas cantidades, el único efecto que hubiera producido habrían sido palpitations, un aceleramiento pasajero de los latidos del corazón que muy difícilmente podría causarle la muerte.

»Ahora llamaré a un testigo, amigo y colega del fallecido, que testificará que se

había visto al señor Crawford consumir grandes cantidades de whisky, por lo general media botella, en momentos festivos o emocionantes, pero que, por lo demás, no era un consumidor habitual. Como vivía solo, no hemos encontrado testigos que puedan corroborar la frecuencia con la que bebía dichas cantidades, aunque tenemos testimonios concretos, con la fecha correspondiente, de ocasiones en que lo había hecho.

»Sabido que la dosis de digitalina introducida en media botella de whisky bastaba para matar, sólo si se consumía la media botella entera, podemos concluir que el asesino era alguien que conocía bien los hábitos de bebida del señor Crawford; alguien que pertenecía a su restringido círculo de amigos, como es el caso del acusado.

»Esto guarda relación con el primer punto, la planificación de la muerte, y demuestra que el asesino era, sin lugar a dudas, uno de los miembros de ese círculo.

»Procedamos al segundo punto, el del acceso del inculpado a la botella de whisky del señor Crawford. Para empezar, necesitamos establecer cuándo fue introducido en ella el veneno. El 4 de mayo es la última fecha posible. ¿Y la más temprana? Mientras la botella estuvo cerrada, no pudo hacerse. Presentaré a una testigo, la señora Wiggins, la mujer que se encarga de la limpieza diaria de las habitaciones del señor Crawford. Testificará que, en algún momento que calcula en "unos dos meses atrás", limpió los restos de una pequeña fiesta en las estancias del señor Crawford, lavó vasos en los que se había bebido whisky y tiró una botella vacía. Esta testigo también refrendará que todos los días quitaba el polvo de una botella de whisky, guardada en su lugar habitual en la cocina del señor Crawford, sin que nada indicara que se hubiera bebido de ella de manera inusual. No tenemos pruebas, por supuesto, de que la botella actual, que será presentada como evidencia, sea la siguiente que abrió el señor Crawford, ya que pudo haber tirado él mismo las vacías que consumiera mientras tanto. Sin embargo, da igual si lo hizo, ya que queda demostrado que el veneno pudo haberse introducido en esta botella después de que la testigo tirase la anterior, lo cual significa en cualquier momento de las últimas semanas. Por lo que se refiere a la introducción del veneno en la botella, fue un asunto fácil. El acusado tenía acceso a las estancias del señor Crawford en cualquier momento, tanto en su presencia como en su ausencia, y el fallecido no tenía por costumbre cerrar la puerta con llave. Presentaremos testigos que declararán que el inculpado entró en las habitaciones del señor Crawford en dos ocasiones, como mínimo, durante las últimas semanas.

«Ahora llegamos al tercer punto: la posibilidad de que el acusado obtuviera un veneno como la digitalina. A primera vista, esta cuestión parece delicada, ya que el acusado no está enfermo, no presenta síntomas de enfermedad cardíaca y su médico de cabecera asegura que nunca le ha prescrito digitalina. Además, este medicamento

no puede comprarse sin receta. Sin embargo, ahora introduciré el punto crucial de todo el asunto, que demostrará que el inculpado conocía la existencia del frasco de digitalina y tuvo acceso a ella.

»De hecho, uno de los protagonistas de la horripilante historia que les estoy narrando sí sufría una enfermedad cardíaca. Se trata del señor Akers, la primera víctima. Declaramos que el inculpado estaba al corriente de la enfermedad de Akers y de la medicación que tomaba, y que tuvo la oportunidad de obtener unas dosis de ésta para su propio uso.

»En realidad, y según las declaraciones del acusado en el interrogatorio policial, vio al señor Akers tomar su medicina la noche que cenaron juntos antes del brutal asesinato del señor Akers. Ha declarado que el señor Akers empezó a verter las gotas en un vaso de agua —no dice que se tratara específicamente de digitalina, pero podemos imaginar que ya lo sabía o que se había enterado de ello de forma natural durante la conversación— y que luego volvió a guardarse el frasco del medicamento en el bolsillo. El acusado declara que no volvió a ver el frasco en toda la noche. Y sin embargo, caballeros del jurado —y éste es un detalle clave—, después la muerte del señor Akers no se encontró el frasco en sus bolsillos. ¿No está claro lo que ocurrió? El asesino golpea, espera a que el cuerpo se desplome y verifica si ha muerto. Luego, decidido ya a cometer otro asesinato a continuación del primero, mete la mano en el bolsillo donde vio que el señor Akers guardaba la medicina y se hace con ella.

»Ahora que les he explicado, caballeros del jurado, cómo se cometieron los asesinatos, pasaremos al problema de por qué se cometieron. Para esto, tenemos que fijarnos en la personalidad del inculpado. Es un hombre joven, de veintiséis años de edad, que se quedó huérfano a los nueve, y fue enviado a un internado y después a la universidad con sendas becas, y los excelentes resultados que obtuvo en los estudios le permitieron obtener una beca superior de matemáticas en la Universidad de Cambridge.

»Por su éxito y situación en la vida, caballeros del jurado, este hombre no tiene relaciones que atender, ni familia, patrimonio o capital, ni cobra anualidades, ni disfruta de uno solo de esos reconfortantes recursos que permiten a una persona seguir su vocación en una situación de seguridad. Su futuro depende sólo de su trabajo personal y, sobre todo, del que realiza en este momento, en el que la universidad le ha ofrecido una plaza temporal que puede o no serle renovada. No es de extrañar, pues, que a veces haya temido carecer de la capacidad adecuada para el cargo. Porque una beca superior, caballeros del jurado, no es una beca cualquiera; no se concede por un nivel de estudios excelente, sino con el fin de estimular y apoyar a un investigador ya destacado. Y la investigación en el ámbito de las matemáticas es un terreno peligroso, que puede llevar a la decepción y al fracaso aun en el caso de aquellos cuyos estudios han sido brillantes. Será imposible descubrir y revelar el

móvil del asesinato, caballeros del jurado, sin adentrarnos primero en el desconocido mundo de la investigación matemática y de su psicología.

»La devoción por las matemáticas y las reacciones ante sus éxitos y sus fracasos pueden descarriar mentalmente al matemático, llevarlo incluso a la locura. Este fenómeno se ha observado con mucha frecuencia en la historia de este ámbito del saber; el científico más importante que haya nunca pasado por nuestra universidad, sir Isaac Newton, sufría una intensa manía persecutoria. La monomanía del matemático, su continuo retiro a un mundo de abstracción total, la necesidad imperiosa de crear, las exigencias cada vez mayores a uno mismo, combinadas con la profunda decepción que genera el fracaso, provocan un desequilibrio psicológico. Caballeros del jurado, la locura está al acecho, dispuesta a apoderarse de la mente de cualquier matemático. Tal vez no sea visible, pero bulle en el interior, buscando en silencio una válvula de escape.

«Externamente, el inculpado es muy conocido entre sus colegas por sus modales tranquilos y afables y por su capacidad de mantener amistad incluso con los miembros más ariscos e insociables de la profesión. En realidad, era de los pocos entre sus colegas que la cultivaban con algunos de éstos. Quiero exponer, caballeros del jurado, que el inculpado tenía una razón, una razón profunda, para comportarse de ese modo. Como amigo único que era de ciertos matemáticos importantes y famosos, se hallaba en una posición privilegiada desde la que podía alentarlos a hablar de sus investigaciones y obtener ideas interesantes para utilizarlas él mismo; unas ideas que, de otro modo, tal vez nunca habría descubierto. Quiero exponer también que, para el acusado, esta manera de proceder constituía la base de todos sus estudios matemáticos.

«Permítanme que les describa cómo, mediante la observación atenta de su conducta, puede llegarse a esta conclusión.

»El acusado es joven y se doctoró hace sólo dos años; desde entonces, ha publicado dos artículos. Veamos si estos artículos coinciden con la forma de actuar que he descrito anteriormente.

»El primero de ellos lo publicó en solitario. Sin embargo, el contenido parece derivarse en gran parte de su propia tesis doctoral y ésta, como todas las tesis doctorales, se escribió bajo la influencia de un director, en este caso el ilustre profesor Arthur Cayley. Tal vez opinen que esto es habitual en el ámbito de las tesis y, ciertamente, no voy a discutirlo. Me limitaré a señalar que el profesor Cayley declarará que él era responsable de una parte considerable de las ideas presentadas en el artículo firmado por el acusado. En principio, es habitual que los investigadores jóvenes utilicen como plataforma para lograr la independencia y volar con sus propias alas el hecho de que sus directores los ayuden en sus primeros trabajos. En cambio, el acusado, parece haber utilizado este recurso como modelo para sus pasos

posteriores.

»El segundo artículo publicado por el acusado lleva la firma, como coautor, del señor Charles Morrison, a quien también llamaremos como testigo. Repasemos la lista de publicaciones del señor Morrison. Aunque apenas es mayor que su amigo, podrán ver, caballeros del jurado, que ya ha publicado seis o siete artículos propios. ¿Qué podemos deducir de esto? Que uno de los dos autores posee una mente mucho más fértil que el otro, así de claro y simple.

«Aparte de Cayley y Morrison, el inculpado tenía otras fuentes. Cultivó la amistad del señor Akers, un matemático famoso por su carácter hostil y desagradable. Presentaré testigos que declararán que el señor Akers era un matemático muy dotado, pero que había caído en la desafortunada costumbre de insultar vilmente a los colegas, cuya mente consideraba inferior a la suya. No hay motivos para suponer que el acusado estuviera exento de tal tratamiento. Muy al contrario, caballeros del jurado, afirmo que el inculpado toleraba humillaciones frecuentes pero, servil, mantenía la amistad con el señor Akers debido a sus objetivos secretos; es decir, ampliar su carrera y la duración de su beca superior gracias a la investigación de las ideas engendradas por la poderosa mente del señor Akers. El mismo objetivo solapado lo llevó a entablar amistad con el señor Beddoes y el señor Crawford.

»Pero ¿qué gana con la muerte de estos tres matemáticos que tan útiles le eran? Para responder a esta pregunta, será necesario que interroguemos a unos cuantos expertos matemáticos, que declararán que esos tres eruditos en concreto estaban trabajando en el mismo problema, conocido como el problema de los n cuerpos. Sin embargo, no se conoce que colaborasen. Declaro, caballeros del jurado, que mediante sus secretas y frecuentes conversaciones con estos tres matemáticos, y relacionando quizá sus diversas ideas, el acusado debió de advertir que podría desarrollar un trabajo de investigación de gran valor, con lo cual gozaría de una reputación excelente durante mucho tiempo, pero que no cabía hacerlo si los otros tres estaban presentes y reivindicaban parte de la autoría. Por lo tanto decidió, simple y brutalmente, eliminarlos. Declaro, pues, caballeros del jurado, que éste es el móvil que se oculta detrás de la serie de espantosos asesinatos que acabo de describir, y que no se trata de un móvil despreciable puesto que de él depende el futuro profesional y financiero de un hombre sin recursos. Se han cometido asesinatos por mucho menos. Por favor, tengan presente este dato cuando escuchen la exposición inicial de mi ilustre colega y las diversas declaraciones de los testigos que serán llamados e interrogados uno a uno.»

Apenas me atreví a mirar a Arthur durante este terrible parlamento, que se tornaba cada vez más devastador a medida que avanzaba. Aunque podía verlo sin obstáculos con sólo alzar los ojos, me pareció muy cruel hacerlo y permanecí todo el

tiempo con la vista clavada en el señor Bexheath. ¡Me hierve la sangre al presenciar todos estos procedimientos! Supongo que si una persona es culpable de un crimen, de alguna manera ha perdido el derecho al tratamiento adecuado por parte de la sociedad, pero me parece muy duro que una persona perfectamente inocente deba verse sujeta a este desdén público, sentada, en silencio forzado y sometido a la mirada de holgazanes curiosos que escuchan ávidos mientras se arrojan sobre él estas acusaciones insultantes, humillantes e hipócritamente escandalosas. Aun suponiendo que la justicia no se equivoque y que uno sea absuelto y puesto en libertad, como dicen, sin una mancha en su historial, eso no compensa el innecesario sufrimiento vivido. Cuando pienso que cada absolucón sigue a una escena de tormento tal, los pelos se me ponen de punta.

Mis ojos derramaban ardientes lágrimas de indignación mientras aquel espantoso hombre, cuyo pescuezo habría retorcido gustosa, inventaba un móvil completamente avieso. No pude resistirme a echar un breve vistazo en dirección al banquillo. Arthur estaba inmóvil, con una mano en la frente, lo cual era de lo más comprensible. La naturaleza, por lo menos, nos proporciona esta última pantalla tras la que ocultarnos de las miradas de desprecio del mundo, cuando todas las demás han caído.

Cuando el señor Bexheath se sentó, me sentí de lo más aliviada. La tensión en la sala de sesiones se diluyó considerablemente y entonces el juez preguntó al señor Haversham si deseaba ponerse en pie y hacer su exposición inicial antes de que se procediera a llamar a los testigos. Pensé que no lo haría, que se reservaría para responder a las siniestras acusaciones, pero los letrados piensan muy deprisa, sin lugar a dudas, y el señor Haversham había tomado notas y completado la réplica a la exposición inicial del fiscal mientras éste hablaba. Se puso en pie y comenzó a hablar.

EXPOSICIÓN INICIAL DE LA DEFENSA,

«Con la venia de su señoría... Caballeros del jurado: han escuchado la acusación de triple asesinato presentada contra el inculpado y han escuchado también la reconstrucción de los hechos, la manera en que se cometieron esos asesinatos y el móvil de los mismos, según mi ilustre colega.

»Ahora me propongo demostrarles dos cosas. En primer lugar, que la manera en que se cometieron los asesinatos, según el fiscal de la Corona, no es más que una interpretación basada en los poquísimos datos que la investigación policial ha sacado a la luz, y que es posible construir otra explicación igualmente plausible en la que los datos conocidos encajen igual de bien. Como ustedes saben, caballeros del jurado, mientras no se presenten pruebas concretas que ratifiquen la interpretación de la Corona, la culpabilidad del acusado no se habrá demostrado más allá de la duda

razonable y, por tanto, mi defendido deberá ser exculpado. En segundo lugar, demostraré que el argumento del móvil, tal como lo ha expuesto mi ilustre colega, no es más que una retorcida sarta de invenciones.

»Caballeros del jurado, estoy seguro de que, mientras escuchaban la exposición inicial del abogado de la Corona, han puesto toda su atención en distinguir los hechos de las opiniones. Ahora les presentaré una interpretación de los acontecimientos que han rodeado los asesinatos completamente distinta, que encaja con todos los datos conocidos y que a la vez se opone a la del Ministerio Fiscal.

»Amigos míos, es de todos sabido que la capacidad matemática disminuye con la edad. Imaginen, ahora, a un matemático famoso por su tremenda habilidad y por la originalidad de su pensamiento que descubre, al envejecer, que ya no es tan capaz como antes de llevar sus ideas a un resultado fructífero. Todavía tiene ideas brillantes, pero ahora carece de algo que antes poseía: la precisión, la memoria, la persistencia en la superación de obstáculos. Un matemático así tal vez recurra a los demás en busca de apoyo y lo reciba, pues los matemáticos, en general, son una raza generosa cuyos miembros son muy dados a ayudarse entre sí.

»Ahora, imaginen que un matemático como éste tiene una idea verdaderamente destacada, ¡la idea de su vida! Imaginen que arde en deseos de desarrollarla y completarla pero se ve obstaculizado, quizá, por detalles técnicos que no domina, por lo cual recurre a los demás para que lo ayuden. Supongamos que ellos pueden proporcionarle precisamente el pequeño detalle que falta para que todo funcione y para cerrar con el *quod erat demonstrandum* la exposición del gran teorema. ¿No es posible, entonces, que el autor piense que las contribuciones de sus colegas tienen mucha menos importancia que las propias, siendo como son de una naturaleza meramente técnica, mientras que la idea principal y el desarrollo de ésta son suyos? ¿Y no será, entonces, natural que piense que sus ayudantes no merecen el honor y la gloria en el mismo grado que él? Sin embargo, la publicación conjunta de los artículos sobre temas matemáticos no distingue entre los diferentes autores. Estos sentimientos pueden engendrar celos y resentimiento y hacer que uno se obsesione en hacerse con la gloria y conservarla por cualquier medio, en mayor medida cuanto mayor sea.

»Caballeros del jurado, la defensa plantea que tales eran los sentimientos del matemático señor Crawford y que, como fuese que algunas ideas suyas, gracias a la ayuda ocasional de sus dos amigos, el señor Akers y el señor Beddoes, estaban convirtiéndose en un trabajo de tremenda importancia, decidió eliminarlos para ser coronado él solo con los laureles que tanto creía merecer.

»Afirmando que el señor Crawford planeó la muerte del señor Akers, que se escondió en sus habitaciones mientras su amigo cenaba fuera, y que lo esperó con el atizador en sus manos enguantadas. Y cuando el señor Akers entró en sus aposentos, le asestó

el golpe mortal. A continuación, inspeccionó los bolsillos del difunto, le quitó el frasco de digitalina que sabemos que llevaba encima, y se marchó sin ser visto y sin levantar sospechas. Recuerden, caballeros del jurado, que el señor Crawford era un hombre fuerte y corpulento y que mantenía una relación de amistad con el señor Akers.

»La defensa sostiene que el señor Crawford, después de esperar unas semanas y ver que nadie era acusado del asesinato que él había perpetrado secretamente, planeó eliminar al señor Beddoes de una manera similar. En esta ocasión, se aseguró la ausencia de su casa organizando una cena con una tercera persona, es decir, el acusado, que testificará acerca de este hecho. No es difícil de imaginar por qué el señor Crawford iba a elegir al inculpado para que compusiera un grupo de tres personas; debió de pensar que esa tercera persona sería considerada automáticamente sospechosa del asesinato, más aún porque había estado también relacionado en cierto modo con la muerte anterior. Entonces, el señor Crawford excusó su presencia a la cena alegando que no se encontraba bien. No hay testigos de dónde anduvo esa noche, pero afirmamos, caballeros del jurado, que se escondió entre los grandes arbustos de lilas que con tanta eficacia protegen el jardín del señor Beddoes de la vista de la calle, agarró una pesada piedra que encontró en el parterre y esperó. El hecho de que el señor Beddoes no regresara solo, sino acompañado por el inculpado, tal vez lo alteró momentáneamente, pero el inculpado se despidió del señor Beddoes en la verja de la entrada y se marchó calle abajo, dando tiempo al señor Crawford de llevar a cabo su malvado plan. En cuanto a las alegaciones de mi ilustre colega de que el acusado llevaba tierra del jardín del señor Beddoes en los zapatos, el breve momento en que se detuvieron a estrecharse la mano ante la verja abierta lo justificaría, y es absolutamente absurdo presentar tal detalle como prueba en contra del inculpado.

«Caballeros del jurado, la defensa afirma que, al cabo de varias semanas de cavilaciones sobre sus actos, el señor Crawford no pudo soportar los cargos de conciencia por lo que había hecho y, al no ver ningún obstáculo entre él y la gloria que anhelaba o, quizás —y esto es aún más probable dado que, en realidad, no ha aparecido ningún teorema que los tres fallecidos hayan legado—, al darse cuenta de repente de que aquel brillante resultado presentaba un error fatal que lo hacía absolutamente falso, un error que incluso había pasado inadvertido a sus colegas, introdujo él mismo ese veneno en la botella de whisky y se la bebió, impelido a poner punto final a su vida por causa de los sufrimientos que le ocasionaba el peso de la culpa.

»Les ruego, caballeros, que adviertan la llamativa ausencia de pruebas concretas que existe en este caso contra el inculpado. No hay restos de huellas dactilares en el atizador ni en la piedra, ni restos de sangre en su ropa... En resumen, no aparecen

datos, hechos ni pruebas de ningún tipo contra él. En sus manos está, caballeros, decidir si los acontecimientos que he descrito son plausibles, en cuyo caso la culpa del acusado no puede considerarse demostrada.

«Abordaré ahora la cuestión del móvil, y afirmo que el inculpado no tenía ningún motivo para cometer el triple asesinato del que está acusado. El móvil que ha presentado el abogado de la parte contraria es absolutamente ilógico y los mismos testigos llamados por el Ministerio Fiscal lo rechazarán de plano. Les dirán que, simplemente, no existe y que no es más que una ficción inventada por mi ilustre colega.

»¡No existen pruebas de la comisión del delito, ni existe móvil, caballeros del jurado! Espero, por lo tanto, que exculpen al acusado.»

La exposición del señor Haversham me pareció breve y directa, pero hay algo en ella que me preocupa. No podría señalar exactamente qué es, pero está relacionado con su reconstrucción de la teoría de la culpabilidad de Crawford. Yo misma le sugerí dicha teoría pero, en cierto modo, su manera de desarrollarla dista mucho de resultar convincente. ¡Sí, ya sé qué me inquieta!: ¿por qué demonios el señor Crawford iba a molestarse en sacar un frasco de digitalina del bolsillo del señor Akers? ¿Qué podría eso significar? ¿Que tenía previsto utilizar el veneno en otro asesinato? Lo que es seguro es que no se lo llevó pensando en tomarlo él mismo. Es todo tan confuso... Y los discursos de los abogados no ayudan. ¿Cómo se les permite recurrir a invenciones, casi a fabricar mentiras, para beneficiar a su cliente? Qué profesión más peculiar...

La sesión ha quedado aplazada y me he marchado. Esta tarde, el Ministerio Fiscal empezará a llamar a sus testigos; dicen los rumores que el primero en comparecer será el médico forense, que declarará sobre los detalles de la muerte de las tres víctimas, pero yo no podré asistir. Volveré mañana por la mañana y te escribiré para contarte todo lo que haya sucedido. En cierto modo, escribirlo, ponerlo en negro sobre blanco y compartirlo contigo alivia mi angustia y me da una pizca de esperanza.

Tu hermana que te quiere tantísimo,

Vanesa

Cambridge, viernes, 18 de mayo de 1888

Querida Dora:

Aquí estoy, en el Palacio de Justicia, siguiendo lo que va a convertirse en mi rutina diaria: proceso por la mañana y lecciones por la tarde. Ya no puedo ir a visitar a Arthur ni hablar con él, puesto que pasa todo el día en los tribunales.

Hoy, sin embargo, no asisto desde la grada pública. Por extraño que pueda parecer, el fiscal va a llamarme como testigo. Piense lo que piense, el señor Bexheath no obtendrá de mí ninguna prueba para la acusación, y es que no conoce mis sentimientos. Mientras se hallan en la sala, todos los testigos del fiscal deben ocupar juntos un banco especial. A mí se me permite no asistir por las tardes para poder dar clases, pero se me ha impuesto la orden estricta de no comentar el caso con nadie. En el mismo banco que yo se sientan varios matemáticos; a mi lado está el señor Morrison y, aunque no podamos comunicarnos, me mira de vez en cuando (y lo oigo soltando comentarios indignados entre dientes, desafiando las órdenes del magistrado). Junto a él, se encuentran el señor Wentworth y el señor Withers. El profesor Cayley será llamado mañana. La señora Beddoes y la señora Wiggins, la criada, también están presentes, así como dos o tres personas a las que no conozco de nada. No sé quiénes deben de ser. Si todas estos testigos van a ser tan ineficaces para el fiscal como tengo intención de serlo yo, sus declaraciones no ayudarán en absoluto al señor Bexheath.

El señor Morrison asegura que asistirá a todas las sesiones del proceso y que me mantendrá al corriente de lo que ocurra por las tardes. Me ha contado que ayer dedicaron toda la tarde al interrogatorio directo y al contrainterrogatorio del médico forense pero, salvo las gráficas descripciones de la muerte de las tres víctimas, no ha surgido nada sorprendente o inesperado. El señor Morrison dice que sus declaraciones, cuando no horripilantes, resultaron aburridas. Me ha comentado que también compareció el médico privado del señor Akers; su testimonio sólo guarda relación con el hecho de que su cliente sufría del corazón y con la medicación que le recetaba. Declaró que, a juzgar por la última vez que le había prescrito el remedio a su cliente y dadas las dosis regulares de diez gotas tres veces al día, el frasco del señor Akers debía contener todavía medicina para unas tres semanas, como mínimo.

Debo admitir en cambio que la sesión de esta mañana me ha parecido en ciertos momentos incluso divertida, por más que resulte despiadado decirlo. El señor

Bexheath llamó al estrado al profesor Cayley y al señor Morrison a fin de que apoyaran su teoría del móvil de Arthur, pero se me antoja que no ha obtenido lo que quería.

Primero compareció el profesor Cayley. Ocupó el estrado de los testigos con su cara seria, sus labios finos y sus mejillas chupadas, mostrando la misma expresión de desaprobación que había exhibido en su conferencia sobre la enseñanza de las matemáticas, salvo que en esta ocasión el destinatario de su condena no eran los enemigos de Euclides sino el señor Bexheath. Habló con voz nasal y tono gélido y sus respuestas fueron breves. En vez de describir la escena, he tomado nota de todo mediante taquigrafía, y seguiré haciéndolo todos los días.

INTERROGATORIO DIRECTO DEL PROFESOR CAYLEY,

El testigo ha prestado juramento al alguacil de la audiencia.

Señor Bexheath: ¿Es usted el profesor Arthur Cayley, de sesenta y seis años, y ocupa la cátedra Sadleiriana de Matemática Pura en la Universidad de Cambridge?

Profesor Cayley: Sí.

Señor Bexheath: ¿El inculpado escribió una disertación doctoral bajo dirección suya?

Profesor Cayley: Sí.

Señor Bexheath: ¿Quién decidió el tema de la disertación?

Profesor Cayley: Lo hice yo.

Señor Bexheath: ¿Proporcionó usted orientaciones al inculpado en la época en la que escribió la disertación?

Profesor Cayley: Por supuesto.

Señor Bexheath: ¿Con qué frecuencia se encontraba con el acusado durante la elaboración de su tesis doctoral?

Profesor Cayley: Me reunía con él una vez a la semana, como hago con cada uno de los alumnos que escriben la tesis.

Señor Bexheath: Y después, ¿el acusado escribió un artículo basado en las investigaciones realizadas para su tesis doctoral y lo publicó en el *Cambridge Mathematical Journal*?

Profesor Cayley: Sí.

Señor Bexheath: El artículo que apareció en el *Cambridge Mathematical Journal* sólo estaba firmado por el acusado.

Profesor Cayley: Ciertamente.

Señor Bexheath: ¿El acusado recibió su asesoramiento y consejo durante toda la preparación de su disertación, cuyo contenido publicó más tarde en forma de

artículo?

Profesor Cayley: Ése fue el caso.

Señor Bexheath: Muchas gracias, profesor Cayley. No tengo más preguntas.

CONTRAINTERROGATORIO DEL PROFESOR CAYLEY

Señor Haversham: Profesor Cayley, ha dicho usted que se reúne una vez por semana con los alumnos cuya tesis doctoral dirige.

Profesor Cayley: Eso he dicho, sí.

Señor Haversham: Por lo tanto, dedica a cada uno la misma cantidad de tiempo. Sin embargo, ¿diría que también dedica la misma cantidad de orientación matemática a cada uno?

Profesor Cayley: No, por supuesto que no.

Señor Haversham: ¿Hay alumnos que exhiben más independencia que otros?

Profesor Cayley: Sí, desde luego.

Señor Haversham: ¿Era el inculcado uno de los estudiantes con una mente más autónoma, o de los que poseen una mente menos independiente?

Profesor Cayley: Arthur Weatherburn era uno de los estudiantes de mente más independiente que nunca haya tenido.

Señor Haversham: Y, sin embargo, le brindó su ayuda.

Profesor Cayley: Muy poca ayuda, en realidad, salvo sugerirle un problema apropiado para él.

Señor Haversham: Entonces, ¿qué ocurría en sus encuentros semanales?

Profesor Cayley: Weatherburn me contaba en qué había trabajado la semana anterior y yo escuchaba y hacía comentarios.

Señor Haversham: ¿Diría usted que puede considerarse al señor Weatherburn un matemático muy creativo?

Profesor Cayley: Sin lugar a dudas.

Señor Haversham: Ahora, por lo que se refiere a la publicación del artículo inspirado en la investigación realizada como parte de una tesis doctoral que usted dirigía, ¿diría usted que éste es el procedimiento normal?

Profesor Cayley: Ciertamente.

Señor Haversham: ¿Todos los estudiantes lo hacen?

Profesor Cayley: Todos los que consiguen escribir una tesis doctoral que contenga material lo bastante original para justificar su publicación.

Señor Haversham: Entonces, ¿este argumento no puede utilizarse para llegar a la conclusión de que el señor Weatherburn no es un matemático independiente, o de que hace un uso abusivo de los consejos de otros para avanzar profesionalmente?

Profesor Cayley: En absoluto.

Señor Haversham: Muchas gracias, profesor Cayley. No tengo más preguntas.

El juez indicó al profesor Cayley que abandonara el estrado, con unas floridas expresiones de respeto, y apareció el alguacil para acompañarlo con toda cortesía a la salida. No se le pidió que perdiera ni un segundo más de su precioso tiempo del que había sido preciso para tomarle declaración.

Considero que el testimonio del profesor Cayley ha sido de lo más positivo para Arthur, pero los rostros impasibles e imperturbables de los miembros del jurado no parecían reflejar ese sentir. Tal vez deba considerar que las cosas están en tablas.

Después del señor Cayley, fue llamado a declarar el señor Morrison.

INTERROGATORIO DIRECTO DEL SEÑOR MORRISON,

El testigo jura ante el alguacil.

Señor Bexheath: Por favor, señor, declare su nombre, su edad y ocupación al jurado.

Señor Morrison; Soy Charles Morrison, tengo veintisiete años y soy becario superior de Matemática Pura en la Universidad de Cambridge.

Señor Bexheath: ¿Cuándo, dónde y bajo qué dirección redactó su tesis doctoral ?

Señor Morrison: La completé aquí, en Cambridge, hace tres años, bajo la dirección del profesor Arthur Cayley.

Señor Bexheath: ¿Cuántos artículos ha publicado desde entonces en revistas profesionales?

Señor Morrison: Seis, algunos firmados sólo por mí, otros en colaboración.

Señor Bexheath: ¿Cuántos de esos artículos ha escrito en colaboración con el inculpado?

Señor Morrison: Uno.

Señor Bexheath: ¿Cuántos artículos ha publicado el inculpado?

Señor Morrison: Dos, pero eso no significa nada.

Señor Bexheath: Señor Morrison, por favor, límitese a responder estrictamente a mis preguntas. Aquí no le pedimos sus opiniones. Ahora, pasemos al artículo que usted publicó conjuntamente con el inculpado. Me gustaría formularle alguna pregunta sobre las contribuciones de usted a ese artículo, comparadas con las del inculpado. Me gustaría hablar del procedimiento de escribir un artículo de manera conjunta. ¿Es posible que una idea matemática germine en más de una mente?

Señor Morrison: Bueno, lo que ocurre normalmente es que la conversación con

otra persona, quizá más experta que uno mismo en algún aspecto del material a estudiar, estimula dicha idea.

Señor Bexheath: Una respuesta muy interesante, la suya. Así pues, antes de escribir ese artículo en colaboración, ¿usted y el inculpado mantuvieron discusiones matemáticas?

Señor Morrison: Oh, sí.

Señor Bexheath: ¿Con frecuencia?

Señor Morrison: Oh, sí, con bastante frecuencia.

Señor Bexheath: Y, un día, esas conversaciones propiciaron que germinara una idea.

Señor Morrison: Sí.

Señor Bexheath: Señor Morrison, ¿cómo diría que germinaron las ideas contenidas en esos artículos que usted publicó en solitario?

Señor Morrison: Bueno, uno piensa en algo, lo mira desde todos los ángulos para saber cómo es y cómo funciona y, de repente, ve la luz.

Señor Bexheath: Así, ¿las ideas matemáticas pueden verse estimuladas por la conversación o por una profunda y tenaz reflexión personal?

Señor Morrison: Sí.

Señor Bexheath: Vamos a fijarnos en la situación que ha descrito; dos matemáticos hablan de un problema y, de repente, el comentario que hace uno de ellos, al que podemos imaginar como un matemático bien formado que acaba de completar unos brillantes estudios, provoca que el otro, al que podemos suponer un matemático creativo, con una mente fértil y con varios títulos publicados en su haber, de repente «vea la luz», como ha dicho usted; que perciba, por así decirlo, una solución al problema. ¿Cuál sería el procedimiento de publicación en un caso así? ¿Publicarían los dos matemáticos conjuntamente o sólo lo haría el que ha dado con la solución?

Señor Morrison: Eso depende de lo importante e imprescindible que haya sido la ayuda del otro y del tipo de relación que mantengan entre ellos.

Señor Bexheath: Si son amigos íntimos y compañeros, por ejemplo.

Señor Morrison: Bueno, no hay reglas fijas.

Señor Bexheath: Pero ¿es probable que publiquen un artículo conjunto?

Señor Morrison: Sí, puede suceder, pero mi colaboración con Arthur Weatherburn no fue de ese tipo.

Señor Bexheath: ¡Señor Morrison, límitese a responder a las preguntas!

Señor Morrison: ¡Toda esa historia del móvil que ha inventado usted no es más que una completa idiotez, señor Bexheath!

Señor Bexheath: ¡Señor Morrison!

Juez Penrose: Señor Morrison, por favor, deje de hacer esos comentarios ajenos a

la pregunta. Este último no constará en acta.

Señor Morrison: Pues que no conste, pero eso no significa que sea menos cierto. ¡Arthur es un matemático de primera clase!

Juez Penrose: ¡Señor Morrison! ¡Desista de esa actitud inmediatamente! Este último comentario tampoco constará en acta.

Señor Morrison: ¡Todo esto es un grave error!

Señor Bexheath: Mi interrogatorio de este testigo ingobernable ha terminado.

Señor Morrison: Todavía me quedan muchas cosas que decir.

Juez Penrose: ¡Señor Morrison! ¡Usted no está aquí para expresar sus opiniones personales! Cállese de una vez, por favor. Ahora será sometido al contrainterrogatorio de la defensa y le ruego que se limite a responder las preguntas del letrado; de otro modo, será sancionado por desacato al tribunal.

CONTRAINTERROGATORIO DEL SEÑOR MORRISON

Señor Haversham: Señor Morrison, me gustaría preguntarle por el artículo que escribió conjuntamente con el detenido.

Señor Morrison: Sí, y yo estaré encantado de responderle.

Juez Penrose: ¡Señor Morrison!

Señor Haversham: ¿Diría usted que ese artículo contiene una idea matemática valiosa?

Señor Morrison: Francamente, contiene algo que para mí es más que una idea. Es el origen de una nueva y fascinante

Señor Haversham: En un artículo conjunto, debe de ser siempre sumamente difícil, por no decir inútil, intentar descubrir qué autor es el responsable de cada concepto. ¿Diría usted que es éste el caso en el artículo al que nos referimos?

Señor Morrison: En realidad, no.

Señor Haversham: ¿No?

Señor Morrison: No. En el caso de este artículo, está perfectamente claro.

Señor Haversham: ¿Le sería posible ofrecernos una descripción de la naturaleza de su colaboración con el inculpado y de sus contribuciones respectivas al artículo conjunto?

Señor Morrison: Sí. Arthur tiene una mente teórica que aborda conceptos muy vastos, mientras que a mí me gusta resolver problemas utilizando técnicas que son a menudo adaptaciones de las desarrolladas por el profesor Cayley. En esta ocasión, yo le exponía a Arthur cómo había resuelto cierto problema técnico, escribiendo en la pizarra, y él escuchaba. Entonces, de repente, me dijo algo así: «Lo que estás haciendo sólo es la punta del iceberg». Se percató de lo que yo no había advertido:

que sólo estaba trabajando en un caso especial de una gran teoría que podía aplicarse para resolver muchos problemas matemáticos distintos, mediante una expresión más general y coherente de mi técnica. Yo consideré fantástica tal idea.

Señor Haversham: Entonces, ¿no está de acuerdo con la evaluación realizada por mi ilustre colega sobre el proceso de colaboración entre ustedes dos?

Señor Morrison: ¡Lo que ha dicho el fiscal es absolutamente ridículo! Arthur se pasa la vida hablando de matemáticas con la gente porque todo el mundo quiere hablar con él, pues ven que es una persona que sabe muchísimo de casi todos los temas. Por lo que se refiere a intentar medir la creatividad matemática de uno en función de los artículos que haya publicado, eso es una estupidez. Un artículo en profundidad puede valer más que un montón de pequeñas contribuciones.

Juez Penrose: Señor Morrison, deje de utilizar términos insultantes. Esto es un tribunal de justicia. ¡Compórtese como es debido!

Señor Morrison (apurado): Sí, señoría. Permítame que me exprese mejor. Los argumentos planteados por el representante de la Corona, tendentes a indicar que el valor de la profundidad, la originalidad y la fuerza creativa matemática se puede medir con una vara tan burda como el número entero positivo que denota la cantidad de artículos publicados, constituyen un punto de vista erróneo, el cual entraña el peligro de confundir a los miembros del jurado que no estén familiarizados con la naturaleza de la investigación matemática y llevarlos a desafortunados errores de juicio.

Señor Haversham (apresuradamente): He terminado mi interrogatorio, señoría.

Juez Penrose: En este caso, que este fastidioso testigo abandone el estrado inmediatamente. Se aplaza la sesión.

Oh, Dora, hasta los miembros del jurado sonrieron durante esta declaración. Cuando el señor Morrison regresó al banco de los testigos, le habría dado un beso. Por primera vez sentí en mi interior que lo perdonaba por el hecho de que al principio se hubiera convencido de la culpabilidad de Arthur. Si las cosas siguen por este camino, los horribles argumentos del señor Bexheath se desmoronarán. ¡Oh, ojalá esto sea lo que ocurra!

Siempre tuya y hasta cierto punto optimista,

Vanesa

Cambridge, sábado, 19 de mayo de 1888

Mi queridísima Dora:

Hace unos días, me encontré a la pobrecita señora Beddoes en una tienda y se detuvo a hablar conmigo. Pareció alegrarse de verme, si es que puede decirse tal cosa de alguien que está absolutamente distanciado del mundo exterior por una implacable barrera de dolor interno. Hablamos unos momentos, me preguntó por Emily y Rose y me invitó a que las llevara a su casa a tomar el té. Me dijo que el silencio de su hogar estaba colmado de dolor y comprendí que quisiera ahuyentarlo con voces infantiles, aunque sólo fuese durante un rato.

Hoy no tenía clase y no me apetecía quedarme sola. No sé muy bien qué sentimientos me llevaron a pensar en ella pero, como se halla tan en el centro de mis problemas, sentí tal necesidad de hablarle que esta mañana he ido a verla y me ha recibido con alegría. No, la palabra tampoco vale, aunque aseguró que le complacería mucho invitar a Emily y a Rose a tomar el té y sentirse acompañada por sus adorables mejillas sonrosadas y su jovialidad. A continuación, visité a las madres de las muchachas para pedirles permiso y esta tarde, a las cuatro, las tres cruzábamos la verja abierta del jardín y seguíamos el hermoso camino, casi sofocado por las plantas y las flores, donde murió el pobre señor Beddoes hace unas dos semanas.

Cuando la señora Beddoes nos vio llegar, su rostro triste y cansado se iluminó con una cálida sonrisa. Había preparado (quizá lo había hecho la cocinera) unos deliciosos bollos, emparedados y tartas, y comimos de todo con una inquietante falta de moderación. Las muchachitas salieron a jugar al jardín de la parte posterior de la casa, una larga franja verde y fértil que se extiende junto a la valla trasera. Pronto descubrieron la pequeña caseta de madera que el señor Beddoes había construido en un extremo del jardín para sus gatos, ya que la señora Beddoes no soporta tenerlos en casa. Emily y Rose corrían de un lado a otro persiguiendo a los animales y jugando con ellos —conté al menos seis— y la señora Beddoes las miraba, sonriente, desde la cristalera.

—Los gatitos han crecido y ahora tienen muchas ganas de jugar —comentó—. Teníamos intención de regalarlos y mi esposo ya había confeccionado una lista con su descripción. —Me mostró un papel pulcramente escrito en el que se identificaba cada gatito con un imaginativo nombre, junto con su color y características—. Ahora, en cambio, creo que debo quedarme con ellos. Tal vez fueron los únicos que dieron ale-

gría a mi esposo en sus últimos días. La verdad es que no soporto su cercanía pero, por otro lado, no necesitan ningún cuidado. Me limito a sacarles la comida. Cuando apenas eran unas cositas peludas que no salían de los cestos, mi marido los visitaba varias veces al día.

La viuda tenía muchas ganas de hablar del señor Beddoes y yo no deseaba otra cosa, aferrándome a la esperanza de enterarme de algo, por mínimo que fuera, que estimulase mi mente y la llevase a desarrollar una nueva visión de lo sucedido. La casa se veía muy bonita y cuidada, el jardín estaba lleno de flores y ella se mostraba muy amable y cordial... Sin embargo, capté unos ecos pálidos de otras imágenes: una noche oscura, una persona escondida al acecho, un hombre tendido en el camino, muerto, y una viuda llorando, sola y desconsolada.

—Todo el mundo pensaba que mi esposo era una persona cariñosa y complaciente —me dijo—. Y lo era mucho, desde luego. No le gustaban las discusiones de ningún tipo pero, aunque no las expresara públicamente, sus opiniones y creencias eran muy firmes. Creo que nadie sabía realmente lo que pensaba de las cosas y, aunque era amigo de todo el mundo, no tenía muchos amigos íntimos.

—¿Quiénes eran los más cercanos? —pregunté.

—El señor Crawford era uno de ellos. ¡Vaya par, ellos dos! Tan diferentes el uno del otro. Ya vio usted al señor Crawford. ¡Qué hombre más ofensivo y testarudo! Su amistad sufrió muchos altibajos debido a ello. Philip siempre evitaba las discusiones; decía que con las discusiones no se resuelve nunca ningún problema, pero como el señor Crawford no las evitaba, de vez en cuando se enfrentaban. El señor Crawford gritaba y Philip regresaba a casa muy agitado. Hace un par de meses, se produjo un incidente de ese tipo. Mi esposo fue a visitar al señor Crawford y debió de surgir alguna diferencia entre ellos porque, cuando volvió a casa, me contó que había tenido una discusión de lo más desagradable y que Crawford se había puesto furioso. Philip no estaba contento consigo mismo, por supuesto, pues no era su estilo pelearse. Prefería darle vueltas a los asuntos y ver la manera de obtener lo que quería por sus propios medios, sin enfrentamientos.

—¿Y no se reconciliaron, después de esa pelea?

—Oh, sí, lo hicieron. Vimos al señor Crawford en el té del jardín, después de la conferencia del profesor Cayley, ¿recuerda? Se comportó como si no hubiese sucedido nada y a Philip le tranquilizó que el asunto no hubiera ido a mayores. Tarde o temprano, después de las peleas, siempre se reconciliaban.

—Sí, lo recuerdo —dije—. De pronto, el señor Crawford saludó al señor Beddoes e incluso le dijo que quería cenar pronto con él. El señor Beddoes pareció sorprenderse mucho.

—Sí, así fue, porque el señor Crawford era una persona de mucho genio. A decir verdad, a mí nunca me cayó bien y, sin embargo, Philip y él tenían algo en común, lo

sé, aunque nunca hablábamos de eso. Su profesión es muy difícil, querida mía. No puede imaginar lo que se siente viviendo tantos años entre matemáticos. Es como si los esfuerzos, las decepciones y las frustraciones que siempre acompañan a todo tipo de investigación científica lucharan en su interior con la alegría y el júbilo del descubrimiento. En realidad, el señor Crawford destilaba mucha amargura. Creo que era una persona muy brillante, al menos eso era lo que Philip decía, pero como en las últimas décadas había cometido un par de errores de bulto, publicando resultados que después se demostraron erróneos, había perdido gran parte del respeto que le profesaban sus colegas y creía que nadie reconocía su verdadera valía. A veces me parecía que echaba la culpa de sus fracasos a todo el mundo; era un individuo muy agresivo. En ocasiones, mi esposo también se comportaba de ese modo, aunque no por las mismas razones. Admiraba las ideas de los demás, pero la estimación de su propio trabajo era una decepción permanente para él; a menudo pensaba que había estado a punto de descubrir algo grande pero que lo había dejado escapar. Creo que este resentimiento y esta amargura constantes son la maldición de muchos matemáticos y Philip trabajó, investigó y estudió tanto como cualquiera.

Sus ojos se llenaron de lágrimas con los recuerdos de su esposo fallecido y cambió de tema bruscamente.

—Salgamos al jardín —dijo—. Mi marido siempre paseaba por el jardín mientras trabajaba. Y durante estos últimos meses trabajó con tanta intensidad ahí arriba, en su estudio... Había días en que parecía exultante de felicidad y otros en los que se sentía muy hundido. Todos los papeles matemáticos que dejó arriba han sido clasificados y estudiados por sus colegas y alumnos; varios de ellos se presentaron aquí y lo estudiaron todo con mucha atención. Hicieron un gran trabajo. No ha tenido que resultarles difícil, porque la caligrafía de Philip era tan clara como la letra de imprenta.

Salimos y nos acercamos a las chiquillas que jugaban con los gatitos, los cuales corrían de un lado a otro con ojos centelleantes.

—¡Hemos limpiado la caseta de los gatos! —nos dijeron, orgullosas. Incliné la cabeza para ver por dentro la pequeña estructura de madera que el señor Beddoes había construido con sus propias manos para sus queridos felinos y vi que las chicas la habían barrido con una rama y sacudido y ahuecado las colchas que cubrían cada cesto.

—Muchas gracias, queridas —les dijo la señora Beddoes—. Debería hacerlo yo, de vez en cuando, pero cuando me acerco a los gatos, me lloran terriblemente los ojos. Tal vez podríais volver otro día y repetirlo.

Nos despidió amablemente y nos marchamos. Las muchachas hablaban de los gatos y reían sin parar, cuchicheando algún secreto. Yo caminaba distraída, pensando en la pelea que había estallado entre los dos matemáticos «unos días antes» del té que

tuvo lugar en el jardín de la universidad, el 23 de abril. ¿Porqué tuvieron que pelear?
Estoy segura de que la respuesta es una de las claves de todo este asunto.

Debo meditar en ello largo y tendido. Tu hermana que te quiere,

Vanesa

Cambridge, lunes, 21 de mayo de 1888

Querida Dora:

Ha comenzado el tercer día de juicio. No me ha parecido tan favorable como ayer y, sin embargo, todavía pienso que el señor Bexheath, pese a sus preguntas y a las respuestas que éstas suscitan, no ha conseguido presentar como prueba nada que elimine la teoría de la culpabilidad del señor Crawford.

Por otro lado, aunque el señor Haversham ha avanzado algo en desmeritar la imagen de coherencia que el señor Bexheath querría dar, tampoco consigue transmitir ninguna información útil en que basar la teoría alternativa y nada que nos ayude a determinar si es cierta o no, aunque sin duda lo es. Porque... ¿qué otra cosa puede ser, sino?

La primera testigo que el Ministerio Fiscal ha llamado a declarar esta mañana ha sido la señora Wiggins.

INTERROGATORIO DE LA SEÑORA WIGGINS,

El secretario del tribunal toma el juramento a la testigo.

Señor Bexheath: Por favor, diga su nombre, edad y ocupación.

Señora Wiggins: Alice Wiggins, cincuenta y un años, y limpio habitaciones en el Saint John's College.

Señor Bexheath: ¿Era usted la responsable, hasta su muerte, de adecentar las habitaciones que ocupaba el señor Geoffrey Akers en la universidad ?

Señora Wiggins: Sí, para desgracia mía.

Señor Bexheath: ¿Puede describir la ubicación de las estancias del señor Akers?

Señora Wiggins: Se hallaban tras el primer tramo de escaleras de la torre nordeste.

Señor Bexheath: ¿Vivía alguien debajo del señor Akers o a su mismo nivel?

Señora Wiggins: No, el resto de las habitaciones están arriba.

Señor Bexheath: ¿Podría decirme si el señor Akers recibía visitas en sus aposentos?

Señora Wiggins: Me parece que no. Por lo menos, no dejaban rastro. Era un

hombre muy poco sociable.

Señor Bexheath: ¿Vio alguna vez al acusado entrando o saliendo de las habitaciones del señor Akers?

Señora Wiggins: No, gracias a Dios nunca lo vi.

Señor Bexheath: ¿Puede describir el estado general de las estancias del señor Akers?

Señora Wiggins: Ese hombre era un cochino, señor. Yo limpiaba a fondo con frecuencia, pero enseguida volvía estar todo como una pocilga. Papeles por todas partes, todo revuelto..., ¡pero se enfadaba mucho conmigo si le movía algo de sitio! Y ceniza de cigarro; fumaba como una chimenea, vaya si fumaba, y dejaba caer la ceniza en cualquier parte. Siempre encontraba restos de comida y bebida. Era un hombre de hábitos irregulares. Pero visitas y amigos no tenía.

Señor Bexheath: Y ahora, señora Wiggins, una de mis principales preguntas es la siguiente: ¿podría describir si usted notó algún cambio en las habitaciones del señor Akers entre la última vez que limpió allí, el 14 de febrero, y el día siguiente, cuando la policía le solicitó que subiera a ellas?

Señora Wiggins: Bueno, como ya le he dicho, señor, había un desorden mucho mayor que cuando me marché el día anterior. Los papeles estaban todos revueltos y los cajones del escritorio abiertos.

Señor Bexheath: ¿Le pareció que alguien había registrado la estancia?

Señora Wiggins: Bueno, pudo haberlo hecho el propio señor Akers, buscando algo. Si lo hubiera hecho, también habría dejado los cajones abiertos. Siempre lo hacía, era típico de él. ¿Cómo iba a pensar en cerrar un cajón para que no tuviera que hacerlo una pobre vieja con dolor de espalda como yo?

Señor Bexheath: Sí, sí, por supuesto, pero alguien registro la habitación, ya fuera el señor Akers o la persona que lo esperaba en sus aposentos.

Señora Wiggins: O algún otro.

Señor Bexheath: Tal vez. El señor Akers ¿cenaba fuera, habitualmente ?

Señora Wiggins: Sí, en la universidad o en algún restaurante. Nunca cenaba en sus estancias. Me parece que no se veía como cocinero. Yo tampoco, la verdad.

Señor Bexheath: ¿Pasaba alguna noche fuera de sus habitaciones?

Señora Wiggins: Que yo sepa, no. Por la mañana siempre encontraba la cama deshecha y todo desordenado. Y los domingos no lo sé.

Señor Bexheath: Gracias. Y ahora, pasemos a otra cuestión, la de las habitaciones del señor Crawford en el mismo *college*. ¿Puede describírnoslas?

Señora Wiggins: No estaban tan desordenadas como las del señor Akers. El señor Crawford era un hombre grande y fuerte pero tenía buen corazón. Mientras le limpiaba las habitaciones, charlaba conmigo, si estaba en ellas. El señor Akers nunca lo hacía.

Señor Bexheath: ¿El señor Crawford recibía visitantes, habitualmente?

Señora Wiggins: Sí, de vez en cuando.

Señor Bexheath: ¿Con qué frecuencia? ¿Para comer o cenar juntos?

Señora Wiggins: No, no; ni a comer ni a cenar, pero sí para tomar una copa, de vez en cuando. No demasiado a menudo, diría yo. Una vez cada dos meses, o así, pasaban amigos a visitarlo.

Señor Bexheath: ¿Llegó a verlos?

Señora Wiggins: No, siempre llegaban después de que yo me marchara. Yo limpiaba las habitaciones por la mañana, pero ellos dejaban copas para que las lavara al día siguiente.

Señor Bexheath: Entonces, ¿no sabe quiénes podían ser los visitantes ocasionales del señor Crawford?

Señora Wiggins: Pues no, no lo sé.

Señor Bexheath: ¿Se presentaban muchos visitantes juntos?

Señora Wiggins: Oh, no, uno o dos. El señor Crawford no daba grandes fiestas en sus estancias.

Señor Bexheath: ¿Recuerda si en alguna ocasión el señor Crawford tuvo visitantes que bebieran whisky?

Señora Wiggins: Pues sí, hace un tiempo los tuvo porque encontré una botella y vasos y todo olía tanto a whisky que tuve que airear las habitaciones.

Señor Bexheath: ¿Cuándo fue eso? Señora Wiggins: Hará unos meses. Señor Bexheath: ¿Cuántos?

Señora Wiggins: Oh, tres o cuatro. Sí, debió de ser en febrero. .. Sí, me parece que sí. Más o menos cuando fue asesinado el señor Akers.

Señor Bexheath: ¿Antes o después de su asesinato?

Señora Wiggins: No lo recuerdo bien, pero me parece que debió de ser antes, porque yo estaba limpiando y en aquellos momentos no me rondaba en la cabeza ningún pensamiento sobre el señor Akers y si hubiera sabido que había muerto, lo natural habría sido que pensase en él.

Señor Bexheath: ¿Qué hizo ese día con la botella de whisky?

Señora Wiggins: Volví a dejarla en la estantería. Todavía estaba por la mitad y, luego, lavé los vasos.

Señor Bexheath: ¿Tenía siempre el señor Crawford una botella de whisky en sus habitaciones?

Señora Wiggins: En la estantería del señor Crawford siempre había una botella de whisky junto con otras botellas. El señor Crawford bebía.

Señor Bexheath: ¿Se fijó alguna vez en si la botella de whisky de la estantería estaba llena o vacía?

Señora Wiggins: No, nunca me fijé en eso. Yo pasaba el plumero y seguía con lo

mío. Podría tratarse de la misma botella o que la hubiera cambiado veinte veces después de acabársela. Nunca me fijé en eso.

Señor Bexheath: Muy bien. Y ahora, señora Wiggins, ¿recuerda alguna otra ocasión concreta en que el señor Crawford recibiera visitas?

Señora Wiggins: Concreta, no. Claro que tal vez había recibido visitas y no habían bebido. En una ocasión, el mes pasado, alguien estuvo allí.

Señor Bexheath: ¿Alguien? ¿Una persona visitó al señor Crawford ?

Señora Wiggins: Sí, eso lo recuerdo.

Señor Bexheath: Pero ¿no recuerda cuándo fue? Señora Wiggins: No, pero fue hace más de un mes, creo.

Señor Bexheath: Pero, ¿hace menos de dos meses?

Señora Wiggins: Oh, sí, tuvo que ser a mediados de abril.

Señor Bexheath: ¿Y cómo sabe que era un solo visitante?

Señora Wiggins: Recuerdo haber lavado dos vasos y haber recogido la botella.

Señor Bexheath: Entonces, ¿bebieron whisky?

Señora Wiggins: No, bebieron vino tinto.

Señor Bexheath: Comprendo. Exactamente vino tinto. ¿Lo recuerda bien?

Señora Wiggins: Pues sí, porque olía y abrí las ventanas para airear. El señor Crawford no abre..., no abría las ventanas, pobre caballero. Siempre era fácil saber qué había andado bebiendo.

Señor Bexheath: Gracias, señora Wiggins.

CONTRainterrogatoria de la Señora Wiggins

Señor Haversham: Ha dicho que el señor Crawford recibió en sus estancias a un visitante solitario en algún momento del último par de meses. ¿Sabe de quién podía tratarse?

Señora Wiggins: No, señor, excepto que era alguien que bebía vino tinto.

Señor Haversham: ¿Sabe a qué hora del día visitó esa persona al señor Crawford?

Señora Wiggins: No, señor, aunque sé que no fue por la mañana, que es cuando yo estaba allí.

Señor Haversham: Comprendo. Así, alguien que puede ser identificado por dos rasgos —era conocido del señor Crawford y aceptó que lo invitara a un vaso de vino tinto— visitó al señor Crawford en una ocasión, un día que ignoramos y a una hora que desconocemos. ¿Cree que podemos sacar alguna conclusión de esto?

Señora Wiggins: No, señor.

Señor Haversham: El misterioso visitante tanto pudo ser el señor Beddoes como el señor Weatherburn u otra persona.

Señora Wiggins: Por lo que yo sé, así es, señor.

Señor Haversham: Gracias, puede abandonar el estrado.

Juez Penrose: ¿La policía ha hecho gestiones para identificar y localizar a esa persona?

Señor Haversham: Sí, señoría, sin éxito alguno. Ningún testigo vio a dicho visitante en las escaleras de la torre del señor Crawford.

El siguiente testigo fue la señora Beddoes. Cuando vi que la pobre dama ocupaba el estrado, me compadecí de ella y el corazón se me encogió de miedo ante el riesgo de que su declaración, probablemente llena de resignado convencimiento de la culpabilidad de Arthur, tuviera más peso en el jurado debido a su reciente viudedad y a su amable y dolorido rostro.

INTERROGATORIO DE LA SEÑORA BEDDOES,

Señor Bexheath: Señora Beddoes, lamento mucho haber tenido que llamarla a declarar. Le presento mis condolencias e intentaré molestarla lo menos posible.

Señora Beddoes (con voz temblorosa): Gracias, señor.

Señor Bexheath: Me gustaría hacerle sólo unas preguntas sobre la relación entre el señor Akers, su esposo, el señor Crawford y el inculpado.

Señora Beddoes: ¿Si?

Señor Bexheath: ¿Era su esposo amigo de esos tres hombres?

Señora Beddoes: Sí, mantenía una buena amistad con los tres.

Señor Bexheath: ¿Puede describir la naturaleza de la amistad de su marido y el señor Akers?

Señora Beddoes: Mi esposo no era tan amigo de Akers como de los otros dos. Sin embargo, alguna vez hablaban de matemáticas y mi marido lo admiraba. A menudo decía que el señor Akers poseía un talento maravilloso para el cálculo y que sabía valerse de ingeniosos métodos que no se le ocurrían a nadie más.

Señor Bexheath: ¿Puede decirme en qué lugar hablaban de matemáticas? El anterior testimonio de la señora Wiggins parece indicar que no lo hacían en las habitaciones del señor Akers.

Señora Beddoes: Pues en nuestra casa, tampoco. No lo sé, señor. Debía de ser en sus despachos de la universidad, o en la biblioteca, o en otros lugares o cuando iban a cenar.

Señor Bexhsath: ¿Colaboraban? ¿Trabajaban juntos en problemas matemáticos o sólo hablaban de ellos?

Señora Beddoes: No lo sé, señor, pero no creo que llegaran nunca a trabajar juntos de manera regular.

Señor Bexheath: Y ahora, ¿podría describirnos la relación de su esposo con el señor Crawford ?

Señora Beddoes: Eran amigos íntimos. El señor Crawford tenía una personalidad muy fuerte y a mi esposo, a veces, le molestaban sus maneras, pero la amistad entre los dos era profunda. En abril tuvieron sus diferencias, pero el señor Crawford lo olvidó, mi esposo no le guardó rencor y siguieron siendo amigos.

Señor Bexheath: ¿Solía su esposo visitar las estancias del señor Crawford?

Señora Beddoes: En realidad no lo sé, pero no recuerdo que nunca me lo mencionara.

Señor Bexheath: ¿Y cenaban juntos, alguna vez?

Señora Beddoes: Sí, de vez en cuando salían a cenar juntos.

Señor Bexheath: ¿Sabe si tenían pensado hacerlo la noche de la muerte de su esposo?

Señora Beddoes; No, ya me lo han preguntado muchas veces. Lo lamento, pero mi esposo no me dijo con quién iba a cenar esa noche ni mencionó en absoluto al señor Crawford. Dejó un mensaje diciendo que no cenaría en casa.

Señor Bexheath: Comprendo. Pasemos ahora a las relaciones entre su esposo y el inculpado.

Señora Beddoes: Mi esposo apreciaba muchísimo al señor Weatherburn. Hablaba muy bien de él y decía que llegaría muy lejos. Se veían regularmente. El señor Weatherburn también era muy amable conmigo y yo lo consideraba un joven muy agradable. No sabía que...

La testigo rompe en sollozos.

Señor Bexheath: Tranquilícese, señora Beddoes. Cálmese, por favor. No le haré más preguntas.

Señor Haversham: No tengo preguntas para la testigo.

El alguacil acompañó a la testigo que, con el rostro hundido en el pañuelo, se retiró entre sollozos, levantando murmullos de compasión en la grada pública. Después, el defensor continuó:

Señor Haversham: Me gustaría señalar a los miembros del jurado que las pruebas que nos ha ofrecido esta testigo respecto a que se produjo una discusión entre el señor Beddoes y el señor Crawford resultan de fundamental importancia. Y están relacionadas con el misterioso visitante que bebió vino tinto en las habitaciones del señor Crawford; pudo tratarse del señor Beddoes, y tal vez fue en esa ocasión cuando

discutieron. O la desavenencia tuvo lugar en otro momento; pero, en cualquier caso, lo que sabemos es que existió. No olviden, por favor, este importante detalle.

Oh, Dora. ¡Pobre señora Beddoes! Me pregunto si de veras cree que Arthur es culpable. Ha dicho... Pero no. Si yo estuviera en su lugar, después de una pérdida tan trágica, lo que ocurre a mi alrededor apenas me preocuparía. Debería ir a visitarla. Sigo escuchando con la máxima atención lo que dicen los testigos porque en ello se oculta la verdad. Leo y releo mis notas, pero no veo nada. ¿Y tú? ¡Tenemos que descubrir algo!

Siempre tuya,

Vanesa

Cambridge, martes, 22 de mayo de 1888

Queridísima Dora:

Esta mañana, mientras los testigos entraban y ocupaban sus lugares, le pregunté en un susurro al señor Morrison qué había ocurrido ayer por la tarde. Me dijo que habían sido interrogados todos los vecinos del señor Crawford y que dos de ellos han declarado conocer a Arthur y haberlo visto entrar en las estancias del señor Crawford al menos en una ocasión, aunque no se aclaró la fecha.

Esta mañana, el señor Bexheath ha llamado al señor Withers como testigo. Yo ya había notado que se trataba de una persona hosca y cortante pero, durante su declaración, demostró ser un hombre repugnante. ¡Es un traidor con cara de comadreja! Su corazón debe de ser como una avellana reseca. No cambiaría el mío por el suyo ni por todo el oro del mundo.

INTERROGATORIO DEL SEÑOR WITHERS,

Señor Bexheath: Diga, por favor, su nombre, edad y profesión.

Señor Withers: Edward Withers, treinta y dos años, profesor de Matemática Pura de la Universidad de Cambridge.

Señor Bexheath: ¿Usted conocía a las tres víctimas de asesinato, el señor Akers, el señor Beddoes y el señor Crawford, y conoce también al inculpado?

Señor Withers: Bueno, apenas. Hablaba con ellos, pero no puedo decir que los conociera a fondo. En realidad, no tengo nada que ver con esta historia.

Señor Bexheath: Señor Withers, ¿conocía usted los hábitos de bebedor del señor Crawford?

Señor Withers: No conocía al señor Crawford lo suficiente como para saber cuáles eran sus costumbres regulares, pero debo decir que, en ocasiones en que estaba extremadamente excitado, bebía gran cantidad de whisky sin perder en absoluto las facultades.

Señor Bexheath: ¿Y lo veía en tal situación con frecuencia?

Señor Withers: En realidad, sólo lo vi así un par de veces. No creo que lo hiciera con frecuencia, sino sólo en ocasiones en que sentía una alegría o una emoción

especiales; entonces parecía perder la noción de la cantidad que consumía.

Señor Bexheath: Gracias. La segunda cuestión que querría plantear es la de las relaciones entre el acusado y cada uno de los asesinados. ¿Tuvo ocasión de observarlas?

Señor Withers: Sí, los vi en diversas reuniones públicas y en algunos almuerzos que compartimos en la universidad.

Señor Bexheath: ¿Cómo describiría esos encuentros?

Señor Withers: Bueno, Weatherburn siempre se mostraba muy amable con los otros tres.

Señor Bexheath: ¿Diría usted que buscaba su amistad?

Señor Withers: Sí, ciertamente. Hacía cuanto podía por conseguir su atención.

Señor Bexheath: ¿Con qué propósito?

Señor Withers: No lo sé, pero supongo que si se comportaba así, era porque tenía alguno.

Señor Bexheath: Sí, desde luego, yo también lo supongo. ¿Diría, pues, que el acusado se desvivía por cultivar la amistad de esos tres caballeros y por mantener encuentros regulares con ellos?

Señor Withers: Sí, eso hacía.

Señor Bexheath: ¿Estaba usted al corriente de su costumbre, que se imputaba con mucha frecuencia al señor Akcers y en menor medida al señor Crawford, de hacer comentarios públicos insultantes, sarcásticos y ofensivos, acerca de sus colegas?

Señor Withers: Sí.

Señor Bexheath: ¿Podría describir algún episodio de ese tipo?

Señor Withers: Sí, recuerdo una vez en que Wentworth hablaba con un grupo de colegas y se acercó Akers; se detuvo a escuchar y luego, dirigiéndose a Wentworth, le dijo: «Un hombre muy presuntuoso, para tratarse de alguien que nunca ha demostrado un teorema que valga algo, ¿no? Yo, en su lugar, no tendría tantos humos».

Señor Bexheath: ¿Puede describirla reacción del señor Wentworth?

Señor Withers: Le dijo a Akers que se fuera a freír espárragos.

Señor Bexheath: Y después de ese episodio, ¿volvió a relacionarse en términos normales con el señor Akers?

Señor Withers: No, no lo hizo.

Señor Bexheath: ¿Diría usted que fue una reacción normal?

Señor Withers: Por supuesto. Un hombre ha de tener su orgullo.

Señor Bexheath: ¿Alguna vez el acusado fue objeto de esos comentarios en presencia de usted?

Señor Withers: Oh, sí.

Señor Bexheath; ¿Podría describir su reacción?

Señor Withers: Se limitó a sonreír.

Señor Bexheath: En otras palabras, soportó los insultos sin ofenderse. ¿Diría usted que esta actitud deliberada de no ofenderse puede considerarse adulación?

Señor Withers: Servilismo, diría yo.

Señor Bexheath: Ciertamente. Ahora, señor Withers, me gustaría pasar a los aspectos matemáticos del caso. ¿Sabe en qué problemas matemáticos trabajaban los caballeros fallecidos?

Señor Withers: Cuentan los rumores que estaban interesados en el problema de los n cuerpos. Una vez que Crawford estaba achispado, oí que lo mencionaba.

Señor Bexheath: ¿Sabe si el acusado trabajaba en el mismo problema?

Señor Withers: No, no lo sé, pero sí que le oí hablar de él en la mesa.

Señor Bexheath: ¿Con el interés que un matemático puede sentir normalmente por un problema difícil, o con un interés personal?

Señor Withers: Parecía muy entusiasmado. Yo diría que se trataba de lo segundo.

Señor Haversham: Señoría, me opongo a esta pregunta y a su respuesta, por no hablar de las anteriores, y le pido que no consten en acta. La opinión del testigo no tiene ningún valor.

Juez Penrose: Miembros del jurado, tendrán presente que la última respuesta que ha aportado el testigo expresa su opinión personal y no ha de considerarse un hecho probado.

Señor Haversham: ¡Es que acabará preguntándole si cree que el acusado es culpable!

Juez Penrose: No es lo mismo, seamos razonables.

Señor Bexheath: Bueno, señor Withers, ¿podría decirnos exactamente qué detectó, en la manera de hablar del señor Weatherburn acerca del problema de los n cuerpos, que lo llevó a formarse esta opinión? Entonces estaremos hablando de hechos.

Señor Withers: Permítame pensarlo. Recuerdo un día de la primera quincena de abril, justo antes de Pascua, en un almuerzo con colegas de la universidad; un buen número de ellos, entre los cuales estaba Weatherburn, discutía acerca del problema de los n cuerpos. Yo me limitaba a escuchar puesto que no sé nada sobre ese problema e ignoraba lo que Akers y Crawford pudieran estar elaborando al respecto. Desde luego, no llegué a preguntárselo. Me gustaría subrayar de nuevo que no tengo nada que ver con todo esto. No obstante, un par de días después me crucé con Weatherburn por la ciudad y estaba muy emocionado por un resultado maravilloso que decía que acababa de demostrar. Lo vi sumamente satisfecho consigo mismo. No le pedí detalles pero, después de la conversación del día anterior, supuse que su euforia estaba relacionada con el problema de los n cuerpos. Ésta debe de ser la causa que me llevó a formarme la impresión antes mencionada.

Señor Bexheath: Muchas gracias, señor Withers. Este punto resulta de gran interés. ¿Podría recordar con exactitud la fecha en que el acusado le contó que había hecho un descubrimiento matemático ?

Señor Withers: Déjeme pensar... Después de Pascua, me marché de Cambridge unos días. Regresé un jueves. El almuerzo debió de ser viernes, por lo que me encontré a Weatherburn... Sí, era un domingo; por lo tanto, tuvo que ser el 8 de abril.

Señor Bexheath: Un dato muy útil. Muchísimas gracias por su válido testimonio, señor Withers.

Señor Withers: Ha sido un placer.

CONTRAINTERROGATORIO DEL SEÑOR WINTERS >BR /> POR EL SEÑOR HAVERSHAM

Señor Haversham: Señor Withers, ha dicho que no se relacionaba demasiado con los señores Akers, Beddoes y Crawford.

Señor Withers: En efecto, no me relacionaba especialmente con ellos.

Señor Haversham: ¿Asistió al funeral del señor Beddoes?

Señor Withers: Sí, naturalmente.

Señor Haversham: ¿Se ocupó usted de acompañar a la señora Beddoes a su carruaje cuando concluyó la ceremonia?

Señor Withers: Sí, lo hice.

Señor Haversham: ¿Lo habían invitado a la casa, alguna vez?

Señor Withers: Sí.

Señor Haversham: ¿Cuántas veces?

Señor Withers: Nunca las he contado.

Señor Haversham: Por lo tanto, tuvieron que ser suficientes como para que perdiera la cuenta de ellas. ¿No fueron dos o tres, solamente?

Señor Withers: No, unas cuantas más.

Señor Haversham: Entonces, su relación con el señor Beddoes y su esposa no era tan superficial.

Señor Withers: Bueno, conocía a Beddoes un poco mejor que a los otros dos.

Señor Haversham: ¿Utilizaría usted las palabras «relación superficial» para calificar su trato con un hombre que lo ha invitado a su casa en numerosas ocasiones?

Señor Withers: Diría que era un poco más que superficial.

Señor Haversham: Gracias por su rectificación. Y ahora, señor Withers, me gustaría volver a una cuestión que, interesantemente, ha planteado mi docto colega, la de la actitud insultante que con frecuencia adoptaba en público el señor Akers y también, aunque en menor medida, el señor Crawford.

Señor Withers: Sí, ¿qué quiere que le diga al respecto?

Señor Haversham: ¿Fue usted alguna vez objeto de esos comentarios insultantes?

Señor Withers: No lo recuerdo.

Señor Haversham: Pero hay testigos que recuerdan perfectamente bien una de tales ocasiones. Sucedió en el té en el jardín de la universidad que siguió a la conferencia del profesor Arthur Cayley sobre la enseñanza de las matemáticas. Los testigos afirman que usted hizo un comentario acerca de hacerse miembro de una sociedad antieuclidiana y que el señor Crawford le dijo: «Antes de criticar los métodos pedagógicos de hombres más preparados que usted, mejor sería que dominara los conocimientos matemáticos que trata de comunicar».

Señor Withers: No recuerdo ese detalle.

Señor Haversham: ¿No recuerda su reacción?

Señor Withers: En absoluto.

Señor Haversham: Un testigo ha dicho que se echó usted a reír.

Señor Withers; Bien, entonces debió de ser una broma, no un insulto, y el testigo no lo entendió bien.

Señor Haversham: El testigo afirma que los que estaban a su alrededor no se lo tomaron a broma y que el señor Wentworth salió en defensa de usted, exigiéndole al señor Crawford que explicara exactamente qué quería decir, ante lo cual éste continuó insultándolo hasta que usted se marchó.

Señor Withers: No recuerdo nada de eso. Y, en cualquier caso, yo no adulaba al señor Crawford.

Señor Haversham: Ya lo veo. Pero tampoco le dijo que se fuera a freír espárragos, aunque usted ha descrito esa reacción como la natural de un hombre con orgullo.

Señor Withers: Hum.

Señor Haversham: He terminado de interrogar al testigo, señoría.

Juez Penrose: Puede abandonar el estrado.

Durante este testimonio, Arthur no ha hecho gala del malestar o del disgusto que la miserable descripción de sus acciones por parte del testigo debe de haberle despertado. Sin embargo, su rostro mostraba cansancio y desesperanza, como si, llegado a este punto, sólo deseara que se acabase el proceso, cualquiera que fuese el resultado. Al verlo así, he sabido que ha perdido la esperanza que yo mantengo de que lo exculpen, y que no siente un ápice de la indignación ni de las terribles oleadas de terror que me invaden cada vez que recuerdo que las tendenciosas preguntas del señor Bexheath no sólo son engañosas, exasperantes y falsas, sino también letales. El fluido vital de Arthur parece correr en un sentido opuesto al mío; el mío se agita, alborotado y tumultuoso, y me lleva a la acción, mientras que el suyo es un arroyo soñoliento en el que flota ausente, «ajeno a su zozobra», como Ofelia.

¡Oh, cómo me ha encendido por dentro la malicia del señor Withers!

Independientemente de cuál sea el resultado de este proceso, no volveré a dirigirle la palabra nunca más. Ahora ya me he acostumbrado a que el señor Bexheath sea capaz de sonsacar la información que desea a los distintos testigos, pero me ha parecido que el señor Withers ardía en deseos de ayudarlo y de encubrirlo en sus inicuos y erróneos propósitos. Quizás el señor Withers tenga unos objetivos propios. ¡Ja!

Siempre tuya,

Vanesa

Cambridge, miércoles, 23 de mayo de 1888

Querida Dora:

¡Ese horrible señor Bexheath es capaz de hacer brotar agua mentirosa de la roca más seca del desierto! He comparecido como testigo a primera hora de la mañana y me he alterado tanto con su espantoso interrogatorio que, al terminar, he tenido que salir de la sala para enjugarme las lágrimas.

Antes de que me llamaran, durante los breves instantes que tardamos en acomodarnos en el banco de los testigos, el señor Morrison me ha informado en un susurro de que ayer por la tarde el señor Bexheath interrogó a los camareros de la taberna irlandesa, que recordaron haber servido la cena a Arthur y al señor Akers en la primera ocasión y a Arthur y al señor Beddoes en la segunda. Uno de ellos recordó el whisky, el vino y el agua que había pedido el señor Akers en la primera cena, y el señor Bexheath recogió su testimonio y se dirigió al jurado, recalcando el hecho de que «al acusado le gusta el vino tinto», como al misterioso visitante del señor Crawford, el cual habría tenido una magnífica oportunidad de introducir el veneno en la botella el día de su amigable visita, y que «la víctima había pedido agua» a fin de tomar la medicina, lo cual demostraba que Arthur conocía la existencia de la botella de digitalina que su compañero de mesa llevaba en el bolsillo. El camarero declaró que Arthur y el señor Akers habían estado juntos durante toda la cena, salvo un momento en que el señor Akers había ido a lavarse las manos, y que se marcharon juntos del local. ¡Oh! ¿Cómo pueden creer que esos comentarios estúpidos demuestran algo?

Entonces me anunciaron que me llamarían la primera, e hice acopio de fuerzas para enfrentarme con obstinación al dragón de grandes colmillos y fuego en la boca que adivinaba tras los rasgos apacibles del señor Bexheath. En realidad, es más una serpiente que un dragón, por cómo ha retorcido las cosas que he dicho para hacerlas parecer todo lo contrario de lo que son, manchando a la vez mi reputación.

INTERROGATORIO DE LA SEÑORITA DUNCAN,

Señor Bexheath: Diga por favor su nombre, edad y ocupación.

Vanessa: Vanessa Duncan, veinte años, maestra de escuela.

Señor Bexheath: Señorita Duncan, he hablado con su casera y ésta me ha dicho que ocupa usted unas habitaciones en la planta baja de su casa y que las del acusado quedan justo encima de las de usted. ¿Es eso cierto?

Vanessa (con los dientes apretados y decidida a responder sólo con monosílabos): Sí.

Señor Bexheath: Me ha dicho que usted le habló de la costumbre del vecino de arriba de deambular de un lado a otro de la habitación, por la noche. ¿Es eso cierto?

Vanessa: Sí.

Señor Bexheath: ¿El acusado paseaba mucho, solo en sus habitaciones ?

Vanessa: Bueno, lo hacía alguna vez.

Señor Bexheath: Es bien sabido que el insomnio y el deambular por la noche son síntomas de una mente perturbada.

Vanessa (olvidándose de responder con monosílabos): ¡Qué tontería! Lo hacía porque reflexionaba sobre problemas matemáticos.

Señor Bexheath: Quizás. Así pues, señorita Duncan, ¿usted llegó a tener una relación social con el acusado?

Vanessa: Sí. Nos conocimos en una cena que dio la madre de una de mis alumnas.

Señor Bexheath: ¿Y no tomó una vez el té con el inculpado en Grantchester?

Vanessa: Sí.

Señor Bexheath: ¿Fueron a Grantchester los dos solos?

Vanessa: Sí.

Señor Bexheath: ¿Y no se da cuenta de que esto constituye una conducta muy insinuante?

Vanessa: No.

Señor Bexheath: Oh, no se da cuenta de ello... Pues tal vez debería hacerlo, porque su buen nombre se ve amenazado por dicha conducta. ¿Visitó alguna vez al acusado en sus habitaciones?

Vanessa: Nunca.

Señor Bexheath: Y el acusado, ¿la visitó alguna vez en sus habitaciones ?

Vanessa: Sí, una vez vino a mis habitaciones a darme una revista editada por el señor Oscar Wilde y para invitarme a ir a Londres, al teatro, con un grupo de amigos.

Señor Bexheath: ¿Entró en la estancia?

Vanessa: No. Se quedó en la puerta.

Señor Bexheath: Con toda corrección, estoy seguro de ello. ¿Y ésta es la única vez que fue a visitarla a sus habitaciones?

Vanessa: No.

Señor Bexheath: ¿Hubo otras visitas?

Vanessa: En una única ocasión. Tomó un té en mi estudio después de volver del

teatro donde habíamos ido con ese grupo de amigos.

Señor Bexheath: Y sus amigos, claro, también tomaron el té con ustedes.

Vanessa: No.

Señor Bexheath: ¿Sólo el inculpado entró en sus estancias?

Vanessa: Sí.

Señor Bexheath: ¿Qué hora era?

Vanessa: Alrededor de medianoche.

Señor Bexheath: ¿Estuvo usted con el acusado a solas en sus aposentos a medianoche?

Vanessa: Sí, durante un breve instante. Lo único que...

Señor Bexheath: Estoy descubriendo unos hechos de suma importancia sobre la actuación del acusado en su vida privada. A los paseos de noche arriba y abajo de la habitación siguen ahora visitas nocturnas a las habitaciones de una joven dama que vive sola. Señorita Duncan, usted viene del campo y, tal vez, no advierta las consecuencias sociales de las acciones en las que ha participado, pero el señor Weatherburn había de conocerlas. Si antes no lo había comprendido, ¿comprende ahora que, como mínimo, el acusado la ha puesto en un compromiso?

Vanessa: No.

Señor Bexheath: Pues será mejor que lo comprenda y que, en el futuro, modifique debidamente su conducta, si no es ya demasiado tarde. Sin embargo, señorita Duncan, no es a usted a quien se juzga aquí. Es usted joven e inexperta, y le doy este consejo con espíritu paternal y no como reprobación. El caso del acusado es absolutamente distinto. El testimonio de usted nos ha ofrecido una imagen muy relevante de la manera tan peculiar que tiene el acusado de aprovecharse de sentimientos nobles para su propio placer y provecho.

Vanessa: ¡No! ¡No es así!

Señor Bexheath: Señorita Duncan, le aconsejo que abandone esta actitud testaruda y reflexione con atención y profundidad sobre lo que acabo de decirle. No tengo más preguntas para usted. Señoría, éste ha sido mi último testigo. Es de lamentar que no haya testigos presenciales de los hechos de los que se acusa al inculpado, pero era de esperar que fuese así, porque uno no va cometiendo asesinatos delante de todo el mundo. Como su señoría y los miembros del jurado han oído, los testigos a los que he interrogado aquí han confirmado innumerables detalles que empiezan a formar una imagen coherente que analizaré por completo en mi exposición final.

Juez Penrose: Gracias. El abogado de la defensa, ¿quiere proceder al contrainterrogatorio?

Señor Haversham: Por supuesto, señoría.

Señor Haversham: Señorita Duncan, ¿qué día tuvo lugar la fatídica visita a sus habitaciones sobre la que mi docto colega ha hecho tantas insinuaciones?

Vanessa: Fue el 7 de abril.

Señor Haversham: Y en aquella ocasión, ¿cuánto rato se quedó el señor Weatherburn en sus habitaciones?

Vanessa: Unos quince minutos.

Señor Haversham: ¿Y cómo fue que entró en sus habitaciones?

Vanessa: Llegábamos de la calle y habíamos vuelto en cabriolé porque diluviaba. Estábamos empapados y lo invité a tomar una taza de té.

Señor Haversham: ¿Y qué ocurrió durante la mencionada visita?

Vanessa: Nos sentamos ante la chimenea y tomamos un té y hablamos un poco sobre la obra de teatro que habíamos visto y los amigos que acabábamos de dejar.

Señor Haversham: ¿Y cómo se despidió el señor Weatherburn?

Vanessa: Se puso en pie de repente, dijo que acaba de dar con una solución matemática y se marchó tan deprisa que tuve que indicarle que se dejaba el abrigo.

Señor Haversham: No me parece, y me alegro de decirlo, que una visita de cortesía entre vecinos como ésta pueda arruinar la reputación de nadie ni considerarse un insulto a los sentimientos nobles ni un desafío a las normas sociales. Además, supongo que el descubrimiento matemático que impulsó al inculcado a marcharse de manera precipitada de la habitación de la señorita Duncan es el mismo que él mencionó al señor Withers al día siguiente. No hay ningún fundamento que nos permita concluir que se trataba del famoso problema de los n cuerpos; es más probable que estuviera relacionado con sus investigaciones personales. Más tarde volveremos a esta cuestión. Mientras tanto, señorita Duncan, me gustaría hacerle unas preguntas sobre cuestiones más serias. ¿Recuerda el té que se sirvió en el jardín después de la conferencia del profesor Cayley sobre la enseñanza de las matemáticas que tuvo lugar el 23 de abril?

Vanessa: Sí, muy bien.

Señor Haversham: ¿Oyó las palabras que intercambiaron el señor Beddoes y el señor Crawford?

Vanessa: Sí.

Señor Haversham: ¿Las recuerda?

Vanessa; No fueron muchas. Primero, el señor Crawford estaba con un grupo de gente y, cuando el señor Beddoes se acercó, le dijo algo así como: «Hola, Beddoes, hacía una semana que no lo veía. ¿Va todo bien?».

Señor Haversham: Se me antoja un saludo de lo más normal. Y el señor Beddoes,

¿cómo respondió?

Vanessa: Pareció sorprenderse mucho. A la sazón, yo no sabía que habían discutido, pero esto explicaría su sorpresa. Se limitó a responder: «Bastante bien». Entonces, los demás matemáticos reunidos siguieron hablando y el señor Crawford se marchó, pero antes de hacerlo se volvió hacia él y dijo que necesitaba verlo pronto, que estaría bien que cenasen juntos y que ya se pondría en contacto con él. La invitación pareció sorprender y complacer al señor Beddoes.

Señor Haversham: Así, el señor Beddoes se había peleado con el señor Crawford y no volvieron a hablarse hasta el té en el jardín, durante el cual el señor Crawford pareció buscar una reconciliación e invitó a su colega a una cena. ¿Cree usted que podía estar preparando, como parte de un plan para asesinarlo, la invitación a cenar que le envió al señor Beddoes al cabo de una semana?

Señor Bexheath: ¡Protesto, señoría! Las interpretaciones que haga una joven y frívola dama sobre el estado de ánimo de otras personas no pueden presentarse como prueba y no se puede deducir nada de las hipótesis sin fundamentos presentadas por mi docto colega.

Señor Haversham: Todo cuanto la testigo ha descrito fue presenciado por otras personas, algunas de las cuales serán llamadas como testigos de la defensa. Puede incluso confirmarlo la señora Beddoes, señoría, que también estaba presente, pero no deseo molestarla innecesariamente en su sufrimiento.

Juez Penrose: Ciertamente. Aceptaremos las declaraciones de esta testigo cuando sean corroboradas por otros testigos que presentará la defensa.

Señor Haversham: En ese caso, no tengo más preguntas.

¡Oh, Dora querida! ¿Verdad que el señor Bexheath actuó de una forma horrible? Tengo miedo de que si este asunto sale del Palacio de Justicia, a las madres de mis alumnas no les guste. ¿Y si mi escuela fracasa por ello? ¡Oh, querida! ¿Me he arruinado la vida? Por una deliciosa taza de té... La sociedad, ¿cómo puede ser tan absurda y desconfiada? Es extraño. La gente intenta (o al menos me lo parece) ser lo más moral y decente que puede, pero la vida que lleva no creo que lo sea, precisamente, pues está llena de suspicacias y malicias innecesarias. En fin... Si ahorcan a Arthur me dará lo mismo que la escuela fracase. Es posible que así suceda y, entonces, regresaré a casa y acabaremos siendo unas solteras que se pasan la vida haciendo calceta.

Tu hermana que te quiere aunque se vea arruinada,

Vanesa

Cambridge, jueves, 24 de mayo de 1888

Oh, Dora...

Esta mañana, al despertar, el recuerdo del desastre sucedido ayer me ha golpeado de lleno y me habría gustado esconderme bajo las mantas y quedarme allí para siempre. Qué difícil me ha resultado levantarme, vestirme y encaminar mis pasos al Palacio de Justicia. No me apetecía en absoluto ir, pero tenía que hacerlo y lo he hecho, por más que sintiera que debo de haberme ganado el desprecio general de todos los presentes en la sala. O tal vez el mío propio, que ya es suficiente carga.

Apenas me atreví a mirar al señor Morrison, que estaba sentado a mi lado como si no hubiese ocurrido nada desagradable. Me pasó el parte de lo sucedido la tarde anterior: yo había sido la última testigo del Ministerio Fiscal, y por la tarde, el magistrado había invitado al señor Haversham a que empezara a llamar a los testigos de la defensa. El señor Haversham llamó a Arthur y le inquirió minuciosamente acerca de sus relaciones y contactos con todos los matemáticos en general y con los fallecidos en particular, y le sonsacó detalles de las cenas a las que había acudido con el señor Akers y con el señor Beddoes, y todo lo que le fue posible acerca de la pelea entre el señor Crawford y el señor Beddoes. El señor Morrison me ha explicado que la historia que surgió de todo el relato fue sencilla y coherente, con todos los visos de ser cierta pero, como se había hecho tarde, el contrainterrogatorio se aplazó hasta esta mañana. Hice acopio de fuerzas para soportar la inevitable oleada de horror que se avecinaba.

CONTRINTERROGATORIO DEL SEÑOR WEATHERBURN

Señor Bexheath (dirigiéndose a los miembros del jurado): Permítanme que deje claras mis intenciones. Al interrogar al inculpado, mi objetivo es aclarar los detalles de cómo ocurrieron los asesinatos.

Señor Haversham: Protesto, señoría, por la afirmación de mi docto colega, puesto que implica presunción de culpa.

Juez Penrose: No, no es así. La frase del fiscal está perfectamente clara: desea que el acusado explique los detalles de cómo ocurrieron los asesinatos.

Señor Bexheath: Gracias, señorita. Ahora, caballero, comencemos por el primer asesinato, el del señor Geoffrey Akers. ¿Cenó con el señor Akers la noche del 14 de febrero?

Arthur: Sí, Sí ce... cené con él.

Señor Bexheath: Antes de pormenorizar la cena, me gustaría tratar dos cuestiones: sus relaciones con el señor Akers y cómo fue que cenó con él. ¿Cómo describiría sus relaciones con el señor Akers?

Arthur: Diría que éramos amigos.

Señor Bexheath: Usted tiene veintiséis años y el señor Akers tenía treinta y siete. La diferencia de edad y, en consecuencia, en la actitud ante la vida, es considerable. ¿Qué intereses compartía usted con el señor Akers que posibilitaran tal amistad?

Arthur: A mí me gustaba mucho su humor sarcástico. Por lo que a él se refiere, supongo que, como todos los seres humanos, tenía necesidad de hablar y expresarse, al menos a veces, y se le presentaban muy pocas oportunidades de hacerlo.

Señor Bexheath: ¿Y por qué?

Arthur: Porque su carácter sarcástico y desdeñoso alejaba a la gente de él.

Señor Bexheath: ¿De veras? Pero si a todos nos gusta un poco de sarcasmo inteligente.

Arthur: Sí, pe... pero, a veces, el señor Akers dedicaba esos cortantes comentarios a las personas de su entorno.

Señor Bexheath: Exacto. Y los demás se sentían infravalorados, humillados o insultados por tales comentarios.

Arthur: Para evitarse estos desagradables trances, la gente consideraba que lo más sensato era mantenerse a distancia del señor Akers.

Señor Bexheath: Haga el favor de explicarnos, caballero, cómo es que, en su caso concreto, se libró de esos comentarios o de experimentar tales sentimientos de humillación.

Arthur: Los comentarios que el señor Akers hacía sobre mí nunca me parecieron ofensivos. Es más, me resultaban divertidos.

Señor Bexheath: Entonces, usted también había sido objeto de comentarios despectivos.

Arthur: Pues sí.

Señor Bexheath: Y fue él único de entre sus colegas cuyo orgullo no se vio afectado por esa conducta del señor Akers.

Arthur: No, mi orgullo no se vio afectado.

Señor Bexheath: Acaso sea porque tiene usted muy poco.

Arthur: (silencio).

Señor Bexheath: No parece disentir de lo que digo.

Arthur: «El silencio de la pura inocencia suele convencer cuando falla el habla».

Señor Bexheath: Mi estimado señor, si no tiene nada que decir, no llene el vacío con versos de Shakespeare.

Arthur (encogiéndose de hombros): Como gustéis.

Señor Bexheath: Pasemos ahora a su cena con el señor Akers. ¿Puede contarnos cómo fue que cenaron juntos?

Arthur: Lo encontré en la biblioteca de matemáticas por la tarde y parecía muy co... co... contento con el resultado de algún problema y quería una oportunidad para hablar de ello. Por eso, sugirió que saliéramos a cenar.

Señor Bexheath: ¿Quiere decir que la idea partió por completo del señor Akers?

Arthur: Sí.

Señor Bexheath: ¿Hay testigos de dicha conversación?

Arthur: No, supongo que no. La gente, en las bi... bibliotecas, habla entre susurros.

Señor Bexheath: Así pues, nadie puede testificar que la idea fuera realmente del señor Akers.

Arthur: Excepto yo.

Señor Bexheath: Desde luego. Y se citaron en la taberna irlandesa.

Arthur: Sí.

Señor Bexheath: Pasemos ahora a considerar el asunto del frasco de medicina del señor Akers. ¿Cómo se enteró usted de su existencia? Describa, por favor, con la máxima exactitud, lo que hizo el señor Akers con la medicina.

Arthur: Empezamos tomando whisky y luego pidió una botella de vino tinto y un estofado irlandés. El vino lo trajeron de inmediato y el señor Akers se dirigió al camarero para pedirle también una jarra de agua. El ca... camarero la trajo y él se sirvió un vaso y dijo: «Tengo que tomar la medicina». A continuación, sacó un pequeño frasco cuadrado de cristal grueso y le quitó la tapa. La abertura tenía un cuentagotas. Volvió el frasco boca abajo, dejó caer una gota y sacudió levemente el recipiente. Entonces dijo: «¡Caramba! ¿Qué estoy haciendo?», puso la tapa y se lo guardó en el bolsillo. Después de esto, no volví a ver la medicina.

Señor Bexheath: ¿Y el señor Akers tomó el agua?

Arthur: Sí, quejándose. El agua no le gustaba.

Señor Bexheath: ¿Ha dicho que sólo vertió una gota en ella?

Arthur: Una o dos.

Señor Bexheath: ¿Sabía que su dosis habitual era de diez gotas?

Arthur: No, entonces no lo sabía.

Señor Bexheath: ¿Puede explicar por qué tomó menos?

Arthur: Quizá recordó que ya había tomado su dosis.

Señor Bexheath: Pero entonces, ¿por qué iba a beberse el agua?

Arthur: No... no lo sé. Quizá no quería desperdiciar la gota.

Señor Bexheath: ¿Y a usted no le sorprendió ver una medicina tomada en dosis de una gota?

Arthur: La verdad es que no pensé en ello.

Señor Bexheath: ¿Y no le preguntó nada al respecto?

Arthur: No.

Señor Bexheath: ¿No le interesaba?

Arthur: No.

Señor Bexheath: Un hombre se debate con un frasco de gotas ante usted y se queja de tener que beberse el agua y usted no le pregunta nada...

Arthur: No, no lo hice. Apenas me fijé. Estábamos hablando de otras cosas.

Señor Bexheath: ¿De qué cosas?

Arthur: De matemáticas.

Señor Bexheath: Ah, de matemáticas. ¿Y de qué, concretamente?

Arthur: Del problema de los n cuerpos. De repente, Akers empezó a hablarme de la nueva idea que tenía para una solución completa. Parecía agitado y excitado, como si no pudiera contener el deseo de hablar de ello.

Señor Bexheath: ¿Contener el deseo? ¿Por qué iba a querer contener el deseo?

Arthur: Y al mismo tiempo, quería mantener en secreto su solución.

Señor Bexheath: ¿Por qué?

Arthur: Su... supongo que tal vez no la tenía pulida del todo y quería mantener la reserva hasta que hubiese enviado un manuscrito.

Señor Bexheath: ¿Y por qué era necesario obrar con tanto secreto?

Arthur: Akers creía que tenía rivales, que había otros matemáticos trabajando en el problema.

Señor Bexheath: ¿Está dando a entender que temía que alguien le robara aquel interesante resultado y que se aprovechara de él?

Arthur: Es po... posible.

Señor Bexheath: Pero, en tal caso, sólo habría ocultado el secreto a sus rivales. ¿Por qué iba a guardarlo también con usted, que era un amigo en el que confiaba?

Arthur: Probablemente pensó que si hablaba de ello, correría el rumor.

Señor Bexheath: Ustedes dos estaban allí, uno frente al otro, en el reservado de un ruidoso restaurante donde podían hablar sin que nadie los oyera, y a él le apetecía hablar de su idea. ¿No habría podido pedirle a usted que no divulgara el secreto?

Arthur: Sí, por supuesto, podría haberme pedido que me lo callara.

Señor Bexheath: Pero no lo hizo. Tal vez no confiaba en usted.

Arthur: Me parece que no confiaba en nadie.

Señor Bexheath: Pues yo supongo que algo debía de confiar en usted, puesto que empezó a comentarle sus resultados. ¿Qué ocurrió para que cambiase de idea tan de repente?

Arthur: No ocurrió nada. De repente pensó que estaba hablando demasiado.

Señor Bexheath: ¿De repente? ¿Sin ningún motivo que lo impulsara a ello?

Arthur: Debido a su natural discreción.

Señor Bexheath: O porque usted, caballero, le demostró de alguna manera que el interés que sentía por su trabajo era algo más que amistoso; en otras palabras, que si él temía que alguien le robara la idea, ese alguien no era otro que usted. ¿Qué le dijo, caballero, para que cambiara de idea tan de improviso e interrumpiera las explicaciones? ¿Demostró usted un interés excesivo? ¿Notó él en su expresión que el descubrimiento había despertado su codicia?

Arthur: No creo. No.

Señor Bexheath: Bien, bien. Y ahora, después de esa charla, ¿el señor Akers y usted siguieron juntos todo el tiempo?

Arthur: Sí, terminamos de cenar y regresamos caminando hasta sus habitaciones.

Señor Bexheath: ¿Y no se separaron ni un momento?

Arthur: No recuerdo que lo hiciéramos.

Señor Bexheath: Esto demuestra que la botella de digitalina seguía en su bolsillo en el momento de su muerte, ¿no?

Arthur: Supongo.

Señor Bexheath: Supone. ¿No lo sabe?

Arthur: No, no lo sé.

Señor Bexheath: A usted, todo un matemático, ¿el razonamiento lógico no basta para convencerlo?

Arthur: Hum.

Señor Bexheath: Bien, entonces los matemáticos quizá no sean tan rigurosos como creemos los demás, cuando lo que está en juego es una ventaja personal...

Risas ahogadas en la grada pública.

Arthur: ¿Qué ventaja? ¿Que me cuelguen por algo que no he hecho?

Señor Bexheath: Eso es algo que decidirá el jurado.

Arthur: Tal vez le resulte difícil, dada la ausencia de pruebas.

Señor Bexheath: Pues a mí me parece que hay pruebas abundantes.

Arthur: Pues yo no lo entiendo así. Es como utilizar una conjetura para demostrar otra conjetura.

Juez Penrose: Aquí no discutimos lo que usted entienda. Limítese a responder a las preguntas del letrado.

Señor Bexheath: ¿Sabe que el médico que examinó el cadáver no encontró el frasco de medicina?

Arthur: Sí, eso me han dicho.

Señor Bexheath: Entonces, la botella debió de llevársela el asesino.

Arthur: Es probable.

Señor Bexheath: Ahora, caballero, recuerde que ha jurado decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿Se llevó usted el frasco de digitalina del señor Akers?

Arthur: No... No me lo lle... llevé.

Señor Bexheath: ¿Está usted seguro?

Arthur: ¡Sí!

Señor Bexheath: ¿Mató usted al señor Akers?

Arthur: ¡No!

Señor Bexheath: Hum. Muy bien. Ahora, caballero, me gustaría interrogarlo sobre una cuestión que ha surgido en previos testimonios. Hemos sabido que se permitió usted visitar a la señorita Duncan, que estaba sola en sus habitaciones, a altas horas de la noche. Supongo que, para usted, destruir la reputación de una joven indefensa es tan natural como sonreír cuando lo insultan en público...

Arthur: (silencio).

Señor Bexheath: ¿Y bien? ¿Debo considerar que usted encuentra aceptable tal conducta?

Arthur: No pienso que mi visita haya tenido ningún efecto en la reputación de la señorita Duncan. Lo que sí podría te... tenerlo es la forma de usted de insinuar cosas que no sucedieron.

Señor Bexheath: Entiendo que con su respuesta quiere decir que, mientras que nadie conozca esas visitas nocturnas, no se destruye la reputación de nadie.

Arthur: No, no quiero decir eso. Quiero decir que una noche de lluvia to... tomé una taza de té en las habitaciones de la señorita Duncan, un té que ella me ofreció gentilmente, y después subí a mis aposentos. Finge usted preocuparse por su reputación y, en cambio, insinúa falsedades con el... «el "¡umm!", el "¡ah!", estigmas que emplea la calumnia...».

Señor Bexheath: Comprendo. Entonces, según Shakespeare, yo soy el responsable del daño que se le ha hecho a la reputación de la señorita Duncan.

Risas contenidas entre el público.

Señor Bexheath; Supongo que este punto de vista es de lo más útil, cuando se aplica a la propia conducta.

Más risas entre el público. El juez llamó al orden con el mazo.

Señor Bexheath: Y ahora, caballero, ¿es cierto que aquella noche le contó a la señora Duncan que había dado con una nueva y excitante demostración de un resultado matemático y que al día siguiente se lo explicó al señor Withers?

Arthur: Sí, es cierto. ¡Parece que haya transcurrido mucho tiempo desde eso!

Señor Bexheath: Entiendo que usted demostró un resultado relacionado con el problema de los n cuerpos y que esa demostración se basaba en la información obtenida del señor Akers.

Arthur: No, en absoluto.

Señor Bexheath: Entonces, ¿cuál fue el resultado que demostró?

Arthur: Se trataba de formas normales de matrices, aunque para usted eso tal vez no signifique nada.

Señor Bexheath: ¿Y tiene alguna prueba de ello? ¿Ha escrito algo al respecto?

Arthur: Todavía no.

Señor Bexheath: Ah, todavía no. Entonces, no puede demostrar su afirmación. Por lo que se refiere a la demostración, es posible que haya resuelto algo relacionado con el problema de los n cuerpos, en cuyo caso tendría usted todas las razones del mundo para mantenerlo en secreto.

Arthur: Eso podría ser verdad, pero resulta que es falso.

Señor Bexheath: Pasemos ahora al asesinato del señor Beddoes. ¿Recuerda la cena en la taberna Irlandesa? ¿Qué comieron?

Arthur: Lo mismo que la vez anterior. Es la especialidad de la casa.

Señor Bexheath: ¿Y sobre qué giró la conversación entre ustedes durante la cena?

Arthur: Sobre matemáticas y otros matemáticos.

Señor Bexheath: ¿Y hablaron del famoso problema de los n cuerpos?

Arthur: Directamente no. Beddoes me hizo una pregunta más bien técnica, cómo una fórmula puede contener a otra, e intentamos resolverlo juntos, pero no lo logramos. El escribió las formulas y a mí me pareció que quizá guardaran cierta relación con las ecuaciones diferenciales parciales contenidas en el problema de los n cuerpos, pero el señor Beddoes no dijo nada al respecto.

Señor Bexheath: ¿Le preguntó usted acerca del origen de las fórmulas que él trataba de comprender?

Arthur: Sí, lo hice, pero no me contestó. Dijo que habían surgido a partir de conversaciones con otros. Mencionó al señor Crawford, con el que, en cualquier caso, nosotros tendríamos que haber estado cenando.

Señor Bexheath: Ah, sí, la famosa historia. Usted afirma que la invitación original a la cena de aquella noche, el 30 de abril, partió del señor Crawford, el cual, por la tarde, se sintió indispuerto y les envió a Beddoes y a usted una nota animándolos a ir a cenar sin él.

Arthur: Sí.

Señor Bexheath: ¿Tiene la nota?

Arthur: No, no la gua... guardé.

Señor Bexheath: Comprendo. De modo que su declaración no puede sustentarse en una prueba física.

Arthur: Creo que no.

Señor Bexheath: Después de la cena, usted acompañó al señor Beddoes hasta la entrada del jardín.

Arthur: Sí.

Señor Bexheath: Pero ¿entró en el jardín?

Arthur: Él abrió la verja y allí nos estrechamos la mano.

Señor Bexheath: ¿Sabe que los restos de barro de sus zapatos demuestran que estuvo usted dentro del jardín?

Arthur: Se me debió de pegar al detenerme en la verja.

Señor Bexheath: Pero esa verja da paso al camino que lleva hasta la casa, y el camino está empedrado.

Arthur: Supongo que en un jardín es fácil que la tierra cubra a veces las losas del camino.

Señor Bexheath: La señora Beddoes tiene siempre bien barrido ese camino.

Arthur: No hay respuesta para eso.

Señor Bexheath: Bien, ¿entonces estuvo realmente en el interior del jardín?

Arthur: No pasé de la verja.

Señor Bexheath: ¿Cogió usted una pesada piedra encajada en la tierra del parterre que bordea el camino y golpeó con ella al señor Beddoes?

Arthur: ¡No, no! No. No. No.

Señor Bexheath: Muy bien. Perfecto. En ese caso, pasemos a la muerte del señor Crawford. ¿Es verdad que de vez en cuando iba a visitarlo a sus habitaciones?

Arthur: En los últimos meses, entré un par de veces.

Señor Bexheath: ¿Bebió algo cuando estuvo allí?

Arthur: No.

Señor Bexheath: ¿No bebió vino tinto?

Arthur: No.

Señor Bexheath: ¿Recuerda usted la fecha de esas visitas?

Arthur: Estuve una vez en marzo, después de una conferencia del señor Crawford, para llevarle un libro que había olvidado en el auditorio. No recuerdo la fecha exacta. Estuve otra vez en abril. Pasé a recogerlo para ir juntos a un almuerzo con otros colegas de la universidad.

Señor Bexheath: En ambas ocasiones, ¿estaba el señor Crawford en sus habitaciones?

Arthur: Sí.

Señor Bexheath: ¿Tenía la puerta cerrada?

Arthur: No.

Señor Bexheath: ¿Llamó primero o entró directamente?

Arthur: Llamé y él abrió.

Señor Bexheath: ¿Introdujo usted la digitalina en su botella de whisky en alguna de estas ocasiones?

Arthur: ¡No!

Señor Bexheath: Está usted bajo juramento, señor.

Arthur: Ya lo sé.

Señor Bexheath: En ese caso, no tengo nada más que decir.

Arthur se sentó en el banquillo de los acusados y despertó mi compasión en un confuso torbellino de ternura y congoja.

Ese monstruoso señor Bexheath ha intentado influir en el jurado de todas las maneras, con los recursos más arteros, aprovechando incluso el desafortunado — aunque encantador— tartamudeo de Arthur.

Abatida, observé los rostros de los miembros del jurado pero no capté en ellos reacción alguna.

Las cosas que están sucediendo en este proceso no tienen nada que ver con la ley y la justicia. ¡Oh, estoy tan preocupada! ¿Descubrirán algo en las declaraciones de Arthur que lo incrimine?

Tu atemorizada hermana,

Vanesa

Cambridge, viernes, 25 de mayo de 1888

¡ Oh, Dora querida!

En el proceso se ha producido un desastroso giro de los acontecimientos y no me puedo quitar una sensación que es claramente física: se me hielan los huesos.

La sesión comenzó como siempre. El juez y los miembros del jurado ocuparon sus puestos, los letrados se sentaron ante sus respectivas mesas, los testigos en los bancos, el público en la grada, y en último lugar, pero no por ello menos importante, apareció Arthur, escoltado hasta el banquillo por una pareja de policías como si fuera un criminal. Nuestras miradas se encontraron durante unos breves instantes, pero apartó la suya enseguida. A veces pienso que mi presencia en la sala, observando lo inaguantable, lo hace sentir peor, pero yo no soportaría no estar allí y así son las cosas.

El juez empezó por dirigirse al señor Haversham para preguntarle si deseaba continuar presentando testigos para la defensa. En éstas estábamos cuando el señor Bexheath se puso en pie y, dirigiéndose al jurado con todo respeto, dijo:

—Me gustaría hacer una petición, señoría, que espero que la sala tenga a bien aceptar.

—Sí, ¿de qué se trata? —preguntó el juez Penrose.

—En principio, señoría, ya he terminado con la presentación de los testigos por parte de la Corona. Sin embargo, mis investigaciones personales de los importantes hechos aquí planteados me han llevado a la localización de dos nuevos testigos, los cuales podrán proporcionarnos una prueba de importancia capital en favor de la Corona.

Un murmullo de asombro recorrió la sala. Todo el mundo se preguntaba cuál podía ser aquella prueba de capital importancia. Sentí que el corazón se me encogía en el pecho y, ansiosa, miré al señor Morrison, el cual, en vez de dedicarme una sonrisa de ánimos, me transmitió una sensación de profunda angustia.

—Abogado de la defensa, ¿acepta el interrogatorio de estos nuevos testigos por parte del Ministerio Fiscal, antes de continuar con la sucesión de sus propios testigos? —le preguntó el juez al señor Haversham con toda cortesía.

Esperé que se negase pero, por supuesto, la pregunta era una mera formalidad y no tenía ninguna posibilidad real de oponerse a aquel nuevo interrogatorio. Accedió de la manera más educada posible y el señor Bexheath dijo:

—Entonces, me gustaría llamar a testificar a la señorita Pamela Simpson.

Se abrió una puerta y el alguacil acompañó a una joven dama hasta el estrado de los testigos, donde se detuvo, con la cabeza muy alta y un aire de franca curiosidad y diversión en el rostro.

¡Oh, Dora querida! No sabría describirte a una persona así. Sí me atreviera a hacerlo, diría que es «ligera de cascos», expresión que utilizan las damas de nuestro círculo para definir a ese tipo de mujer. Audaz, risueña, atrevida, descarada, bohemia... Sus palabras y movimientos tienen como finalidad conseguir algún efecto concreto. Se la veía tan fuera de lugar en la sala... Parecía una llamativa ave del paraíso. Con su indumentaria de colores chillones, una media sonrisa en los labios y una actitud de insolente tranquilidad, esperó sin moverse. El secretario del tribunal apareció con la Biblia y le tomó juramento. Con la mano sobre las Sagradas Escrituras, pronunció la fórmula con voz clara y sonora, para que quedase de manifiesto que no había que hacer extensible a su sinceridad la sospecha de incorrección que había suscitado su aspecto físico.

INTERROGATORIO DE LA SEÑORITA PAMELA SIMPSON,

Señor Bexheath; Diga su nombre, por favor.

Señorita Simpson: Pamela Simpson.

Señor Bexheath; ¿Edad?

Señorita Simpson: Cumplí veintidós en enero.

Señor Bexheath; ¿Dónde vive, señorita Simpson?

Señorita Simpson: En Londres, justo detrás de King's Cross.

Señor Bexheath; Señorita Simpson, ¿conocía usted al fallecido señor Jeremy Crawford, profesor de matemáticas de la Universidad de Cambridge?

Señorita Simpson: Sí, lo conocía. Era una persona de lo más agradable. Lamento mucho que haya muerto.

Señor Bexheath: ¿Puede decirnos si el 14 de febrero vio usted al señor Crawford?

Señorita Simpson: Sí, lo vi.

Señor Bexheath: ¿Sabe que ésa fue la fecha del asesinato del señor Geoffrey Akers, también matemático ?

Señorita Simpson: Bueno, entonces no lo sabía pero ahora ya lo sé.

Murmulló de sorpresa en la sala. El juez hizo sonar el mazo hasta que reinó de nuevo el silencio.

Señor Bexheath: Díganos qué parte del día 14 de febrero pasó usted con el señor Crawford.

Señorita Simpson: Toda la velada, desde las ocho de la tarde, y toda la noche,

hasta la mañana siguiente.

Murmullos de sorpresa entre los presentes. El juez insistió con el mazo y dijo: «Si no guardan silencio, desalojaré la sala».

Señor Bexheath: ¿Dónde estuvo con el señor Crawford, durante esas horas?

Señorita Simpson: Pues en mis habitaciones, salvo cuando salimos a cenar.

Señor Bexheath: ¿Se refiere usted a sus habitaciones de Londres, detrás de la estación de King's Cross?

Señorita Simpson: Sí.

Señor Bexheath: ¿Y dónde cenaron?

Señorita Simpson: Cenamos en el Jenny's Corner, un pequeño restaurante cercano.

Señor Bexheath: ¿El Jenny's Corner está regentado por una tal señorita Jenny Pease?

Señorita Simpson: Sí.

Señor Bexheath: ¿Es amiga de usted?

Señorita Simpson: Sí.

Señor Bexheath: ¿Sabe usted que la señorita Pease está aquí presente, hoy, y que será interrogada con el fin de confirmar, en consideración al jurado, la veracidad de estas afirmaciones?

Señorita Simpson: ¿Qué? Perdón, señor, ¿cómo dice?

Señor Bexheath: ¿Sabe que está aquí la señorita Pease, y que será interrogada sobre la noche del 14 de febrero, en la que usted cenó con el señor Crawford?

Señorita Simpson: ¡Oh, sí! Claro que lo sé. Hemos venido juntas.

Señor Bexheath: Ahora, señorita Simpson, ¿sabe cómo viajó el señor Crawford de Cambridge a Londres?

Señorita Simpson: Sí que lo sé. Llegó en tren porque yo misma fui a recogerlo a la estación sobre las siete y media y luego fuimos juntos a casa.

Señor Bexheath: ¿Y el señor Crawford y usted no se separaron ni un instante la noche del 14 de febrero?

Señorita Simpson: No, señor, ni un instante. Estuvimos pegados el uno al otro como tortolitos toda la velada y también toda la noche.

Señor Bexheath: Entonces, no hay ninguna posibilidad de que el señor Crawford se encontrara en Cambridge asesinando a un hombre, la noche del 14 de febrero...

Señorita Simpson: Por supuesto que no.

Señor Bexheath: Recuerde, señorita Simpson, que su testimonio es de vital importancia y que se encuentra bajo juramento. ¿Está absolutamente segura de lo que dice?

Señorita Simpson: Claro que sí. Sé que lo que digo demuestra que el señor Crawford no mató al señor Akers y me doy cuenta de que, con eso, todo parece

indicar que fue ese pobre hombre del banquillo quien lo hizo. Lo siento mucho por él y espero que no sea el asesino, pero lo que estoy declarando es verdad.

Señor Bexheath: Muchísimas gracias, señorita Simpson.

Juez Penrose: Señor Haversham, ¿procederá usted al contrainterrogatorio de este testigo?

Señor Haversham: Ciertamente, señoría.

CONTRAIINTERROGATORIO DE LA SEÑORITA PAMELA SIMPSON

Señor Haversham: Señorita Simpson, ¿puedo preguntarle cuál es su profesión ?

Señorita Simpson (sin inmutarse en absoluto): Me temo que no tengo profesión, señor abogado.

Señor Haversham: Pero necesita dinero para vivir, ¿no? ¿Cómo paga el alquiler de sus habitaciones y la comida?

Señorita Simpson: Oh, consigo dinero siempre que puedo, como regalo, con bastante frecuencia.

Señor Haversham: ¿Y quién le hace esos regalos tan generosos?

Señorita Simpson: Mis amigos.

Señor Haversham: ¿Y qué servicio les presta a esos amigos, para que tengan una actitud tan magnánima con usted?

Señorita Simpson: Señor abogado, si lo que intenta es avergonzarme, no lo conseguirá, porque estoy dispuesta a afirmar que yo cuido de mis amigos y mis amigos cuidan de mí.

Señor Haversham: ¡Oh, ya veo! ¿Entonces ha llegado a un acuerdo satisfactorio con sus amigos?

Señorita Simpson: Exacto.

Señor Haversham: ¿Y cuántos de esos amigos tiene usted?

Señorita Simpson: ¡Nunca los he contado!

Señor Haversham: O sea, que son más de los que pueden contarse con los dedos de una mano.

Señorita Simpson: ¡Dios mío, claro que sí!

Señor Haversham: Ahora pasemos a analizar su relación con el señor Crawford.

Señorita Simpson: Cuando quiera, señor.

Señor Haversham: ¿Puede decirnos dónde y cuándo conoció al señor Crawford?

Señorita Simpson: Lo conocí en Londres, hace unos años. Me resulta difícil recordar exactamente cuándo. Fue hace tres o cuatro años.

Señor Haversham: ¿Y dónde lo conoció?

Señorita Simpson: En la estación del ferrocarril.

Señor Haversham: ¿Podría explicarnos las circunstancias de ese encuentro?

Señorita Simpson: Bueno... Él se apeó del tren con la bolsa de viaje y me pareció que se trataba de un hombre bondadoso, así que me acerqué y le dije: «Hola, señor, ¿busca un sitio agradable donde hospedarse, aquí, en Londres?», y él me sonrió y respondió: «Es posible, querida, es posible». Y empezó a venir.

Señor Haversham: ¿A venir?

Señorita Simpson: Por mi casa. Es un lugar agradable, ¿no?

Señor Haversham: Y a la sazón, ya tenía usted unos cuantos amigos.

Señorita Simpson: No tantos como ahora.

Señor Haversham: Sí. ¿Y ése era su método habitual de trabar nuevas amistades?

Señorita Simpson: Bueno, no soy tímida y hablo con la gente que me cae bien.

Señor Haversham: ¿Y veía al señor Jeremy Crawford muy a menudo?

Señorita Simpson: Oh, sí. Venía a visitarme a Londres con cierta regularidad.

Señor Haversham: ¿Con qué regularidad?

Señorita Simpson: Una vez al mes, o así. Sí, casi cada mes. Para un hombre, es muy duro estar siempre solo. Corre el riesgo de convertirse en una vara seca. Por el aspecto que tiene usted, debería saberlo.

Risas en la sala. El juez hizo sonar el mazo.

Señor Haversham: Señorita Simpson, ¿el señor Crawford tenía una fecha fija o un día de la semana regular para ir a Londres a verla?

Señorita Simpson: No.

Señor Haversham: Entonces, ¿cómo puede estar tan segura de que la última vez que fue a verla fue el 14 de febrero?

Señorita Simpson: Oh, eso es fácil. Por un lado, era el día de San Valentín, una fecha romántica, ¿sabe? Bromeamos acerca de ello. Y por otro, tengo una carta suya.

Señor Haversham: ¿Qué carta es esa?

Señorita Simpson: Bueno, cuando él creía que tendría un día libre para ir a verme, me escribía y, si me iba bien, le contestaba y se lo decía.

Señor Haversham: ¿Quiere decir si ese día no estaba ocupada con otros amigos?

Señorita Simpson: Ha dado en el clavo, señor abogado. Pues bien, me escribió para decirme que vendría el 14 de febrero y yo le contesté diciéndole que no había inconveniente. Aquí tengo la carta.

Señor Haversham: ¿La carta que él le escribió a usted?

Señorita Simpson: Sí.

Señor Haversham: Pero no obra en nuestro poder su respuesta afirmativa, por lo que esto no constituye una prueba que demuestre que el señor Crawford fuera a Londres a verla en esa fecha.

Señorita Simpson: No, dudo que él conservara mis notas, pero aquí está esta carta; he contado todo lo que recuerdo y he jurado decir la verdad. Y, además, Jenny

también se acuerda.

Señor Haversham: Así pues, que podamos establecer la fecha depende esencialmente de su memoria y de su capacidad para distinguir entre sus diversos amigos y los días en que los recibió.

Señorita Simpson: Oh no, señor abogado. No intente insinuar que puedo estar confundida. Recuerdo perfectamente bien que fue el 14 de febrero; es lo que dice la carta y también es lo que dirá Jenny.

Señor Haversham: Muy bien, puede abandonar el estrado.

A continuación, el señor Bexheath llamó a declarar a la señorita Jenny Pease. Era una dama voluminosa, algo mayor que la señorita Simpson, no tan llamativa pero igualmente segura de sí misma. El secretario del tribunal le tomó el juramento y empezó el interrogatorio.

INTERROGATORIO DE LA SEÑORITA JENNY PEASE,

Señor Bexheath: Diga su nombre.

Señorita Pease: Jenny Pease, señor.

Señor Bexheath: ¿Profesión?

Señorita Pease: Tengo un pequeño restaurante cerca de King's Cross, señor, en Londres.

Señor Bexheath: ¿Conoce a la señorita Pamela Simpson?

Señorita Pease: Oh, sí.

Señor Bexheath: ¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

Señorita Pease: Es cliente habitual del restaurante, señor. Lleva viniendo unos dos años o así.

Señor Bexheath: ¿Acude sola?

Señorita Pease: A veces sola, a veces con amigos.

Señor Bexheath: ¿Recuerda con claridad si la señorita Simpson estuvo cenando en su restaurante el 14 de febrero pasado?

Señorita Pease: Sí, señor.

Señor Bexheath: ¿Estuvo en el restaurante?

Señorita Pease: Sí, señor.

Señor Bexheath: ¿Acudió sola?

Señorita Pease: No, señor. Lo hizo acompañada de un caballero amigo suyo, el señor Crawford.

Señor Bexheath: ¿Había visto antes al señor Crawford?

Señorita Pease: Oh, sí, señor. Pamela y él ya habían estado juntos en el restaurante unas cuantas veces, antes de ese día.

Señor Bexheath: Ahora, señorita Pease, ¿puede decirme cómo está tan segura de que la noche que la señorita Simpson y el señor Crawford cenaron juntos en el restaurante era precisamente el 14 de febrero y no otro día?

Señorita Pease: Oh, lo recuerdo perfectamente porque bromeamos acerca de que era el día de San Valentín y de que el señor Crawford debía de ser el amor verdadero de Pam. Además, era martes, el día de las chuletas de cordero, y eso fue lo que comieron.

Señor Bexheath: ¿El día de las chuletas de cordero?

Señorita Pease: El plato del día, señor. Hay uno distinto para cada día de la semana. Los lunes, hígado; los martes, chuletas de cordero; los miércoles, filete; los jueves, caza; los viernes, pescado...

Señor Bexheath: Sí, sí, señorita Pease, ya lo comprendemos. ¿Y el orden de los platos del día nunca cambia? ¿Es el mismo todas las semanas?

Señorita Pease: Ha sido el mismo desde hace años. A los clientes habituales les gusta la regularidad, no sé si me comprende. Les gusta saber qué van a encontrar.

Señor Bexheath: Desde luego. Bien, aquí concluye mi interrogatorio.

CONTRAINTERROGATORIO DE LA SEÑORITA JENNY PEASE

Señor Haversham: Bien, señorita Pease. He oído su testimonio y sólo hay una cosa sobre la que quiero preguntarle.

Señorita Pease: ¿Cuál?

Señor Haversham: Su memoria. Declara que recuerda el día exacto en que la señorita Simpson y el señor Crawford acudieron a su restaurante, hace tres meses y medio.

Señorita Pease: Sí, lo declaro.

Señor Haversham: ¿Tengo que suponer entonces que recuerda los días en que cada uno de sus clientes concretos acudieron al restaurante?

Señorita Pease: No, pero Pam es una amiga especial.

Señor Haversham: Comprendo. Entonces, ¿recuerda todas las veces que la señorita Simpson ha ido a cenar al restaurante y recuerda quién la acompañaba en cada una de ellas? ¿Podría darme una lista completa de los encuentros que han tenido lugar en su restaurante en los últimos cuatro meses?

Señorita Pease: No, sabe muy bien que no puedo hacerlo.

Señor Haversham: ¿Ah, no? Me deja sorprendido. En definitiva, sus recuerdos de las distintas visitas de la señorita Simpson al restaurante no son tan perfectamente

claros.

Señorita Pease: No recuerdo cada una de sus visitas, pero la del 14 de febrero la tengo muy clara.

Señor Haversham: ¿Muy clara? ¿No absolutamente clara?

Señorita Pease: Bueno, lo que sí está completamente claro es que ella estuvo allí, acompañada del señor Crawford, a quien yo ya conocía de otras veces, que comieron chuletas de cordero y que bromeamos con la fecha de San Valentín. Todo eso sí está perfectamente claro.

Señor Haversham: Señorita Pease, ¿puedo preguntarle quién la interrogó primero sobre esta importante fecha del 14 de febrero y quién la ha traído al tribunal?

Señorita Pease: Fue la policía, señor. Cuando el señor Crawford murió, Pam lo comentó con todos sus amigos, contó que lo conocía, y la información llegó a oídos de la policía. Se presentaron los agentes y me interrogaron sobre dos fechas, el 14 de febrero y el 30 de abril. Pam no sabía nada del 30 de abril; ese día no había visto al señor Crawford, pero recordaba haber estado con él el 14 de febrero y haber cenado en el restaurante. Por eso, la policía vino a preguntar.

Señor Haversham: ¿Y qué le preguntaron, exactamente? ¿Le sugirieron la fecha del 14 de febrero o le pidieron que la recordase?

Señorita Pease: Me preguntaron por el mes de febrero, si había visto a la señorita Simpson y al señor Crawford por esas fechas, y yo al principio no me acordé. A ella la veo tan a menudo... Entonces, nos dejaron juntas en una sala y ella me recordó que fue el día de San Valentín y yo me acordé.

Señor Haversham: Comprendo. Sus respuestas me han sido muy útiles. Le pidieron que hiciera memoria sobre algo y usted lo recordó.

Señorita Pease: Veo adonde quiere ir a parar, pero no es así. De veras que lo recordé. Digamos que ellos me refrescaron la memoria.

Señor Haversham: Muy bien. Le refrescaron la memoria y usted recordó la fecha del 14 de febrero que previamente no había recordado. Puede abandonar el estrado.

El señor Haversham hizo cuanto pudo para sembrar dudas en el testimonio de las dos damas, pero me temo que no logró convencer al jurado. Realmente, he de reconocer que ni siquiera me convenció a mí; las declaraciones de las mujeres sonaron sencillas y auténticas. Quizá las habían sobornado, amenazado o, simplemente, engatusado para que inventaran aquella historia, pero la policía no tenía ningún motivo para hacerlo. Eso sólo lo habría hecho el asesino. Pero, ¿cómo iba a importarle a éste si era Arthur o el señor Crawford el acusado de sus crímenes? ¡Oh! A menos que... ¿Y si Arthur éra la siguiente víctima prevista y ésta es la astuta maniobra del asesino para librarse de él? ¡Qué idea tan horrible! Pero... Pero eso significaría que la señorita Simpson y la señorita Pease no están diciendo la verdad y

deben saber quién es el asesino. Tendría que hablar con ellas. Quizá después de las clases tome un tren a Londres y vaya a cenar al Jenny's Córner.

Tarde por la noche

Lo he hecho. Las dos damas regresaron a Londres en tren, ya que la señora Pease no quería que su restaurante cerrase sin previo aviso, aunque sólo fuera una noche. Yo regresé a casa a toda prisa para dar las clases. ¡Qué difícil me está resultando, con la cabeza tan espantada y lejos de aquí como la tengo! Tan pronto como la última alumna desapareció al otro lado de la esquina, me puse el sombrero, así una bolsa, metí dinero en ella y corrí a la estación, donde compré un billete para Londres y enseguida me encontré en un tren tirado por una traqueteante locomotora. En realidad, no fue tan difícil. Hice lo mismo que el día que fuimos todos al teatro. Cuando el ferrocarril llegó a Londres, me apeé y me dirigí al cochero de un cabriolé para preguntarle si conocía un restaurante llamado Jenny's Corner que estaba en la zona. Me dijo que no pero, a fuerza de recorrer las calles y preguntar constantemente, al final di con él. Era la hora de cenar y ya estaba bastante lleno. Es un local pequeño, deslustrado y sucio, con pequeñas mesas situadas muy juntas y, sin embargo, bien iluminadas. La rolliza señora Pease, a quien ayudaba una muchacha muy flaca que, por su aspecto zarrapastoso, debía de haber recogido de la calle, salía con frecuencia de la cocina para hablar con sus clientes, lo cual creaba una acogedora atmósfera.

¡Me sentí tan fuera de lugar, en el restaurante, querida mía! No tenía nada que ver con ninguno de los presentes y noté que me miraban con cierta hostilidad. Entré, sin embargo, y la muchacha me acompañó a una mesita en un rincón. No había carta y se limitó a recitar de un tirón una lista de platos, terminando con «el plato del día es pescado, señora. Si le gusta, tenemos un buen bacalao asado». Dije que tomaría bacalao y pregunté si podía hablar con la señorita Pease.

La chica entró en la cocina y volvió con platos y jarras. La seguía la señorita Pease, que me miró con suspicacia. Me observó unos instantes y luego esbozó una sonrisa.

—Oh, ya se quién es —dijo—. Esta mañana estaba usted en el juicio, en el banco de los testigos, cerca de nosotras.

—Sí, allí estaba —asentí— He venido a verla para hablarle del proceso.

La voz empezó a temblarme y la señorita Pease se puso maternal.

—Tal vez sería mejor que entrase y habláramos unos momentos en privado —dijo. Me puse en pie y la seguí hasta la humeante cocina y de allí a un pequeño cuarto trasero lleno de trastos.

—Señorita Pease —dije—. Soy amiga de Arthur Weatherburn, el hombre acusado

de asesinar al señor Crawford y a los demás.

Mi intención era seguir hablando pero, de pronto, rompí en unos inesperados sollozos. Al cabo de un momento, me encontré con la cabeza apoyada en el amplio pecho de la señorita Pease. Me había abrazado y decía:

—¡Oh, querida! ¡Qué duro debe de ser para usted!

—Sí—lloré—. ¡Él no ha sido!

—Bueno, pero ahora parece que el señor Crawford tampoco fue, de modo que no sé quién habrá podido hacerlo —dijo.

—De eso he venido a hablarle —proseguí, sintiendo de repente que a aquella alma sencilla podía hablarle con toda franqueza—. Me gustaría saber si es cierto lo que usted declaró. Quiero decir si es cierto de veras, si lo recuerda todo o si fue la policía o hay alguien más que quería que usted lo dijera para incriminar a Arthur. — Los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas, esta vez más abundantes.

—Vamos, vamos —dijo, dándome unas palmaditas en la espalda—. Lo siento mucho, querida. Me gustaría poder ayudarla. Se encuentra usted en una situación muy desagradable, ¿verdad? De veras me gustaría decirle que no recuerdo al pobre señor Crawford y que ojalá fuera él el asesino y no su joven amigo. Pero no puedo hacerlo. Aquella noche estuvieron aquí. Los dos. Lo sé porque las chuletas de cordero eran su plato favorito y por las bromas acerca de San Valentín, los enamorados y todo eso. No hay ninguna duda de ello, querida. Lo recordé todo cuando Pam me dijo que hiciera memoria, y eso fue lo que ocurrió. Vamos, vamos, querida. No se lo tome así. Si su amigo es inocente, lo absolverán, ¿no? Tenga, aquí tiene un pañuelo. Vuelva a la mesa y cómase el pescado.

Y eso ha sido lo que he hecho, y luego me ha traído una reconfortante taza de té ante la cual me hallo escribiéndote.

¡Oh, querida! ¡Querida mía! Me resulta tan difícil creer que esta bondadosa y sincera mujer miente, como que Arthur es el asesino. ¿Qué voy a hacer?

Tuya, aunque desgraciadísima,

Vanesa

Cambridge, sábado, 26 de mayo de 1888

Mi queridísima Dora:

Anoche, cuando salí de mi frugal y triste cena en Jenny's Corner, sufrí una experiencia terrible.

Caminaba de vuelta a la estación, para regresar a casa. Mi cabeza no pensaba más que en el desastre que ha caído sobre Arthur y en la arrolladora amabilidad de la señorita Pease. No podía llegar a otra conclusión que no fuera la de que ésta y su amiga, la señorita Simpson, habían dicho la verdad, la pura verdad, y esto significa que el asesino todavía anda suelto. ¿Quién puede ser, Dora? Con más intensidad que nunca, me atenazó la certeza de que el asesino existe en carne y hueso. Tuve esta misma sensación los primeros días de estancia de Arthur en la cárcel, cuando iba a visitarlo, pero creo que me había convencido tan completamente de que tenía que ser el señor Crawford que había olvidado por completo mis temores del principio. Éstos empezaron a reavivarse con fuerza mientras repasaba mentalmente el rostro de los numerosos colegas de Arthur que he conocido durante los últimos meses. Uno de ellos debe de estar loco, sin que nadie lo sepa. ¿Quién es? ¿Dónde está ahora? ¿Qué está tramando esta vez, en este preciso momento? ¿Quién será su siguiente víctima? ¿Se propone acaso eliminar sistemáticamente al grupo entero de matemáticos relacionados con los señores Akers y Crawford? Arthur, sin duda, es uno de ellos. Con esta zozobra, no puedo evitar una sensación de alivio al pensar que, aunque deba permanecer encerrado, por lo menos mientras dura el juicio, Arthur estará a salvo en la cárcel, donde el asesino no podrá golpearlo.

Pero, Dora, ¿no tiene miedo el asesino? ¿No nota que las entrañas le arden de miedo y de culpabilidad mientras el juicio prosigue su marcha diaria? ¿No le interesa, acaso? ¿O, al contrario, asiste a las sesiones del tribunal día tras día?

Cuando se me ocurrió esto último, noté que se me erizaba el vello de la nuca y, en aquel mismo instante, me di cuenta de que me estaban siguiendo sigilosamente por una calle oscura y desierta.

Con el corazón desbocado, me obligué a continuar caminando sin apresurarme hacia la esquina, donde un resplandor mortecino anunciaba que las farolas de gas iluminaban la calle perpendicular. No me atreví a volver la cabeza y observar a quien me seguía, ni a apretar el paso, no fuera a alarmarlo o atraerlo. Intenté decirme que se trataba sólo de otro simple peatón, como yo, que se desplazaba inocentemente por

algún asunto de su interés. O incluso de un salteador, ladrón, descuidero o asaltante de la ralea que fuese; de cualquiera..., ¡menos del asesino de Cambridge! No, desde luego; no podía ser él. ¿Por qué habría de haberme seguido hasta allí?

Cuanto más caminaba, más segura me sentía de que, si me volvía de repente, me encontraría con una cara conocida y entonces sabría por fin quién... Sin embargo, estaba demasiado asustada. Decidí hacerlo cuando estuviera a punto de doblar la esquina. Fijé la vista en el punto al que me proponía llegar antes de volverme bruscamente y avancé hacia allí sin alterar la marcha.

Pero antes de que lo alcanzara, de improviso, mi desconocido perseguidor echó a correr. Sus pisadas resonaron a mi espalda. El corazón me dio un vuelco, los ojos casi me saltaron de las órbitas y, al volverme, vi que se me echaba encima, con el cuello del abrigo levantado y el rostro cubierto con una bufanda oscura. Solté un grito involuntario y yo también eché a correr hacia la esquina como una posesa. Las faldas, sin embargo, me estorbaban y el hombre me dio alcance antes de que saliera a la zona iluminada; agarrándome violentamente por detrás, me arrastró a un portal, pero me resistí y conseguí desasirme, sin dejar de lanzar gritos. Enseguida se oyeron unas pisadas apresuradas y un hombre y una mujer aparecieron por la esquina de la calle iluminada. Él gritó: «¿Qué sucede?». Mi agresor me soltó y salió corriendo calle abajo, raudo como una centella, mientras yo me derrumbaba en los brazos de la señora, con el corazón tan acelerado que creí que reventaría. Mis rescatadores me reprendieron vehementemente por andar sola por un barrio tan peligroso y detuvieron un cabriolé para que me llevara a la estación. En el coche rompí a llorar, en parte de nerviosismo y en parte de alivio y también porque no había sido capaz de identificar en absoluto a mi agresor, ni siquiera calcular su edad; si acaso, no era un hombre de edad avanzada, pues me había parecido muy fuerte y veloz. Tal vez era mi temido asesino, o quizá se trataba de un perfecto desconocido, de un criminal cualquiera de las oscuras calles londinenses, al acecho para robar o matar a la primera víctima vulnerable que tropezara con él. Nunca lo sabré, supongo, pero ahora vivo presa del pánico.

Esta mañana, al despertar, descubrí que la experiencia de anoche me había dejado débil y temblorosa y no soporté la idea de estar sola. Decidí visitar a Emily y ofrecerle que me acompañase a dar un paseo, pero la doncella me informó de que había salido a visitar a Rose, por lo que me encaminé a casa de ésta.

A las niñas les encantó verme. Emily se apresuró a rodear con los brazos a su amiga y a pedirle que me invitara a entrar un momento y que interpretase algo para mí.

—Oh, no sé... —respondió Rose, caprichosa, haciéndose de rogar—. ¿Tú ya has tocado para la señorita Duncan?

—No —reconoció Emily.

—Entonces, no tengo que... —dijo Rose, pero Emily se apresuró a interrumpirla.

—¡Pero yo sólo aprendo piano con la señorita Forsyth! —protestó, encogiéndose de hombros—. El piano lo toca cualquiera y, además, me interesan otras cosas mucho más que la música. No soy como tú, Rose, que eres capaz de tocar lo que quieras.

Cuando entré en casa de Rose, me sorprendió al instante su belleza y buen gusto. La madre me saludó efusivamente y me ofreció una taza de té. Tan pronto la tuve ante mí, Emily inició de nuevo sus lisonjas.

—¿No podríamos por favor, por favor, llevar a la señorita Duncan a que vea la habitación de Rose? Es tan bonita... Y la señorita no la ha visto nunca.

—Pues claro que sí —dijo la madre y, enseguida, dos manos ansiosas tiraron de mí escaleras arriba. Me vi obligada a admirar la cama de Rose, sus cortinas y sus juguetes, todo lo cual parecía haber sido confeccionado amorosamente por la madre y su hija, de la manera más tierna y acogedora posible.

—Rose ha hecho con sus manos muchos de esos juguetes —me informó Emily, señalándolos—. Pero el mayor de todos es éste —añadió e, introduciendo la mano debajo del somier, sacó una caja enorme y soltó los cierres.

De la caja salió un instrumento de gran tamaño, un violonchelo de madera oscura y bruñida. De observar a Rose, Emily se había hecho una ligera idea de cómo se tocaba; tomó el arco, lo frotó en algo y, sentándose en una silla, colocó el chelo delante de ella y empezó a extraerle sonidos, utilizando la mano izquierda para cambiar las notas, mientras Rose iba y venía por la habitación, riéndose y fingiendo que no existía ninguna relación entre aquel gran armatoste y ella. Emily continuó tocando con ruidos cada vez más espantosos, burlándose a propósito de su amiga, hasta que Rose no pudo soportarlo más y le arrebató el arco.

—¡No! ¡Deja que te enseñe! —exclamó, sin más ánimo que el de guiar las manos de Emily, pero ésta se levantó a toda prisa, sentó a su amiga en la silla de un empujón y le plantó delante el instrumento con gesto firme. Detrás del chelo, por encima de él, sólo quedaban a la vista la cabeza y los hombros de la pequeña, mientras que sus amplias faldas envolvían los costados de la caja de resonancia. Rose empezó a tocar unas notas, como si probara las cuerdas, y las afinó moviendo las clavijas. A continuación, la música creció y se remontó en una gran oleada de sonidos ricos y vibrantes. Era pausada, profunda y emotiva, como un coro de muchísimas voces, como si las cuerdas sonaran a la vez, y evocara un noble bosque en el que los propios árboles se uniesen en lo alto para componer una catedral natural y formaran unos arcos en veneración al cielo. A continuación, tras una pequeña pausa y como si lo hiciera por propia iniciativa, el instrumento se lanzó a una tonada alegre y humorística: una jiga. Un acorde final, una pausa, y el sonido se transformó en una súplica dramática, desesperada, que se alzaba distorsionada y torturante. La sucesión de estados de ánimo resultaba tan extrema, tan absorbente la voz de la música, tan

bruscos los cambios y tan inesperados, que mi corazón parecía ser bamboleado de aquí para allá y me olvidé por completo de Rose; sufrí una auténtica conmoción cuando el lamento cesó y la voz desbordante del violonchelo fue reemplazada por la vocecilla aguda de la chiquilla, que arrojó el instrumento sobre la cama y exclamó:

—¡Ya está! ¡Se acabó!

La madre estaba en la puerta, escuchando. Mientras las dos niñas se ponían a jugar, me volví hacia ella y comenté:

—¡Qué maravilla! ¡Qué inesperado talento!

—Inesperado, en efecto —asintió, entre risas—. Mi esposo y yo no estamos seguros de qué hacer al respecto. Empezó a mostrarlo cuando apenas tenía cinco añitos; yo la inicié en el piano y la llevé a conciertos y, al cabo de un mes, se negaba en redondo a tocar siquiera una tecla blanca o negra; sólo quería tocar un chelo como los que había visto en las grandes orquestas. No ha dejado de hacerlo desde entonces, aunque a una muchacha le resulta sumamente incómodo. Tenemos que hacer arreglos especiales en todos sus vestidos. Todo esto nos tiene bastante perplejos; no sé adonde nos llevará, finalmente. Muchas veces, Rose se niega a ensayar, o a tocar para nuestros amigos, y se comporta en todo como una chiquilla perfectamente normal, lo cual nos tranquiliza, pero entonces toma el instrumento y da la impresión de que se pone a tocar una persona absolutamente distinta, que parece extrañamente adulta y profunda conocedora de todas las emociones humanas. A su padre no le importaba satisfacer los caprichos de una niña, pero ahora le preocupa sobre todo que un día se le ocurra que desea actuar en un escenario de conciertos... ¡Me temo que esto le resultaría por completo inaceptable!

Sentí cierta lástima de Rose, si sus esperanzas estaban destinadas a verse frustradas. La miré de reojo, pero me dio la impresión de que nadie podía estar menos interesado que ella en la cuestión de una posible carrera futura en los escenarios o lejos de ellos. Estaba absolutamente enfrascada en un juego con su familia de muñecas.

—¡Queda mucho para ese día! —respondí—. De momento, se lo pasa muy bien.

—Sí, es muy cariñosa con sus amigas, con las niñas de la escuela y con sus muñecas. Un día será una madre estupenda, aunque es una chiquilla un poco rara. ¡En ocasiones resulta extraordinariamente descarada y terca! Espero que no se muestre así en clase...

—Oh, no, desde luego que no —le aseguré con una sonrisa—. Es encantadora y no podría pasarme sin ella.

La madre bajó a la planta inferior y me volví hacia Rose.

—Qué espléndidamente has tocado —le dije—. ¡Parecía que hablaba la propia madera del instrumento!

—Sí, es cierto, habla... Es mi bebé grandote —añadió alegremente, levantándolo en brazos—. Lo acostaré en su cama. Tiene una cama encantadora, mire: ¡Toda

forrada de terciopelo por dentro!

Miré.

—¡Oh! —exclamó Rose, y se ruborizó un poco—. ¿Qué es eso? Lo había olvidado...

Del lujoso interior de la gran caja, de color granate, sacó un fajo de papeles algo arrugados.

—¿Qué son esos papeles, Rose? —pregunté, sorprendida—. ¡Vaya, si llevan escritas fórmulas matemáticas! ¿De dónde los has sacado?

—Era un secreto —respondió la niña con cierto aire de culpabilidad—. Los encontramos Emily y yo, y pensamos que era una pista, pero luego nos olvidamos de ellos por completo.

—¿Los encontrasteis? ¿Dónde?

—Estaban en la caseta de los gatos del señor Beddoes, en una de las cestillas, debajo de la colcha. Los descubrimos cuando las sacamos para sacudirlas y ahuecarlas. Pensamos que debían de ser una pista importante del misterio y los cogimos; los escondí en mis enaguas y los trajimos aquí. Teníamos intención de dárselos a usted, señorita, se lo aseguro. ¡Se nos olvidó!

Me entregó los papeles y, nerviosa, les eché una ojeada. Eran fórmulas matemáticas pulcramente escritas, línea tras línea, con la caligrafía menuda y regular del señor Beddoes, que reconocí de la lista de los gatitos que me había enseñado su esposa.

En los márgenes había anotados pequeños signos de interrogación e incluso alguna minúscula pregunta. Los papeles estaban manoseados, como si los hubieran repasado, releído y retocado numerosas veces, y también algo arrugados, debido, tal vez, al viaje en las enaguas de la pequeña Rose.

—¿Qué serán? —murmuré—. ¡Y qué extraño lugar para guardarlos! ¿Quieres que vayamos a tu casa, Emily, y le preguntemos a tu tío qué significan?

Tomé a la jovencita por el brazo y nos despedimos de Rose y de su madre. Emily no quería marcharse, pero también le atraía mucho la idea de averiguar algo más acerca de la pista que acababan de redescubrir inesperadamente.

—Rose es tan divertida... —me aseguró—. Tiene mil ideas y está haciendo cosas por su cuenta constantemente. ¡A veces me gustaría ir a vivir con ella! Ojalá Edmund fuese más como ella, pero no. Él me necesita a mí para que le cuente cosas y lo anime. No se lo diga a nadie —me susurró al oído cuando llegábamos a su puerta—, pero está muy triste. No me quiere contar por qué, pero... ¡Por favor, no se lo cuente a mi madre! —insistió—. Es un secreto.

Desde la puerta, la niña preguntó con impaciencia si su tío estaba en casa, pero nos informaron de que había salido y regresaría tarde. Emily me besó afectuosamente.

—Por favor, vuelva mañana por la mañana —dijo—. ¡Tío Charles ya estará de vuelta y le enseñaremos los papeles!

Y con eso entró en la casa, probablemente para arrojar un rayo de sol en la lúgubre atmósfera que parece reinar en ese hogar desde el trágico momento en el teatro.

Cuando volví a encontrarme a solas en la calle, sentí miedo. Avancé con cautela y cualquier sonido de pisadas me sobresaltó. Cuando por fin entré en mis aposentos y cerré la puerta, respiré aliviada y escondí con cuidado los papeles.

¡Tengo grandes esperanzas de que mañana se descubra algo de importancia!

Te quiere,

Vanesa

Cambridge, domingo, 27 de mayo de 1888

Queridísima Dora:

¡Qué carta tuya tan deliciosamente larga acabo de recibir! Por unos instantes, mientras la leía, me he sentido transportada a casa y he olvidado por completo mis circunstancias actuales, hasta el punto de que, al enterarme de la hermosa carta que te ha mandado el señor Edwards y de su propuesta de matrimonio, he sentido que mi ánimo se regocijaba y, por un instante, me he preguntado por qué lo tenía tan abatido momentos antes. Se me ha borrado la memoria, fugazmente, pero no el dolor.

¡Oh, Dora, qué emocionante, qué hermoso! ¡El querido señor Edwards! Siempre me he preguntado cómo puede alguien utilizar los refranes y aforismos para determinar algo, cuando son tan contradictorios. ¿Quién podía asegurar, cuando se marchó, si iba a ser cosa de «si te he visto, no me acuerdo», o más bien de «la ausencia es al amor lo que al fuego el aire: que apaga el pequeño y aviva el grande». Pero, ay, Dora, ¿tendrás valor para esperar tanto, más de un año para que regrese de permiso y, después, tal vez algunos más hasta que retorne a Inglaterra definitivamente? ¿O tendrás el valor de imaginar un salto tal a regiones desconocidas como sería unirte a él en la India? Pero, en realidad, un viaje a la India —un mero país, al fin y al cabo— no podría ser tan misterioso y aterrador como ese otro viaje, el que lleva al territorio ignoto del matrimonio y del marido, y más tratándose de un hombre al que has tenido ocasión de conocer tan poco. Con todo, ¿cómo voy a decirte nada, cuando una no puede controlar sus propios sueños...

¡Los sueños, tan fáciles de quebrarse, tan ajenos a la realidad! Y, por lo que a mí respecta, ¡qué espantosa, qué temible, qué inconcebible realidad! Día tras día, me debato en vano para encontrar sentido a la confusión de sucesos que envuelve los terribles asesinatos y sólo consigo descubrir, una tras otra, hebras de información aparentemente inconexas. Te contaré que esta tarde me presenté en casa de Emily con la esperanza de encontrar allí al señor Morrison y obtener su opinión sobre los papeles que descubrieron las niñas en el jardín de la casa del señor Beddoes. Me recibió y subimos a la habitación de jugar de Emily, donde los dispuso uno junto a otro delante de él.

—¿Qué opina de ellos? —le pregunté.

Los estudió uno por uno, en orden, deteniéndose aquí y allá, leyendo atentamente, estudiando con calma las pequeñas notas al margen, y empezó a dar muestras de gran

agitación.

—No soy experto en el famoso problema de los n cuerpos —me dijo al fin—, pero estoy bastante familiarizado con los fundamentos, como todo el mundo, de escuchar comunicaciones de los interesados en la cuestión. Estos papeles hacen referencia al problema. Mira, aquí dice «supongamos $n = 3$ ». Sí, claro, reconozco estas ecuaciones diferenciales como las que expresan el problema de los tres cuerpos. ¿De quién es el manuscrito, señorita Duncan? ¿De dónde procede?

—Lo escribió el señor Beddoes —respondí— y lo encontraron Emily y Rose en un lugar donde alguien lo había ocultado muy a conciencia.

—¡Emily y Rose! —exclamó él, y su rostro se encendió cuando observó con gran detenimiento la hoja que tenía delante—. Mi sobrina empieza su carrera de matemática muy joven, realmente, si ya ha encontrado la solución tan buscada al famoso problema... Pues, vea, ¡este manuscrito pretende contener una solución! ¿Ve esa fórmula subrayada con tanta fuerza, ahí? Es el argumento central del escrito, yo diría. Y lo que sigue parece un esbozo de demostración de que ésta es la codiciada solución a las misteriosas ecuaciones diferenciales. Le aseguro que esto resulta emocionante. ¿Cómo Beddoes, precisamente él, puede ser quien estuviera en posesión de una solución, desde el principio, cuando todo el mundo pensaba que debían de ser Akers o Crawford quienes andaban tras ella?

—¿Y no cabe pensar que estuvieran trabajando juntos? —apunté.

—En realidad, no lo sé. Supongo que es posible.

—¿Qué significan estas anotaciones al margen? —le pregunté.

v les y los movió uno a uno, descifrando las minúsculas letras.

—Son extrañas —comentó—. Muy raras, realmente. Qué mentalidad tan extraña tenía Beddoes. Debía de detestar las tachaduras. ¡Fíjese en esto! En la página dice (A) => (B), es decir, A implica B, y en el margen hay un signo de interrogación. Escribiría A implica B y más tarde, al releerlo, debió de cuestionarse la implicación.

—¿Y no podría ser que tomara nota de lo que le explicaba otra persona? —inquirí—. Tal vez más tarde, al repasarlo, no conseguía entenderlo.

—Sí, supongo que no es imposible —reconoció, después de reflexionar—. Aunque la caligrafía es tan extraordinariamente pulcra que casi no parece la de alguien que toma notas, ¿verdad? Más bien parece una copia en limpio.

—Bien, supongo que podría haberlas pasado a limpio, sí.

—Suenan extraño, pero tal vez... —El tío de Emily me miró fijamente, con un brillo de interés en los ojos—. Sí, supongo que puedo imaginarlo. Los tres hombres se reúnen en secreto a trabajar para alcanzar el gran premio. Uno de ellos, Akers o Crawford, se acerca a la pizarra y empieza a explicar su idea. Beddoes lo anota todo. Después se va a casa y, como es un hombre meticoloso, revisa las notas otra vez y las pasa a limpio, tratando de asegurarse de que entiende los pasos lógicos que encierra

cada una de las líneas. Quien exponía la idea debió de descuidar un poco la explicación de los detalles, pues Beddoes marcó tres o cuatro puntos que no entendía.

Me vino a la cabeza algo que había apuntado Arthur durante su declaración.

—¿Recuerda que Arthur dijo ante el juez que en la cena con el señor Beddoes, éste escribió una duda sobre ciertas ecuaciones diferenciales que no entendía, y que Arthur intentó ayudarlo?

—¡Sí! —respondió el señor Morrison con entusiasmo—. ¡Tiene razón! Esto significa, sin duda, que Beddoes estaba trabajando entonces en este manuscrito, tratando de entender cada fragmento. Pero no, espere... ¿Por qué no había de pedirle ayuda a Crawford, sencillamente?

—Tal vez estos papeles contienen notas de trabajo del señor Akers, ¡y éste ya estaba muerto! —exclamé—. Pero, de ser así, resultaría aún más lógico que hablara con el señor Crawford, puesto que estaban trabajando juntos. ¡Oh, no...! Ahora me acuerdo: ¡se habían peleado! Es cierto que el señor Crawford había expresado su deseo de cenar con el señor Beddoes, pero tal vez éste esperaba la invitación para hablar del asunto con él. Sí, claro. Tenía previsto cenar con Crawford aquella misma noche pero, como éste no se presentó, decidió hacer sus preguntas a Arthur. Beddoes debía de tener la fórmula en la cabeza, pues está claro que no le enseñó estos papeles. Debían de constituir un gran secreto, si los tenía escondidos con tanto sigilo.

—Bueno, no cabe duda de ello, si contienen realmente una solución al famoso problema —respondió el señor Morrison—. Pero parece que no tuvieron tiempo de redactarla y presentarla al premio puesto que, pocos días después de que Beddoes hiciera esas consultas a Arthur, los dos habían muerto.

—No sé —murmuré en voz baja, con la mirada fija en el fuego. Las llamas danzaban confusas ante mis ojos y parecían convertirse en un torbellino de imágenes. El señor Akers, anotando una fórmula y guardando el papel en el bolsillo. El señor Beddoes, con una copa de vino en la mano, discutiendo con el señor Crawford acerca de un manuscrito extendido sobre la mesa, entre ellos. Un golpe con un atizador; un golpe con una piedra de buen tamaño. Una mano enguantada vertiendo, con cuidado y discreción, un chorrito de digitalina en una botella de whisky y el señor Crawford apurando copa tras copa en celebración de su triunfo. Un asesino en busca de un manuscrito, encontrándolo incluso, tal vez... Pero ¿quién?

El miedo me atenazó de nuevo al imaginar al desconocido enguantado. En su rostro sin rasgos se dibujaron en vertiginosa sucesión las facciones de todos los matemáticos que conocía: Withers, Wentworth, Young, incluso el propio señor Morrison, y me noté desfallecer de inquietud, imaginándome rodeada de asesinos. Por fin, las llamas volvieron a tener aspecto de tales y me llegó de nuevo la voz del señor Morrison, que decía:

—No tiene usted muy buen aspecto. ¿Se encuentra bien, señorita ?

—¡Oh! Sí, sí —respondí, aún confusa—. Le agradezco mucho su ayuda. Ahora, debo volver a casa.

—La acompañaré —se apresuró a decir él, al tiempo que se ponía en pie.

—¡No, no! Muchas gracias, pero... —me resistí, desalentada por la fugaz visión que acababa de asaltarme.

El señor Morrison me miró resueltamente.

—Quizá sea un poco peligroso para usted andar sola por las calles, ¿no le parece?

—¡Necesito estar sola! —exclamé y, con un breve apretón de manos, tomé la escalera y salí por la puerta.

¡Nadie, Dora, ha hecho nunca un camino de vuelta a casa más largo que el mío esta noche! Como medida de protección, decidí que no me alejaría en ningún momento a más de unos pocos pasos de la persona más próxima, sobre todo si era de sexo masculino. Sin embargo, cada vez que me pegaba a alguien y adecuaba escrupulosamente mi paso al suyo, su camino me desviaba de la ruta, de modo que sólo después de trazar un número considerable de cuadrados y rectángulos conseguí llegar. Y ni tan sólo en casa me sentí tranquila. Atranqué puertas y ventanas, pero me asaltó el miedo y ni siquiera el intento de escribirte me trajo el habitual sentimiento de calma. Me acosté pero, cuando llevaba diez minutos en la cama, tensa y pendiente de cada ruido, no pude resistirlo más.

Me levanté, encendí una vela y, tomando ésta y la carta que había empezado a escribir, me encaminé a la puerta de la habitación dispuesta a no romper el silencio que reinaba en la casa. Abrí y salí al pasillo, cerrando sigilosamente la puerta a mi espalda. Con la misma cautela, subí la escalera hasta la habitación de Arthur. Tal vez la puerta no estuviera cerrada, pues la señora Fitzwilliam entraba y salía a menudo para limpiar el polvo y también, en diversas ocasiones, a regañadientes y contra su voluntad, para sacar de ella algún artículo que él había pedido y que yo le llevaba entonces a la prisión. Probé el tirador, se abrió y me colé en la estancia... y aquí me encuentro ahora.

No había estado nunca en los aposentos de Arthur; ni siquiera los había visto. A la luz de la vela, eché una ojeada a mi alrededor. Están armoniosamente desnudos, como si viviera en un pequeño monasterio. En una hornacina hay una pequeña urna, sobre el escritorio tiene esparcidos unos papeles de matemáticas, y en la mesa, un gastado volumen de Shakespeare. Si la señora Fitzwilliam me encontrara aquí, se enfadaría muchísimo. Tengo que levantarme muy temprano y bajar discretamente, pero ahora mismo... La cama de Arthur me llama y voy a terminar la carta, que te escribo con su pluma y envuelta en su edredón. A pesar de todo, me siento arropada por una oleada insensata de calor y seguridad y por ello voy a despedirme. Buenas noches.

Tuya, que te quiere,

Vanesa

Cambridge, lunes, 28 de mayo de 1888

Querida Dora:

Anoche dormí profunda y relajadamente y desperté un poco más tarde de lo que me había propuesto. Me deslicé escaleras abajo con una trepidación tremenda (¡a decir verdad, no entiendo cómo hace la señora Fitzwilliam para provocar tanto temor!) y, sin que me viera nadie, alcancé mi puerta con una sensación de gran alivio.

Allí, descubrí que ya me había colado por debajo de la puerta el correo del día y que tu carta me esperaba sobre la moqueta. La abrí con impaciencia.

La leí y releí, sorprendida sobre todo por esta frase extraordinaria:

Me parece apreciar un extraño paralelismo entre el famoso problema de los tres cuerpos y el que tú tratas tan desesperadamente de resolver. Veo dos satélites, el señor Akers y el señor Beddoes, orbitando en torno a la figura imponente del señor Crawford, luchando contra las leyes de la gravedad que los atan a él inexorablemente y deseando, por así decirlo, «escapar, enloquecidos» al «infinito» de la gloria independiente.

Oh, Dora, ¿qué quieres decir con eso? ¿Es posible que te refieras a lo que yo creo? La idea descabellada e inconcebible que ha inundado mi mente al leer y releer estas palabras tuyas..., ¿pueden ser ciertas? ¿Es eso lo que pretendes decirme? ¡Tú, mi hermana gemela, que a veces conoce cómo pienso mejor que yo misma!

Cuantas más vueltas le doy, más me convenzo. Pero, ¿es posible? Los pensamientos e imágenes que se arremolinaban en mi cabeza anoche parecen encajar ahora y formar una nueva imagen. Una imagen que nunca se me había ocurrido...

He anotado una lista de los hechos y detalles principales, según recuerdo que se han contado, para estudiar si lo que ahora intuyo (lo que tú insinúas, ¿no es así, Dora?) tiene fundamento.

Mediados de febrero: Tres personas se reúnen y beben whisky en las habitaciones del señor Crawford (según la señora Wiggins).

14 de febrero: El señor Akers cenó con Arthur y hablaron del problema de los n cuerpos. Le enseñó una fórmula y mencionó un manuscrito. Hizo un uso extraño de su medicina: empezó a verterla, se detuvo después de echar un par de gotas (la dosis normal era de diez) y volvió a guardar el frasco en el bolsillo. Lo mató a su regreso a

casa alguien que lo esperaba en sus aposentos. No le encontraron el frasco de digitalina. Es posible que el intruso registrara las habitaciones y que se llevara el manuscrito; en cualquier caso, no se ha encontrado. Aquella noche, el señor Crawford la pasó en Londres.

Mediados de abril: Alguien visitó al señor Crawford en sus aposentos y tomaron un vaso de vino (según la señora Wiggins). También por entonces (¿o tal vez en esta ocasión, precisamente?) el señor Crawford y el señor Beddoes discutieron (según la señora Beddoes).

23 de abril: El señor Crawford se dirigió al señor Beddoes, durante el té en el jardín, para pedirle que cenaran juntos en una fecha próxima. El señor Beddoes pareció sorprendido ante aquel gesto de reconciliación (es bastante lógico), pero no se le vio disgustado.

30 de abril: El señor Crawford organizó una cena con Arthur y el señor Beddoes, pero se excusó en el último momento, alegando que no se encontraba bien. Así pues, el señor Beddoes cenó con Arthur. Le enseñó una fórmula e intentó pedirle ayuda para entenderla. Arthur pensó que tenía que ver con el problema de los n cuerpos, aunque el señor Beddoes no lo mencionó. El señor Beddoes fue asesinado cuando regresaba a su casa por alguien que lo esperaba en el jardín (y que, por lo tanto, sabía que regresaría a aquellas horas).

3 de mayo: El señor Crawford muere después de ingerir whisky que contenía digitalina, que se pudo añadir a la bebida en cualquier momento de las semanas anteriores.

19 de mayo: Emily y Rose encontraron un extraño manuscrito con la caligrafía del señor Beddoes, con interrogantes y anotaciones al margen, que pretendía ser la solución del problema de los tres cuerpos. La relación con el manuscrito perdido del señor Akers...

¡Todo encaja, Dora! Todavía no estoy segura de qué ha sucedido exactamente, ni de cómo se produjo, pero en cualquier caso estoy convencida de que tienes razón en lo que dices.

¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

¿Debo correr al Palacio de Justicia, a ese terrible tribunal, y llamar la atención del señor Haversham, o pedir audiencia al magistrado e informarlo de todo lo que se me ha ocurrido? Pero ya me lo imagino, mirándome con una sonrisa de suficiencia y diciéndome: «No trae ni un asomo de prueba de lo que dice, mi querida señorita, mientras que ya estamos todos al corriente de que usted tiene muchos motivos para inventar esta historia». Y, además, ¿cómo voy a contarle qué ha sucedido, si ni yo misma lo sé a ciencia cierta?

¡Pruebas, pruebas! ¿Es que todo se hundirá por falta de pruebas? Debo encontrarlas. ¿Con qué cuento? Con nada, casi nada... Sólo el manuscrito y lo que

contiene. Un manuscrito que, desde el primer momento, consideré el gozne fundamental en torno al cual giraba todo el misterio y cuyo significado, sin embargo, no he comprendido hasta este mismo instante.

No, necesito más, necesito una evidencia irrefutable. ¿Dónde puedo encontrarla?

En Europa, en el continente... En Bélgica. ¡En Estocolmo! Es la única respuesta. Debo marcharme enseguida.

Vanesa

Calais, lunes, 28 de mayo de 1888

Querida Dora,

No te escribo en un momento de placer, sino en un interludio terrible de forzosa inactividad, avanzada la tarde de una jornada tan extraña que nunca imaginé que viviría nada semejante. Pensar que esta misma mañana te escribía otra carta, desde otro mundo... ¡Parece haber pasado tanto tiempo! No bien terminé de escribirla, me puse en marcha impulsada por el deseo imperioso de partir. Sin embargo, para alguien cuyo desplazamiento más largo había sido de la zona rural de Kent a la ciudad de Cambridge y de ésta a la gran metrópolis londinense, la perspectiva de un viaje a Europa tenía algo de aterrador. Apenas sabía por dónde empezar. Para tranquilizar mi nerviosismo, concentré drásticamente mi atención en unos pocos y sencillos pensamientos.

Lo único que se precisa es comprar un billete a Londres, desde allí tomar un barco a Europa... y luego seguir adquiriendo pasajes y tomando trenes hasta llegar a mi destino.

Sin duda, muchas personas en estos países extranjeros deben de hablar inglés y serán amables y serviciales. La señorita Chisholm abandonará audazmente su país para estudiar en una tierra desconocida, por amor a las matemáticas.

Está en juego la vida de Arthur, si no actúo.

Este último pensamiento me impulsó a escabullirme de la casa y dirigirme a la pequeña estación del ferrocarril, donde, temblando de zozobra, me obligué a tranquilizar la voz para pedir un billete a Londres. No fue tan difícil; compré un pasaje sólo de ida (para gran sorpresa del caballero que atendía la ventanilla, y también para la mía, en cierto modo, pero sólo Dios sabe dónde terminará mi aventura y no me atreví a hacer cálculos sobre la fecha de mi regreso).

Luego volví a mi habitación a toda prisa y, prefiriendo una valija pequeña al gran baúl que traía a mi llegada allí, tomé sólo mi mejor vestido gris y toda la ropa interior que pude meter. Después me puse el traje de viaje marrón oscuro. Poco antes de que partiera el tren, agarré con firmeza la valija, me coloqué el sombrero marrón, salí al exterior decidida y resuelta y anduve veinte pasos tal vez. De repente, recordé algo. Me detuve y di media vuelta. Creí ver que una figura clandestina se ocultaba tras una esquina y el corazón me dio un vuelco, espantada. Con todo, volví sobre mis pasos con decisión, entré de nuevo en mis estancias, tomé una hoja de papel y escribí en

ella: «Las lecciones quedan suspendidas durante unos días». La clavé en la puerta con gesto serio y salí de nuevo.

Tomar el tren no habría sido tan terrible, Dora querida, si no hubiera estado tan asustada de lo que había de venir a continuación. Tomé asiento, observé a mis compañeros de viaje y esperé, tratando de controlar mis pensamientos desbocados y de reflexionar sobre mi siguiente paso, hasta que el ferrocarril se detuvo en la estación de Londres. Me apeé y acudí a la ventanilla más próxima para indagar con toda la calma posible cómo podía tomar pasaje en un barco a Europa. Aguardé detrás de una familia británica que inquirió como si fuera la cosa más natural del mundo por el billete combinado de tren y transbordador a Calais, y me sorprendí pidiendo lo mismo. Más adelante descubrí que podría haber viajado directamente a Ostende, en Bélgica; sin embargo, como verás a continuación, tal vez las cosas estaban predestinadas a suceder como han sido.

Me mandaron a otra ventanilla, compré un pasaje, monté un tren a Dover, esperé en varias colas, siempre agarrada a la valija, y después de lo que me pareció una eternidad de trenes, estaciones, colas y esperas, me encontré a bordo de un barco por primera vez en mi vida.

Hacía buen tiempo y la nave se mecía suavemente en el agua; una fila numerosísima de gente me precedió y me siguió por la escalerilla. Algunos hablaban francés, pero la mayoría era británica de pies a cabeza. La presencia de aquella gente amistosa me reconfortó y decidí trabar conversación con algunos de ellos, para preguntar si podían indicarme algún hotelito modesto pero agradable en Calais, pues sería casi de noche cuando llegáramos a las costas francesas y daba por seguro que debería pernoctar allí e iniciar el trayecto a Bélgica por la mañana, lo más temprano posible.

Apoyada en el pasamanos, contemplé el agua y, mientras la embarcación se apartaba despacio de la orilla e Inglaterra empezaba a perderse en la distancia, comprendí por primera vez el significado de la expresión «las blancas rocas de Dover» y el corazón se me desgarró con la emoción de abandonar la isla y todo lo que allí dejaba..., y dejarlo en peligro, me daba la impresión. Me atenazó el temor de que estaba cometiendo un terrible error, viajando tan lejos sin un objetivo definido y abandonando a Arthur. Y, sin embargo, como mera observadora, como testigo diario de su pasivo padecer, me sentía tan inútil... ¡Me sentía peor que inútil! Andaba paseando por cubierta, abatida y muy hambrienta, atormentada por la inactividad del viaje, cuando de repente recibí una gran sorpresa, un golpe tan absolutamente inesperado que jamás podría haberlo imaginado. Dos tiernos brazos se colgaron de mi cuello y Emily, mi querida Emily, me estrujaba parloteando apresuradamente, como si tuviera miedo de dejarme pronunciar una palabra.

—¡Oh, señorita Duncan, querida señorita Duncan —exclamo—, ayúdeme, por

favor! ¡Oh, tiene que ayudarme! ¡Nadie más en el mundo puede ayudarme, excepto usted! La he seguido hasta aquí desde Cambridge, pero no me he atrevido a dejar que me viera hasta este momento porque temía que me hiciera volver!

—Emlíy... ¿Qué estás haciendo aquí? —articulé, perpleja—. ¿Y tu madre? Ella sí que debe de estar asustada... ¿Cómo has podido...? Emily, ¿pero en qué estabas pensando? Oh, ¿qué puedo hacer contigo ahora? ¿Qué voy a hacer contigo?

Mi zozobra era tan grande como la suya, pues la idea de dar media vuelta en mi misión, de perder no sólo tiempo, esfuerzo y dinero sino también el valor y el impulso, me descorazonaba terriblemente.

—Es por Robert, señorita Duncan —me dijo, alzando hacia mí su rostro claro, enmarcado por sus suaves cabellos oscuros, sus ojos convertidos en dos pozos de tristeza—. Tenemos que salvarlo. Tiene que hacerlo. ¡Debe ayudarme a salvarlo!

—¿Robert? ¿El pequeño huérfano de tu padre? ¿Cómo, de qué hemos de salvarlo, dime?

—¡De mi madre! —exclamó ella dramáticamente—. Madre no lo quiere, dice que no soporta tenerlo en casa y que lo mandará a... ¡a un internado, señorita, a un internado! ¡Es demasiado terrible, y Robert sólo tiene seis años, ¡sólo seis añitos!

—Pero, mi querida niña, muchísimos niños de esa edad ingresan en internados y les resulta muy provechoso —empecé a decir—. Que tu pobre hermano tuviera una experiencia tan horrorosa no significa que...

Pero Emily me interrumpió, implorante:

—¡Oh, señorita Duncan, no era sólo mi hermano! Todos los chicos de la escuela padecían lo mismo, pero Edmund es más frágil y no pudo soportarlo. No puede hacerse idea de las cosas que me ha contado, ni ha oído lo que grita a veces, en sueños. Aborrece irse a dormir, por lo horrible que era hacerlo en la escuela; decía que empezaba a entrarle el miedo después de la cena y que iba en aumento desde entonces hasta la hora de acostarse. ¿No lo entiende? ¡No se pueden hacer esas cosas a un niño tan pequeño, sobre todo si acaba de quedar huérfano! ¿Quiere oír una historia que me contó una vez Edmund? Es sobre su mejor amigo, un muchacho que se llamaba Watkins. Le dieron el aviso de que se presentara al prefecto. Eso quería decir que lo iban a castigar por algo. Estaba tan asustado que lloraba. Edmund consideró que peor sería si no iba, de modo que lo acompañó y esperó al otro lado de la puerta, pendiente de lo que sucedía. Me contó que le sorprendió mucho no oír nada, ningún grito. Por fin, Watkins salió, sonriendo de alivio, y le dijo a Edmund: «¡No me van a castigar, gracias a Dios!». «¿Por qué te ha llamado?», preguntó Edmund. Y Watkins respondió: «Me ha dicho que mi madre ha muerto». Oh, señorita, ¿se lo puede imaginar? ¿Puede? ¡Es peor que una cárcel! ¡Edmund no volverá ahí, si puedo evitarlo! ¡Y tampoco irá Robert!

A pesar de mi emoción, me obligué a que hablara la voz de la razón.

—Pero, querida Emily, si tu madre ha decidido que Robert vaya a una escuela, ¿qué esperas conseguir, exactamente, siguiéndome a Europa?

—Oh, primero quería escaparme y mandar un telegrama a madre diciéndole que sólo regresaría si me prometía que Robert vendría a vivir con nosotras. Pero ahora creo que el propio Cielo la ha mandado aquí, pues estamos camino de Calais y creo que debemos recoger a Robert nosotras mismas, y llevarlo a casa.

—Mi querida niña, no tengo la menor idea de dónde buscarlo y estoy segura de que no podemos presentarnos y llevárnoslo sin más. Además, no puedo..., no puedo volver. Debo viajar a Estocolmo, Emily. Eso es más importante que cualquier otra cosa.

—¡No! —exclamó ella—. Ya sé por qué va. ¡Va por el señor Weatherburn! ¡Oh, señorita Duncan, pues claro que es importante cualquier cosa que haga por él..., pero no más importante que cualquier otra cosa. Por favor, piense por un momento si él estuviera aquí, si lo tuviera aquí por un instante y le preguntara qué debe hacer..., ¿qué respondería él? Sé que diría que debemos ir a buscar a Robert. Usted no sabe dónde está, pero yo, sí. Está con esa espantosa madame Bignon a la que vi cuando madre y yo viajamos allí... Esa mujer horrible que se ocupa de él por dinero, ahí mismo, en Calais, donde vamos. Era el niño más triste que he visto nunca, y se me agarró cuando madre decidió que debíamos marcharnos. Si lo dejé, fue sólo porque madre dijo que arreglaríamos que viniese a casa... Yo quería que nos lo lleváramos en aquel momento, pero ella insistió en que no podía ser. Me tomó mucho cariño y lloró terriblemente cuando me fui... y, oh, ¡se parecía tanto a papá! Por favor, señorita... No la haré volver a Inglaterra; viajaremos juntas a Escandinavia y llevaremos a Robert. Yo me ocuparé de él continuamente, como una madre, y seremos buenísimos y la ayudaremos en todo. Nos ayudaremos la una a la otra, ya lo verá. Yo he viajado bastante y hablo francés y un poco de alemán también, ¿sabe? Y..., mire, señorita Duncan, he traído mucho dinero, todo el que me han dado desde que era pequeña y el de Edmund también, y un poco más que he pedido a mi tío que me prestara por una razón urgente y secreta. ¡Me lo dio y no me hizo una sola pregunta!

Titubeé un instante y me rendí. Emily es tan encantadora, tan firme en su delicadeza, tan adulta y señorial para sus trece años, tan decidida y capaz y justa, que me aportó un infinito consuelo y sentí que su presencia me resultaba un regalo precioso. Me daba cuenta ya de que, si la enviaba de vuelta, añoraría con desesperación su encantadora compañía. El largo viaje a tierras desconocidas me asustaba mucho, pero Emily había viajado en trenes y barcos y hablaba idiomas y estaba imbuida de valor y del deseo de obrar correctamente. Reflexioné unos instantes sobre estos pensamientos y, a continuación, me volví a mirarla.

—Tan pronto lleguemos a Calais, debemos enviar un telegrama a tu madre —indiqué—. Después, buscaremos un hotelito y, si el pequeño vive en la ciudad como

dices, le haremos una visita. Sin embargo, me parece que eres demasiado optimista. ¿Por qué habría de dejar esa madame., Bignon que me lo lleve?

—¡Lo hará! Le diré que es mi gobernanta y que hemos venido a buscarlo. La mujer me conoce. Y si quiere dinero, le pagaremos —añadió, y su voz misma tenía la fuerza vibrante que hace que sucedan las cosas. Se volvió hacia mí, posó sus manirás en mis hombros y me miró a los ojos.

—En realidad, las dos estamos haciendo lo mismo —dijo, muy grave—. Usted lo hace por el señor Weatherburn y yo por Robert. Juntas, lo conseguiremos, ya lo verá.

Y, Dora, es muy probable que sin su cariñosa presencia y ayuda yo hubiese desesperado. Calais es un escenario de indescriptible confusión. ¡Ah, las abigarradas multitudes que invaden el lugar! Marineros, franceses y extranjeros de toda calaña, niños sucios y mendigos pululan por la zona portuaria, que está abarrotada de grandes pilas de cajas y contenedores de toda suerte de productos, estibados de los mercantes. De haber estado sola, no hubiese tenido la más ligera idea de a dónde acudir, pero Emily me condujo a una ventanilla de cambio de moneda y luego me hizo seguirla por las calles hasta el mismo hotel donde se había alojado con su madre; allí, expresándose en francés con mucha gracia, pidió una habitación con dos camas e incluso preguntó si sería posible añadir una camita infantil. Me invitó a subir al cuarto como si fuera la dueña de la casa y nos lavamos y refrescamos «para darnos valor», según dijo.

A continuación, fuimos a poner un telegrama a su madre. Lo escribí yo misma, con mano temblorosa ante lo inconcebible de lo que estaba haciendo. Temía que me acusaran de haberme llevado a la niña y escogí las palabras con inquietud, mientras Emily trataba de leer lo que ponía.

Emily está bien. He tenido que viajar al continente urgentemente. Emily me ha seguido sin mi conocimiento. No puedo regresar ni mandarla sola, por lo que me acompañará. Espero volver dentro de una semana. Duncan.

Dejé la oficina de telégrafos con el temor de que, en aquel momento crucial, fueran a buscarme, detenerme y acusarme de actos horrendos. Me sentía como si hubiese secuestrado a un niño y estuviera a punto de robar otro. Llena de malos presagios pero profundamente convencida de que mis temores sólo me concernían a mí, mientras que Emily caminaba en verdad por las sendas bíblicas de la justicia, la seguí por las serpenteantes callejas, que la pequeña recordaba perfectamente, con el talento natural de una geómetra, hasta que llegamos a un mísero edificio de viviendas, de paredes desconchadas y cristales rotos. Ascendimos hasta el último piso por una escalera irregular y desvencijada que apestaba a cebolla y llamamos a la puerta. No tardó en abrir una mujer enjuta de aspecto decididamente horrible, con sus cabellos lacios recogidos con un pañuelo.

La mujer reconoció a Emily al instante.

—*Ah, vous etes revenue?* —soltó con tono antipático.

—*Oui* —respondió Emily con encantadora urbanidad—. *Voici ma gouvernante. Nous sommes venues emmener Robert.*

—*En effet, votre mere m'a ecrit qu'elle enverrait bientôt quelqu'un* —asintió el desagradable personaje. Emily se volvió a mirarme, anhelante.

—Ya ve: madre escribió que pronto enviaría a alguien a buscarlo y esa mujer cree que somos nosotras —susurró.

Entretanto, madame Bignon se había retirado a las profundidades de la sucia vivienda y la oímos dar voces:

—Robert! Robert! *Allez, viens vite!*

El chiquillo que apareció entonces era el vivo retrato del pobre Edmund. Sumamente delgado y frágil, tenía unos ojos enormes y asustados y se lo veía tan abandonado e infeliz que entendí muy bien el temor que sentía Emily por su integridad. Robert miró alternativamente hacia la mujer y hacia nosotras como si se preguntara qué iba a sucederle ahora, pero cuando sus ojos reconocieron a Emily, se lanzó hacia ella como impulsado por un resorte y se agarró a su vestido apasionadamente.

—Oh, ¿has venido para llevarme contigo? —exclamó en inglés.

—¡Sí, sí, a eso venimos! —respondió ella, rodeándolo con sus brazos—. Vamos, Robert, ven con nosotras, cariño. ¡Nos marcharemos de aquí y no tendrás que volver nunca más! *Pouvons-nous avoir ses vetements?* —añadió con su francés formal y de buen tono, volviéndose a la mujer.

La mujer desapareció de nuevo y volvió enseguida con un saco de lona en el que había metido un puñado de andrajos.

—*Votre mere me doit de l'argent, mademoiselle* —reclamó en tono casi violento.

Emily buscó su monedero, sacó un fajo de billetes y se lo entregó a la mujer con una frialdad propia de una princesa; acto seguido, tomando a Robert de la mano, dio media vuelta y empezó a alejarse, sin esperar siquiera a ver si contaba el dinero o si protestaba. Mientras descendíamos por la escalera la oímos vociferar imprecaciones, pero debía de estar demasiado satisfecha de quitarse de encima a aquel chiquillo indeseable como para insistir mucho. Diez minutos después de nuestra llegada, salíamos de allí con un niño rubio y un saco de ropa inservible. Emily inspeccionó el contenido con asco.

—Mañana, lo primero será ir de compras para él —empezó a decir pero, al observar mi expresión, se llevó la mano a la frente—. ¡Oh! No, no haremos eso. Haremos lo que usted diga, señorita Duncan. Le prometo obediencia total. Por favor, dígamelo, y haremos lo que sea.

No pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—Mañana tengo que viajar a Bruselas a visitar a una dama que vive en un pueblo

cercano a la ciudad —respondí—. Puedes ayudarme a buscar los billetes y a recoger la habitación y, si tenemos suerte, mañana encontraremos tiempo para ir de compras para Robert. Contentémonos, por esta noche, con darle un buen baño y una buena cena.

—¡Oh, sí! —exclamó, jubilosa—. Cenaremos en el hotel, los tres. ¡Vamos, volvamos enseguida, pues!

Y, en efecto, dimos cuenta de una modesta cena de verduras y pescado, servida por un apurado camarero que se expresaba habitualmente en una peculiar mezcla de francés e inglés que había desarrollado para atender al gran número de viajeros británicos que ocupaba el hotel a diario. A continuación, subimos a nuestra habitación, donde nos encontramos en este momento. Mientras te escribo, Emily está lavando a Robert lo mejor que sabe en la bañera cuarteada, detrás de la cortina deshilachada.

Oh, Dora, siento como si estuvieras aquí, conmigo. Como si con levantar la mirada pudiera ver tu dulce rostro a la luz de la vela. Inmersa en la apacible atmósfera doméstica de la habitación, en la extraordinaria quietud de este momento suspendido en el tiempo, con los leves chapoteos y el roce de la pluma en el papel como únicos sonidos, siento que los tres estamos protegidos, provisionalmente, en un círculo mágico, como si se nos hubiese concedido un breve descanso en nuestra lucha contra el torbellino de temibles acontecimientos que nos amenaza.

Temía que llegara un momento como éste, en que no cabe hacer nada salvo esperar. Pero ya no: escribirte, notar cómo ha desaparecido la gran angustia que oprimía a Emily y observar el incrédulo asombro del pequeño Robert al encontrarse rodeado nuevamente de cariño y atenciones, después de tanta pena y abandono, me hace comprender que este instante es tan pleno como el que más. Siento un renovado valor; el mapa de Europa se abre ante mí: ¡mañana, a Bélgica!

Echaré esta carta por la mañana y en la próxima te contaré de esos momentos secretos que parecen aguardar en el corazón de la tormenta.

Tuya, espantada y fatigada, pero animosa,

Vanesa

Bruselas, martes, 29 de mayo de 1888

Mi queridísima Dora:

La jornada de hoy ha sido tan interminable, tan ocupada en el trayecto, las valijas, las estaciones, los trenes, los carruajes y los caballos, buscando direcciones y hoteles, que siento como si llevara semanas viajando.

Y, sin embargo, apenas nos hemos desplazado de Calais a Bruselas, y de allí a Wavre, o, más bien, a una casa de campo en las cercanías de dicho pueblo, donde vive cierta madame Walters, de soltera Akers, hermana del señor Akers y su pariente más cercana.

Esta mañana, nos levantamos temprano; qué ternura me inspiró contemplar el rostro sonrojado de Robert dormido sobre la almohada revuelta, y verlo despertar entre risas como respuesta a las festivas cosquillas que le hacía Emily. Ella lo adora con una pasión abrasadora en la que mezcla un impulso de protección del pequeño abandonado y amenazado y (tal vez sin darse cuenta) toda la veneración por un padre dos veces perdido y a quien Robert y Edmund se parecen tanto.

El niño es una verdadera delicia; dulce, de buen corazón y con unas ganas desesperadas de agradar. Por el brillo de sus ojos, diría que debe de ser un chiquillo muy vivaracho y activo; cabría esperar que, por su carácter, montara algún alboroto como los que a veces arman Violet y Mary en clase, y me encantaría ver sus mejillas encendidas con el mismo rubor que enrojece las de esas pequeñas. Sin embargo, Robert no se comporta así; es tranquilo y reservado y parece reprimir su energía natural. No debe de ser fácil para él haber sido arrancado del entorno que conocía y arrojado a lo desconocido... ¡y por dos veces! La primera experiencia debió de imbuirle un miedo nada infantil, que la segunda hará cuanto pueda por disipar.

Su padre le hablaba siempre en inglés por lo que, si bien debe de haberlo olvidado un poco durante el último mes, que ha pasado en esa horrible vivienda que visitamos brevemente, sigue teniendo una hermosa pronunciación. Es demasiado pequeño para que haya aprendido todavía a distinguir entre el lenguaje cariñoso e infantil y el habla de los adultos. Hoy, ha tomado de la mano a Emily y, cariñosamente, la ha llamado «mi pajarito en el nido»; ella lo ha mirado con asombro y, al momento, ha comprendido que debía de estar oyendo el eco, como procedente de la tumba, de las tiernas palabras del padre a su niño. Sin duda había tenido unos padres sensibles y dedicados, por muy culpables que hubieran sido al engendrarlo. Después de

desayunar en el concurrido restaurante del hotel —sólo me dio tiempo a tomar un té, tal era nuestra urgencia por marcharnos—, pagamos y apresuramos el paso por las calles hasta la estación del ferrocarril, desde la que no tardamos en partir hacia Bruselas. No podía apartar la mirada del paisaje; la campiña, como en Inglaterra y no tan lejos de ésta, pero tan diferente... La distancia no era excesiva y, al cabo de un tiempo razonable, nos descubrimos apeándonos en la metrópolis belga, que resultó ser poco más que una villa deliciosa con una encantadora plaza central, en comparación con el bullicio londinense. Me sentí muy cómoda, a pesar de que allí se oía mucho menos inglés que en Calais; las calles son estrechas, pintorescas y tranquilas y muchas palabras útiles, como hotel o restaurante, son idénticas a las inglesas, por lo que una no se siente analfabeta cuando pasa ante los rótulos; además, claro está, en esta ocasión me acompaña todo un caballereito francesito que, a pesar de sus pocos años, viene muy serio en nuestra ayuda cada vez que nos faltan las palabras necesarias para hacernos entender.

Mi primera preocupación fue mandar otro telegrama a la pobre señora Burge-Jones. Consideré que no sólo debía tranquilizarla respecto al estado de Emily, sino también ponerla de inmediato al corriente de que teníamos con nosotras al pequeño Robert, para que tuviera ocasión de meditar la decisión que tomaría respecto a él (y también, quizá, para evitar la temible escena que significaría darle la noticia cara a cara). Perdí un tiempo precioso en buscar las palabras adecuadas para explicarlo todo de la forma más concisa posible y, finalmente, escribí: «Emily insistió en llevarse de Calais a Robert. Los dos niños están bien. Mañana salimos para Alemania. Duncan». Después me dediqué a la labor de alimentar a mis pequeños, a pesar de mi impaciencia por alquilar un carruaje que me llevara al galope a Wavre y de mi torturante temor a que madame Walters hubiera salido, o a que tal vez ya no viviese allí, y me viera obligada a esperar o a continuar mi viaje sin la información que, estaba segura, aquella mujer podía darme.

Gracias a Dios, mis temores resultaron infundados. Después de una frugal comida, procedimos a contratar un cabriolé cuyo cochero era un hombre raro, de mirada socarrona, que me puso nerviosa. Por suerte, he empezado a advertir que la presencia de Emily y del pequeño Robert me protege en gran medida de muchas vejaciones. El hombre nos llevó a varias leguas de distancia, a una aldea en las afueras de Wavre. Allí, nos vimos obligadas a pedirle que hiciera un alto y preguntamos a un viejo campesino, que venía por el camino con una bala de heno a la espalda, si sabía dónde vivía madame Walters. Lo sabía, naturalmente, pues la aldea era tan pequeña que alcanzaba a verse de extremo a extremo desde cualquier punto, y nos señaló la casa, que se levantaba a cierta distancia en el lindero de los campos de cultivo. El cochero nos acercó cuanto pudo, pero el camino estaba enfangado y empezó a impacientarse y a exigir que le pagáramos. No me atreví a discutir y le

aboné la exorbitante cantidad que pedía —afortunadamente, mi querida Emily había vuelto a recordarme, en la estación, la necesidad de llevar cierta suma de dinero en moneda local—, después de lo cual nos apeamos y él se volvió al paso hacia Bruselas, aunque le habíamos pedido que esperase allí nuestro regreso.

—¡No importa! —exclamó Emily con voz resuelta—. Volveremos caminando, si es preciso; no creo que hayamos cubierto un gran trecho. O tal vez encontremos a algún campesino que nos lleve en su carro.

Recogiéndonos las faldas, avanzamos por el lodazal procurando por todos los medios afirmar nuestros pies en las piedras, hasta que llegamos al sendero que conducía a la casa. Mis esperanzas crecieron cuando vi la columna de humo que se alzaba de la chimenea y la luz que brillaba en el interior de la casa, y que escapaba por las alegres ventanas contra el cielo gris plomizo del mediodía.

Llamamos a la puerta, en la que pronto apareció una mujer de la edad de la señora Burge-Jones, de expresión cauta pero no hostil, con los cabellos castaños recogidos en un moño y un delantal enorme. El sonido de nuestras voces inglesas pareció animarla.

—Lamentamos terriblemente molestarla —le dije—, pero venimos de muy lejos para ver a madame Walters por un asunto urgente.

—Soy yo —respondió, empleando su lengua materna casi como si la tuviera oxidada por la falta de uso—. Tienen suerte de encontrarme; debería estar trabajando en los campos, pero hoy no me siento bien.

Nos invitó a pasar; la puerta daba directamente a una espaciosa cocina de campo, con un enorme hogar y una gran mesa de madera rodeada de bancos. Tomamos asiento, puso una tetera directamente sobre el fuego, colgada de un gancho, preparó unos tazones de leche con unas galletas para los niños y nos preguntó de dónde veníamos y con qué propósito.

—Se trata del asesinato de su hermano, señora —dije.

A la mujer le centelleó la mirada.

—Me dijeron que habían detenido al asesino y que lo condenarán —declaró secamente.

Sin darme tiempo a replicar, de repente Emily se puso en pie de un salto.

—¡Oh, no, querida madame Walters! —exclamó en tono apremiante, inclinándose hacia delante y agarrándose a la mesa de puro desasosiego—. ¡Se comete un error, un terrible error! El señor Weatherburn jamás mataría a su hermano. ¡Es imposible que lo hiciera él! ¡Se lo ruego, créanos, por favor!

La cara de la mujer cambió de expresión varias veces ante las palabras de Emily; al principio pareció afectada por su tono de desesperación, pero luego asaltó su mente la sospecha de que debíamos de ser amigas o parientes de quien le habían asegurado que era el asesino. Empezó a mirarnos, esta vez sí, con hostilidad.

—Estoy segura de que no puedo hacer nada por ustedes —dijo con toda frialdad.

Habíamos empezado mal, pensé, y me alarmó la perspectiva de que nos echara de allí fulminantemente. Decidí adoptar otra táctica: hablar sólo de manuscritos y no hacer más referencias a asesinos. Dirigí una mirada a Emily con la esperanza de que me leyera los pensamientos.

—Desearía hablar con usted acerca de la idea matemática de su hermano... —murmuré.

—¡Oh, qué gato tan bonito! —intervino Robert de pronto, al tiempo que un felino enorme, gris, entraba en la cocina con paso distinguido y la cola peludísima muy erguida, e iba a detenerse delante de él con aire inquisitivo. Al instante, el pequeño abandonó el banco y se puso a jugar con el animal debajo de la mesa. Madame Walters sonrió y dio la impresión de que se apaciguaba un poco.

—Se llama Reine —explicó. Se agachó un momento a observar y alargó la mano debajo de la mesa para pasarla por la pelambre suave y tupida del gato.

—Sólo le pedimos una minucia —le aseguré, aprovechando aquel momento en que parecía haber bajado la guardia—. Nos llevará unos minutos, apenas. Por favor, permita que le explique.

Dejé mi valija en el suelo, la abrí y saqué el manuscrito del señor Beddoes, que había conseguido alisar casi por completo, junto con la traducción que había efectuado el señor Morrison del anuncio del concurso en conmemoración del aniversario del rey Óscar.

—Estoy convencida de que el caballero que escribió este manuscrito de fórmulas matemáticas le robó algo a su hermano... —empecé a decir con tiento.

—¿Quién es? ¿Qué le robó? ¿Y cómo voy yo a saber nada de eso? —replicó ella con suspicacia.

—Le robó una idea, una fórmula matemática...

—Yo no sé nada de esas cosas —insistió la mujer, y vi que se aferraba a la idea de que el asesino de su hermano ya estaba descubierto y que nosotras éramos familiares del hombre y, por lo tanto, debía tratarnos con desconfianza, como enemigas.

—¡Oh, por favor, deje que se lo explique yo! —intervino Emily, agitada—. Había un gran concurso matemático..., bien, en realidad no ha terminado todavía..., y a su hermano se le ocurrió una idea maravillosa para solucionar el problema que se planteaba. Tal vez hubiera ganado el premio, pero murió y nadie ha encontrado anotaciones suyas al respecto, aparte de una fórmula que escribió para enseñársela al señor..., a un amigo suyo, pero luego se la guardó en el bolsillo y, acto seguido, lo mataron, de modo que no tuvo ocasión de enviar tal manuscrito al rey de Suecia. ¡No queremos que su solución se pierda para siempre! Se la guardó en el bolsillo... y mi tío dice que debe de estar entre las pertenencias que le enviaron a usted tras su muerte. Eso... eso es lo que andamos buscando, ¿verdad, señorita Duncan? Por eso

hemos venido hasta aquí, ¿no? ¡Mi tío dice que es un asunto importantísimo!

Creí quería señora Walters se mostraría absolutamente desconcertada ante aquel torbellino de competiciones, tíos, reyes y fórmulas. En cambio, para mi asombro, la vi palidecer y dejarse caer en el banco, apoyándose pesadamente en la mesa.

—Es cierto, es cierto —murmuró—. El concurso, el rey de Suecia... ¡Geoffrey me escribió contándomelo! Decía que creía tener la oportunidad de conseguir el gran premio, la medalla de oro, y que llevaba el asunto con el mayor de los secretos. ¿Cómo es posible que una niña lo conozca ?

—Lo hemos descubierto paso a paso —le expliqué—. Y ahora sabemos algo que tal vez nos permita redescubrir la idea perdida de su hermano. Tengo aquí un documento que posiblemente nos dé la clave.

Le enseñé el manuscrito del señor Beddoes y madame Walters observó las extrañas frases y fórmulas con perplejidad.

—¿Cómo podemos averiguar si está en lo cierto? —preguntó.

—Como decía Emily, la noche de su muerte, el señor Akers comentó su idea con... con otro amigo —expuse—. Su hermano era un hombre discreto pero, como todos, necesitaba amigos, hablar con alguien. Estaba absolutamente orgulloso de su fórmula y no pudo resistir la tentación de enseñársela a un amigo, pero se apresuró a doblar de nuevo el pedazo de papel y a guardarlo en el bolsillo del chaleco. Necesitamos saber si todavía está ahí, señora Walters. Si la fórmula que contiene es la misma que ésta... —le mostré la fórmula central del manuscrito de Beddoes, que aparecía enérgicamente subrayada—, tendremos la práctica certeza de que este documento que le muestro contiene lo esencial del trabajo de su hermano. Y aún estaremos a tiempo de salvarlo, para mayor honor de su memoria.

—No lo entiendo —dijo ella, pálida de congoja—. Ese papel que me enseña no tiene la letra de mi hermano, pero dice usted que contiene sus ideas. ¿Qué significa eso? ¿Que el autor de éste le robó el manuscrito a mi hermano y lo copio?

Emily me miró con sorpresa.

—¡Curiosa idea! —exclamó—. Mi tío me dijo que las anotaciones de ese papel resultan extrañas; es como si el señor Beddoes lo escribiera todo y luego dudara de ciertos pasos. Tal vez madame Walters tiene razón. ¡Quizá copió de corrido todas las anotaciones del señor Akers! Quizá consideró que la caligrafía del señor Akers era demasiado confusa, o bien quiso llevárselas a casa para estudiarlas allí y el señor Akers no quería perder de vista su manuscrito. ¡Parece razonable, fíjese! ¡Cuando el señor Beddoes intentó releer lo que había copiado, descubrió que no entendía ciertas partes y por eso escribió esos signos de interrogación al margen!

—Debo confiarles —intervino madame Walters— que hace unas semanas, por Pascua, ya se presentó aquí un caballero de Inglaterra. Me contó una historia muy parecida acerca del trabajo secreto de mi hermano y, como ustedes, dijo que intentaba

descubrir el documento y rescatarlo del olvido. Dijo que estaba al corriente de que la policía me había enviado todas las pertenencias personales de mi hermano y que necesitaba inspeccionarlas para resolver el misterio. Las saqué para que las viera y, en mi presencia y la de mí esposo, sobre esta misma mesa, lo examinó todo ávidamente; sobre todo, los muchos pedazos de papel que mi hermano guardaba en los bolsillos, todos ellos llenos de garabatos como esos. —Y señaló el manuscrito del señor Beddoes.

»Uno de los papeles le interesó especialmente, además de la agenda de mi hermano —continuó—. Se empeñó en convencerme de que le permitiera llevárselos, con el argumento de que eran fundamentales para su investigación. Mi marido se los habría dado, pero yo no pude hacerlo. Son mis últimos recuerdos del pobre Geoffrey, los únicos que me han quedado, ¿comprende, señorita? Le dije a ese hombre que copiara el contenido; si tan importante era, ¿qué más le daba? Pero él renunció a hacerlo y se marchó muy enfadado, me dio la impresión.

Emily y yo cruzamos una mirada.

—Muy interesante... ¿Y cómo se llamaba ese hombre? ¿Qué aspecto tenía? —me apresuré a preguntar.

—Se presentó como el señor Davis —explicó la mujer—. En cuanto a su aspecto, resulta difícil precisarlo, en realidad. Era un hombre muy corriente; tenía un aire distinguido y reposado y no parecía joven pero, como llevaba un gabán oscuro y sombrero, no podría hacer una descripción más detallada de él.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo? —intervino Emily.

—Creo que sí.

—¿Quién podría ser? —se preguntó Emily en voz alta—. ¡Qué raro que se enfadara porque no le dejó llevarse los papeles! ¿Por qué habría de quererlos? Al fin y al cabo, es una fórmula; podría haberla transcrito...

Madame Walters confesó, ceñuda, que el hombre no le había caído bien desde el primer momento.

—Le notaba algo raro... Recelé mucho de él. Oh, Dios, Dios mío, ¿qué significa todo esto? Traeré las cosas de Geoffrey para que las vean.

Se levantó y se dirigió a otra habitación de la casa. Al cabo de un momento estaba de vuelta con una bolsa de tela cuyo contenido esparció encima de la mesa. Quedó a la vista todo lo que el señor Akers llevaba en los bolsillos en el momento de su muerte. Como nos había indicado el señor Morrison, vimos llaves y monedas, un pañuelo, la agenda de bolsillo y un gran número de pedazos de papel en los que había garabateadas anotaciones y cálculos.

Abrí el manuscrito del señor Beddoes por la parte que contenía la fórmula central y me puse a compararla con los fragmentos, uno por uno, para observar si las fórmulas eran idénticas. Varias de ellas me resultaron desconocidas e ininteligibles

pero, al cabo, di con una que de inmediato me pareció la que buscaba. Por una cara, el papel estaba cubierto con la habitual caligrafía ilegible del señor Akers, la que usaba cuando escribía para sí, pero en la otra, sin más anotaciones, había escrito la fórmula central completa con letra clara y destacada y, debajo, la frase: «¡La serie converge!».

Tuve la absoluta certeza de que tenía en mi mano el papel con la anotación que el señor Akers había escrito durante su encuentro con Arthur en la taberna irlandesa, la última noche de su vida. Madame Walters y Emily comprobaron las fórmulas minuciosamente, fijándose mucho en las letras griegas que servían de símbolos matemáticos, y corroboraron que eran idénticas.

Tomé entonces la agenda de bolsillo del difunto y me dispuse a pasar las hojas. Empecé por la de la propia fecha de su muerte, el 14 de febrero, y vi dos breves anotaciones: primero, «ABC, 14 horas», y luego, «cena W.»

—En esa fecha falleció su hermano —comenté, señalándole la página.

—¡Entonces, esa inicial debe de hacer referencia al señor Weatherburn! —exclamó Emily, y madame Walters torció el gesto, pues identificó ese apellido con el del aborrecido asesino de su único hermano—. ¿Pero qué significa ABC?

—¡Ya lo sé! —respondí, puesto que aquella pieza de información encajaba perfectamente en el rompecabezas que venía montando—. Creo que es el nombre utilizado por una pequeña sociedad secreta que se reunía para trabajar conjuntamente sobre el problema de los n cuerpos. La A debe de corresponder a Akers; la B, a Beddoes, y la C, a Crawford. Veamos si tuvieron otras reuniones...

Pasé las hojas hacia atrás y curioseé el breve y austero registro de actividades del desdichado señor Akers. Ciertos acontecimientos constaban claramente —«conferencia de Morrison», leí en la hoja del 11 de octubre—, pero la mayoría de las anotaciones eran difíciles de descifrar debido a su costumbre de emplear sólo iniciales. Localicé otra «ABC, 14 horas», el 13 de diciembre, y otra más, el 18 de octubre.

—Se reúnen siempre en martes —indicó Emily.

—¡Tienes razón! Octubre, diciembre, febrero... Se encuentran cada dos meses, el mismo día de la semana, a la misma hora. Probablemente, encaja con sus horarios de clase. Me pregunto dónde se reunirían...

—Y lo que yo me pregunto es si tenían previsto reunirse de nuevo en abril —musitó Emily.

—Buena pregunta. Veamos... ¡Sí, en efecto! 17 de abril: «ABC, 14 horas». En cambio, no aparece nada en junio.

—Tal vez fijaban en cada reunión la fecha de la siguiente —apuntó madame Walters.

—¡No, no! —replicó Emily—. Seguro que se encontraban porque estaban

trabajando para presentarse al concurso, y el plazo para enviar las comunicaciones se cierra el 1 de junio.

—Tal vez tengas razón —concedí. Mil y un pensamientos se arremolinaban en mi cabeza—. Madame Walters, debo contarle la verdad. He venido aquí no sólo para salvar el trabajo perdido de su hermano, sino también, como Emily le ha contado antes, porque estoy convencida de que el hombre que ha sido acusado de la muerte de su hermano no es el verdadero asesino. Al señor Akers lo mataron por una idea y creo saber quién lo hizo, pero necesito una prueba para demostrarlo. Le ruego que me deje esta agenda y este papel escrito por su hermano. Le juro por mi honor, sobre la Biblia si quiere, que no sufrirán ningún daño y que se los devolveré tan pronto se haya aclarado todo.

—El asesino... ¿es el hombre que estuvo aquí? —preguntó la mujer, al tiempo que recogía los papeles y la agenda con manos temblorosas.

—Creo que sí —le respondí.

—Yo también lo creo —asintió ella bruscamente, y depositó los objetos en mis manos—. ¡Lo sabía! ¡Lo presentí! Había algo raro en él. Tenía..., tenía miedo, lo noté. La mirada huidiza, la impaciencia por hacerse con los papeles... No por verlos, simplemente, sino por poseerlos. Ésa fue la razón de que no se los diera: ¡Presentí que los quería para destruirlos!

—Estoy segura de que eso es lo que quería —asentí.

—¿No le parece, puesto que usted cree saber de quién se trata, que debería presentarme en Inglaterra para identificarlo?

—Todavía no —le dije—. Aún no dispongo de suficientes pruebas; la mera visita que le hizo ese hombre no demuestra su culpabilidad. Por otra parte, yo tampoco regresaré inmediatamente, pues creo que podré encontrar pistas de la mayor importancia, que conciernen a su hermano en sumo grado, en Estocolmo, y allí me dirigiré con los niños antes de volver a casa. No obstante, tal vez sea necesario que venga más adelante, si consigo reunir bastantes indicios para que el juez los tome en consideración.

—No sé por qué, pero la creo; estoy segura de que es usted honrada y sincera —declaró madame Walters—. Le agradezco lo que hace y le deseo suerte y la bendición de Dios. ¿Cómo van a regresar a Bruselas? ¿Han venido en un carruaje de alquiler? ¿El cochero las espera?

Me había olvidado por completo de la impetuosa partida de nuestro avinagrado cochero. Al ver nuestras caras de frustración, la mujer salió y, con voz estentórea, llamó a un joven que trabajaba un campo a cierta distancia.

—Las llevará a la ciudad en el carro —nos explicó—. Espero que lo que hace sea acertado, señorita. Y si es cierto que el hombre acusado de la muerte de mi hermano es inocente, ruego a Dios que lo salve.

Tras esto, nos despedimos y regresamos a la ciudad en un carro de granja del que tiraba un percheron viejo y muy robusto. Robert hizo todo el trayecto en animada charla con el joven aparcerero. Qué feliz parecía el chiquillo, ajeno por un rato a las penalidades sufridas y a los nubarrones de miedo y peligro que se cernían vagamente sobre nosotros. Se mostró encantado con aquel paseo por la lozana campiña y aún lo estuvo más cuando, para evitar una inactividad que temía durante las restantes horas del día, llevé a los niños de compras, y adquirimos un resistente traje de marinerito para él, además de otros complementos que sustituirían el contenido de su andrajosa bolsa de ropa. Emily insistió en que visitáramos también una juguetería.

—¡Oh, Emily! —protesté cuando me lo pidió, con mis pensamientos ocupados en asesinos, abogados e insensibles miembros del jurado de expresión severa—. Me parece una frivolidad, cuando estamos tratando asuntos de vida o muerte.

—La felicidad de un niño también es una cuestión de vida o muerte —declaró ella con firmeza—. Es como esa charada suya, señorita Duncan, ¿la recuerda?: «La segunda, con "ti", forma una frase de gran alegría para el niño que recibe un juguete bellamente envuelto». La solución era: «Para ti», ¡y la dio con gran contento! Y no es en absoluto una frivolidad. ¡Si a mí no me cree, imagine lo que opinaría al respecto el señor Weatherburn!

¡La pequeña bruja! Como reacción inmediata a sus palabras, se me representó una imagen de Arthur, de pie a mi lado, dirigiendo un guiño solemne a Robert en silenciosa aprobación del vínculo de amor, sencillo y profundo, que une instantáneamente a un niño con un juguete. El pequeño estaba sonrojado de contento mientras estrechaba contra su pecho la locomotora que Emily y él habían escogido juntos. Emily insistió en pagaría con su propio dinero y los tres salimos de la tienda más felices de como habíamos entrado.

En estos momentos, nos disponemos a pasar la noche en una pequeña pensión cuyas señas nos dio madame Walters, y mañana, al despuntar el día, nos levantaremos y partiremos hacia Estocolmo.

Me retiro en la reconfortante confianza de que tus cariñosos pensamientos están conmigo, como los míos contigo,

Vanesa

Malmoe, jueves, 31 de mayo de 1888

Mi querida Dora:

Han transcurrido dos días extraños desde la última vez que te escribí; dos días de viajar y nada más que viajar: trenes, coches, trayectos a pie, hoteles sucios y estaciones de ferrocarril más sucias todavía. Poner telegramas a la señor Burge-Jones resultó bastante sencillo desde Calais y Bruselas, pero en Alemania no lo fue tanto y, en Dinamarca y Suecia, se ha hecho alarmantemente difícil, dada nuestra ignorancia del idioma y de las costumbres. Ayer, a primera hora de la mañana, salimos de Bruselas hacia Alemania en tren y al caer la noche, cansadas, sucias y hambrientas, nos encontramos en la ciudad norteña de Hamburgo. Qué gris y sórdida me pareció, con esas chimeneas sucias y altísimas contra el cielo crepuscular. Qué difícil fue encontrar hotel y qué deprimente que los tres primeros que probamos no tuvieran habitaciones disponibles. El alemán de Emily es mucho más limitado que su francés, puesto que no conversa con Annabel en dicha lengua, sino que se limita a estudiar las reglas gramaticales; no tardó en enseñarme a decir, «Wir möchten ein Zimmer für drei, bitte», y al final encontramos refugio en una habitación pequeña y oscura del ultimísimo rellano de una escalera interminable. A los tres nos daba tanto miedo el laberinto de calles que ni siquiera nos atrevimos a bajar para cenar. En la estación habíamos comprado pan y fruta y con eso nos contentamos, prometiéndonos que por la mañana, cuando la luz del sol nos diera, sin duda, más ánimos saldríamos a desayunar.

De momento, era un alivio el mero hecho de estar a cubierto y poder lavarse y desperezarse e incluso reír, pues los niños siempre acaban por reír y Emily hizo que le sucedieran aventuras tan sorprendentes a la pequeña locomotora que las voces cantarinas de los dos pequeños llenaron pronto la habitación y se filtraron escalera abajo, aligerando mi sombrío ánimo. Emily ha prometido ayudarme en todo y, de hecho, aunque no hiciera nada más, su constante proximidad, su vigor inagotable y su juvenil despreocupación ya me sientan mejor que un tónico. ¡Qué tesoro! No me atrevo a imaginar la inquietud y el sufrimiento de su pobre madre, a pesar de mis telegramas tranquilizadores: «Emily y Robert, contentos y bien; seguimos viaje al norte». No puedo negar que me asustan los días que se avecinan, y que aventurarme en lugares tan lejanos como Dinamarca y Suecia me parece como hacerlo por tierras inexploradas.

A decir verdad, mis temores no se han visto justificados hasta el momento, gracias a Dios. El trayecto de hoy por Dinamarca ha sido largo y fatigoso, pero el país es encantador, la gente es amable y muchos hablan cuatro palabras de inglés, por lo que, para nuestra sorpresa, esta jornada danesa ha resultado insólitamente agradable, a pesar de que la mayor parte de ella la hemos pasado sentados en diferentes vehículos y a que todo lo que hemos comido procedía de nuestra cesta. A estas alturas, he descubierto —suponiendo que Robert sea un ejemplo típico— que los niños pequeños adoran los trenes, grandes o pequeños, y que hacer acrobacias en un vehículo que se bambolea y tratraquea es, al parecer, una actividad lo bastante deliciosa para ocupar toda su energía natural y sus ganas de jugar durante horas y horas.

Con el instinto de un físico en ciernes, Emily se dedicó a estudiar los efectos del tren grande sobre el pequeño y colocó éste en el suelo para ver cómo le influiría el movimiento. Como es natural, empezó a desplazarse en el sentido contrario al nuestro, hacia el fondo del vagón y —con considerable frecuencia, debo reconocerlo— hasta los pies de los demás pasajeros que viajaban en nuestro compartimento. En realidad, nadie le dio importancia, ya que los habituales de los vagones de tercera están acostumbrados a tales comportamientos; por todas partes había niños y comida y reinaba una atmósfera de alboroto general. En cualquier caso, me sentí totalmente incapaz de reprenderlos con suficiente energía, pues el sonido de sus alegres risas era una delicia y me sentía aliviada de que no se mostraran ya aburridos y hartos (yo empezaba a estarlo bastante) del interminable viaje.

Llegamos a Copenhague avanzada la tarde, pero con tiempo suficiente para transbordar al puerto de Malmoe. ¡Ah, qué ordenados y hermosos son estos países nórdicos! Cuando bajé a tierra, me inundó una oleada de triunfo (a pesar de la peculiar manera en que se inclinaba bajo mis pies). ¡Suecia al fin! Y mañana... ¡a Estocolmo y la prueba final!

Siempre tuya,

Vanesa

Estocolmo, viernes, 1 de junio de 1888

Mi muy querida Dora:

Hemos pasado todo este día inacabable viajando hacia el norte, siempre hacia el norte, hasta Estocolmo. Hemos llegado tarde, fatigados y, en mi caso, irritada ante el siempre renovado temor a fracasar en mi empeño. Tan pronto llegamos a la ciudad, di rienda suelta a mi creciente sensación de apremio e hice subir a los niños a un carruaje sin darles un momento, pobrecillos, para estirar las piernas y echar un vistazo al lugar. Tenía en la cabeza un solo pensamiento: hoy terminaba el plazo de recepción de los trabajos que se presentaban al Concurso del Aniversario del Rey. Las plicas serían abiertas —tal vez lo habían sido ya— por el director del concurso, el profesor Gösta Mittag-Leffler.

El profesor es muy famoso aquí, y pronto pude averiguar que reside en una casa de Djursholm, una bonita población en las afueras de Estocolmo. Aunque da clases en la universidad de la capital, tiene su despacho y desarrolla casi todo su trabajo en su encantadora vivienda, donde ya ha reunido una de las principales bibliotecas del mundo en matemáticas. Toda su labor de editor de la publicación *Acta Mathematica* la realiza desde su casa, a cuya dirección habían de remitirse los trabajos. Anoté meticulosamente las señas: *Auravágen 17, Djursholm*, y le enseñé el papel al cochero, que emprendió la marcha a buen trote por las bonitas calles de la ciudad.

¿Ciudad? ¡Es un archipiélago, en realidad! Bien la llaman la ciudad de las veinticuatro mil islas, pues parecía que salvábamos agua constantemente. El sol ya tocaba el horizonte cuando llegamos ante el imponente caserón del señor Mittag-Leffler. Domina el gran edificio una torre redonda que se alza con nobleza en una esquina y que le da el aspecto, casi, de un pequeño castillo.

Pagué al hombre, me apeé del coche y, tomando de la mano a los pequeños, eché a andar por el amplio sendero que conducía a la señorial entrada. Me flojeaban las rodillas y Emily y Robert guardaban silencio, admirados y curiosos porque sabían o intuían que estaba llegando a mi ansiado destino. Esperamos largo rato ante la recia puerta principal mientras intentaba controlar el galope desbocado de mi corazón. El sol ya se había hundido bajo el horizonte y el cielo entero se había teñido de un añil intenso, aunque todavía no eran visibles las estrellas. Por fin, llevé la mano a la cadena de la campana y llamé.

Tras una corta espera, abrió la puerta una afable mujer. Cuando reparó en

nosotros, reaccionó con extrema sorpresa; realmente, después de haber viajado tanto, comido tan poco y, lo peor, habiendo dispuesto de tan poco tiempo para adecentarnos en lo posible, debíamos de tener el aspecto de tres expósitos. Por la mañana, me había puesto por primera vez el bonito vestido negro, que durante los días anteriores había querido conservar limpio y planchado para aquel momento, pero la inacabable jornada de viaje le había quitado cierto empaque; en cuanto a Emily, su encantador vestido blanco de volantes estaba irremisiblemente arrugado y ajado, puesto que en su impetuosa partida no había pensado en llevar más ropa. Al pobre Robert se lo veía agotado y trastornado.

A pesar de todo, los tres compusimos la figura delante de la rolliza sirvienta y adoptamos nuestro aire más distinguido y gallardo. Me dirigí a ella en inglés.

—Venimos de Inglaterra y debemos ver al profesor Gösta Mittag-Leffler... — empecé a decir.

No creo que la mujer hablara una sola palabra de nuestro idioma, pues sólo las últimas palabras produjeron una reacción en sus redondas facciones. Parecía extraordinariamente recelosa, pero era evidente que no tenía por costumbre despedir a los visitantes del ilustre profesor, por poco distinguido que resultara su aspecto. Nos condujo a una salita de espera cercana a la puerta, indicó a una doncella que aguardaba en el pasillo que no nos perdiera de vista y se alejó apresuradamente, despertando en mi pecho la ardiente esperanza de que encontraría al profesor en casa y dispuesto, por lo menos, a hablar conmigo.

Apenas tuvimos que esperar, de hecho, pues muy pronto el profesor Mittag-Leffler en persona bajó y entró en la salita a recibirnos. Era un caballero de unos cuarenta años, saludable y vigoroso, cuya presencia imponía y, sin embargo, se comportaba con extraordinaria amabilidad. Vi de inmediato que sería directo y valiente en sus opiniones y que, a pesar de su aire estricto y ceremonioso, estaba dispuesto a escuchar sin reparos lo que yo tuviera que contarle. Quizás había incluso un brillo de diversión en sus ojos ante la escena de abigarrada multitud que componíamos, con Robert tan inseparable como siempre de su querida locomotora.

—Se dirigió a mí en un inglés casi impecable.

—Dígame, por favor, ¿en qué puedo ayudarla?

Su amable acogida me conmovió, pero también me sentía demasiado abrumada por una sensación de desesperada urgencia y me costó responder con la formalidad que merecía y esperaba.

—Estoy aquí para suplicarle un favor inmenso e insólito —expuse de inmediato—. ¡Es una cuestión de vida, muerte y asesinato!

El hombre palideció un poco y percibí que me creía desequilibrada. Continué hablando a toda prisa:

—Vengo de Cambridge, Inglaterra, señor —le conté—. Tres matemáticos han

muerto asesinados allí en los últimos meses.

—Ah, sí —murmuró él, relajando su expresión grave—. He tenido noticia de la espantosa racha de muertes. Es terrible, verdaderamente, y lamento que una joven como usted haya tenido que verse involucrada de algún modo en semejantes sucesos. Sin embargo, no consigo ver cómo podría serle de utilidad...

—Acudo a usted ex profeso desde allí —expuse—, porque se ha acusado erróneamente de estos asesinatos a cierta persona y creo que usted y sólo usted tiene la clave de la verdad al respecto.

—¿Yo? —El profesor se quedó absolutamente perplejo, sin saber qué responder—. Pero... ¿pero cómo podría yo tener la más ligera idea, señorita... ?

—Duncan...

—Señorita Duncan, ¿qué puedo saber yo sobre la identidad del autor de los terribles crímenes de Cambridge?

—Profesor Mittag-Leffler —le respondí, con toda la sinceridad que era capaz de expresar—, usted no sabe, no puede saber, qué gran papel han desempeñado el problema de los n cuerpos y el Concurso del Aniversario del rey Óscar en el móvil de los asesinatos.

Observé que su asombro iba en aumento; guardó silencio largo rato y, cuando habló, parecía verdaderamente preocupado y entristecido por mis palabras.

—¿Quién iba a pensar tal cosa? —musitó—. Si sus palabras son ciertas, lamentaré haber participado en la organización del concurso el resto de mis días.

—¡No, por favor, no diga eso! —repliqué—. No se puede atribuir ninguna culpa a la existencia de la competición. He acudido a usted porque, como le digo, creo que puede estar en posesión de algo que proporcione la prueba definitiva contra el asesino.

Advertí que, por fin, empezaba a entender.

—¿Se refiere a los manuscritos presentados a concurso? —preguntó abiertamente—. ¿Insinúa que uno de ellos puede contener esa clave a la que se refería?

—Ni más, ni menos —respondí.

El profesor permaneció pensativo un instante.

—Los trabajos son secretos y anónimos —señaló.

—¡Anónimos! —La revelación fue toda una sorpresa para mí.— ¡Anónimos! ¿Quiere decir que no conoce a los autores?

—Exacto, no sé quiénes son —explicó él—. Las normas estipulan que cada trabajo irá acompañado solamente de un epígrafe.

—¡Claro! Recuerdo que aparecía en la convocatoria del concurso. Pero también constaba que debía enviarse el nombre de los autores en sobre sellado, marcado con el epígrafe. ¡Pensaba que usted los abriría! De otro modo, ¿cómo podrá otorgar el premio ?

—Los trabajos se leerán anónimamente y se valorarán por sus méritos —declaró el profesor—. Cuando se escoja el manuscrito ganador, el sobre con el epígrafe, y sólo ése, será abierto por el rey Óscar en persona y se anunciará el nombre del autor.

—¿Y los demás nombres no se darán a conocer?

—Nunca. Iría contra las normas establecidas y aprobadas por Su Majestad.

Busqué, desesperada, algún argumento, alguna vía para eludir el obstáculo que se alzaba de aquel modo ante mí, y llegué a la conclusión de que el profesor no decidiría hasta qué punto transgredir las reglas por el bien de la justicia mientras no conociera mejor la situación.

—Estoy convencida de que un matemático de Cambridge envió al concurso un trabajo que contiene una solución completa al problema de los n cuerpos —le confié. En sus ojos brilló un destello de interés puramente matemático.

—¿De veras? —exclamó—. ¡Qué descubrimiento tan maravilloso e inesperado! —Sin embargo, tras esto, su expresión se ensombreció un tanto—. Pero aquí hay algo que no encaja. Hace unas horas he abierto todas y cada una de las plicas; lo he hecho en presencia de mi colega, Edgard Phragmén, que se aloja aquí, y no he observado que llegara ninguna procedente de Inglaterra.

Esta vez me toco a mí quedar muda de sorpresa.

—¡Pero no puede ser! —exclamé al fin, en tono suplicante—. No sé desde dónde lo han mandado por correo pero no puedo creer que no exista. ¿Está seguro de que no habrá escapado a su atención, enterrado entre la gran pila de manuscritos que ha examinado hoy?

—No había un número tan grande —replicó él—; no más de una docena, en total. Y ni uno solo en inglés.

—¿En qué idiomas están escritos? —inquirí débilmente, invadida por una oleada de consternación.

—En francés, alemán, o ambos.

—¿En ambos?

—Sí; un par de trabajos han llegado en doble versión, escritas por una mano diferente en cada idioma.

Empezó a hacerse una luz en mi cabeza.

—¿No podría un matemático inglés haber encargado la traducción de su trabajo al francés y al alemán y su transcripción, para mantener su identidad en secreto en el caso de no ganar el premio?

—Bien, no es imposible, desde luego... —respondió él, pensativo.

—Opino que podríamos determinar, con sólo ojear los manuscritos, si corresponden al trabajo del que hablo. —Febril, dejé la valija en el suelo, la abrí y saqué el ya muy manoseado manuscrito del señor Beddoes y, de entre sus páginas, el famoso papel escrito por el señor Akers.

—Observe esto, haga el favor —le dije con insistencia—. Son notas sueltas de la solución completa del problema de los n cuerpos que creo que deben constar en uno de los trabajos que usted ha abierto hoy. Sin duda, si examina esa docena de aportaciones podrá determinar si una de ellas contiene las ecuaciones que constan aquí.

El profesor Mittag-Leffler agarró los papeles que le presentaba, tomó asiento con brusquedad en un cómodo sillón y se inclinó sobre ellos, muy concentrado. Sosteniendo unas pequeñas gafas redondas ante sus ojos, pasó las hojas entre murmullos ensimismados. El señor Akers había sido un hombre desordenado, pero la caligrafía pulcra y regular del señor Beddoes resultaba fácil de seguir y vi que el profesor estaba fascinado con lo que leía y que las ideas que se expresaban allí despertaban una respuesta dentro de él, como ecos de pensamientos que habría podido tener pero que nunca había alumbrado.

Esperamos en completo silencio. Incluso Robert no se movía apenas y se limitaba a hacer rodar su locomotora arriba y abajo sobre la mesa sin alborotar, levantando sus grandes ojos de vez en cuando hacia el ilustre profesor. Al cabo de diez o quince minutos, el señor Mittag-Leffler alzó la vista del escrito con una expresión de sorpresa y perplejidad en el rostro.

—Lo que leo aquí es verdaderamente notable —declaró—. El manuscrito contiene el germen de dos ideas excelentes, por lo menos, y no percibo ningún error de bulto en el razonamiento que aquí se esboza. Con todo, la intuición me dice que tales métodos no pueden, no han de ser capaces de aportar un resultado. Me parece increíble. Sin embargo, la intuición de un matemático, aunque sea un indicio espléndido, no debe tomarse como una certeza absoluta; ya me he llevado más de una sorpresa. Si éste es un nuevo ejemplo de una de ellas, resulta verdaderamente maravilloso y casi no me cabe duda de que ganará el concurso.

—Pero, profesor, lo que le he enseñado no es la comunicación enviada para competir por el premio —le recordé con tiento—. No es más que un esbozo apresurado. Queda por ver si el trabajo se completó y se envió con todos los detalles.

—Tiene razón —asintió él— y no tardaremos mucho en examinar los manuscritos y determinar si es así. Por favor, permita que los invite a usted y a los niños a acompañarme a mi estudio. —Me miró brevemente y añadió—: Aunque estos pequeños no pueden ser hijos de usted, mi querida jovencita... Pero no voy a preguntarle cómo es que la acompañan. Vamos.

Recorrimos un pasillo largo y admirablemente decorado y, al encontrar a una sirvienta, se dirigió a ella en sueco.

—Le he pedido que diga a Phragmén que venga —explicó—. Me interesa mucho su opinión del manuscrito.

Llegamos a la estancia que el profesor llamaba su despacho, aunque era evidente

que en aquella espléndida mansión había muchas más, si no la mayoría, dedicadas al estudio de las matemáticas. Allí, sobre el escritorio y perfectamente apilados, estaban los doce trabajos que aquel mismo día había abierto, junto a ellos había una hoja en la que había anotado con detalle el título de cada manuscrito y el epígrafe con el que iba firmado en lugar del nombre.

—Le comentaré, en secreto —dijo con una leve sonrisa—, que uno de nuestros candidatos ha quebrantado la norma, probablemente sin conocimiento de que lo hacía, y ha enviado una carta firmada con el epígrafe junto con su manuscrito. Con todo, aunque no lo hubiera hecho, habría reconocido su escritura. Es el número nueve, del extraordinario Henri Poincaré. —Y extrajo uno de los trabajos de la pila con un gesto tierno, acariciador—. No es preciso que lo lea para saber que su contribución rebosará de ideas geniales —afirmó con voz cálida y vibrante de respeto. Devolvió el manuscrito al montón y sacó otro—. Creo que existe alguna posibilidad de que el manuscrito bilingüe con el número siete tenga relación con los papeles que acaba de mostrarme.

Tomó del montón las dos versiones del trabajo y las colocó ante mí. Los títulos eran como siguen:

Über die Integration der Differentialgleichungen, welche die Bewegungen eines Systems von Punkten bestimmen.

Sur l'intégration des équations différentielles qui déterminent les mouvements d'un système de points matériels.

Y los epígrafes decían:

Nur schrittweise gelangt man zum Ziel.

Pour parvenir au sommet, il faut marcher pas a pas.

El profesor los sostuvo en las manos.

—«Sobre la integración de las ecuaciones diferenciales que determinan el movimiento de un sistema de puntos materiales» —tradujo—. «Para llegar a la cumbre, se debe avanzar paso a paso.»

Dejó las notas del señor Beddoes sobre la mesa, abiertas por la hoja que parecía contener el resultado fundamental, colocó el manuscrito francés al lado y empezó a pasar la páginas lentamente, repasando las fórmulas y razonamientos y comparando ambos documentos.

—Es éste —dijo con un temblor de excitación y tensión en la voz—. Si observa aquí, verá la fórmula clave y, alrededor, el resto del argumento que aparece aquí. Es inconfundible.

Miré lo que señalaba y reconocí de inmediato la misma fórmula, que ya me resultaba familiar, garabateada en el papel por el señor Akers durante la que fue su última cena. El profesor continuó comparando las dos versiones, asintiendo e indicándome las coincidencias.

—El manuscrito francés es mucho más largo y contiene muchos detalles y cálculos —comentó—. De hecho, contradice la opinión, expresada en el anuncio original del concurso, de que la demostración del señor Lejeune-Dirichlet no se basaba, por lo menos, en cálculos largos y complejos. Sin embargo, en el fondo de todos estos cálculos que veo aquí se intuye un golpe de genialidad, si el resultado es cierto.

Algo en su tono de voz captó mi atención.

—¿Duda de su validez ?

—Yo... No sé... —respondió él, despacio—. Yo mismo he trabajado a conciencia en este problema. Como le decía, estaba absolutamente convencido de que métodos como el aquí empleado no tenían ninguna posibilidad de dar con la solución. Sin embargo, nada desearía tanto como verme agradablemente sorprendido. El manuscrito debe leerse con atención y revisarse al detalle. Yo mismo trabajaré en ello, junto con mis asociados.

Llevado de su apasionamiento y del profundo interés que despertaba en él aquel trabajo, el profesor Mittag-Leffler se había olvidado por completo de que a mí me movía otra cuestión muy distinta. Apenas me atrevía a pedirle algo que ya me había dicho que estaba expresamente prohibido, pero el recuerdo de Arthur y del peligro gravísimo que corría en aquel mismo instante me decidieron a hacerlo.

—Profesor Mittag-Leffler —empecé a decir apocadamente—, debo pedirle..., debo suplicarle que abra el sobre sellado que acompaña al manuscrito. Es urgente descubrir al autor.

—Imposible —fue su respuesta—. No cabe saltarse a la ligera los deseos del rey. Los sobres sellados deben entregársele en mano a su majestad para que se guarden a buen recaudo hasta su aniversario, el próximo enero.

—¡Enero! —exclamé con espanto—. ¡Es demasiado tiempo! ¡El futuro de un hombre está en juego, profesor! El acusado de los asesinatos de Cambridge se arriesga a perder la vida, ¡y es inocente!

—¿Y usted cree conocer al autor de este manuscrito?

—Creo que es una de dos personas —asentí—. Debo saber si tengo razón y, de ser así, conocer cuál de ellas fue. De ello depende la inocencia o la culpabilidad, no de un hombre, sino de dos.

—Entonces, ¿no puede determinarlo por la caligrafía? —preguntó él.

—Ojalá pudiera, pero si hizo traducir el manuscrito y lo echó al correo desde el continente, no estará escrito con su letra, ¿no cree?

—Aunque el texto en sí estuviera escrito correctamente, si lo hizo traducir por profesionales, las partes de matemáticas tendrán expresiones algo raras, ya que el lenguaje que se emplea en este mundillo sólo lo domina un experto. —El profesor levantó los dos manuscritos y los examinó con más detenimiento—. No estoy seguro,

porque ninguna de las dos lenguas es la mía, pero sí me parece detectar ciertas expresiones peculiares en las dos versiones. No es completamente imposible que fueran traducidas del inglés por alguien con un conocimiento perfecto de estos idiomas, pero imperfecto del discurso matemático. No puedo estar totalmente seguro.

En aquel momento, hubo una discreta llamada a la puerta y entró un joven que lucía en el rostro la misma expresión seria pero ardorosa que empezaba a acostumbrarme a ver en los numerosos matemáticos que estaba conociendo. El profesor lo recibió y nos presentó brevemente, pero el joven doctor Phragmén sólo tenía ojos para las matemáticas.

—¿Está leyendo los trabajos, profesor? —preguntó con un temblor de impaciencia en la voz—. ¿Ha encontrado algo destacable?

—Desde luego que sí —exclamó el señor Mittag-Leffler y agitó el anónimo manuscrito número siete ante el rostro de su sorprendido colega—. La señorita Duncan ha llamado mi atención acerca de la conclusión central de este trabajo y debo confesar que a primera vista parece tan asombroso que resulta casi increíble. Eche una ojeada al teorema principal. ¡Vea, el autor declara exponer una fórmula cerrada para la serie en el problema de los tres cuerpos que se perturban... y deduce que la serie que describe los movimientos de los cuerpos debe, entonces, converger!

—¿Qué? —respondió el joven, visiblemente perplejo—. ¿Una solución completa al problema de los tres cuerpos que se perturban? ¡Pero esto es más de lo que nos habríamos atrevido a esperar en el mejor de los casos!

Su asombro y su regocijo eran tales que no pude quedarme callada, aunque habría sido más prudente hacerlo.

—¿Tan importante es, pues? ¿Qué ha demostrado? —pregunté.

—¡Oh, sí, es de capital importancia! —exclamó el entusiasta joven, al tiempo que señalaba la famosa fórmula con el dedo—. Ha encontrado una fórmula para la misteriosa serie en términos de funciones analíticas conocidas, y ha deducido de ello que la serie clásica que describe el movimiento de los cuerpos es convergente, o sea, que tiene un valor real en un momento determinado, en lugar de un valor infinito, inconcreto. Esto significa que en el caso que llamamos el problema de los tres cuerpos que se perturban, es decir, el caso en el que uno de los cuerpos es muy grande en comparación con los otros dos, como una estrella y dos planetas (nuestra Tierra y Júpiter, por poner un ejemplo), se puede predecir las órbitas de los planetas, en lugar de no tener idea de si estos terminarán escapando al espacio.

—¡Cielo santo! —exclamé—. Creía que estaba bien establecido que la Tierra órbita en torno al Sol con regularidad. ¿No me estará diciendo que, sin la solución que se aporta aquí, deberíamos temer que se aleje de él en cualquier momento?

—No, no; la naturaleza de la serie nos confirma que la Tierra continuará sin duda su órbita durante muchos años todavía... ¡aunque no tantos! ¡No tenemos garantía de

que dentro de un millón de años siga todo igual!

—Oh —dije con un asomo de decepción. Entre los ciudadanos de un país tan pacífico y estable como Suecia, tal vez sea natural sentirse amenazados por la perspectiva de un desastre en un futuro tan remoto, pero a mí me preocupaban otras circunstancias mucho más inmediatas. Yo deseaba conocer el nombre del autor del malhadado manuscrito. Con todo, no me atrevía a insistir en ello pues temía recibir una nueva negativa por parte del profesor. Mis atormentados pensamientos volvieron a Arthur y lo imaginé esperando en el banquillo, callado y ausente, apenas interesado en la batalla por su destino que abogados, jueces y jurados libraban a su alrededor y en cuyo resultado le iba la vida..., ¡y el profesor hablaba de planetas! Quise intervenir, decirle lo que pensaba, pero unas lágrimas bañaron mis ojos hasta derramarse. Al advertirlo, el profesor Mittag-Leffler dio inmediatas muestras de zozobra y deambuló por la estancia con rápidas zancadas, sumido en profundas reflexiones.

—Ya sé qué la preocupa, señorita Duncan —dijo—. Sin embargo, no puedo hacer lo que desea. Aun así, no ceda a la desesperación. Puede que exista una solución.

—Por favor, dígame cuál —le supliqué, tratando en vano de dominar el temblor de la voz, al tiempo que Emily y Robert se acercaban y me rodeaban firmemente con sus bracitos, mirando al profesor con sus grandes ojos cargados de severidad y desconfianza, como cachorros en una madriguera que sospechan que la criatura que ronda la entrada es un depredador al acecho.

—Sólo se me ocurre una cosa —expuso él con voz comedida—. No podemos abrir los sobres porque el rey lo ha prohibido. El único que puede contravenir estas órdenes es el propio rey. Debemos presentarle a él su petición, señorita.

—¿Veremos al rey? —preguntó Emily con reverente asombro. En cuanto a mí, sentí que la congoja me comprimía el corazón desde todas direcciones. Imaginé que su majestad se negaría en redondo a una petición tan ridícula, en comparación con las preocupaciones de la Corona. Más todavía, temía que tuviéramos que soportar una espera interminable mientras nuestra petición era presentada con todo el ceremonial establecido.

—El asunto es desesperadamente urgente —dije al profesor—. El juicio se desarrolla desde hace ya dos semanas y el jurado puede pronunciarse muy pronto, en cualquier momento... Por lo que sé, podría incluso haber ya sentencia. ¡No hay tiempo que perder!

—Con el rey me une una buena amistad —respondió—. Le mandaré un mensaje a palacio con el recado de que se lo entreguen tan pronto se levante. Le expondré la urgencia de la situación y, por la mañana, acudiremos muy temprano a palacio para estar ya allí si nos manda llamar. Si todo resulta como usted desea..., y como también deseo yo, no tengo empacho en decirlo, me encargaré de proporcionarle a usted y a

los niños un medio de transporte a la estación y los billetes necesarios para el regreso. Me parece el mínimo servicio que puedo rendirle a la justicia en nombre de los matemáticos. Y ahora, permita que los conduzca a sus habitaciones, pues pasarán la noche aquí. Le ruego que descanse cuanto pueda; la haré llamar a las seis en punto para que estemos preparados ante cualquier eventualidad.

Vi que comprendía mis sentimientos y no tuve, por tanto, necesidad de exteriorizarlos; también me di cuenta de que el profesor estaba haciendo cuanto podía por ayudarme y de que parecía absolutamente incapaz de contrariar los deseos expresos del rey, por nimio que fuera el asunto, ni siquiera en una ocasión como ésta, en la que una vida humana estaba en juego. Apreté los dientes para impedir que estallara mi angustiada impaciencia (¡pensar, ay, que el sobre que tanto deseaba abrir estaba en aquella misma casa y que podríamos haber mirado en su interior en aquel mismo momento! Cuánto deseé, sin que me atreviera a hacerlo, sugerir que lo abriéramos discretamente, aprovechando el vapor que salía de la tetera, y que lo volviéramos a sellar después) y le di las gracias con toda la serenidad de que fui capaz. Él nos condujo amable y ceremoniosamente al vestíbulo, llamó a la rolliza criada que nos había franqueado la entrada y le dijo algo en sueco, tras lo cual la mujer nos condujo a las habitaciones de invitados, bellamente amuebladas, en las que nos encontramos en este momento. Una vez allí, tomó de la mano a los niños y se los llevó después de decirme con tono maternal algo que no entendí hasta que, por sus gestos, deduje que iba a asearlos. También se encargó de mi valija, y yo me desnudé y caí rendida en la cama. Sin embargo, tenía tal torbellino de pensamientos en la cabeza, Dora querida, que finalmente acepté que no dormiría hasta que lo hubiera puesto todo por escrito, pues hacerlo durante estas largas y terribles semanas se ha convertido en tal costumbre que ya no puedo pasarme sin ella y a veces alivia mi angustia y, por unos momentos, me devuelve la esperanza.

Ahora que te he ofrecido un relato completo de los acontecimientos de este día crucial, volveré a la cama y procuraré dormir y no darle muchas vueltas al hecho de que mañana por la mañana quizá me encuentre suplicando de nuevo por Arthur, pero esta vez no ante criadas, niños, policías, abogados o matemáticos, ¡sino ante un rey!

Por favor, reza por mí, como siempre,

Vanesa

Malmoe, sábado, 2 de junio de 188i

Oh, mi querida Dora:

¡Vaya día, éste! He aprendido muchas cosas y la realidad ha cambiado mis tontas suposiciones sobre la realeza.

Como el profesor Mittag-Leffler había prometido, nos llamaron a las seis. Una criada me trajo un té a la cama y luego me acompañó al espacioso cuarto de baño, en el que me aguardaba un baño humeante, grandes toallas y todos los lujos. Me hice una toilette completa, pues detecté que en este trato tan amable había algo más que cortesía; en efecto, no se me escapó que también formaba parte de un meticuloso programa establecido en previsión de una audiencia con el rey que yo, lo reconozco, no tenía aún muchas esperanzas de que se produjera.

Cuando busqué mi vestido gris, observé que durante la noche lo habían limpiado al vapor y lo habían planchado. Sin embargo, cuando me lo hube puesto, dudé en aparecer en público, pues todavía tenía el pelo mojado y no conseguía peinarlo. Sin embargo, la amable criada no tardó en presentarse y me lo secó a medias con la toalla, lo ahuecó con los dedos y lo cepilló cuidadosamente; luego, por señas, me dijo que fuese a desayunar y que más tarde terminaría de peinarme. Los cabellos, ya casi secos, me caían en grandes ondas sobre los hombros y me sentí algo avergonzada, como si me presentara en salto de cama, pero era preciso que bajase y lo hice.

Me encantó encontrar a Emily y a Robert ya instalados ante la bien provista mesa, dando cuenta de unas tostadas con mermelada con alegre satisfacción y riéndose al unísono, aunque por la hinchazón de sus ojos y el rubor de sus mejillas se veía que apenas acababan de despertarse. El profesor charlaba con ellos muy animadamente; al verme llegar, me invitó a la mesa y, con esa amabilidad y esa comprensión tuyas que nunca olvidaré, se refirió de inmediato a lo que más me preocupaba.

—Son las siete —me dijo, echando un vistazo al bello reloj de plata que sacó del bolsillo—. El rey recibirá el mensaje dentro de una hora. Para entonces, estaremos ya en palacio y tendremos su respuesta de inmediato.

Hizo un alto para pasarme los diversos tarros de cristal y las fuentes a fin de asegurarse de que desayunaba en abundancia y luego continuó:

—Estaba hablando con estos dos encantadores chiquillos y ahora conozco con mucho más detalle las circunstancias completas de su viaje y de su doble empresa. Me llena usted de admiración y deseo apoyarla en todo lo que pueda, pues observo

que se atreve a actos muy osados por la mera percepción de la injusticia.

Al oírlo, recordé algo.

—En este caso, señor, somos almas gemelas, pues he sabido que fue usted quien nombró aquí, en Estocolmo, a la única mujer profesora universitaria de toda Europa, cuando ningún otro país ha contemplado tal posibilidad, ni siquiera Alemania, donde por lo menos se permite que las mujeres estudien.

—Así que ha oído hablar de la famosa Sofía Kovalievskaia... —dijo con una sonrisa—. Es una de las matemáticas más destacadas del momento y lo que a otros puede haberles parecido un descrédito, a mí me resulta un gran honor y una suerte extraordinaria. Ojalá pudiera presentársela. Señorita, no me interesaré en más pormenores de lo que busca, pues entiendo que debe guardar en secreto sus sospechas hasta que se confirmen y, en cualquier caso, poco sé yo de los protagonistas, vivos o muertos. Pero si todo transcurre como usted espera y consigue que se imponga la justicia, ojalá llegue el día en que su vida se llene de paz y de tranquilidad y que tenga suficiente energía y tiempo para emprender de nuevo el largo viaje que la ha traído aquí. Yo la recibiría con el mayor de los placeres y le presentaría a mi querida Sofía, a quien complacería mucho conocerla, estoy seguro. Y, ahora, debemos preparar nuestra partida.

Nos levantamos de la mesa y la criada despojó a los niños de los amplios delantales que protegían su ropa de las gotas de mermelada y de miel que, como era de esperar, habían derramado. Sorprendida y encantada, comprobé no sólo que los niños habían sido bañados y aseados a conciencia, sino también que su ropa estaba limpia y, lo más asombroso, perfectamente seca. En la casa debía de haber un fuego muy grande para conseguirlo en tan pocas horas pues, por lo general, cuesta muchísimo que las prendas se sequen por la noche. Emily llevaba el vestido almidonado y planchado y, con sus cabellos oscuros y sedosos recogidos atrás con una cinta y los zapatos lustrados, volvía a ser la graciosa princesa a la que daba lecciones, en lugar de la animosa gitanilla que me había acompañado durante toda la semana. Robert también estaba aseado y de punto en blanco y tenía todo el aire de un chiquillo mimado de buena familia. Advertí con más claridad que nunca su delicado encanto y su profundo parecido con Edmund.

Me condujeron arriba, donde la doncella personal de la esposa del profesor —que todavía dormía— se encargó de peinarme y con fácil precisión, me recogió los cabellos en un elegante moño sobre el cual me colocó el sombrero, sujetándolo con cuidado. A continuación, me guió escaleras abajo hasta el vestíbulo, donde me esperaban el profesor y los niños, ya envueltos en sus abrigos. El elegante carruaje del profesor aguardaba ante la puerta; montamos y emprendimos el recorrido por las amplias y encantadoras calles de la capital. El profesor llevaba una cartera de cuero que contenía todo el juego de manuscritos y sobres cerrados que se presentaban al

concurso real.

No tardamos mucho en llegar al centro de Estocolmo y, antes de que dieran las ocho, nos deteníamos ante el Palacio Real, que en sueco llaman Kungliga Slottet. Este palacio, en cuyas fachadas hay nichos esculpidos que albergan armoniosas estatuas, es un edificio absolutamente regular, perfectamente cuadrado y similar por todos los costados, de cuatro pisos de altura, con un gran patio en el centro y cuatro alas simétricas que se extienden desde las esquinas, dos en la parte delantera y dos en la trasera, y entre las cuales quedan unas amplias explanadas.

El carruaje se detuvo en la explanada delantera y descendimos; de inmediato, nos rodaron los guardias uniformados, que nos interrogaron y nos hicieron esperar mientras se informaban. Finalmente, nos escoltaron al recinto del palacio. Una vez en él, nos condujeron por una serie de largos y nobles pasillos hasta una gran antecámara en la que ya esperaba buen número de personas.

—Estamos en la antesala del despacho del rey —nos informó el profesor—. Aquí trabaja y recibe visitas y peticiones. Ahora tenemos que esperar la respuesta a nuestro mensaje, que ya deben de haberle entregado. El rey no tiene tiempo que perder, así que el mensaje era muy breve; exponía la extrema urgencia de la situación y le rogaba que me concediera unos pocos minutos. Tengo con su majestad una relación cercana y de confianza y espero que nos mandará al menos una breve respuesta en cualquier momento.

En realidad, no llevábamos media hora de espera (durante la cual estuve en ascuas, no sólo por el miedo a recibir una negativa, sino también por el temor de que Emily o Robert fueran a comportarse de manera inapropiada en aquel entorno regio) cuando un guardia uniformado entró en la sala y llamó al profesor Mittag-Leffler. Hablaron un momento y el profesor se volvió a informarnos.

—El rey hará un hueco en su agenda para recibirnos a las diez, cuando termine la audiencia con el embajador danés —dijo—. Habría preferido preparar a su majestad comentándole el asunto a solas; pero, como dispondremos de poco tiempo, entraremos todos juntos. Yo hablaré primero y usted, señorita Duncan, responderá a las preguntas que él le haga. Por favor, acuérdesese de terminar cada frase con la palabra «majestad».

—Desde luego —le aseguré, bastante cohibida ante la idea de que mi falta de experiencia pudiera perjudicar de algún modo el resultado de mi solicitud. Intenté imaginarme hablando con el rey y no era fácil: pensé si no parecería una suerte de Alicia dirigiéndose respetuosamente al gato de Cheshire. La espera se prolongó y deseé vehementemente tener algo que leer. Estos largos momentos de inactividad forzosa, cuando todo mi ser exige ponerse en acción, han resultado el aspecto más torturador de todo el viaje. Sin embargo, el tiempo transcurrió; los numerosos peticionarios que aguardaban en la sala hablaban unos con otros en voz baja, por lo

que Emily y Robert consideraron que a ellos tampoco les estaba prohibido hacerlo y empecé a captar retazos sueltos del cuento de La bella durmiente, narrado con gran atención al detalle. Finalmente, dieron las diez y me pregunté qué forma adoptaría la llamada. La gran puerta doble del fondo de la antecámara se abrió y uno de los guardias uniformados apareció en el hueco y anunció con voz estentórea:

—¡El rey recibirá al profesor Mittag-Leffler y a sus acompañantes!

Nos levantamos, entre la irritación de los que habían llegado mucho antes que nosotros —y aún tendrían que esperar bastante más, probablemente— y fuimos conducidos a través de la salita anexa, cuyo principal propósito parecía ser alojar a la guardia y alejar al rey del bullicio de la antecámara, hasta el mismo despacho de su majestad, donde pude contemplar por fin al regio personaje.

El rey tiene unos sesenta años, el porte noble y altivo, el cabello canoso y escaso, la barba gris y cerrada y un bigote tan largo que se junta con la barba y se extiende luego hacia fuera en dos guías enceradas, largas como dedos. Se hallaba sentado detrás de un gran escritorio. Nosotros permanecemos de pie. Aunque no entendía una palabra de lo que decían, era evidente que su majestad invitaba al profesor a exponer el asunto con la máxima brevedad posible, pues éste habló a toda prisa. Empezó por mostrarle el montón de trabajos y de sobres sellados que traía. El rey asintió y dijo algo, y los manuscritos fueron depositados sobre la mesa. Acto seguido, el profesor continuó hablando; capté el tono de urgencia de su voz y entendí que estaba llegando al meollo del asunto. El rey respondió con un breve comentario y llamó con una campanilla. El corazón casi se me detuvo al ver que se abría la puerta y entraba un guardia, pues pensé que acababan de echarnos sumariamente. Sin embargo, el profesor estrechó la mano al rey en un gesto seco y enérgico, como si no pudieran perder el tiempo siquiera para una ceremonia tan breve, y después de decirme, «el rey la recibirá a solas», dejó que el guardia lo acompañara a la salida.

—El profesor Mittag-Leffler me ha contado que es usted la señorita Duncan, que viene de Cambridge y que está interesada en el asesinato, allí, de tres matemáticos; dice el profesor que está convencida de que la persona a la que se juzga por estos hechos, también un matemático, es inocente y, sin embargo, corre gran peligro de ser condenado. Que cree conocer el verdadero curso de los acontecimientos y que uno de los sobres que tengo aquí contiene una prueba importante de su teoría.

Entendí que un hombre como aquél fuese rey. Si el país era dirigido con parecida eficiencia, estaba gobernado espléndidamente, desde luego.

—Señorita Duncan, estoy dispuesto a abrir y leer el nombre que contiene la plica cuyo número me indique, pues no sé nada del contenido del manuscrito correspondiente. Sin embargo, no me agrada la idea de comunicarle el nombre que verá, pues no querría, al hacerlo, sugerirle el nombre del asesino. Sin embargo, si es cierto que cree estar informada de su identidad, sólo tendrá que escribir el nombre en

este papel, junto con el número del sobre que quiere que abra, y le comunicaré si acierta o no.

Me vi en un aprieto. No estaba completamente segura del autor del manuscrito: podía ser una de dos personas. Pensé en el señor Akers y su medicina. Cerré los ojos un instante, elevé una plegaria, escribí un nombre en el papel y añadí el número siete.

El rey leyó, sacó el sobre con el número correspondiente, lo abrió con un abrecartas de plata, extrajo el papel que contenía y lo miró. Todos sus gestos fueron tan firmes y precisos como lo habían sido sus palabras. Enseguida, me miró directamente a los ojos con un gesto de asentimiento.

—Sí, señorita Duncan. Acierta usted. La felicito por su perspicacia y le deseo éxito en su empresa.

El corazón se me desbocó de alivio y de triunfo. ¡Por fin lo sabía! ¡Lo sabía de veras! ¡Sólo tenía que regresar a Inglaterra a toda prisa, volando, y presentarme al juez con mis descubrimientos!

El rey alargó la mano hacia la campanilla. Noté que Emily me daba un tirón del vestido y me volví a mirarla. Parecía impaciente por decir algo, pero estaba demasiado nerviosa para articular palabra.

—¿Qué deseas, pequeña? —preguntó su majestad, dirigiendo una inesperada sonrisa a los niños, en cuya presencia no había reparado hasta entonces.

—¡Majestad, la señorita Duncan necesitará pruebas para enseñárselas al juez cuando llegue a Inglaterra, si quiere salvar al señor Weatherburn, por favor, majestad! —prorrumpió Emily, sonrojada hasta las orejas.

El rey reflexionó un instante.

—Tienes razón, niña. Aun así, no quiero hacer público este asunto. Veamos... Escribiré y sellaré una carta, para que sea abierta y leída únicamente por el juez, que usted le llevará en mi nombre. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Juez Pénrose, señor..., quiero decir, majestad.

El rey mojó la pluma en el tintero, tomó una hoja de papel bellamente grabada y escribió unas cuantas frases mientras Emily, Robert y yo intentábamos mirar a otra parte para evitar que nuestros ojos se vieran irresistiblemente atraídos hacia la página. Cuando hubo terminado, anunció:

—He escrito que ha venido usted a verme con la certeza de que la persona que usted ha nombrado era el autor del manuscrito recibido por el profesor Mittag-Leffler, y que confirmo personalmente que su suposición es acertada.

Dobló el papel, lo introdujo en un sobre también grabado con su corona y estampó en él la marca de un sello de gran tamaño, impresionante, de lacre rojo. Con su caligrafía amplia y noble, dirigió el sobre al «Juez Penrose, Cambridge, Inglaterra» y me lo entregó. Después nos estrechó la mano uno por uno y dijo a Emily:

—Has sido muy servicial, pequeña.

—¡Oh, gracias, majestad, gracias por todo! —musitó ella.

El rey tomó el abrecartas de plata y se lo entregó, sonriendo.

—Quédate esto como regalo —dijo—. Así, siempre recordarás a tu amigo, el rey de Suecia. Deseo a todos *bon voyage*.

Mientras aún intentábamos balbucir unas palabras de agradecimiento, tocó la campanilla y entró el guardia.

Salimos enseguida. Casi me fallaron las rodillas y apreté el sobre en mi mano, mientras Emily hacía lo mismo con su regalo. El guardia nos condujo a otra antecámara, donde nos esperaba el profesor.

—¿La entrevista ha ido bien? —preguntó de inmediato.

—¡Sí! —exclamé— Su majestad abrió la plica; no quiso decirme qué nombre había en ella, sino que me invitó a que se lo dijera yo y, a continuación, confirmó que era el mismo. Le ha escrito una carta al juez —le mostré el sobre.

—Es usted muy afortunada —comentó él—. Guárdela con cuidado. Ahora, la acompañaré a organizar su regreso a Inglaterra. Desearía obsequiarle una pequeña caja fuerte para que lleve esta importante misiva, pues el riesgo de que la perdiera o se la robaran es demasiado grande.

Intenté resistirme, pero el profesor lo tenía todo dispuesto. Llegó su carruaje y montamos en él; entonces, indicó a uno de los lacayos que se apeara, comprara la caja fuerte y fuese a encontrarnos a la estación del ferrocarril; a continuación, seguimos camino hasta ésta y el profesor nos acompañó hasta la taquilla y allí —oh, Dora— nos compró y pagó de su bolsillo billetes en primera clase hasta el mismo Londres, además de anotar en un pedazo de papel el nombre de la pequeña «pensión» de Malmoe donde nos encontramos en este momento. El criado llegó con una pequeña caja de caudales plana, indicada para guardar documentos; casi religiosamente, el profesor introdujo en ella la carta real junto con el abrecartas de Emily, cerró y me entregó la llave, recomendándome que la ocultase lo mejor que humanamente pudiese.

—¡Si tuviera las enaguas de Rose! —exclamó Emily mientras yo intentaba encontrar un escondite para la caja fuerte, además de para la llave.

—¿Puedo serle de utilidad en algo más antes de su partida? —preguntó el amable profesor.

—¡Oh...! Deberíamos mandar un telegrama a mi madre —apuntó Emily—. Deberíamos haber enviado uno cada día, pobre madre, realmente...

—Yo lo mandaré, tan pronto parta el tren —le aseguró él con una sonrisa—. ¿Por qué no escribimos el texto entre los dos, ahora? —añadió y, sacando un pedazo de papel del bolsillo (parece que los matemáticos siempre llevan encima una provisión de estos papelillos infinitamente útiles), garabateó unas palabras—. ¿Qué te parece esto?: «2 de junio de 1888: Emily y Robert han conocido al rey de Suecia esta

mañana; hoy parten de Estocolmo hacia Malmoe, camino de Londres».

—Nooo —respondió Emily—. Eso no se lo creerá. ¡Pensará que nos hemos vuelto locos por el camino!

—Está bien así —intervine yo—. ¡Es la pura verdad! Y ahora, vamos. Debemos regresar a Cambridge con la máxima rapidez posible; creo que podríamos estar de vuelta dentro de tres días.

—¡Dentro de tres días! ¡Eso es casi imposible! ¡Van a dejarse la salud, si viajan tan deprisa!

—Es preciso. ¡Cada día que pasa es importantísimo! El jurado puede estar deliberando en este mismo instante. Esperemos que el señor Haversham tenga suficientes testigos, sean quienes sean. ¡No podemos demorarnos ni un minuto!

—Tiene usted razón —asintió el profesor—. Su valor es admirable, señorita. Le deseo que tenga éxito y la mejor de las suertes. Márchense enseguida; yo pondré el telegrama de inmediato.

—¡Por favor, envíe otro al juez: Juez Penrose, Tribunales de Justicia, Cambridge! ¡Dígale que voy a presentarme con nuevas pruebas! —le grité mientras subíamos al vagón.

Qué gente admirable son los suecos. En su tranquilo y hermoso país, una creería que apenas pueden darse los errores de la justicia y que todos y cada uno de sus habitantes tienen el tiempo y los medios para solventar cualquier dificultad. Pero tal cosa es imposible; sólo debe parecérmelo porque me codeo con una clase social que trata con reyes y viaja en lujosos vagones de primera clase que más parecen pequeños salones que trenes.

Querida, me siento llena de una renovada esperanza que crece dentro de mí como si fuera levadura, hasta el punto de que casi olvido, por momentos, que Arthur sigue estando en grave peligro y que tal vez llego demasiado tarde. Rezo constantemente para que no sea así y noto que tus plegarias se unen a las mías.

Buenas noches,

Vanessa

Ostende, martes, 5 de junio de 1888

¡Oh, Dora, socorro!:

Te escribo desde Bruselas, donde llegamos anoche. ¡Ojalá pudiéramos viajar más deprisa! Por mí, habríamos seguido toda la noche, pero los trenes no viajan en horas nocturnas. Además, ayer calculaba que no estaba todo perdido, que avanzábamos con la máxima rapidez posible y que en este preciso instante —es aún por la mañana temprano— estaríamos ya embarcados con rumbo a Dover, y de ahí a Londres..., ¡y en Cambridge antes del anochecer! Pero todos mis planes se han ido al traste y nos encontramos inmovilizados aquí, en el puerto de Ostende, ya que por la noche se ha desatado una gran tormenta en el canal y los transbordadores no pueden zarpar. ¿Cómo he de interpretar esto? ¿Será un castigo divino por algo que he cometido? No, no debo ceder a la desesperación. Los barcos están prestos y sólo debemos esperar a que la tormenta amaine.

La lluvia ha caído de forma torrencial toda la noche, acompañada de potentes truenos y de relámpagos sobrecogedores, por lo que Robert no podía dormir y se ha acurrucado en mis brazos, tembloroso. He estrechado su frágil cuerpecillo contra el mío y nos hemos consolado mutuamente. La mañana ha tardado una eternidad en llegar, aunque al final hemos conseguido echar una cabezada. Ojalá que, al despertar, hubiera encontrado un cielo radiante y despejado de nubes, pero no ha sido así, pues continúa lloviendo con extrema violencia y, aunque los truenos han cesado, el oleaje sigue batiendo la costa e imagino que la travesía resultaría desesperadamente peligrosa y aterradora. No se puede hacer otra cosa que esperar y rezar. He llevado a los niños a una cafetería donde ahora intentamos soportar estas horas de tedio con cafés y chocolates, nata y croissants. Los chiquillos están tan impacientes como yo; Robert está muy cansado y Emily, muy nerviosa ante la perspectiva de tener que encontrarse con su madre y, sobre todo, temerosa de su reacción por la llegada del pequeño.

—Le diré que si intenta enviarlo lejos, incluso a un internado, volveré a escaparme —decía hace un momento, con rotundidad.

—No, Emily, no hagas tal cosa —me he apresurado a replicar—. Debes emplear tu relación íntima y tierna con tu madre para convencerla, sin amenazas.

—Quizá tenga razón, señorita —ha dicho ella tras reflexionar—. Madre suele prestarme atención cuando le digo algo. Pero no siempre. Hace casi dos meses, se

negó a traer a Robert. Oh, ¿qué voy a hacer si vuelve a rechazarlo ahora? No logro entender por qué habría de hacer tal cosa. ¿Cómo puede alguien querer deshacerse de un huerfanito encantador?

He intentado imaginar qué sentimientos podía albergar la señora Burge-Jones hacia aquel chiquillo, que era fruto de las relaciones desastrosas y prohibidas de su marido con una amante a la que quería con más ternura que a la propia esposa, y he improvisado una explicación de tales asuntos que conmoviera a la pequeña sin nublar su luminosa visión del mundo. Emily me ha escuchado atentamente, pero sigue insistiendo en que el niño no tiene culpa y que no debe ser castigado.

—Los sentimientos son muy poderosos, y no siempre justos —le he dicho, pero al ver que sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas, me he apresurado a añadir—: Sin embargo, no pretendo convencerte de que tu madre hará lo que más temes. Por favor, ten paciencia hasta que la veas y conserva la calma, sin apasionarte, incluso cuando trates el asunto con ella.

—Entonces, usted tampoco debe impacientarse —ha respondido a esto, con una sonrisa—. Y tal vez no tengamos que esperar aquí mucho rato más, pues creo que la lluvia está amainando un poco.

Sí, amaina un poco, aunque todavía llueve a mares, de modo que voy a terminar esta breve misiva y volveremos al puerto para ver cuándo podrán zarpar los barcos. La jornada en el Palacio de Justicia empieza a las nueve y finaliza a las cinco; ¡si no salimos hasta el mediodía, llegaré demasiado tarde!

Que Dios me ayude,

Vanesa

Cambridge, miércoles, 6 de junio de 1888

Mi querida, queridísima Dora:

Por primera vez en varias semanas, te escribo con el corazón tranquilo, aunque todavía me siento un poco aturdida y asombrada por todo lo que ha sucedido.

Ayer, la tormenta se calmó finalmente y los transbordadores pudieron zarpar hacia el mediodía. ¡Qué largo resultó el trayecto hasta Cambridge, qué espantoso, qué dolorosamente interminable! A la torturante lentitud de la travesía en barco siguió la espera de un tren a Londres y, de allí, a Cambridge. Habría enviado un telegrama avisando de que estaba llegando, pero no se me ocurrió a quién mandárselo, pues dudaba de que hubiese alguien en casa.

¿Y quién creerías que nos esperaba en el muelle, como un faro encendido, cuando descendimos del transbordador? ¡La señora Burge-Jones, precisamente! Al vernos, la mujer corrió hacia nosotros con la emoción desatada y nos acogió a los tres en sus brazos; gruesos lagrimones bañaban su rostro mientras besaba a su hija y le contaba entre hipidos lo preocupadísima que la había tenido. Llevaba esperando los barcos del continente desde primera hora de la mañana, había pasado largas horas de zozobra mientras se prolongaba la tormenta y más tarde, cuando varios transbordadores llegaron a puerto al mismo tiempo y temió no encontrarnos entre la multitud. ¡La querida señora Burge-Jones! Aprecié que durante nuestra ausencia había librado su propia lucha interior y que había tomado la decisión de portarse con el pequeño Robert ni más ni menos que como si su llegada fuese un hecho previsto y acordado; lo abrazó y lo besó y lo montó ágilmente en el vagón del tren con la práctica que le daban los años de oficiar de madre. Era sorprendente: lo trataba exactamente como si fuera un hijo más; no uno recién adoptado, sino el niño al que veía cada día y cuya presencia era una realidad presente, sencilla, natural, necesaria y tierna. No se molestó en saber algo de él haciéndole preguntas, sino que fue al grano de inmediato, admiró su locomotora, sacó una cesta de cosas deliciosas para comer y —¡oh, alegría en medio de mis temores!— los billetes de primera clase para todos en el tren de Cambridge.

Así pues, aunque el viaje se presentaba largo y cansado, por lo menos transcurrió con comodidad entre la alegría del reencuentro. Aunque no estaba segura de que la señora Burge-Jones hubiera seguido el juicio de Arthur, me apresuré a preguntarle si estaba al corriente de alguna novedad y si el señor Morrison había recibido mi

telegrama y había podido hacer algo al respecto.

—Pues usted sabe que he estado en Bélgica y en Estocolmo para reunir pruebas en su defensa y debo comparecer inmediatamente en el tribunal para presentárselas al juez —le expliqué. Me miró y consultó su reloj.

—Con la preocupación por los niños, me había olvidado por completo, mi querida jovencita —dijo luego, con abatimiento—. Observe qué hora es; temo que corre usted el riesgo de encontrar concluido el juicio y al acusado, condenado.

—¿Qué? —exclamé. Mis peores temores se hacían realidad.

—Charles me ha contado que los últimos testigos declararon ayer y que, cuando el juez recibió su telegrama, lo leyó y anunció a la sala que los alegatos finales de los abogados empezarán hoy por la mañana y que, si no se presentan nuevas pruebas a las cinco en punto de la tarde, ordenará que el jurado se retire a deliberar. No sé cuánto durarán esos parlamentos, pero si terminan y el jurado delibera, todo el mundo cree que tomará un acuerdo en pocos minutos. El señor Haversham se ha esforzado, pero su línea de defensa se derrumbó por completo con la declaración de las dos mujeres de Londres y desde entonces no se ha rehecho, aunque ha presentado gran cantidad de testigos de toda clase de prolijos detalles que no han demostrado nada. Me parece que, simplemente, ha tratado de ganar tiempo con la esperanza de que usted regresara. ¡En cualquier caso, puede usted confiar en que alargará su declaración final todo lo humanamente posible!

Desfallecí de consternación y, reclinándome en el respaldo con desaliento, cerré los ojos y procuré recuperar el ánimo. Emily, mientras tanto, ardía en deseos de hablar con su madre, pero dudaba en hacerlo, tanto por la falta de intimidad como por miedo, tal vez, a lo que habría de escuchar. Cuando callé, empezó a charlar de esto y de lo otro, como si buscara una vía de entrada. Finalmente, preguntó:

—¿Cómo está Edmund, madre? ¿Se encuentra mejor?

—Sí, ha mejorado, querida —respondió la madre dulcemente—. Pero cuando te fuiste, estuvo terriblemente enfermo. Tenía fiebre y deliraba. Incluso el doctor temía por él. Nada de cuanto le administraba lo calmaba y, al final, vino a decirme que la enfermedad de Edmund era nerviosa y que se la había producido el miedo. Me preguntó qué era lo que temía hasta el punto de que, para evitarlo, llegaba a caer enfermo durante semanas enteras.

—¡Oh, madre, ya sabes de qué se trata...! —apuntó Emily.

—Sí, ahora ya lo sé. Antes también lo sabía, porque me lo dijiste muchas veces, pero nunca me explicaste todo lo que Edmund te contaba. Aunque tal vez, si lo hubieras hecho, no habría sido capaz de creerte. Ahora he estado días enteros en su habitación, hija, y sé que llora en sueños y que habla de la escuela cuando delira.

—Entonces, ¿no volverás a mandarlo allí? ¿Se lo has dicho?

—Naturalmente; cuando el doctor me hizo esa pregunta, enseguida comprendí a

qué se refería y le expuse que Edmund tenía miedo de que volviera a enviarlo allí. Me aconsejó que si quería que se recuperara, empezara desde aquel mismo instante a asegurarle, las veces que hiciera falta, que no volverá a pisar otro internado. «Y procure que sea así», añadió, «porque otro episodio como éste, que puede deberse a la ausencia de la hermana en cuya protección confiaba, le resultaría fatal».

—¿Y se lo dijiste, y ha mejorado?

—Sí, se encuentra mejor, aunque aún está pálido y débil... y esperando impaciente tu regreso, Emily, y la llegada de Robert. Y, hablando de ellos, he pensado... Señorita Duncan, he tenido una idea acerca de los dos chicos que... que apenas me atrevo a proponerle.

—¿De qué puede tratarse? —inquirí, sorprendida de que me dirigiese la palabra en mitad de aquella conversación familiar privada.

—Es usted una joven audaz y arrojada, señorita Duncan, y gracias a gente como usted cambian los tiempos y se modifican las ideas preconcebidas —comentó con aire reflexivo—. No sé si se habrá preguntado alguna vez por qué los niños y las niñas han de ser educados por separado y de diferente manera.

—No, nunca me había hecho tal pregunta, exactamente —reconocí—. Me limitaba a considerar que era una idea ridícula y bastante lamentable.

—¿De veras? —dijo ella con vehemencia—. ¿Y que opinaría usted de completar su clase con la incorporación de dos chicos?

Me eché a reír.

—Por mí, estaría encantada —respondí—. Estoy perfectamente preparada para ocuparme de ellos. Lo único que espero es que no vaya a perder a todas mis demás alumnas, por ese motivo.

—Hablaré personalmente con las demás madres —se comprometió ella—. Si veo que se oponen a la idea, estudiaremos qué camino tomar, pero estoy convencida de que buena parte de ellas estará dispuesta a seguir mi ejemplo e inscribirán en la escuela a los hermanitos de sus hijas; por lo menos, a los menores de cierta edad.

Debo reconocer, Dora, que la perspectiva me encantó. Una clase entera de niños y niñas juntos... Me pareció tan natural y tan moderno que encajaba perfectamente con mis gustos. Bromeé con el pequeño Robert:

—¿Vendrás a verme para que te dé lecciones por la tarde, entonces? ¿Querrás, Robert, quizá? No enseño francés en clase porque no lo hablo, ¿sabes? Pero ahora puedes ocupar mi lugar y enseñárselo a los demás niños... y yo podré anunciar que ofrezco clases de francés. ¡Me haré rica!

—Antes de entusiasmarse demasiado —intervino la señora Burge-Jones—, me gustaría que tuviera presente que, aun si las madres de sus pupilas actuales acceden a tal arreglo, sigue corriendo el riesgo de que la comunidad, en general, la considere involucrada en un proyecto escandaloso. Debe meditar con detenimiento cuál sería su

posición en semejante situación. Podría suceder incluso, y me pongo en el peor caso posible, que su casera se negara a tener tal escuela en sus salones. De suceder tal cosa, con gusto le ofreceré trasladar el aula a mi casa.

—¡Oh, sí, sí! ¡Eso sería maravilloso! —prorrumpió Emily.

—Vamos, hija, no nos corresponde a nosotras decidirlo —dijo la madre—. Tenemos que ver cómo resultan las cosas.

Yo me sentía cada vez más inclinada a seguir mi primer impulso, actuar con valentía y arriesgarme al escándalo.

—No podría provocar más escándalo que con lo que me dispongo a hacer dentro de muy poco —murmuré, tratando de imaginar mi llegada al tribunal.

Ya no faltaba mucho para las cinco, pero estábamos camino de Cambridge y el tren avanzaba velozmente por la verde campiña. Consulté la hora por enésima vez.

—Quizá no sea demasiado tarde —añadí. —Depende de las exposiciones finales de los letrados —dijo la señora Burge-Jones—. Si, como imagino, el señor Haversham alarga su parlamento hasta la hora límite señalada, el jurado no se retirará a deliberar hasta esa hora. Ya queda muy poco para las cinco y no podemos hacer otra cosa que tener paciencia; tan pronto nos apeemos en Cambridge, tomaremos un coche de punto que la lleve al juzgado.

El tren entraba ya en la población. Borré de mis pensamientos la excitante perspectiva de convertirme en el nuevo escándalo de la ciudad por introducir un inaudito y moderno método educativo y me concentré en preparar lo que diría cuando me presentara en el tribunal y lo que haría para convencer al juez de que me escuchara, aunque no llegase en el plazo señalado e incluso si Arthur ya había sido condenado o, por lo mismo, incluso si lo habían colgado.

Abrí la valija y saqué el fajo de papeles que contenían la prueba inculpatoria que había conseguido reunir.

—Bien —dijo la señora Burge-Jones—, yo me ocuparé de llevar a casa su equipaje y... Tenga, puede quedarse este bolso de piel para los papeles... —Sacó sus cosas del bolso y las guardó en la cesta del picnic con unos gestos que, a pesar de su rapidez, nunca dejaban de ser encantadoramente precisos y señoriales—. Y ahora, querida mía, deje que le eche un vistazo. Aquí, tal vez con un peine... No, no, déjeme hacerlo a mí, puesto que no tiene espejo...

Me quitó el sombrero, retirando con cuidado los alfileres que lo sostenían en su sitio, y me peinó con cuidado. Cuando terminó, después de volver a colocar un par de alfileres, retrocedió un paso y me contempló con ojo crítico.

—Tome, querida, póngase el mío...

Y, antes de que pudiera decir palabra, se había despojado de su tocado y me lo colocaba delicadamente en la cabeza.

Era un sombrerillo de terciopelo negro realmente encantador, de esos que son

muy caros y muy sencillos y que sólo llevan las damas que pueden permitirse tener muchos. Miré a la madre de Emily y comenté que, en realidad, era demasiado elegante para el vestido.

—En absoluto —dijo ella—. Todo lo contrario. Tiene usted una figura encantadora y su manera de andar, junto con el sombrero, dan prestancia a la sencillez del vestido. No puedo ayudarla mucho en este momento difícil y crucial, pero hay algo que sí puedo hacer: asegurarme de que su apariencia contribuye a impresionar favorablemente al juez. Bien, ya estamos en la estación. La ayudaré a encontrar un carruaje.

Nos apeamos rápidamente y, aunque todos los viajeros buscaban coche, el gesto simple y distinguido de la señora Burge-Jones fue el primero en ser atendido. El cochero, que lucía sombrero de copa, se detuvo delante de ella con visible respeto, se descubrió y abrió la puerta del cabriolé. La madre de Emily me instó a subir y entregó al hombre un billete y la dirección del juzgado.

—Gracias, muchísimas gracias —le dije al tiempo que el cochero azuzaba los caballos.

—Le deseo valor —respondió ella.

—Madre, por favor, ¿no podemos ir nosotras, también? —prorrumpió Emily cuando ya me alejaba.

—¡Desde luego que no! ¡No es lugar para niños! —replicó la madre, y se la llevó calle abajo, casi a rastras, mientras el cabriolé doblaba la esquina.

—¿Tiene mucha prisa, señora? —me dijo el cochero con simpatía.

—¡Oh, sí, no podría tener más urgencia! —respondí.

De pronto, toda la aprensión que había experimentado pareció desvanecerse. Sentí como si el tiempo se hubiera detenido y no fuese a proseguir su constante caminar hasta que yo llegara al tribunal. Avanzamos al trote con bastante rapidez y el cochero se ocupó de adelantar a otros vehículos, maldiciendo enérgicamente a sus conductores cuando lo hacía, hasta que por fin se detuvo frente a la imponente entrada, se apeó de un salto y abrió la portezuela para ayudarme a bajar. Acababan de dar las seis.

—Aquí estamos, señorita —dijo el hombre—. El servicio está pagado. Apresúrese, pues.

Añadí la caballerosidad del cochero y su amable disposición a ayudarme a los otros bellos gestos de generosidad que he encontrado en mi larga aventura, todos los cuales guardaré en mi corazón como un tesoro y recordaré más adelante con emoción; salté del carruaje y, mientras volvía la cabeza para decirle, «¡espero que volvamos a encontrarnos algún día!», subía la carrera la escalinata que conducía a la imponente entrada.

Empujé las puertas, accedí al vestíbulo y me dirigí de inmediato al conserje.

—Por favor, ¿puede decirme dónde se celebra el juicio de la Corona contra el señor Weatherburn? ¿Ha concluido ya?

—No, señorita. El jurado ya está reunido, desde hace un cuarto de hora. ¡Vaya alegato tan terriblemente largo ha hecho el abogado defensor! La mayoría de los asistentes se ha quedado dormido. No se espera que el jurado se demore mucho. El juez detuvo brevemente el juicio este mediodía, dicen que para dar tiempo a que se presentara otro testigo, pero al final ha ordenado proceder con la exposición de las conclusiones definitivas.

—Soy esa testigo que esperaba y acabo de llegar —dije—. ¿Podrá usted entregar un mensaje urgente al juez, inmediatamente, e indicarme por dónde se va a la tribuna del público?

—¡Oh! Señorita, puede que ya sea demasiado tarde... —respondió el hombre con una expresión muy dubitativa. Con todo, me ofreció papel y pluma e indicó con el pulgar la puerta que tenía a su espalda. Con toda la rapidez de que fui capaz, escribí unas palabras al juez, pasé el secante, entregué el papel al conserje y corrí a la tribuna del público.

Esperé allí unos angustiosos minutos. El jurado seguía reunido y la gente de la grada intercambiaba comentarios en voz baja. Al parecer, todas las opiniones coincidían en que el resultado del juicio era muy previsible y en que habría sentencia muy pronto. Contemplé a Arthur y una ternura agónica atenazó mi corazón. Parecía un hombre que hubiese abandonado apaciblemente el torbellino de la vida mundana; no me miró, ni levantó la vista una sola vez, ni notó mi mirada ardiente fija en él, sino que permaneció absolutamente inmóvil, como quien ha aceptado serenamente la derrota y la muerte. Era evidente que, como el público de la grada, no tenía la menor duda de que sería declarado culpable. No conservaba el menor asomo de esperanza; Arthur no era hombre de carácter combativo y su reacción a los golpes del destino había sido la de recluirse en sí mismo y llevar en silencio su desesperación. Al verlo en aquellas condiciones, mi corazón pareció detenerse.

De repente, al fondo de la sala, se abrieron dos puertas simultáneamente. Por la izquierda apareció un alguacil, quien procedió a sujetar la puerta para dar paso a los miembros del jurado. Uno tras otro, los doce hombres ocuparon sus asientos en el estrado. Por la otra puerta entró un ujier jovencísimo, pulcramente vestido, que traía mi mensaje. Lo presentó respetuosamente al juez y se lo entregó con una reverencia y unas palabras en voz baja.

Contuve la respiración. El juez leyó mi nota y levantó la vista. Miró al jurado, miró al público y adoptó un aire reflexivo. El portavoz del jurado esperó pacientemente la indicación de que procediera a la lectura del veredicto. Por fin, el magistrado se volvió hacia él.

—Miembros del jurado —dijo—, ¿han alcanzado un veredicto?

—Sí, señorita —respondió el hombre.

Todos los presentes sabían cuál sería la siguiente frase del juez y cuál la respuesta del portavoz. Me faltaba el aliento. Contuve el impulso de incorporarme de un salto y ponerme a gritar y me concentré en el magistrado, rogando que dijera algo diferente. Abrió la boca.

—Señores miembros del jurado —dijo—, han trabajado largamente y a conciencia en este caso. Ahora, por fin, han concluido su trabajo, pero voy a hacerles una petición muy inhabitual. Voy a pedirles que reserven la decisión que han tomado y que escuchemos la declaración de un testigo de última hora, que acaba de llegar del extranjero. Como bien sabrán y todos han oído, este tribunal había decidido prescindir del testimonio de esta persona si no se presentaba antes de las cinco en punto de hoy, puesto que se ha tomado declaración a todos los demás testigos y la conclusión del juicio no puede retrasarse indefinidamente. Sin embargo, ahora está aquí y parece que trae una prueba que puede ayudar a evitar un grave error de la justicia. Por ello propongo a los letrados de la acusación y de la defensa, así como a ustedes, miembros del jurado, que se escuche al testigo. Se trata de una mujer que ya ha sido llamada a declarar durante el proceso. Después de escuchar su testimonio completo, propondré un aplazamiento hasta mañana, si el Ministerio Fiscal desea interrogar a la testigo; de lo contrario, las dos partes podrán exponer de nuevo sus conclusiones definitivas, con brevedad —al decir esto, miró fijamente al señor Haversham—, y ustedes, miembros del jurado, podrán deliberar de nuevo. Ahora, querría saber si se encuentra en la sala la señorita Vanessa Duncan.

—Sí, yo soy —respondí con firmeza mientras me ponía en pie en mitad de la tribuna del público.

—Entonces, señorita, a pesar de su proceder sumamente heterodoxo, la invito a subir al estrado de los testigos —dijo el juez Penrose con voz benevolente.

Dejé la tribuna del público por la misma puerta por la que había entrado y pedí al ujier que me condujera al estrado. Así lo hizo y recorrí el pasillo de acceso y ocupé mi lugar en el estrado con buen ánimo, consciente de la importancia de los documentos que guardaba en la cartera de piel y de la serena elegancia que me confería el sombrero de la señora Burge-Jones.

—Señorita Duncan —dijo entonces el magistrado—, ya ha sido llamada a declarar por las dos partes en este juicio. Sin embargo, en su nota dice que la información que trae es completamente nueva. La situación en la que nos encontramos en este momento es de lo más inusual y, por tanto, voy a utilizar procedimientos inusuales. La invito a que, simplemente, exponga con sus propias palabras lo que tenga que decir, sometiéndose a las objeciones que formule el tribunal si en alguna parte de su testimonio recurre usted en exceso a suposiciones o a hechos conocidos de oídas.

—Gracias, señorita —respondí, tratando de dominar la voz, que me fallaba un poco a causa de mi súbito nerviosismo. A continuación, inicié la exposición—. Querría relatar a los miembros del jurado y a todos los presentes en la sala una serie de hechos destacados acerca del asesinato de los tres profesores de matemáticas, los señores Akers, Beddoes y Crawford. Creo que he podido reconstruir toda la secuencia de acontecimientos que condujo a su muerte y he hecho cuanto era posible por sustanciar con pruebas concretas cada una de mis afirmaciones. Querría, si se me permite, efectuar una narración completa de los hechos, aunque pueda llevar cierto tiempo.

—Adelante, por favor —asintió el juez.

—Empezaré, pues, por el rey Óscar II de Suecia y el anuncio del Concurso del Aniversario. La convocatoria apareció en el volumen 7 de la publicación *Acta Mathematica*, que corresponde a los años 1885-1886. Tengo aquí una traducción de este anuncio.

Abrí la cartera y extraje la traducción que hizo para mí el señor Morrison en esa feliz ocasión, que tan lejana parece ya, en que nos juntamos a tomar el té con Emily. Entregué el papel al juez, que le echó un vistazo y lo pasó a los abogados, que lo hicieron llegar al jurado.

—Como verán, la fecha límite para la presentación de trabajos a concurso era el 1 de junio de 1888, hace apenas cuatro días, y el premio, consistente en una cantidad en metálico y una medalla de oro, por no hablar del gran honor que acarrea el galardón, es sustancioso. El objeto principal de la competición es el que se conoce como problema de los n cuerpos, donde n es cualquier número de cuerpos o partículas sometidas a las leyes de la física que se conocen como leyes de Newton. Éste resolvió el problema del comportamiento de tales cuerpos cuando sólo hay dos de ellos, pero hasta la fecha no se ha encontrado solución cuando los cuerpos son tres o más.

»Pues bien, resulta que los expertos más destacados en éste y en los otros problemas propuestos en el anuncio del concurso no son matemáticos británicos, sino franceses y alemanes. He oído mencionar repetidamente el nombre de un tal Henri Poincaré como uno de los participantes de quien más se espera que presente nuevas soluciones geniales. No obstante, como se puede observar en el anuncio, el concurso estaba abierto a todos los matemáticos, de cualquier nacionalidad. Y aquí, en Cambridge, tres de ellos, especialistas en temas relacionados con tales problemas, decidieron unir fuerzas y colaborar, manteniendo una total discreción, para ver si sumando sus respectivas capacidades podían descubrir la solución. Estos tres matemáticos eran los señores Akers, Beddoes y Crawford.

»En este punto, querría presentar una segunda prueba material. Se trata de la agenda personal del señor Akers. La he obtenido de la hermana de éste, la cual reside en Bélgica en la actualidad y a quien la policía envió los efectos personales del

difunto. En esta agenda, en las fechas de 18 de octubre, 13 de diciembre y 14 de febrero, encontramos la siguiente anotación: "ABC 14 horas". La misma anotación aparece en una fecha posterior a la muerte del señor Akers, el 17 de abril. Obsérvese que el denominado ABC se citaba con regularidad cada dos meses, un martes por la tarde.

»Es evidente que ABC significa Akers, Beddoes y Crawford, y que el propósito de estos encuentros periódicos era colaborar y combinar esfuerzos con vistas a encontrar una solución, al menos parcial, al problema de los n cuerpos, y hacerlo a tiempo de presentar el trabajo al concurso del rey Óscar. Recuérdese que la señora Wiggins declaró que de vez en cuando se reunía en los aposentos del señor Crawford un reducido grupo de visitantes; en concreto, declaró haber limpiado los rastros de una celebración con whisky en la que participaron tres personas, a mediados de febrero. Sin duda, el desorden de la habitación era consecuencia de la reunión del 14 de febrero. En cuanto a celebrar siempre estos encuentros en martes por la tarde, se comprobará con facilidad que debía de ser el día y momento más adecuado de la semana, en el que los tres tenían un hueco simultáneamente en su horario de clases y tutorías.

»Después de establecer el vínculo entre estos tres matemáticos, me gustaría insistir en el hecho de que decidieran mantener en secreto sus esfuerzos, tal vez para evitar el posible descrédito público si el resultado era decepcionante. No obstante, los tres eran humanos y les resultó difícil mantener una discreción absoluta en torno a sus actividades. Cuando un matemático elabora una idea especialmente brillante, es natural que desee compartir su descubrimiento y me consta que varios de sus colegas, por lo menos, tenían una vaga idea de que los señores Akers y Crawford andaban trabajando en el problema de los n cuerpos. El señor Beddoes, en cambio, era reservado en extremo. En mi presencia, al enterarse de que el señor Akers había hablado de la cuestión con el señor Weatherburn y de que el señor Crawford parecía estar trabajando en secreto por su cuenta, reaccionó con sorpresa e irritación, que se apresuró a justificar con la ridícula observación de que tanto este último como Akers eran absolutamente incompetentes para abordar semejante problema. Recuerdo la escena con claridad aunque, en aquel momento, ignoraba que su irritación fuese una reacción natural al enterarse de que sus dos colegas, cada uno por su lado, se dedicaban a propalar vagas insinuaciones que contradecían la promesa que se habían hecho de guardar secreto. No sé de nadie que fuese informado explícitamente de que trabajaban en colaboración ni de las reuniones regulares, pero parece evidente que éstas se produjeron.

»Ahora, permítanme exponer los hechos del 14 de febrero y del asesinato del señor Akers. En esa fecha, a las dos de la tarde, se produjo una reunión de matemáticos que, según el testimonio de la señora Wiggins, tuvo lugar en los

aposentos del señor Crawford.

»Nunca sabremos qué sucedió durante la reunión, exactamente, puesto que los tres únicos testigos han muerto. Sin embargo, a juzgar por los sucesos posteriores, debió de transcurrir más o menos como sigue. En algún encuentro anterior, el señor Crawford, que tenía fama de matemático brillante e inventivo aunque falto de rigor, debió de sembrar el germen de alguna idea excelente encaminada a la solución del problema de los n cuerpos, y los tres matemáticos pasarían los dos meses posteriores trabajando sobre dicha idea, o sobre otras propias, con la esperanza de encontrar algún nuevo elemento que presentar a la siguiente reunión. El caso es que, en alguna fecha previa al encuentro del 14 de febrero, al señor Akers se le ocurrió una idea de lo más extraordinaria; una idea de carácter fundamentalmente computacional, con fórmulas explícitas, que podía complementar la del señor Crawford y hacerla fructificar. En concreto, creyó posible adaptar la idea de éste para obtener una solución completa del problema de los tres cuerpos, que es el primer caso particular irresuelto del problema general de los n cuerpos. Antes de la reunión con sus colegas, el señor Akers había verificado su idea y la había desarrollado en cierta medida, además de esbozarla en un texto, escrito sin esmero, que ocupaba varias hojas. Enseguida, llevado por el entusiasmo ante tal descubrimiento, empezó a subestimar la importancia de la contribución del señor Crawford y a considerar que había resuelto el problema él solo. Creo que acudió a la reunión con la intención de anunciar a sus colegas que había descubierto la solución al problema de los tres cuerpos y que se proponía continuar su investigación hasta el final y presentar un trabajo al concurso por su cuenta.

»Los señores Beddoes y Crawford debieron de molestarse mucho y discutieron con él. Los matemáticos tienden a ser muy picajosos en cuanto a la titularidad de las ideas y es muy probable que si sus colegas hubieran considerado que la idea del señor Akers era absolutamente independiente y original, habrían estado dispuestos a felicitarlo. Sin embargo, al escuchar su exposición, los dos debieron de considerar que tal idea no era tanto un nuevo enfoque de la cuestión como una manera brillante de hacer funcionar la del señor Crawford. Imagino que entonces tuvieron una gran bronca, durante la cual el señor Crawford, en presencia de sus colegas, dio cuenta de media botella de whisky él solo, como solía hacer en momentos de tensión o excitación extremas.

»El señor Akers abandonó la estancia y se dirigió a la biblioteca, concentrado en su descubrimiento más allá de consideraciones morales. El señor Crawford no se movió de sus habitaciones y volvió a estudiar a fondo su propia idea, reflexionando sin duda que si el señor Akers había sido capaz de sacar provecho de ella, él también tenía una oportunidad de llegar al mismo resultado, aunque su talento brillara más en otras direcciones. Por su parte, el señor Beddoes debió de considerar sencillamente

intolerable, bajo cualquier concepto, la conducta del señor Akers, por lo que tomó la decisión de impedir que éste continuara su trabajo en solitario y de obligarlo a compartirlo. En cualquier caso, se encaminó también a la biblioteca de la universidad y allí descubrió a su colega entre las estanterías, charlando en voz baja con el señor Weatherburn. Escuchó cómo el señor Akers era incapaz de guardarse el secreto de su triunfal descubrimiento y lo oyó invitar al señor Weatherburn a cenar en la taberna irlandesa; sin duda, para regocijarse de su fechoría, pensó. Decidió entonces que, mientras estuvieran cenando, él se colaría en los aposentos del señor Akers en el *college* y los registraría en busca de algún papel en el que se expusiera por escrito la idea que, a su parecer, su colega no tenía derecho a reservarse.

»Al señor Beddoes debió de costarle bastante encontrar el manuscrito, de cuya propia existencia quizá no estaba del todo seguro; el señor Akers siempre tenía muy desordenados los papeles y una caligrafía difícil de leer. Emplearía un buen rato en dar con él pues, probablemente, tuvo que descifrar varios borradores antes de llegar a la conclusión de que las matemáticas que figuraban en ellos no guardaban relación con el problema de marras.

«Mientras el señor Beddoes registraba las habitaciones del señor Akers, éste cenaba con el señor Weatherburn. Durante la cena, en la mesa, incapaz de contener su orgullo y su satisfacción ante el original y brillante descubrimiento que acababa de realizar, empezó a contárselo de nuevo a su compañero de mesa y llegó incluso al extremo de sacar un papel del bolsillo y anotar en él la fórmula más importante. Sin embargo, al momento, pensó que no debía revelarle tanto a un tercero y volvió a guardar el papel en el bolsillo del chaleco. Aquí tengo esa nota, y procedo a presentarla como tercera prueba material. Me la ha confiado la pariente más próxima del señor Akers, esa hermana afincada en Bélgica, que la recibió con el resto de las pertenencias del difunto.

»Permítanme recordarles otro asunto que se ha tratado en el testimonio del señor Weatherburn: el de la medicina del señor Akers. El doctor de éste ha declarado que su paciente sufría de arritmias cardíacas y que se administraba dosis regulares de digitalina para controlarlas, en tomas de diez gotas, tres veces al día. Durante la cena con el señor Weatherburn, el señor Akers pidió una jarra de agua, se sirvió un vaso y sacó de un bolsillo el frasco del medicamento. El señor Weatherburn declaró que lo vio echar un par de gotas y que enseguida dijo «¿qué estoy haciendo», o algo parecido, se detuvo y volvió a guardar el frasco. No se ha ofrecido explicación de conducta tan chocante, aunque no parece que el señor Weatherburn tuviera motivos para haberlo inventado, y al cadáver del señor Akers no se le encontró encima el frasco de digitalina. Me propongo explicar estos hechos enseguida.

»El señor Beddoes tardó bastante hasta que, por fin, encontró en algún rincón el manuscrito que buscaba. Quizá con la idea de leer lo suficiente para entender su

importancia, o tal vez para llevárselo, lo cogió de donde estaba. Y en aquel preciso instante, la puerta de los aposentos del señor Akers se abrió e hizo acto de presencia el inquilino, pues la cena en la taberna irlandesa no se había prolongado más de lo debido. Si hubiera encontrado al señor Beddoes esperándolo allí, sin más, quizá no se habría sorprendido mucho, pero al verlo en el quicio de la puerta del despacho con el manuscrito fatal en las manos, se enfureció y muy probablemente lanzó acusaciones, si no amenazas, y es posible que hasta intentara agredirlo. El señor Beddoes reaccionó agarrando el atizador y golpeando con él al hombre que estaba dispuesto a atacarlo, en el aspecto profesional y tal vez físicamente, incluso. El señor Akers cayó al suelo y el señor Beddoes dejó el atizador, abandonó la torre y regresó a casa tranquilamente, agarrando el manuscrito. Puede que comprobara antes de irse que el señor Akers estaba muerto, o tal vez pasó una noche espantosa, preguntándose qué efectos habría tenido su golpe desesperado. En cualquier caso, el día siguiente le trajo la confirmación oficial de la muerte de su colega, pero no recayó sobre él la menor sospecha y, con el transcurso de los días, quizá llegó a considerar que el señor Akers merecía lo que le había sucedido y que su acto no le acarrearía consecuencias.

»El señor Beddoes tuvo miedo de conservar el manuscrito, por lo que copió todo el texto con su pulcra escritura, se deshizo del original y escondió la copia en un lugar especial que sólo conocía él. Aunque menos creativo que sus colegas, era otro apasionado de las matemáticas y estudió las fórmulas con gran atención y detenimiento, como demuestran las muchas anotaciones y signos de interrogación que añadió en los márgenes del documento, que aquí presento como cuarta prueba material y que se encontró por auténtica casualidad después de la muerte del señor Beddoes, en el escondite donde lo guardaba, es decir, debajo de las colchas donde duermen los gatos, en la caseta de estos felinos del fondo del jardín de su casa. Cabe que alguno de ustedes se pregunte qué me hace creer que este papel no es un manuscrito matemático debido al propio señor Beddoes, pero una observación detenida del mismo muestra que las fórmulas y resultados van acompañados con frecuencia de signos de interrogación e incluso de preguntas explícitas, ¡y resultaría de veras curioso que no entendiera sus propios teoremas!

»Es probable que el señor Beddoes concibiera la posibilidad de comprender plenamente, por sí mismo, la idea del señor Akers. Nunca sabremos si había decidido apropiarse de aquel trabajo y presentarlo al concurso como obra exclusivamente suya, pero es más que probable que tuviera tal tentación; en cualquier caso, es evidente que dudó en mencionar su hallazgo al señor Crawford, pues no deseaba levantar sospechas.

»Unos días después de la muerte del señor Akers, en el transcurso de una cena a la que me invitaron, escuché a varias personas pedirle al señor Weatherburn que describiera su última cena con el difunto. El señor Beddoes también estaba presente y

fue así cómo se enteró de que el señor Akers le había contado algo a su compañero de mesa acerca de su descubrimiento y, peor aún, que había anotado la fórmula principal en un papel que se había guardado en el bolsillo. Este papel, y el conocimiento de su existencia por parte del señor Weatherburn, se convertían en una amenaza para su deseo de atribuirse el mérito y decidió apoderarse de él. Intentó que se lo enseñaran en la comisaría, pero allí le dijeron que ya habían enviado los efectos personales del fallecido al pariente más cercano, la hermana que reside en Bélgica. El señor Beddoes averiguó entonces el nombre y la dirección de la mujer y, por Pascua, fue a verla. Se presentó como un matemático que deseaba rescatar del olvido las brillantes ideas del hermano asesinado para que no se perdieran e intentó conseguir de ella no sólo el funesto papel, sino también la agenda de bolsillo del señor Akers, que contenía las fechas de las reuniones del trío. Sin embargo, la mujer sospechó de él y se negó a entregárselos, ofreciéndole a cambio que copiara el contenido. Él rehusó hacerlo y se marchó muy enfadado, frustrado en su intención. Esta señora, madame Walters, está dispuesta a viajar a Inglaterra e identificar a su visitante, por lo menos en fotografía.

»El señor Beddoes no debió de tardar en descubrir que, por sí solo, no era capaz de entender adecuadamente los cálculos de su colega y, por último, decidió conseguir la ayuda del señor Crawford a todo trance. Los tres matemáticos tenían prevista una reunión el 17 de abril y, aunque el señor Akers había muerto, el señor Beddoes acudió a las habitaciones del señor Crawford a las dos en punto. Recuerden la declaración de la señora Wiggins de que, a mediados de abril, el señor Crawford recibió a un visitante a primera hora de la tarde, y que tomaron vino tinto. Allí, mostrándole la copia del manuscrito escrita de su puño y letra, intentó obtener explicaciones de su colega sobre los puntos difíciles, al tiempo que insistía en que las ideas eran suyas. Fue un proceder muy torpe y no es probable que un matemático tan experimentado como el señor Crawford se dejara llevar a engaño. Debió de suponer que el señor Beddoes había tenido acceso a la idea del difunto señor Akers, por una vía u otra. Para entonces, el señor Crawford llevaba dos meses completos trabajando sin descanso en su propia idea, luchando hasta la extenuación por explorar cada posibilidad que se le ocurría, pero todo había sido en vano. Debía de sentirse sumamente frustrado y, de repente, de la manera más inesperada, la clave que resolvía todas las dificultades aparecía en manos de su colega...¡y éste ni siquiera terminaba de entenderla él mismo! Por las preguntas que le planteaba el señor Beddoes, debió de hacerse una idea aproximada de lo que contenía el manuscrito. Sin embargo, puedo imaginar muy bien que el señor Crawford quisiera revisar al detalle todas las anotaciones y que la negativa de su colega a permitirselo le despertara grandes recelos; probablemente, esto fue lo que desencadenó la pelea entre los dos que describió la señora Beddoes en su declaración.

»Con todo, como le había dado tantas vueltas a cada aspecto del problema, el

señor Crawford fue capaz de captar, aun con la escasa información que logró deducir de las preguntas de su colega, la idea clave que se escondía en la fórmula central y, desde aquel instante, su único deseo fue encerrarse a solas de nuevo en su torre de marfil y desarrollarla hasta alcanzar una versión definitiva y completa de lo que consideraba el fruto de su idea original. Tan pronto se marchó el señor Beddoes y hubo cerrado la puerta, volvió al trabajo y, al cabo de una semana de resolver detalles, creyó estar en posesión de una solución completa y exhaustiva del llamado problema de los tres cuerpos que se perturban.

«Entonces, en su mente febril empezó a imaginarse vencedor del concurso del aniversario del rey, famoso en muchos países y considerado a la altura del mismísimo Henri Poincaré. Esta visión se convirtió pronto en obsesión y, día a día, se convenció de que sólo el señor Beddoes, con su conocimiento de la verdadera procedencia de las ideas contenidas en el manuscrito, se interponía entre él y la gloria. Además, parecía muy improbable que las ideas que su colega exponía como propias lo fueran realmente; más aún, el mero hecho de que se presentase con ellas resultaba de lo más sospechoso. Probablemente, por lo menos a medias, identificó al señor Beddoes como el asesino del señor Akers.

«Durante una semana, más o menos, el señor Crawford estuvo tan ocupado en escribir y en calcular que apenas reparó en tales pensamientos, pero llegó el día en que consideró completo su trabajo y, entonces, sólo el riesgo que entrañaba el conocimiento del señor Beddoes de la realidad de la situación evitó que lo delatara. Esto nos lleva al día del té en el jardín de la universidad, el 23 de abril. El señor Crawford decidió establecer sus planes con mucho cuidado. Para empezar, sabía que la presencia de un trabajo enviado al concurso en inglés sería comentada, ya que no se esperaba que optara al premio ningún especialista de procedencia anglófona. Deseaba que su manuscrito atrajera la atención, por supuesto, siempre que ganara el premio; de no ser así, se daba perfecta cuenta de que sería muy peligroso que alguien estableciera una relación, aunque fuese remota, entre la presentación al concurso de un trabajo británico y el asesinato de Cambridge. Así pues, encargó traducir el manuscrito al francés y al alemán, de forma que resultase prácticamente imposible adivinar su procedencia. Las normas del concurso estipulaban que los trabajos se entregarían anónimamente, con un epígrafe por única identificación, y que el verdadero nombre del autor se acompañaría en una plica cerrada, en la que constaría el mismo epígrafe. Sólo se abriría el sobre correspondiente al trabajo ganador. Así pues, al enviar versiones en francés y en alemán de su manuscrito, el señor Crawford se creyó definitivamente a salvo de que lo identificaran si su trabajo no resultaba premiado (por ejemplo, si el señor Poincaré había aportado otra solución aún más brillante). En el caso de que su manuscrito resultara vencedor, su deseo de fama y honores era tan grande que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo.

»También aprovechó el encuentro casual con el señor Beddoes en el jardín de la universidad para expresarle que no le guardaba rencor por la discusión que habían tenido y que deseaba reunirse a cenar con él. Yo misma fui testigo de ello y el señor Beddoes pareció sorprenderse mucho cuando el señor Crawford le dirigió la palabra. En aquel momento, pensé que lo desconcertaban los bruscos modales de su colega, pero ahora comprendo que su sorpresa se debía al hecho de que en su último encuentro, una semana antes, los dos hombres habían mantenido una pelea encarnizada.

»A continuación, el señor Crawford procedió a un acto de extraordinaria perversidad. Invitó a los señores Beddoes y Weatherburn a cenar con él en la taberna irlandesa, el 30 de abril, y se excusó de asistir en el último momento, alegando que se encontraba mal. La inclusión del señor Weatherburn en esta invitación tenía la evidente intención de arrojar sospechas sobre él, puesto que ya había cenado con la víctima del anterior asesinato, y la maniobra no pudo salirle mejor.

En este punto de mi parlamento, hice una pausa y miré directamente a Arthur, como hicieron todos los demás en la sala. Por primera vez desde el inicio de aquel penoso proceso, encontré sus ojos fijos en mí, ardorosos, y esto me dio fuerzas.

—El señor Crawford se apostó junto a la verja de entrada al jardín del señor Beddoes, oculto tras unos grandes arbustos de lilas, y esperó entre las sombras con una piedra de buen tamaño en la mano, que había cogido del propio jardín. Por fin, vio que los dos hombres regresaban de la cena y se despedían ante la verja, deseándose buenas noches. El señor Weatherburn se alejó y el señor Beddoes cerró la verja y se encaminó a la casa. Recibió el golpe mortal en la nuca por sorpresa. El señor Crawford era un hombre alto y corpulento. El golpe, silencioso y potente, tuvo un efecto instantáneo. El señor Beddoes no llegó a emitir ni un gemido y nadie se enteró de nada. El señor Crawford soltó la piedra y regresó a su casa; la señora Beddoes no descubrió el cuerpo de su marido hasta bastante tiempo después, cuando se asomó a la puerta con la esperanza de verlo llegar.

»El señor Crawford debió de recibir sus traducciones muy poco después de esto. El juez principal del concurso, el profesor sueco Mittag-Leffler, las hojeó y me aseguró que parecían trabajo de hablantes nativos, pero no de matemáticos. Supongo, por ello, que las encargó a alguna agencia de traductores corriente; si es necesaria la prueba, no tengo duda de que podrá identificarse y localizarse dicha agencia.

»Al enterarse de que habían detenido al señor Weatherburn, el señor Crawford no tardó en sentirse totalmente libre de sospechas y, el 4 de mayo, tomó los dos manuscritos, los introdujo en un sobre y fue a echarlo al correo, dirigido probablemente a alguien del continente que lo reenviaría a Estocolmo. Yo acabo de llegar de dicha ciudad, donde hablé con el organizador del concurso, el profesor Mittag-Leffler, y vi con mis propios ojos el sobre y los manuscritos. Sin embargo, como

éstos eran anónimos y la caligrafía, el idioma y el franqueo no señalaban explícitamente al señor Crawford, me vi obligada a presentar una petición especial para que se abriera la plica sellada que se había recibido con el trabajo, en la cual constaba el epígrafe utilizado por el autor y el nombre de éste. El profesor Mittag-Leffler no tenía atribuciones para abrirla e insistió en que sólo el rey, patrocinador del concurso, tenía autoridad para hacerlo. Así pues, tuve que pedir audiencia y presentar mi petición al propio rey de Suecia. Él abrió la plica y confirmó que el autor del manuscrito era el señor Crawford. Su majestad ha escrito a su señoría esta carta, en la que le informa de todo.

Una exclamación de complacida sorpresa se levantó en la sala cuando saqué de la cartera de piel el sobre lacrado, con el emblema de la casa real en bello relieve, y se lo entregué al juez. Se produjo un silencio expectante mientras rompía el sello y leía en voz alta el breve mensaje.

—Le ruego que prosiga, señorita Duncan —dijo el magistrado a continuación, volviéndose hacia mí—. En vista de todo lo anterior, espero con la respiración contenida que pueda explicarme cómo encontró la muerte, entonces, el señor Crawford.

—Sí, también fue todo un misterio para mí, al principio —respondí—. Recuerde que con ocasión de la pelea entre los matemáticos el 14 de febrero, llevado de la excitación, se tomó media botella de whisky. En realidad, tal comportamiento era muy infrecuente en él y sólo se producía en momentos de tremenda tensión. El envío de su manuscrito a Suecia fue uno de tales momentos, sobre todo porque no pudo compartirlo con nadie. Regresó a casa animado por un secreto júbilo triunfal, sacó la botella, aún medio llena porque no la había vuelto a tocar desde el día de la reunión, y la apuró en un par de abundantes vasos. Y como el whisky contenía una gran dosis de digitalina, cayó muerto de un paro cardíaco al cabo de pocos minutos.

»Pero ¿quién echó la digitalina en la botella? Al principio, creí que había sido el señor Beddoes, que habría cogido el frasco del bolsillo del señor Akers después de darle muerte. Sin embargo, tal razonamiento no terminaba de convencerme. Por un lado, no veía por qué habría querido quedarse la digitalina, pues en aquel momento no tenía motivos para concebir el asesinato del señor Crawford: no se habían peleado todavía y seguían siendo grandes amigos. Pensé que tal vez preveía ya su futura desavenencia, pero me pareció improbable y, en realidad, demasiado diabólico. Por otra parte, quedaba por explicar la extraña conducta del señor Akers con su medicina en la taberna irlandesa, durante la última cena de su vida. Tardé bastante en darme cuenta de que me había dejado despistar por la insistencia del fiscal en que el frasco le fue robado del bolsillo al señor Akers por su asesino.

»Lo que sucedió fue, de hecho, mucho más sencillo. Durante la funesta reunión del 14 de febrero, el señor Akers debió de entender perfectamente que el señor

Crawford no tenía la menor intención de permitirle seguir con su propósito de presentar el trabajo y saborear el triunfo él solo. Hombre impulsivo, asocial y rencoroso, decidió al momento eliminar a su colega, sin apenas pensar en las consecuencias, probablemente. Y cuando vio que el señor Crawford, no por primera vez, daba cuenta de media botella de whisky de una sentada, debió de imaginar (y no se equivocaba mucho) que se trataba de una práctica habitual en él y, aprovechando un momento de distracción, procedió a verter el contenido del frasco en la media botella que quedaba. El señor Akers debió de calcular que, los días siguientes, podría concertar una visita con algún médico de Londres para obtener un repuesto del medicamento sin despertar las sospechas de su doctor habitual. De haberlo hecho así, quizá no habría despertado nunca la menor sospecha como autor de la muerte, pues su médico era el único que sabía que usaba digitalina y el señor Beddoes, el único que conocía su relación secreta y especial con el señor Crawford. Sin embargo, cometió un grave desliz en la cena con el señor Weatherburn. Siguiendo de forma automática su costumbre, sin detenerse a reflexionar, pidió agua, se sirvió un vaso y se dispuso a echar en él sus diez gotas de digitalina habituales, pero en el frasco no quedaban más de una o dos, ya que lo había vaciado por la tarde. Debió de reparar al instante en la necedad de lo que acababa de cometer, puesto que ahora existía un testigo, tanto del hecho de que tomaba una medicación que podía relacionarse con la muerte del señor Crawford, como de que el frasco estaba vacío. Sin embargo, lo sucedido era irremediable. Obedeciendo un impulso, se deshizo del mencionado frasco de la digitalina; probablemente, lo haría en el mismo restaurante, cuando fue a lavarse las manos. Durante la cena se mostró sumamente inquieto y, por supuesto, tenía que estarlo, ya que debió de pensar que aún estaba a tiempo de evitar el espantoso crimen que había preparado. Espero, deseo creer, que lo habría hecho aquella misma noche, si no le hubiera sobrevenido la muerte de manera tan inesperada. Eso espero, pero nunca lo sabremos.

»Señoría, caballeros del jurado, esto es cuanto tenía que decir. Espero sinceramente que haya sabido explicar todos estos sucesos a su satisfacción.

Callé y permanecí en el estrado de los testigos, temblorosa. Un ruido extraño, como una oleada, surgió del fondo de la tribuna del público y se extendió por la sala, y sólo al cabo de un rato que me pareció interminable caí en la cuenta de que eran aplausos. El juez hizo sonar el mazo y mandó a gritos:

—¡Orden en la sala! —A continuación, se dirigió a los abogados—: ¿Solicitará el fiscal un aplazamiento hasta mañana para preparar su respuesta a lo aportado por la señorita Duncan?

El abogado de la Corona se puso en pie.

—Haré la exposición final ahora, señoría, con su permiso —respondió con voz firme.

Se volvió hacia el jurado y realizó una breve alocución;

—Miembros del jurado, han oído dos explicaciones muy diferentes de cómo fueron asesinados tres matemáticos, y dos interpretaciones opuestas de las mismas pruebas materiales, las que se refieren a la desaparición del frasco de digitalina, a la presencia del acusado con cada una de las dos primeras víctimas inmediatamente antes de las muertes, etcétera. La testigo a la que acaban de escuchar ha añadido nuevas evidencias. A ustedes corresponde ahora comparar las dos posibles explicaciones y determinar, más allá de la duda razonable, cuál es la verídica. Con esto doy por concluida la presentación de mi alegato.

De inmediato, se levantó el abogado de la defensa y su parlamento fue aún más corto:

—Miembros del jurado, ya he expuesto a lo largo del juicio que el acusado es absolutamente inocente de los horrendos crímenes que se le imputan y que no tiene más culpa que la de haber estado por dos veces en el lugar inadecuado en el momento inoportuno. La información adicional que nos acaba de aportar esta testigo completa mi presentación del caso. No tengo más que añadir.

El juez Penrose se volvió hacia el jurado y ladeó la cabeza como si pidiera disculpas.

—Miembros del jurado, tengan la amabilidad de retirarse otra vez a deliberar, hasta que alcancen un nuevo veredicto.

Jamás un juicio ha tenido una conclusión mas rápida. El jurado regresó al cabo de dos minutos y, cuando todos hubieron ocupado sus asientos, el juez preguntó si habían llegado a una conclusión.

—Sí, señoría —dijo el portavoz.

—¿Cuál es su veredicto?

—Hemos modificado nuestra decisión anterior, señoría. Ahora consideramos unánimemente que el acusado no es culpable. Deseamos añadir que, afortunadamente, nos hemos salvado por muy poco de haber cometido una grave injusticia.

La sala prorrumpió en exclamaciones de todo tipo y el juez hizo sonar de nuevo el mazo.

—¡El acusado es declarado inocente y puesto en libertad con todos los pronunciamientos favorables! —sentenció con voz estentórea para hacerse oír entre el alboroto.

De repente, no pude soportar un segundo más el ruido, la multitud y las decenas de miradas. Salí corriendo del tribunal y me perdí en la tranquila oscuridad de las calles, por las que deambulé largo rato antes de regresar a casa. Han sido demasiadas cosas, demasiado tiempo y demasiado esfuerzo, y esta noche me siento demasiado entumecida para celebrar el triunfo.

¡Mañana, sin embargo, empezaré una nueva aventura!

Vanessa

Cambridge, domingo, 11 de junio de 1888

Mi queridísima hermana:

Toda la semana pasada ha estado llena de sol y de rosas, tanto en el exterior como dentro de casa y en lo más hondo de mi corazón. Cada mañana, me despierto y recuerdo otra vez que el juicio de Arthur ha concluido y, con él, las penalidades de mi alma. Toda mi vida parece renovada y gozosa y cada día ha traído una sorpresa inesperada y deliciosa.

La primera de ellas llegó el mismo día siguiente a la finalización del proceso. Después de mi actuación en el estrado de los testigos, estaba tan cansada que caí rendida en la cama y dormí como un tronco hasta muy entrada la mañana siguiente; no desperté hasta que se presentó en la habitación la señora Fitzwilliam, con una bandeja en la que traía un té y la prensa del día. Como es lógico, el periódico local recogía en sus páginas la insólita y teatral conclusión del juicio.

—Vaya, querida —me comentó mientras corría las cortinas con delicadeza y dejaba que la luminosidad de la radiante jornada bañase la estancia—, debe de estar agotada, para dormir tanto. Sé que ha pasado unos días terribles y he pensado en traerle el desayuno a la habitación para que tenga un rato más de merecido descanso. Y échele una ojeada a esto, querida: ¡aparece usted en la primera página del periódico! ¡Imagínese!

Oh, querida, lo que decía mi casera era cierto. Había una foto mía, apenas una silueta a contraluz, tomada cuando abandonaba el juzgado, con la entrada del edificio al fondo. La acompañaba un artículo plagado de tonterías. No me gustó nada lo que leí, pues presentaba las cosas de una manera ridícula, que me pareció totalmente inapropiada. Nadie, al leer aquello, entendería que sólo me impulsó a actuar como lo hice el ánimo de investigar la verdad y de evitar una espantosa injusticia; todo el absurdo escrito parecía atribuir mi conducta a otras razones más profundas. Sospecho que las que mueven a alguien como yo deben de quedar fuera del campo de visión de los periodistas corrientes.

Ese mismo día, por la tarde, recibí visitas de casi todas las madres de mis alumnas. Con asombrosa rapidez y eficiencia, la señora Burge-Jones las había ido a ver una por una y les había planteado la propuesta de abrir la clase a los chicos, también, y de establecer el aula en su propia casa, si era necesario.

A mis clases asisten varias parejas de hermanas (e incluso un terceto), por lo que,

en realidad, mis doce pupilas sólo tienen, en conjunto, siete madres; pues bien, salvo la señora Burge-Jones, todas las demás se presentaron a verme. La primera fue la madre de Rose, que me felicitó con entusiasmo por mi actuación en el juicio y declaró que estaría encantada de enviarme a los hermanos de la niña si los tuviera, pero que, ay, Rose era hija única. Para resumir las prolongadas conversaciones y negociaciones que mantuve con ellas, tres madres, una de ellas de dos alumnas, decidieron que no podían seguir enviando a sus hijas a una clase tan osada y escandalosa como la que yo —o, mejor dicho, la señora Burge-Jones— proponía.

Como sea que me había temido desde el principio una reacción semejante, estaba casi decidida a asegurar a las señoras que aún no había tomado una decisión en firme al respecto. Sin embargo, no fue así como resultaron las cosas, pues me descubrí defendiendo tercamente el proyecto y, al final, vi reducirse la clase de doce a ocho alumnas.

Con todo, al mismo tiempo, el alumnado ha aumentado de la forma más interesante, pues no sólo daré clases a los dos hermanos de Emily, sino también a... ¡Cielo santo!, no tenía la menor idea, pero la madre de las tres hermanitas ha tenido, después de ellas, tres niños seguidos, ninguno de los cuales ha empezado todavía a tomar lecciones. Voy a escolarizar primero al mayor, y a los demás en años sucesivos. Y también empezarán de inmediato otros dos hermanitos pequeños de sendas alumnas, lo que hará un total de cinco niños. Son todos muy pequeños, a excepción de Edmund, puesto que los demás ya acuden a la escuela. ¡Esto va a resultar absolutamente delicioso!

Después de todas estas visitas, tuve una larga conversación con Emily, su madre y la señorita Forsyth. Continuaré residiendo en casa de la señora Fitzwilliam, pero en adelante el aula se ubicará en casa de la señora Burge-Jones, en la amplia habitación de los niños, y la señorita Forsyth será mi auxiliar por la tarde; enseñará francés y me ayudará con los más pequeños si se excitan demasiado, como parece más que probable que suceda. A media tarde haremos un descanso, durante el cual los niños podrán salir a jugar al encantador jardín de la casa. La señora Burge-Jones está ilusionadísima con todo esto y parece haber encontrado en ello un nuevo propósito para su vida. Estoy convencida de que se ve como una especie de directora honoraria y, ¿quién sabe?, tal vez termine siéndolo de una escuela excelente, reputada y muy moderna...

La mañana siguiente recibí tu carta. ¡Oh, Dora, qué emocionante! Tantos cambios en mi vida, que a mí me parecen tan grandes, tantas experiencias vividas durante estas últimas semanas, y todo ello palidece ante lo que te aguarda a ti, ahora que has aceptado la proposición del señor Edwards. Con qué belleza expresa tu pretendiente el sentimiento de que, a tanta distancia, las verdaderas necesidades y deseos quedan claros y perfectamente perfilados, mientras que se hacen borrosos e imprecisos en la

confusión de la presencia diaria. ¡Pobre señor Edwards! Tanta gente que estaría encantada de afrontar el largo y misterioso viaje que le espera a unas tierras cálidas, desconocidas e inmensas, llenas de nativos y de extrañas enfermedades, y él sólo añora regresar a la campiña inglesa y vivir entre los verdes prados. Sin embargo, Dora, tú siempre has sido, a tu serena manera, más terca que yo. Sencillamente, te reservabas para tu gran momento. Te conozco; ahora que sabes lo que esperas, sabrás reservarte cuanto tiempo sea necesario, con infinita y obstinada paciencia, mientras el señor Edwards desarrolla su trabajo hasta que el gobierno lo autorice a regresar. Seguro que la espera no se prolongará más allá de unos pocos años y, al fin y al cabo, sólo hemos cumplido veinte, tú y yo.

En el mismo correo, recibí también una carta del profesor Mittag-Leffler. Le habían llegado noticias del resultado final de mis esfuerzos y escribía para felicitarme y para insistir en su invitación a que volviera a visitarlo en Estocolmo. Un párrafo de su carta me ha producido una honda impresión:

En vista de la asombrosa naturaleza de su contenido, yo mismo y mi asociado, el doctor Phragmén, procedimos de inmediato a estudiar detenidamente el manuscrito numero siete. Lamento comunicarle que muy pronto nos dimos cuenta de que los cálculos, aunque desarrollados con un estilo brillante de gran matemático, contienen un grave error en uno de los pasos. Me parece recordar que en el manuscrito parcial que usted me enseñó, escrito con una caligrafía muy clara y legible, el autor había anotado un comentario al margen, precisamente junto a dicho paso; tal vez se creyera, sencillamente, incapaz de entenderlo, pero era más perspicaz de lo que pensaba. Y el autor del trabajo presentado a concurso deseaba demasiado el éxito para ejercitar su juicio crítico. Lamento decir que la conclusión final de dicho trabajo queda completamente invalidada por este error. En cualquier caso, el manuscrito presentado por el señor Henri Poincaré ha demostrado la imposibilidad de una solución clásica al problema de los tres cuerpos (y, de hecho, al problema de los n cuerpos, en general), por lo que el problema debe enfocarse de una manera absolutamente distinta. El señor Poincaré inicia este estudio radicalmente nuevo con este artículo, que es una obra genial que marcará, incuestionablemente, todo el próximo siglo.

Así pues, resulta que los tres difuntos fueron asesinados en vano, lo cual me lleva a una profunda reflexión sobre la inanidad de las cosas de este mundo.

Anhelaba compartir esta carta y todas mis experiencias con Arthur, pero no lo había visto desde la conclusión del juicio y nadie parecía saber dónde estaba. Intenté ocuparme con mil cosas, pero mis pensamientos volvían constantemente a él y saltaba a cada ruido, a cada llamada a la puerta. Apareció, por fin, al caer esa tarde.

Oí sus pasos en el corredor, su suave llamada, y abrí la puerta al momento. Por un instante, nos quedamos mirando en el umbral; él me tomó las manos y allí permanecimos en silencio, un silencio que será siempre nuestro modo de comunicación más intenso, creo. Noté su contacto y no encontré palabras. Vi que él quería hablar y que cambiaba de idea una decena de veces. El tiempo se detuvo, y yo habría esperado eternamente.

Al fin, se decidió.

—¿Te casarás conmigo?

Respondí que sí y se produjo otro silencio.

—Temo que no será sencillo para ti —continuó lentamente—. Nunca he sido muy fuerte en los asuntos de la vida, ya lo sabes, y aunque estos últimos días he intentado olvidar y recuperarme, algo dentro de mí se ha roto para siempre. No podía encontrar interés en nada... salvo pensar en ti.

—Yo lo remediaré. ¡Puedo remediar cualquier cosa! —declaré con firmeza.

Él me tomó en sus brazos.

Los becarios de la universidad no tienen permitido casarse y una beca superior puede prorrogarse varios años, pero ¿qué importa eso? Somos jóvenes y el futuro es amplio, mis alumnas me necesitan y los días se suceden ante mí llenos de encanto, de poesía y de arbustos rebosantes de flores silvestres. Más allá, todo se hace brumoso y lo prefiero así.

Qué maravilloso es pensar que pronto iré a casa. Estoy impaciente por volver a ver nuestra vieja y querida casa. Llevo tanto tiempo ausente... Me he acostumbrado a las casas de ciudad, rectilíneas, cuadradas y de piedra. Cómo añoro las vigas nudosas y los techos bajos y los ventanucos en forma de rombo medio tapados por las enredaderas. Pensar que volveré a verlo todo dentro de apenas unos días, y los gatos, y nuestros resistentes caballos... ¡y a ti! Cuánto deseo salir a vagar por los campos durante horas contigo, Dora, como sólo dos gemelas pueden hacer. Pasear, simplemente, y hablar... de todas esas cosas que no tienen cabida en, o tan siquiera entre, las líneas de una carta.

Tu hermana que te quiere,

Vanesa

Historia matemática en *La incógnita Newton*

El marco matemático de *La incógnita Newton* es absolutamente histórico. El Concurso del Aniversario tuvo lugar tal como se describe, incluso en el detalle de los manuscritos sin firma identificados por epígrafes; de hecho, varios de los autores que participaron no han sido identificados hasta la fecha. El trabajo al que hace referencia este libro toma el título de uno de ellos.

El concurso fue organizado por Gösta Mittag-Leffler (1846-1927) bajo los auspicios del rey Óscar II de Suecia; la casa de Mittag-Leffler existe todavía y es hoy la sede de un famoso instituto matemático. El anuncio del concurso en la publicación *Acta Mathematica* se ha reproducido fielmente y el resultado final fue, históricamente, el que se describe en la obra. De hecho, hubo otro acontecimiento; Poincaré descubrió que su trabajo premiado contenía un error, que rectificó cuando ya se habían impreso todos los ejemplares de las *Acta Mathematica*, e insistió en pagar de su bolsillo una nueva impresión, lo que le costó todo el dinero que había ganado con el premio. Los sucesos relacionados con la supuesta solución de Lejeune-Dirichlet (1805-1859) al problema de los n cuerpos y sus confidencias en el lecho de muerte a Leopold Kronecker (1823-1891) también se produjeron como se cuenta.

Arthur Cayley (1821-1895) y Grace Chisholm (1868-1944) fueron miembros del Departamento de Matemáticas de Cambridge durante el periodo descrito; la defensa de Cayley de la enseñanza de Euclides y la partida de Chisholm a Alemania para escribir una tesis están documentadas. Karl Weierstrass (1815-1897) y su famosa estudiante, Sofía Kovalievskaja (1850-1891) existieron realmente, y Kovalievskaja fue, como se describe, la primera mujer profesora de matemáticas en Europa. Henri Poincaré (1854-1912) fue, por supuesto, el mayor matemático de su tiempo. El problema de los n cuerpos era un tema de investigación candente en la década de 1880 —aún sigue siendo muy popular hoy en día— y el trabajo de Poincaré resultó fundamental. Según demostró, no puede darse una solución general en forma discreta; no obstante, en los últimos años se han descubierto muchas soluciones especiales que causan sorpresa.

La revista para jóvenes victorianas, *The Monthly Packet*, existió realmente; contenía muchos problemas y cuentos matemáticos ideados por Lewis Carroíl (1832-1898), incluido el *Cuento enmarañado* que se reproduce en el libro. Asimismo, es cierto que Oscar Wilde se encargó de la edición de la revista *Woman's World* y que demostró un gran interés por la ropa femenina, respecto a la cual tenía una rotunda posición en contra de los corsés y de cualquier otro constreñimiento impuesto por las modas: «De los hombros, y sólo desde ellos —escribió— debe colgar un vestido».